





LOS MISTERIOS

DE LONDRES.



LOS MISTERIOS

DE

LONDRES

POR

Sir Francis Crolopp.

TRADUCIDOS

por F. G. y M. F.

Málaga.

IMPRESA Y LIBRERIA DE MARTINEZ DE AGUILAR.

Calle del Marques.

1844.

X-61-119724-2

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104179372





LOS MISTERIOS DE LONDRES.



CAPITULO PRIMERO.

Por la Niebla.



En un domingo por la tarde del mes de noviembre. En la sala principal de la taberna *The Arms of the Crown* (las armas de la corona) se hallaba sentado delante de una mesa el buen capitán Paddy O'Chrane con un enorme vaso de aguardiente á su lado.

Como hay en Londres sobre un centenar de tabernas, todas con la muestra de «las Armas de la Corona» no creemos fuera de propósito advertir, que esta de que hablamos tiene sus cuatro ventanas adornadas con cortinas encarnadas, y que la puerta con cinco escalones está en la calle del Agua (Water street) ó barrio de la Torre.

El capitán Paddy era irlandés: su estatura seis pies de alto y seis pulgadas de diámetro: una casaca azul con botones negros, unos calzones de ante, unidos, formando pliegues, á unas medias de seda ordinaria, y unos grandes zapatos sin brillo alguno, componian su traje.

Al extremo opuesto de la sala (1) estaba sentado un hombre de edad de cuarenta años: en su rostro se notaba la honradez y la calma. Vestía decentemente, sin pretensiones á la elegancia; y por la inmovilidad, dilatación y firmeza de sus ojos, se venia en conocimiento que aquel pobre hombre no veía. En efecto, en la taberna era conocido con el nombre de Tirrel el ciego.

De vez en cuando, Mistress Burnett, soberana de la taberna, dejaba su trono, que era el mostrador, y se aproximaba á decir alguna frase picante al capitán, que segun todas las apariencias era un asiduo parroquiano de la casa.

Entre las dos puertas del salón se hallaba de pié una criada de la taberna.

Era esta jóven de una hermosura extraordinaria; y es seguro que hubiera hecho fortuna, sirviendo de modelo, á haber vivido en los tiempos en que los artistas eran príncipes, y pagaban aquellos á peso de oro. Su frente, cuyo perfil recordaba la curva ideal de los antiguos pintores, parecia estar rodeada de una aureola de dignidad á la par tranquila y varonil. Sus luengos cabellos, negros como el azabache, deslizándose por debajo de un pañuelo de tul que cubria su cabeza, caían en ondulantes bucles sobre sus espaldas medio desnudas. Su talle, admirable en sus contornos, tenia á pesar de su ro-

(1) Una taberna debe tener cuando menos tres habitaciones: una para los caballeros, otra para el despacho y otra para la gente del pueblo.

bustez una gracia encantadora, y realizaba la magestad de su semblante; así como un buen pedestal aumenta el valor de una estatua.

El tipo judío se marcaba en el conjunto de sus facciones, y su cutis no era el de una inglesa.

En este momento estaba de pié, y como si despreciase el apoyo que le ofrecía la pared, no inclinaba su soberbio talle, permaneciendo inmóvil como una estatua. Sus hermosos ojos negros estaban capañados y sin brillo, como los de una sonámbula: ningún movimiento se percibía en los músculos de su rostro, y la fuerte luz de las lámparas venía á herir la palidez de su frente, muriendo en ella como en un cristal sin pulimento.

Los ojos del ciego estaban fijos sobre esta criatura, á la vez que bebía con lentitud un vaso de vino con azúcar. En los intervalos sus labios se movían, como si siguiese una de esas conversaciones íntimas que muchas veces entablan consigo mismo las personas privadas de la vista.

En la otra sala de la taberna se veían hasta unos veinte hombres, que acababan de entrar, bebiendo juntos y en pié ginebra pura. Sus trajes desordenados se asemejaban al de los watermen (batejeros) del Támesis.

—Susana! niña mía, dijo el capitán Paddy; mézclame doce sueldos de ginebra con agua fría sin azúcar: añádele una gota de limón..... Susana!

La jóven á quien se dirigió esta orden no la oyó, ni se movió de su lugar.

—El diablo me lleve si lo ha oído, murmuró el capitán: tendré que llamar á Mistress Burnett.... Mistress Burnett!

A esta llamada acudió la dueña de la taberna, entrando en el salón con grave y mesurado paso. Era pequeña de cuerpo, tenía el rostro en-

cendido como la grana, y cubria su cabeza un gorro de tul con un encape de cerca de dos pies ingleses de altura.

—Que Dios me castigue, Mistress Burnett, dijo el capitan, si ántes no he llamado á Suzy...., pero aunque el *Vanguard* dispare á sus oídos una pieza de á cuarenta y ocho, Lucifer me lleve, si la hace mover siquiera una pulgada.

—Suzy! gritó Mistress Burnett con voz de trueno.

Un imperceptible temblor agitó los párpados del ciego. La jóven no se movió. El capitan dijo:

—Apuesto, Mistress Burnett, un chelin contra seis peniques, á que no responde ni al mismo Lord Mayor, aunque venga á hablarle en persona. ¡Qué diablo!

Mientras el capitan se espresaba en estos términos, Mistress Burnett se habia llegado á Susana, y le sacudia el brazo con violencia.

—Hola, perezosa, qué es esto! gritó enfurecida.

La jóven dió un paso atras, y su semblante se encendió, como si toda la sangre de su cuerpo se hubiese reconcentrado en él. Una reina hubiera envidiado el ademan involuntario con que correspondió al brusco ataque de su ama. Fué aquel un movimiento de orgullo tan repentino, tan lleno de dignidad, que la tabernera permaneció inmóvil, con la boca abierta y sin poder articular una palabra.

En este momento el ciego se sonrió, frotándose las manos, como si algun pensamiento alegre cruzase por su imaginacion. Pero Susana, volvió á su primera indiferencia; el brillo que por un instante habia resplandecido en sus ojos se tornó á apagar, y Mistress Burnett se alentó.

—Dad vuestro pan, dijo, á una miserable! recoged en vuestra casa á una pordiosera medio desnuda!.... Y en pago arruinará vuestro está-

blecimiento y descontentará á vuestros parroquianos.....

—Mistress Burnett! la interrumpió el capitán desde léjos: cargue conmigo Satanás, si creí armar todo este ruido..... Dejad á la muchacha por Dios!..... y traedme mi grog.

Obedeció la tabernera; pero resentida del tono áspero é inusitado que acababa el capitán de emplear, quiso vengarse, y con el ademán propio de las mugeres del bajo pueblo, arrimó su puño cerrado al rostro de Susana.

A este movimiento la linda jóven se sonrió con desden. El ciego apuró de un solo trago lo que le restaba de su vino azucarado, y murmuró entre dientes:

—Ni por cien libras cambiaría una noche como esta!

En este momento dieron las cinco en el reloj de la taberna, y como si esta hora fuese una señal convenida, todos los que se hallaban en la sala comun se pusieron en movimiento, y un muchacho de formas hercúleas se asomó á la puerta de la sala principal.

El capitán Paddy se levantó al momento.

—Bravo, Turnbull..... bien, bribon..... exclamó por lo bajo abotonándose su estrecha casaca azul. Susana!..... no me oye..... está visto! Mistress Burnett, os prevengo, que volveré luego, si antes el diablo no me lleva. Con que haced que me preparen mi grog, os lo suplico. Ya sabéis: doce sueldos de ginebra con agua sin azúcar, y unas gotitas de limon.

En seguida tomó su baston y bajó los escalones de la taberna. Los watermen le habían precedido, emprendiendo uno y otros su marcha hácia Lower-Thames-Street, única calle que los separaba del rio. Los marineros iban en grupos de tres ó cuatro, fingiéndose borrachos y can-

tando en alta voz. El capitán los seguía como á veinte pasos de distancia.

Al pasar por la aduana, donde dos ó tres empleados se paseaban tomando la niebla y fumando cigarros de contrabando, los saludó Paddy llevando la mano al sombrero, y dijo á uno de ellos:

—¡Qué alegres van esos perillanes! M. Bittern.

—Buena chispa llevan! M. O'Chrane.

—¡Qué niebla hace! añadió Paddy.

—¡Muy fuerte! señor mío.

Paddy se reunió con los marineros en una callejuela desierta que vá al Támesis, al extremo de Botoph-Lane, y guardando todos el mas profundo silencio, llegaron á una escalera deteriorada y sin uso, á causa de su proximidad á la de la aduana. El capitán Paddy echó á su alrededor una mirada indagadora, y es de creer que nada vió que le infundiese sospechas, cuando hizo una seña y todos los marineros empezaron á bajar los escalones.

—¿Quién trae esta noche la capa? preguntó Paddy.

Dos hombres salieron del grupo.

—Saunie y Patrick? continuó el capitán; ea, muchachos, alerta y vigilad con cuidado..... nosotros á embarcarnos.

Saunie y Patrick permanecieron en lo alto de la escalera, y envolviéndose en las pesadas capas que llevaban debajo del brazo, se echaron sobre el pavimento.

Los demás marineros junto con el capitán Paddy, se embarcaron, distribuyéndose en tres esquifes negros, puntiagudos, y que apenas sobresalian sobre la superficie del agua.

—Botad los remos, y bogad, dijo en voz baja Paddy que mandaba el esquife *almirante*.

Las tres barquillas se alejaron, rápida y silenciosamente de la orilla, bordeando y abriéndose

paso no sin dificultad, por entre el sinnúmero de embarcaciones de todas clases ancladas en ambas orillas del Támesis. Tan pronto se deslizaban bajo la enorme proa de un buque mercante, como costeaban un vapor apagado y desierto; otras veces eran detenidos sus remos por las innumerables amarras y cables que por todas partes los rodeaban.

Una espesa niebla, casi palpable é impregnada de los densos vapores del carbon de piedra, cubria todo el rio, dejando apenas percibir algunas luces á lo léjos, enrojecidas por la refraccion de la niebla. En los buques anclados no se veia ni siquiera una luz, ni aparecia un alma, y únicamente se notaba aquí ó allí algun farol de popa, acabando de carbonizar su mecha, olvidada por su dormido guardian.

Por encima de los buques abandonados ó vigilados por sonámbulos, descollaban Southwark y la Cité, dejando ver sus oscuros gazes, y las rogizas ventanas de sus tabernas, por donde salian en raros y caprichosos acentos los cantos de la lúgubre y pesada embriaguez del pueblo de Londres.

Los tres esquifes habian ganado al fin el centro del canal y empezaban á subir el rio.

—¡Hermoso tiempo, Tomy, hermoso tiempo, ó el diablo me lleve! dijo el capitan al pasar por debajo de un arco de New-London-Bridge.

—Hermoso tiempo, mi capitan, contestó el robusto Turnbull; pero la marea vá á subir.....

—Y la brisa saltará con el reflujo, añadió uno de los remeros, cuyo voluminoso vientre casi llenaba el bote; es preciso apresurarnos, porque la niebla pronto se disipará.

—Sí, démonos prisa, gordo Charlie, dijo un muchacho, precoz en picardias, y que respondia al sobrenombre de Snail (Caracol.) Vamos, que te-

nemos que dar á Su Señoría noticias de nosotros: nuestros bolsillos están vacíos, y la vida es grata en extremo, segun dice maese Bob-Lantern.

—Silencio, perillan; calla, hijo mio, dijo el capitán con tono paternal. Hablad lo menos posible de Su Señoría, que nos tiene cuenta. Pero ¿qué diablo se ha hecho ese tunante de Bob-Lantern?

—Se ha casado en St. Giles, contestó Charlie, con una moza de seis pies de altura sin contar con los zapatos..... No se le vé por ahí.....

—Ah! exclamó Snail; maese Bob sabe mas que nosotros. Los domingos por la noche concurre á las iglesias..... Ya sabeis que en las iglesias se presentan ocasiones..... eh!.... me entendcis?

—Calla, semilla de ahorcado; silencio, hijo mio, interrumpió de nuevo el capitán, estamos bajo el puente de Blackfriars donde abundan los agentes de policia..... Charlie! que vas á chocar, gran camueso!.... á babor! cia á babor!

—Charlie obedeció. El bote salió de la oscuridad que reinaba debajo del arco, y las dos orillas se distinguieron de nuevo.

—Hola! exclamó Tom Turnbull; tres luces! El negocio es completo, y no estará demas ninguno de los tres botes.

Las luces de que hablaba Tom se distinguian claramente al traves de la niebla: la una brillaba por el puente y Whitefriars; la otra á orillas del rio al pié de Temple-Gardens; y la tercera en Southwark á la izquierda de las gradas de Old-Barge-House. Las tres arrojaban intensos rayos verdes: no obstante esta circunstancia debian no ser notadas en medio de los fuegos de todas clases que brillaban en las calles ó detras de las ventanas.

—Es preciso separarnos, dijo el capitán. Yo me encargo del picaro viejo Gruff, el mejor de mis camaradas, y de su condenado meson del rey Jor-

ge, que Dios bendiga!.... A tí, Gibby, te toca la fonda de los hermanos blancos..... y tú, Mitchell, corre de tu cuenta Southwark y la hosteria de la Charretera. Cuidado, bribones! portaos como buenos cristianos.

Los tres botes se separaron: cada uno bogó hácia su destino. El del capitan continuó subiendo el rio.

=Hoy no arde el farol amarillo, dijo Turnbull; y es tanto mas de estrañar, cuanto que en estos dias, las gentes del continente nos visitan á bandadas.

=Que me ahorquen, si eso no es una felicidad! contestó Paddy: No quisiera ver nunca el farol amarillo..... A su vista creo oír siempre el postrer grito de agonía del infeliz que asesinan..... No lo niego, será una debilidad; pero cuándo veo el farol amarillo, tengo que cambiar mi ginebra de todas las noches por el *old-jom*, á fin de cobrar ánimo. ¿Te ries, Tomy, picaro sin entrañas?.... Pues mira, te aseguro que me cuesta doce sueldos mas, y que los gasto con toda idea.

=Y todo no viene á ser sino un muerto mas ó menos, contestó Turnbull con indiferencia. Por lo que toca á la cantidad tampoco vale la pena.

=Es verdad, añadió Snail sonriéndose.

=Y sobre todo, dijo Charlie, es necesario que todo el mundo viva, capitan: ¿qué seria de Bishop y compañía nuestros buenos hermanos de la Resurreccion, si nuestros tres fondistas no hiciesen de vez en cuando el oficio de asesinos?

—Yo estoy por el farol amarillo, dijo Snail.

—En tan tierna edad..... murmuró Paddy; oh! este muchacho es un tigre..... Ten cuidado contigo, Charlie.

El bote que vogaba ahora solo, acababa de dejar el centro del rio, introduciéndose en el dédalo de lanchas, pontones, vapores grandes y

pequeños y de botes de recreo que obstruían las orillas del río. A pesar de esto, manejó Charlie con tanta destreza los remos y Turnbull el timón que casi sin dificultad pudo atracar el bote al pie de Temple-Gardens.

El parage donde se detuvo formaba una especie de ensenada protegida por el saliente de una casa alta, la mitad edificada sobre estacas y la otra mitad sobre tierra firme. En esta casa era donde se veía el farol de la luz-verde. Tocó el capitán una de las enormes barras que sostenían la bóveda, y hallando un alambre de hierro que remataba en un anillo, tiró de él.

Momentos después, se oyó sobre el bote un ruido igual al rechinar de la visagra de la puerta de una trampa al girar sobre goznes enmohedidos.

—¿Quién está ahí? preguntó una voz con misterio.

—*Compañero*, valiente compañero, honrado y dignísimo amigo Gruff, contestó el capitán; que Dios me condene, sino siento el mayor placer en saludaros! Y cómo se halla vuestra respetable compañera?

Interrumpió á Paddy un fuerte golpe que le dió un fardo pendiente del cabo de una cuerda prendida en el techo de la bóveda.

—Bien, Gruff..... pícaro perro!.... murmuró entre dientes el capitán. No cayeras tú por el agujero de la trampa una noche de niebla como la presente!

Así maldiciendo se apartó á un lado, y sus compañeros desataron el fardo que arrojaron al fondo del bote. La cuerda volvió á subir.

—Esto huele á almizcle, dijo Tom: será el equipaje de algún caballero..... Charlie, asegura bien la compuerta, no sea que la cala se llene.

—La compuerta está bien, Tom, respondió el

remero gordo; y á fé que sentiria verme en la precision de tomar un baño esta noche.

Un nuevo fardo vino en esto á dar ocupacion á los marineros. Volvió á subir la cuerda y otra vez á bajar, y de esta suerte se transportaron al bote cinco fardos.

—Buenas noches, dijo entonces la voz con aspereza.

La cuerda desapareció y se cerró la trampa.

—Voga, Charlie, cisne gordo! exclamó el capitán. La niebla empieza á disiparse..... Buenas noches, Gruff, viejo vampiro, carnicero nocturno, miserable asesino, buenas noches. Pero aqui viene el bote de Whitefriars..... eh! eh!....

—Seis fardos, capitán.

—Bravo! ea, vogad, picaronazos!.... Ahora distinguo el bote de nuestro digno camarada el malvado Mitchell. Eh! eh!....

—Dos paquetitos, mi capitán.

—Dos paquetitos! repitió Paddy con tono de mal humor.

Los tres botes empezaron á bajar el rio, y merced á la marea que los favorecia, bien pronto se hallaron bajo los monumentales arcos de London-Bridge.

La niebla habia disminuido considerablemente á impulsos de una fuerte brisa que se habia levantado con el reflujo.

Ya se distinguia una inmensa multitud de mastiles, formando un espeso bosque, y unidos unos á otros con mil delgadas cuerdas, y en las aguas del rio empezaba á reflejarse la lejana claridad que producia el gas.

—Malo se vá poniendo el negoeio, dijo Turnbull..... la luz de los reverberos del puente nos alumbra de frente. Imposible es que no nos vean.

—Voga, Charlie, voga, monstruo, dijo el capitán. Otro golpe de remo, y nos ocultamos de

tras de la popa de esa fragata de la compañía. Si Dios quiere, llegaremos á puerto de salvamento, y sino.....

Aquí dió el capitan un suspiro, y continuó:

—No habrá mas remedio que bañarse; muy fria debe estar el agua, queridos míos.

El bote dejó el centro del canal que ya se iba iluminando, y se acojió á la sombra de la fragata. Charlie dejó entonces los remos. Estaban á unos cien brazos de distancia de la escalera por donde se habian embarcado. Los otros dos botes llegaron é imitaron el ejemplo del primero. Todos se detuvieron.

—Maulla, Snail, gato maldito, dijo el capitan.

Apenas habia proferido estas palabras, cuando del fondo del bote salió un mahullido agudo y maravillosamente modulado. Pocos momentos despues se oyó partir de la orilla un sordo ladrido.

—¡Maldicion! murmuró Paddy; nos han interceptado el paso. Sin embargo, como ese diablo de Saunie ladra tambien, puede que el ladrido de algun perro sarnoso perdido por las calles, nos haya parecido de Saunie. Snail, mahulla otra vez.

A este nuevo mahullido, contestó un ladrido igual al primero.

—Ya no hay que dudar, murmuró Turnbull; es Saunie. Tenemos al bote de la aduana entre nosotros y las gradas.

—Pícaros guardas! añadió Paddy. Como si nosotros fuésemos los que hacemos el contrabando! Vamos, muchachos, es preciso virar, y procurar tomar tierra mas arriba del puente..... Por fortuna la brisa vá cediendo, y la niebla vuelve. Remad cuanto pudiéreis.

Los tres botes se movieron á la par; pero en el momento en que el de Paddy salia de la oscuridad, una masa negra dobló la proa de la fragata de la compañía.

—Ha del bote! gritó una voz con tono imperioso.

—Vira, Tomy..... voga, Charlie, dijo el capitán en voz muy baja.

Cedió el bote á los combinados esfuerzos de los marineros, y ya tocaba á la orilla, cuando un pesado garfio mordió su borde y detuvo su marcha.

—Voto al diablo! Cortarlo, compañeros, dijo el capitán.

—Tomy sacudió con todas sus fuerzas un terrible hachazo.

—Es una cadena, murmuró con rabia.

—Ha del bote! repitieron de nuevo.

Nadie contestó.

La cadena que tenía el garfio que sujetaba al bote se estendió, y aquel fué atraído con violencia hácia el buque negro, que no era otra cosa que una falúa del resguardo.

Entonces el capitán sujetándose el sombrero, y colocándose el baston en la cintura, dijo:

—Escuchad! Cargue Satanás conmigo, si tenia intenciones de bañarme esta noche. Charlie, preveniente..... cárgate sobre el resorte..... Tu, Tomy, larga la amarra..... y..... sálvese quien pueda.

El golpe fué teatral.

De repente se abrió el fondo del bote y fardos y hombres desaparecieron debajo del agua: el garfio de la aduana solo atrajo un casco desfondado. Los otros dos botes, aprovechando este momento de confusion, ganaron el desembarcadero, saltando sus tripulaciones en tierra, casi al mismo tiempo que llegaban sus compañeros los del esquife Almirante.

—Fria, fria está el agua, ó el diablo me lleve! dijo el capitán al subir el primer escalon de la grada.

No habia perdido ni el baston ni el sombrero.

Por lo que hace á uno de sus dos camaradas de baño, Snail, despues de sacudirse como un perro que acaba de salir del agua, maulló: en seguida se abrigó con la capa de Saunie. Este ladró.

Los demas cargaron con los fardos, dirijiéndose por las sombrías y solitarias callejuelas del barrio de la Torre, teniendo cuidado de no pasar por enfrente de la aduana.

El capitan Paddy O'Chrane, se dirijió con la mayor lentitud á su casa. Allí se puso otra casaca azul y otros calzones de ante, dirijiéndose en seguida á la taberna de las Armas de la Corona.

Al entrar el capitan en la sala, tenia lugar otra escena violenta, igual á la que ántes manifestamos, entre Mistress Burnett y su criada Susana. Solo oponia ésta á las ruidosas y groseras demostraciones de su ama una calma, que se asemejaba mucho al desprecio. Sin duda no era la paciencia la virtud que mas resplandecia en Mistress Burnett, porque irritada, alzó la mano y descargó una brutal bofetada en el rostro de Susana.

—Diablo! dijo Paddy entre dientes; esto vá á ser causa de que se retarde mi grog.

El ciego no se habia movido de allí en todo el tiempo que duró la escursion náutica que hemos descrito, habiéndose hecho servir otro vaso de vino con azúcar. Seguramente oyó el ruido del golpe, porque se agitó sobre su asiento, alargó el cuello, y su semblante hasta entonces indiferente, se animó escitado de la mayor curiosidad.

—¿Qué demonio de muger es esta? dijo en alta voz.

Tambien Susana habia experimentado una agitacion terrible. Contrajéronse sus lividas faccio-

nes, y un fuego sombrío brilló en sus ojos: su fuerte natural se reveló contra el ultrage, y por un instante se hubiera creído que iba á tomar una cruel venganza: su cuerpo flexible y fornido al mismo tiempo se contrajo como el de una jóven pantera, dispuesta á arrojar sobre su presa.

—Bueno! bravo! dijo el capitán para sí: apuesto un chelín contra seis peniques á que mi digna amiga vá á llevar su merecido. No sería del todo malo que así sucediese.

Lo mismo se imaginó Mistress Burnett, porque se puso á temblar, y una mortal palidez reemplazó el rabioso encarnado de sus mejillas. Pero Susana contuvo su despecho y cruzó los brazos con aire de solemne desprecio. El ciego suspiró como para desahogar su pecho.

En seguida, sin proferir ni una palabra, atravesó Susana con paso lento el salón y salió á la calle. Tirrel arrojó sobre la mesa *una corona* y salió á tientas sin pedir la vuelta.

—A fé mia, dijo Paddy, que os habeis librado de una buena, mi apreciable amiga. Por lo que toca á Suzy, no le faltará donde recogerse esta noche, gracias á ese diablo de Tirrel... que no quiera Dios se rompa la cabeza contra una esquina.

Al salir Tirrel oyó unos ligeros pasos en dirección á Tames-Street, y al momento emprendió su marcha por la que aquellos le marcaban.

Caminaba Susana, con pasos firmes que se dejaban oír en el suelo á intervalos regulares. Conociase que su marcha era pausada. La débil luz que despedían los reverberos prestaba á sus formas una belleza casi fantástica. Tirrel la seguía, y como si un misterioso instinto hubiese iluminado las tinieblas de sus ojos, ya no andaba á tientas. Así que hubo salido de la calle baja del Támesis, siguió Susana el camino que tomaron

los marineros: al entrar en la callejuela que vá al rio, la alcanzó Tirrel que habia apresurado el paso, y con muestras de grande interés, le preguntó:

—¿A dónde vas, hija mia?

—Al Támesis, contestó Susana, sin detenerse y sin acelerar el paso.

Era la primera vez que la oia Tirrel. Su voz grave y apacible, y á la vez sonora y triste, convenia con la espresion de su rostro....

—Al Támesis! repitió Tirrel, acaso quieres morir?

—Sí; quiero morir, contestó Susana.

—¿Quieres morir? ¿Y por qué? hija mia, responde.

—Porque no concibo esperanzas para el porvenir, ni tengo un hogar para el presente.

—¿Y si yo te diera un hogar, Susana, y te volviera tus esperanzas?... Yo puedo hacerlo.

Susana continuó su camino, diciendo:

—Tantos me han dicho lo mismo! Pero querian que me vendiese!.... Quizas vos querreis lo mismo..... No..... yo no me vendo.....

—No, Susana, yo no quiero eso..... Dios me libre!

—Yo adoro á un hombre, le contestó la jóven casi maquinalmente, y hé ahí por lo que no me vendo..

—Y es solo por eso? preguntó Tirrel admirado.

—Sí, solo por eso, contestó la jóven con sentimiento.

Ya estaban cerca de las orillas del Támesis, cuando Tirrel la cogió por el brazo, y con una espresion de vehemente curiosidad le dijo:

—Susana, no te avergonzarias de venderte?

—Avergonzarme! No.

—¿Qué es lo que te ha enseñado tu madre? le preguntó Tirrel, cada vez mas admirado.

—Nada..... Mi madre me abandonó en la cu-

na, y mi padre que era judío fué ajusticiado en Tyburn por un robo.

—Nada, pues, sabes.....

—Sé vivir, respondió Susana, y animándose de repente, añadió con voz muy dulce.

—Ah! Mi padre era rico..... muy rico..... yo aprendí á ataviarme, á bailar, á cantar, á hablar los idiomas que se hablan en el continente....

—Susana, es verdad lo que dices? interrumpió Tirrel.

—Voy á morir! exclamó la jóven con delirio.

En este instante la débil luz de un farol de una casa inmediata, vino á iluminar vagamente los rostros de los dos actores de esta escena. Las hermosas facciones de Susana habian vuelto á recobrar su melancólica impassibilidad; al contrario, los ojos de Tirrel brillaban de un modo extraordinario.

—Y si yo, pobre niña, te volviese la vida que pasabas al lado de tu padre? la dijo el ciego.

—Aquella vida!.... la vida de aquella época!.... murmuró la jóven.

—Si, yo te la devolveré.

Vaciló un instante Susana; pero de pronto, desprendiéndose de Tirrel, salvó la distancia que le faltaba para llegar al río, diciendo:

—Son tantos los que me han hablado de ese modo! No, no, mi corazón y mi cuerpo pertenecen á él solo.

—Yo no te pido, niña, ni tu corazón ni tu cuerpo: soy ciego!

Ya se balanceaba Susana en equilibrio sobre el agua, cuando llegaron á sus oídos las últimas palabras de Tirrel.

—Ni mi corazón, ni mi cuerpo?.... Ciego!.... ¿qué quereis de mi entonces?

—Tu voluntad.

Dobló Susana su hermosa cabeza sobre el pecho,

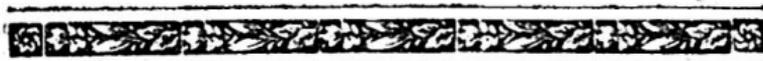
—Un día, dijo murmurando, caí casi muerta de fatiga y de cansancio á la puerta de la casa de esa muger que me acaba de maltratar. En cambio de mi libertad me dió pan..... nada mas que pan!.... Aun puedo servir.

—Aceptas, pues, le preguntó Tirrel?

—¿Qué recurso me queda?

Entonces Tirrel sacó de su faltriquera una bolsa, y presentándosela á Susana, le dijo:

—Escucha bien lo que voy á decirte. Yo te compro, no para mí, que nada valgo, sino para una asociación terrible y fuerte. Te conozco mejor quizas que tú te conoces á ti misma, y sé cuanto puedes..... Te encargo que esta entrevista sea un secreto..... Fidelidad, pasiva obediencia, es lo único que se exige de ti. Esta noche quedas libre para hacer lo que te parezca. Pero mañana al medio día, llega y llama á la puerta que indica esta targeta: la puerta se abrirá; entrarás y mandarás como señora, porque esa casa..... será la tuya..... A Dios, Susana, nos volveremos á ver.



CAPITULO SEGUNDO.

Una colecta en la iglesia del Temple.



asi al mismo tiempo que el buen capitán Paddy se escapaba por medio de una zambullida de la persecucion del hote del resguardo, Stephen Mac-Nab, natural de Escocia, médico de profesion y de veinte y cuatro años menos dos meses de edad, daba el brazo á sus dos primas, caminando en direccion á la iglesia del Temple, donde, segun costumbre, iban todos los primeros domingos del mes, para oír el sermón del reverendo John Butler, y cantar los salmos.

La mayor de ellas se llamaba Clary y la me-

nor Ana. Su padre era juez de paz del condado de Dumfries, tenia su asiento en Lochmaben y se llamaba Argus Mac-Farlane.

Las dos hermanas eran jóvenes y lindas, hasta el punto de llamar la atención. Su aspecto traía á la memoria aquel grabado en que Thompson ha copiado con tanta naturalidad y maestría, una de las mas encantadoras creaciones del gran novelista: Minna y Brenda Troil. Sin embargo es menester advertir que no tenian aquella hermosura nebulosa é indefinible de las virgenes del Norte: eran dos virgenes de la Escocia meridional, llenas de gracias, y marcado en toda su persona el tipo de la civilizacion. Glary, á semejanza de Minna, tenia la mirada mas arrogante, la frente mas altiva, y una sonrisa mas melancólica. Por el contrario Ana, á la vez tímida y alegre, conservaba aun en su fisonomía todas las impresiones de la primera edad: solo veía por do quiera felicidad y alegría, y el porvenir se le presentaba tan risueño como lo presente: ningún pensamiento triste habia cruzado por su imaginacion, y sus ojos grandes y negros brillaban y reian al través de las largas pestañas de color castaño, que sombreaban sus párpados. Últimamente, no conocia el dolor, y si alguna vez una lágrima se desprendia de sus hermosos ojos, no era por cierto de amargura, ni dejaba en la mejilla ninguna señal de quebranto. Ana era como Brenda.

Las dos habian sido educadas en las entusiastas ideas de la devocion escocesa. Asi, pues, su principal, y casi única obligacion, era el orar: hasta entonces la religion llenaba su vida. A la época á que nos referimos vivian con su tia, madre de Stephen Mac-Nab, escocesa tambien y piadosa como ellas. Su casa era solo frecuentada por algunas buenas y caritativas mistress, y por el reverendo John Butler, que habia concebido há-

cia las dos hermanas un afecto verdaderamente paternal.

Stephen, era un buen jóven, que despues de haber estudiado por espacio de cinco años la medicina, ejercia su profesion en Lóndres, en expectativa de que el Real Colegio lo admitiese en su seno y lo contase en el número de sus doctos agregados. Vestia con elegancia, sin merecer la notá de pedante: jugaba regularmente al Whist, y no se mostraba infatuado con los conocimientos adquiridos en su ciencia. Quería mucho á sus dos primas; á Clary con amor, ó al menos asi lo parecia, y á Ana con una verdadera amistad; pero estos dos sentimientos permanecian aun ocultos, para que él pudiese explicarlos terminantemente. El definirlos nosotros es porqué preveemos su resultado; pero es seguro que Stephen no hubiera podido entonces decir otro tanto.

El domingo de que hablamos, por estar algo indispueta mistress Mac-Nab, quedó al cuidado de Stephen acompañar á la iglesia á sus dos primas. Orgullosa con ser el protector de estas dos encantadoras criaturas, bajó gallardamente las gradas de Cheapside, mostrando en su porte y en su rostro lo satisfecho que estaba. Clary iba silenciosa y pensativa, sonriéndose algunas veces casi maquinalmente ó por condescendencia á los chistes de Stephen. Ana, alegre y risueña como siempre, escuchaba con todos sus sentidos, juzgando para si que su primo era el hombre de mas talento que hasta entonces habia conocido.

Al paso que se acercaban á la iglesia, perdía Stephen algo de su alegría. Cinco años de universidad, habian apagado algo su primitivo ardor de devocion. No se entienda por esto que no era buen cristiano, sino solo que un sermon seguido de muchos salmos no le era muy agradable.

Al salir de Fleet-Street para entrar en Inner-Temple, Stephen exclamó:

—¿Qué cabeza la mía! queridas primas.

—¿Pues qué hay? le preguntó Ana.

—Clary ni aun lo habia oido.

—¿Qué hay? Que he olvidado un asunto de la mayor importancia para mi *cliente*.

Pronunció esta última palabra con énfasis: era el primero que tenia.

—Mañana podeis hacerlo, le contestó Ana.

—Mañana! Quizas sea demasiado tarde.

Movió Clary la cabeza y miró á Stephen sonriéndose. Creyó que su primo habia dicho un *quid pro quo*.

—Esto es encantador, dijo.

Stephen la miró con sorpresa.

—¿Qué encuentras de particular en esto, Clary? dijo Ana: Stephen dice que tiene que hacer una cosa de importancia... Nos quedaremos solas.

—¿Y qué le hace?... Luego vendrá por nosotras.

—Seguramente, dijo Stephen, concluiré pronto.

Llegaron al pórtico de la iglesia: Ana soltó con disgusto el brazo de su primo y entró. Clary la siguió y Stephen se quedó en la puerta. En aquel momento varias ideas le asaltaron.

—Clary tiene unas distracciones muy singulares, decia para si. ¿Qué poco cuidado le ha dado que yo me haya ido?... ¿Si yo entrase ahora?...

Aunque el lector no forme la mas favorable opinion respecto de Stephen Mac-Nab, personaje que en la relacion de estos sucesos ha de desempeñar uno de los papeles mas notables, nos vemos en la triste precision de confesar, que todo cuanto acababa de decir á sus primas era una mentirilla á favor de la cual pensaba sustraerse de oír el sermón del reverendo John Butler, habia hecho mal; pero es necesario que se le di-

simulé algo á los médicos de veinte y cuatro años menos dos meses. Sin embargo, aunque habia pensado pasar el tiempo del sermón en casa de algun amigo, ó bien jugando una partida de villar ó haciendo cualquiera otra cosa, la distraccion de Clary le hizo olvidar su primer proyecto: así fué que al cabo de corto rato atravesó el pórtico, y pasando por detras de las columnas del coro, se colocó en un sitio, donde sin ser visto, podia espiar fácilmente los movimientos de las dos hermanas.

Tampoco era esto bien hecho: pero habian ya mediado algunas palabras respecto á un matrimonio entré Stephen Mac-Nab y una de sus primas, á su eleccion: por lo tanto ya tenia el derecho de observarlas cuanto quisiese.

A pesar de que Temple-Church habia estado todo el dia lleno de gente, en aquella hora no quedaba en la iglesia mas que el pequeño rebaño del reverendo John Butler, compuesto casi en su mayor parte de mugeres. Esta reducida congregacion se ocupaba en el oficio de la tarde en el coro, pues Temple-Church, uno de los monumentos mas antiguos de arquitectura gótica que existen en Lóndres, tenia la aparicion y distribucion de una iglesia católica.

Nada vió Stephen en un principio que llamase su atencion: al parecer las dos jóvenes, arrodilladas en medio de unas cuantas mugeres, estaban embebidas en la oracion. Desde un pequeño púlpito el reverendo John Butler, recitaba un salmo, que los asistentes repetian en coro. Calló al fin el ministro, y un profundo silencio, durante el cual cada uno se recogió en sí mismo, siguiendo su oracion mentalmente, sucedió al murmullo producido por la necesidad de repetir en coro las palabras del sacerdote. Despues todos se pusieron en pié.

Entonces pudo Stephen, ver el rostro de las dos hermanas. Ana ántes de sentarse de nuevo para escuchar otra vez la lectura, dirigió á sus compañeras una ó dos benévolas sonrisas; pero Clary no siguió su ejemplo: su mirada indiferente y fría se fijó en la columna en que Stephen se hallaba apoyado, y en aquel instante un violento estremecimiento recorrió todo su cuerpo, dobló la cabeza sobre el pecho y una mortal palidez ahuyentó los colores de su mejilla.

— ¡Qué torpe soy! dijo para sí Stephen. Sin duda me ha reconocido.

Y por un movimiento instintivo se ocultó. A poco volvió á asomar la cabeza.

Clary permanecía en la misma actitud que la dejara un momento ántes, y no obstante que el ministro había empezado ya el sermón, no se había sentado. Parecía que una fuerza superior sujetaba todos sus miembros, y su mirada penetrante y de fuego no se apartaba de la columna.

— ¡Qué extraño es todo esto! murmuró Stephen: nunca la he visto mirar de esta manera.

Por segunda y tercera vez repitió Stephen su inquisitiva acción, y á la última acabó por preguntarse, lo que otro cualquiera hubiera hecho desde un principio.

— ¿Si me mirará á mi?

Para asegurarse dió una rápida vuelta á la columna, y se encontró á un hombre apoyado en ella, como él acababa de estarlo. Este hombre tenía los ojos cerrados, y vagaba en sus lábios una leve sonrisa.

Al verlo Stephen se estremeció y palideció á su vez: echó una mirada rápida á Clary, pero estaba ya sentada y con la espalda vuelta: en cambio Ana le contestó con otra mirada que quería decir:

— Me alegro que hayais dado la vuelta tan pronto.

Entonces sintió Stephen en su corazón una agonía profunda, la primera tal vez que había experimentado en su vida. La conciencia, ese libro interior del alma, que solo ojea el hombre en las grandes circunstancias, y siempre para buscar en él su defensa, le presentó de pronto en caracteres legibles una palabra, á cuyo conocimiento perdió aquella indolente tranquilidad, producto de la ignorancia de si mismo. Clary, á quien hasta aquel momento había solo amado por distracción, por decirlo así, Clary se le apareció como el único objeto de su vida, y como la única criatura cuya posesión podía hacer su felicidad en la tierra. Ya no quedaba lugar á la duda: ni un pensamiento para Ana, ni la más remota idea de que algún día pudiera esta reemplazar en su amor á su hermana. Amaba á Clary, un momento antes lo ignoraba, pero ya lo sabía, y ya un abismo lo separaba de aquel momento. Su frente quemaba, su corazón se agitaba con violencia, sus ojos se anublaban, y más de una lágrima pugnaba por deslizarse de ellos.

¿Y por qué este amor oculto hasta entonces y de cuya existencia apenas daba indicios, acababa de revelarse de un modo tan violento y repentino?

Porque toda pasión duerme, cuando el objeto por quien se concibe se puede alcanzar con solo estender la mano: porque solo se conoce el valor de una cosa cuando se pierde. Y Stephen acababa de decirse:

—No es á mí á quien miraba.

Este descubrimiento terrible lo anonadó: en vano hizo un esfuerzo para dominarse, mas su naturaleza fué más débil que su razón, y solo tuvo valor para clavar una mirada llena de odio al hombre á quien creía su rival, declarándole

en su interior una guerra á muerte.

Por lo que hace á éste, ni aun sospechas concibió siquiera de lo que pasaba; sus ojos continuaban cerrados y en su boca se notaba aun su sonrisa primitiva. Tentado estuvo Stephen de cogerle por el brazo y hacerle salir fuera para provocarle y concluir de una vez. ¿Pero qué causa habia de alegar para un desafío? Además, aunque Stephen era lo que se llama un hombre valiente y habia tenido mas de un duelo durante su permanencia en el colegio, su carácter era muy escocez. Para él la espada y la pistola eran medios arriesgados y nada seguros para ventilar un asunto importante. Era de aquellos hombres prudentes y lógicos, que se baten de muy buena gana por una sola mirada; pero que piensan que para reparar una injuria grave no solo no es suficiente medio un desafío, sino por el contrario las mas de las veces irrisorio. En estos casos hacia un argumento digno por cierto de un licenciado de Oxford: fulano me insulta, me agravia en los intereses mas caros de mi corazón; le desafío, me mata y ¿quedará vengado?

Este argumento adquiria mayor fuerza en la ocasion presente, porque el hombre apoyado en la columna, parecia un modelo de destreza y de vigor. Tendria unos treinta años de edad y era alto, elegante y de aspecto aristocrático. Su vestido era de una sencillez estremada, unido á un gusto exquisito. Su rostro marcaba un tipo notable de belleza varonil: una magnífica cabellera adornaba su frente altiva, espaciosa y tersa, si se esceptúa una larga cicatriz que la cruzaba, imperceptible apenas cuando su fisonomía se conservaba tranquila. Sus ojos no podian verse, pero bajo su cerrado párpado no era difícil adivinar el poderío que en ellos residía. Su boca entreabierta por una apacible sonrisa, adornado

el lábio superior por un bigotito negro á la española, dejaba ver dos hileras de dientes pequeños blancos y tan bien unidos, que podian causar envidia á la muger mas linda. Realzabato: do este conjunto de bellas facciones, quizas demasiado delicadas, dos cejas perfectamente arqueadas que prestaban al todo un aspecto de firmeza y de altivez. Reclinado contra la columna con el mayor abandono, parecia embelesado gozando dulces y alegres ensueños, y su fisonomia revelaba á cada instante una série no interrumpida de fugitivas y agradables sensaciones.

Largo rato le contempló Stephen con despecho. No ignoraba que él tenia buena persona, pero temió que pudiesen hacer un paralelo entre la suya y la del arrogante extranjero, á quien los celos le presentaban mas perfecto de lo que era en realidad. Aquel hombre indolentemente dormido, tomaba á sus ojos unas proporciones extraordinarias, fatales: era uno de aquellos seres que aparecen espresamente en las novelas para poner en riesgo las virtudes mas inespugnables: era, en fin, el mismo D. Juan, y aun no está probado que el D. Juan hubiese tenido unas patillas tan bien formadas y seductoras.

Bien hubiera querido Stephen hallar en el desconocido alguna falta que lo rebajara á sus ojos; por desgracia, no habia visto la cicatriz que le atravesaba la frente, porque para que se percibiese era necesario que aquella frente se enrojeciera á los esfuerzos de alguna pasion momentáneamente escitada, y en este momento la tenia pálida y tersa como la de un niño. Al fin recurrió á los ojos cerrados, figurándose los rogizos y remellados; y fijándose en esta idea, dejándose llevar de una vana esperanza, se frotó la mano con contento, exclamando:

—Quizas sea bisco.

Esta consoladora idea lo calmó algun tanto, y como el sermón tocaba á su fin, se alejó de aquel sitio para ponerse en otro donde poder observar con mas comodidad la conducta de Clary en el movimiento que debia tener lugar entre los congregados.

No bien habia ocupado su nuevo sitio, cuando todos los congregados se pusieron en pié: el alma de Stephen se trasladó á sus ojos.

Al levantarse Clary dirigió una segunda mirada á la columna, pero tan penetrante, tan detenida y tan llena de fuego, que Stephen hubiera dado por haberla obtenido igual la mitad de su vida. Entonces quiso ver como correspondia á ella aquel soñoliento personaje.

Cosa rara! el desconocido continuaba en su sueño; ni siquiera habia abierto los ojos: Stephen se sintió profundamente humillado.

—Ni aun la mira, exclamó lleno de rábia: no es él, no es ella la que lo ama! y este hombre me ha vencido sin saberlo!

Esta conclusion debia por fuerza herir el amor propio de Stephen; y fué tanto su sentimiento, tan insufrible el martirio que le causó, que en aquel momento tuvo envidia de los héroes de *Surrey-Theatre*, que siempre llevan en sus bolsillos puñales para suicidarse en un apuro.

Un suspiro hizo agitar el pecho de Clary, que se volvió hácia el altar. El ministro entonó un salmo, y su voz bronca y desapaçible quedó confundida entre el coro de voces frescas y puras que lo repitieron.

Esta melodía produjo su efecto en el desconocido: su sonrisa se manifestó mas agradable; y su fisonomía espresó un vago entusiasmo. Stephen lo miraba sorprendido. Continuaban las entonaciones del salmo, y su melodía aumentaba por grados el éstasis del desconocido, que pa-

recia anegado en un mar de delicias.

En este momento una voz dulce se hizo oír detras de Stephen.

—Para nuestros pobres enfermos!

Volvióse y vió á Ana que traía la bandeja de la demanda; moda que ha vuelto á introducirse en algunas congregaciones protestantes.

En medio de su desgracia se creyó Stephen con el derecho de obrar como un loco: en su consecuencia metió la mano en el bolsillo, y arrastrado por un exceso de prodigalidad incalificable, echó una tras otra dos coronas, que cayeron en la batea.

Una graciosa sonrisa mereció en premio de su generosidad.

Hecho esto, Stephen se irguió y respiró con mas desaogo: luego echó una mirada de triunfo á su rival.

Al menos, dijo para sí, te aventajaré en esto, aborrecible desconocido.

Ana se detuvo tambien delante de aquel hombre.

—Para nuestros pobres enfermos! volvió á repetir.

Estremecióse el desconocido; entreabrió los ojos, y al ver á Ana retrocedió un paso y se llevó la mano á la frente, como el que se cree juguete de una ilusión. Ana, avergonzada iba á retirarse, pero él la detuvo con un movimiento lleno de gracia y delicadeza, y sacando de un bolsillo una rica y primorosa carterá, puso en la batea un billete de banco de diez libras, acompañando esta accion con un respetuoso saludo.

Stephen cerró los puños con fuerza, y apretó los lábios con ira. Habia visto perfectamente escrito en caracteres góticos en una esquina del billete la palabra *ten* (diez).

—El, diez libras! y yo solo diez shelines! dijo para sí.

Ana se refirió y el desconocido la siguió con la vista mientras continuaba la colecta. Así que la vió confundirse entre la multitud, varió de posición y echó á su alrededor una mirada, que vino á parar indiferente y fría donde estaba Stephen. Este lo miró y exclamó con sentimiento:

—Tampoco es bizco!

Después añadió:

—Diantre! ¿Dónde he visto yo esta cara?

Pero por mas que dió tormento á su memoria, no pudo traer á ella ningun recuerdo de aquel hombre; al fin se convenció de que solo un vago parecido era la causa de su error.

En efecto, no era bizco el desconocido: al contrario sus rasgados ojos de un azul oscuro, completaban el eneanito de su fisonomía. Su mirada imperiosa manifestaba siempre un pensamiento, al propio tiempo que el esmalte que rodeaba su pupila tenía aquella apariencia, que segun la opinion de Lavater, indica una sensualidad sin límites.

Habia ya anochecido, y á escepcion de la parte en que se hallaba la congregacion, que estaba bien iluminada, todo lo demas del templo estaba en la mas completa oscuridad. El desconocido abandonó el sitio, y se dirigió á pasos lentos hácia uno de los extremos laterales.

Al mismo tiempo se movió con precaucion un hombre mal vestido y de fea catadura, que habia mirado con avidez el billete de diez libras que el desconocido habia dado á Ana. Tomó una direccion opuesta á la que aquel llevaba, de suerte que en su paseo circular debian encontrarse en medio de la nave, precisamente la parte mas oscura y solitaria del Templo.

Stephen que lo observaba, comprendió al momento sus intenciones: habia permanecido en Londres el tiempo suficiente, para conocer que

nuestra civilizacion está tan adelantada, que los malhechores no se arredran por un sacrilegio. Sospechó, pues, que aquel hombre iba á cometer un crimen, quizas un asesinato, y aunque esto, en el caso de ser fundadas sus sospechas, hubiera cuadrado á sus intereses, Stephen era, sino un héroe de novela, á lo menos un hombre de honor y de conciencia, y rechazando todo sentimiento de egoismo; que le hubiera hecho regocijarse solo por un momento de aquel suceso, dejó tambien su puesto, y se internó por la oscura bóveda con ánimo resuelto de prestar al desconocido su franco y leal apoyo, en el caso que lo necesitase.

Por su parte éste caminaba á paso lento, deteniéndose de vez en cuando, como si procurase á fuer de inteligente, un parage desde donde pudiese oír, envuelto en la oscuridad, la santa música de los salmos. De paso alzaba la cabeza para admirar las guirnaldas formadas en las bóvedas, que resaltaban por el pálido reflejo de las luces, en tanto que la bóveda estaba sumida en la oscuridad; como tambien la confusa multitud de los altos pilares solamente alumbrados por uno de sus frentes, presentando asi á la vista una estrecha cinta de luz que partiendo del piso se elevaba hasta perderse en la cornisa. A cada paso que daba, presentaban nuevo aspecto, representando una escena mas extraordinaria y sorprendente. Este magnífico diorama, variando hasta lo sumo sus sombríos cuadros, escedia los limites de la mas extraordinaria fantasia. El desconocido no habia hecho, pues, mas que cambiar de objeto de meditacion, y embebido en las delicias que aquella le producía, se olvidaba de sí mismo y del mundo entero.

Por largo espacio le siguió Stephen; pero á causa de la profunda oscuridad de la nave, que

apenas permitía distinguir los objetos, lo perdió de vista, siendo infructuosos los esfuerzos que hizo para volverle á encontrar. Entonces se dirigió Stephen á la estremidad de la otra nave para detener al miserable á quien suponía sacrilegas intenciones, pero no fué mas feliz, pues tampoco pudo hallarlo.

Stephen se encontró en la mayor perplejidad: debería solo por una simple sospecha, quizás destituida de fundamento, interrumpir la ceremonia religiosa, y hacer iluminar la nave, ó bien aguardar á que un grito ú otra señal le hiciese conocer que necesitaban socorro? No hay duda que lo primero era lo mas apropiado para evitar el crimen, pero no se atrevió á ponerlo por práctica, y esperó con agonía febril, creyendo oír á cada momento el grito agudo y dolorido de un hombre herido de muerte.

La música armoniosa, pura y santa de los salmos continuaba elevándose hasta las bóvedas, formando sus ecos melodiosos y dulces y la resplandeciente claridad del santuario, el mayor contraste con el silencio sepulcral de la nave y las profundas tinieblas en que se hallaba sumida: y este contraste se presentaba terrible, imponente á la imaginación de Stephen, al pensar que de enmedio de este silencio y de estas tinieblas podia salir de repente el suspiro de la agonía.

El desconocido, ignorante del peligro, quizás imaginario, que corria, y de la tierna solicitud de que era objeto, llegó á un lugar de la nave, que tenia el pavimento cubierto con gruesas esteras de juncos, y el ruido de sus pasos se perdió enteramente, por cuya razon no pudo Stephen seguirlo. Las notas del canto religioso, interceptadas por la doble barrera de pilares y columnas del santuario, llegaban á aquel lugar moribundas y llenas de melancólica armonía: el ta-

bernáculo resplandecía á su frente, y el crucifijo de mármol blanco parecia despedir de sí rayos de divina luz. El desconocido estaba absorbo; y entregado todo su ser á esta conmovedora poesia, que quizas traia á su memoria los dichosos dias de su juventud cristiana, olvidaba, anegado en dulces fruiciones, los momentos de pesar de una vida quiza demasiado agitada, y quiza tambien culpable. Porque aunque hombre voluptuoso hasta lo infinito, y enteramente entregado á los goces mundanos, podia transformarse tambien, por una hora siquiera, en cristiano, con el fin de saborear las emociones sin fin de un delicioso misticismo; asi como consumaba á veces actos de beneficencia con el solo objeto de diferenciar en sus goces. Sabia gozar de cada cosa y de cada suceso: capaz del bien y del mal, era generoso por carácter, franco, entusiasta por naturaleza, pero egoista siempre, y capaz de vender, si le fuese posible, el universo entero, por disfrutar un cuarto de hora de placer. La energia que otros despliegan para lograr un objeto constante, único y ansiado por mucho tiempo, la prodigaba él en desflorar un goce efimero, en recrearse en una fantasia, y en satisfacer un capricho: cumplido éste, cedia su lugar á un nuevo deseo, empleando otros esfuerzos que salian siempre coronados de un écsito feliz, porque eran poderosos: despues seguia el cansancio y la apatia, y á su vez era esta reemplazada por la mas extraordinaria actividad.

Aunque su vida hasta entonces no hubiese sido mas que una continuada série de pasiones saciadas y de caprichos satisfechos, su corazon habia conservado una virginal sensibilidad. Gozaba del amor á sorbos, como un conocedor bebe el vino. Si por casualidad odiaba, su odio le era perjudicial á sí mismo; aborreciendo esas vengau-

zas salvajes, cuyas heridas se dirijen al cuerpo y se hacen con la punta de un puñal: fuerte como era, pocas ocasiones se le presentaban de aborrecer: los que le conocian le admiraban y le amaban: los que no lo conocian no tenian valor para resistirle y doblegaban su voluntad ante la voluntad de hierro de ese hombre extraordinario.

Este dia su capricho era la meditacion, y á ella se entregaba con toda su alma. No hay duda que al siguiente, al pensar en su felicidad de la vispera, se hubiera sonreido de disgusto.

Los congregados á la oracion acababan de entonar su último salmo: aquella divina armonia iba á extinguirse bien pronto entre las bóvedas, y nuestro desconocido quiso saborearla hasta lo infinito, no apartando la copa de sus lábios hasta apurar la última gota: se sentó en un banco para ver y oír mejor.

Al sentarse le pareció oír un ligero ruido á sus espaldas; pero bien pronto este incidente se perdió entre la multitud de ideas que asaltaron su cerebro. De unas en otras vino á parar en las que mas se avenian á su situacion del momento. La inmensa nave se le presentó á sus ojos bajo un aspecto lúgubre y sombrío, así como los últimos ecos de la música sagrada le parecieron á propósito para ahogar el postrer ay! de la agonia. La oscuridad podia ocultar algunos malvados; y en tanto que en medio de las lámparas y cirios encendidos rogaban á Dios, Satanás podia velar en la oscuridad y guiar los cautelosos pasos y el golpe incierto de un asesino.

Otro ligero ruido, como el roce de un cuerpo que se arrastra sobre una estera, vino á herir de nuevo su oído, en medio de los pensamientos en que la imaginación vagaba perdida: entonces ecsaminó con frialdad su posicion, y por

un movimiento lento, continuo é imperceptible; volvió la cabeza y vió venir hácia él un bulto negro.

—Este tunante, dijo para sí, me ha robado la idea y quiere asesinar-me.

No obstante permaneció en su sitio con la mayor calma: pasados algunos segundos el hombre que se arrastraba, que era el mismo que Stephen habia visto, se levantó, y dió un salto hácia adelante, pero su cuchillo aunque bien dirigido, se quedó clavado en el espaldar del banco: el desconocido habia esquivado el golpe, y cuando el asesino quiso enderezarse sintió su puño tan fuertemente apretado, como si estuviese medido en un tornillo.

—Uf! exclamó, dejando escapar un doloroso gemido: ¡qué mano es esta!

Al mismo tiempo se miraron: sus ojos estaban acostumbrados á la oscuridad, y ámbos se reconocieron.

—Bob-Lantern! murmuró el desconocido.

—Su señoría!.... perdon!.... exclamó el asesino cayendo de rodillas: no os habia conocido.

El desconocido soltó á Bob-Lantern, que con las manos juntas y en ademán suplicante, continuó:

—Mi querido amo, mi buen señor Edwar, con ese vestido teneis un talle como el de una señorita, y no os habia conocido.

—Y es ese un motivo para asesinar en una iglesia?

—Señor, tengo hambre; me socorreis de muy tarde en tarde y cuesta mucho sostener la vida en Londres. Si fuera como en Escocia....

—Silencio! dijo imperiosamente M. Edwar. Qué hacen tus camaradas?

—Casí nada, señor. Cuesta tanto sostener la vida!

—Id á verme mañana y se os socorrerá: però

cuidado con acciones como las de hoy, señor Bob.

M. Edwar se dirigió hácia el trascoro: Bob le siguió con las manos metidas en el bolsillo, y como un perro que acaba de recibir una reprimenda de su amo.

Entretanto Stephen, cansado de sus inútiles pesquisas, había vuelto al lugar donde se hallaban los fieles. Grande fué su sorpresa al ver aparecer al desconocido escoltado por el hombre de fea catadura. A su vista, y conociendo que ningún peligro amagaba al hombre por cuya vida tantos temores había concebido, sus ideas de odio algo amortiguadas, volvieron á recobrar su primitivo vigor, y casi se arrepintió de las inquietudes que había pasado.

M. Edwar, libre ya de toda preocupacion, se detuvo un momento delante de los congregados, y tirando el guante con que había tocado á Bob-Lantern, que éste tuvo buen cuidado de alzar, emprendió la árdua empresa de introducir sus dedos en otro. Mientras tanto descubrió á la hermosa demandante, que se le había aparecido al volver de su meditacion, pero no hizo alto en Clary que no cesaba de mirarlo. Por el contrario Stephen no veía mas que á Clary, y los zelos le hacian hervir la sangre en las venas.

Antes de marcharse M. Edwar se llevó el lente á los ojos.

—Es encantadora, exclamó.

Al mismo tiempo hizo una seña á Bob para que se aprocsimase.

—Ves, le dijo al oido, aquella jóven que está junto al pulpito?

—Veo á muchas, señor.

—La mas bonita es de la que yo hablo.

—Eso es segun los gustos.

—La que está cerrando ahora su libro de oraciones.

—¿La demandante?

—La misma..... Ahora la seguirás y mañana me informarás de cuanto tenga relacion con ella.

—Bob-Lantern, contestó con un signo afirmativo. M. Edwar se retiró, pasando por junto á Stephen, quien le dirigió una rencorosa mirada, que pasó desapercibida. La de Clary le siguió hasta su salida del templo.

Entonces Stephen se dirigió á Bob-Lantern.

—¿Cómo se llama ese hombre? le preguntó.

—¿Qué hombre? dijo Bob, esquivando la pregunta.

—El que acaba de hablaros.

—Ese no es un hombre, contestó Bob con énfasis: es un caballero.

—Su nombre?

—No lo sé.

Stephen sacó de su bolsillo un soberano (1) y lo hizo pasar á las manos de Bob-Lantern.

—Eso ya es otra cosa, dijo éste, poniendo la moneda en seguridad. ¿Quereis saber su nombre?

—Si, dilo presto.

—Pues no lo sé.

Y ejecutando esa especie de reverencia que para dar gracias, acostumbran los perillanes de todos los paises, añadió:

—Dios os lo pague, caballero.

En seguida desapareció.

(1) Moneda de oro inglesa.



CAPITULO TERCERO.



Llegada de un Leon. (1)



En la misma noche en que tenian lugar todos los acontecimientos que acabamos de referir, habia baile en Trevor-House. Lord James Trevor era un gran señor por su nacimiento y fortuna, y habia desempeñado pocos años ántes uno de los mas principales papeles en el gran drama político del mundo: pero desde la subida al poder del ministerio whig, se hallaba retirado de los negocios, y sus salones eran la reunion de las notabilidades del partido Tory. Desde la muerte de su esposa vivia con su hermana Lady Campbell, la cual

(1) Se aplica este epíteto á los que ántes se denominaban dandys ó fashionables.

se había encargado gustosa de la educación de miss Mary Trevor, hija única del conde.

Lady Camphell, aunque hermosa en 1820, en 183' época en que sucede nuestra historia, había perdido gran parte de su belleza, pero no el deseo de agradar. A la verdad, este deseo no se manifestaba del modo que acostumbran las coquetas del gran mundo, por medio de las monadas y melindres, con que nuestros novelistas diplomáticos, que son muy finos observadores, acostumbran revestirlas. No usaba el abanico sino cuando lo necesitaba para hacerse aire, no echaba lánguidas y sorprendentes miradas, ni menos hacía sufrir á sus amigos el martirio de que la acompañasen en el rápido torbellino de un wals. Voluntaria y gustosamente había renunciado de buena fe á toda pretension esterior de juventud, de manera que contra lo que ordinariamente sucede con todas las mugeres de su edad, hubiera sido inoportuno formular contra ella la siguiente acusacion:

—Lady Camphell se envejece!

Esto es una prueba irrefragable, aunque de distinto género, de la eterna verdad de aquella promesa de la Escritura. «El que se humille será ensalzado.»

Pero para hacer olvidar la juventud no basta el manifestar con franqueza que se vá envejeciendo: no basta esto para salvar el escollo de verse espuesta á ser abandonada como un mueble inútil. Lady Camphell había previsto este escollo, pero como piloto consumado le había evitado. Absteniéndose de los placeres de la juventud, los comprendía, los ensalzaba, y en caso necesario sabía también confesar con un modo encantador, lo que ella llamaba sus pesares, de suerte, que se preguntaban que por qué se retiraba tan pronto de ellos: pregunta rara y lisongera!

Lady Campbell, era, pues, en el mundo en que vivía, una muger, cuya edad estaba fuera de la discusión: reinaba en medio de un círculo escogido del que era el idolo y el oráculo; y bien puede decirse que sus adoradores, que eran la flor y nata de los jóvenes elegantes, cualquiera que fuese su edad, no la respetaban, sino la amaban.

No hay duda que este resultado era glorioso, pero tal vez no se debía atribuir todo el honor al prudente manejo de Lady Campbell. Además de su poderosa atracción, tenía junto á sí otro imán cuyo poder fuera injusto no confesar.

Miss Mary Trevor tenía diez y ocho años: era una de aquellas bellezas suaves, pero delicadas y vaporosas, si nos es permitido decirlo así, cuyo tipo se encuentra reproducido con frecuencia en los cuadros de Reynolds, y á veces detras de los vidrios de un coche blasonado ó bajo la noble bóveda de Westminster. Su estatura era alta y se inclinaba ligeramente hácia adelante por su demasiada soltura. Una blancura diáfana y anacarada formaba el fondo de su tez, que algunas veces se animaba con un ligero matiz sonrosado, pero sin llegar nunca á aquel fuerte y brillante colorido, síntoma de vigor y de salud, que los conocedores llaman *frescura*. Lo transparente de su tez se notaba particularmente alrededor de los ojos, donde tomaba un ligero reflejo azul, y en medio de la frente y sobre las sienas donde permitía ver una madeja enredada de venas azules y sutiles: á lo largo de su mejilla caían en ligeros y rizados bucles sus cabellos rubios y sedosos; sus ojos de un azul claro, medio se cerraban con frecuencia, y entonces parecían rodar en un centro húmedo y brillante. Su sonrisa se asemejaba á la de un niño, pero cuando se ponía seria, una trémula y ténue arruga apa-

recia á la estremidad de sus lábios, prestando á su boca una ligera espresion de desden.

Todos estos encantos los debia Mary á la naturaleza: la educacion le habia adornado con otros nuevos. Sabia hablar y callar; á cada nuevo movimiento descubria una gracia que habia pasado desapercibida, y cualquiera cosa que hiciese la ejecutaba bien y á propósito. Tímida, cuanto una jóven debe serlo, é ignorando todo lo que las mugeres no tienen necesidad de saber, habia aprendido á manifestar que dudaba de sí misma, que es lo que constituye la modestia de las gentes orgullosas: tambien habia aprendido á no dudar nunca del valor de otro, á no mentir, sino por una forzada necesidad, y á prolongar su sonrisa hasta que se olvidase la palabra que la hubiese motivado.

Miss Mary era la hechura de Lady Campbell. Débil en lo moral como en lo físico, habia sido en las manos de su hábil tia, como una poca de cera blanda, á propósito para recibir todas las formas. Sobrada razon tenia Lady Campbell para estar orgullosa con su obra, y celosa en demasia del despótico poder que ejercia sobre su sobrina.

Míss Mary era hija única. Su padre, segun unos, tenia treinta mil libras de renta, al paso que otros, aseguraban que el total producto de sus bienes era mucho mayor.

Puede suponerse con fundamento que la heredera de tan pingüe caudal, que aunque pobre hubiera por solo su mérito tenido muchos adoradores, no se hallaria privada de ellos. En efecto, dos años ántes, época en que por primera vez se presentó en el gran mundo, se vió al punto rodeada de una corte brillante y numerosa; pues á la aparicion de un astro nuevo, cada uno por humilde que sea, siente renacer en su pecho la

esperanza. ¡Se ha visto al amor hacer tantos milagros! Sin embargo al paso que el astro se eleva sobre el horizonte, el círculo se disminuye, los humildes se hacen justicia, á menos que no prefieran morir de ternura á una distancia razonada, y solo quedan los fuertes. La lucha se establece entre estos, y seria por cierto un hermoso espectáculo sino fuese tan comun, y no se presenciara, gratis, como sucede, en cualquier salon donde hay una heredera.

Esta lucha tiene su fin: la jóven elige, ó su familia lo hace por ella. Entonces las filas se unen de nuevo; los ambiciosos vencidos se callan, y humildes y fuertes todos llegan á ser iguales: todos participan de los rayos del astro; pues para que éste sea en adelante la propiedad de uno solo, entra el derecho en el dominio de todos.

La existencia de Miss Mary habia presentado todas estas diversas fases; y el fuerte entre los fuertes habia sido un jóven de mediana fortuna, pero descendiente de príncipes, hijo segundo del difunto conde de Fife. Se llamaba Frank Perceval. Miss Mary, ó por decir mejor lady Campbell le distinguió, por cuya razon todos dieron por concluida la batalla: pero de repente apareció un nuevo campeón, cuya presencia hizo empezar de nuevo la lucha, y declararla á su favor.

Preciso es ya decirlo; este campeón era nada menos que Rio-Santo.

Mas de una vez ha inventado la moda estranas fábulas, á las que el vulgo dá cumplido crédito. Para citar un ejemplo, Lóndres y Paris, han creído, no hace mucho, la existencia de aquel ente mitológico, que llamaban M. de Monstrond. Los periódicos hablaban de él; infinitas personas pretendian haberlo visto, unas en las Tulle-riás, otras en los salones del duque de Wellington, otras en casa de M. de Metternich, no fal-

tando quien asegurase lo habia hallado en alguna miserable taberna. Seguia relaciones con todos los diplomáticos de Europa y visitaba á todos los usureros del universo. Y sin embargo todo esto no era más que atrevidas invenciones. Los mejores historiadores y los mas juiciosos críticos ponen en duda la existencia de M. de Montrond y de su fantástico criado, que no era otro sino él mismo. En la *Real sociedad literaria* debe conservarse archivada una curiosa memoria, que ninguna duda dejará respecto á este particular.

Pero todo el mundo ha conocido en 1837 al deslumbrador, al sorprendente, al incomparable marqués de Rio-Santo. Nadie puede haber echado en olvido su magnificencia oriental, y nadie, en fin, ignora que gastaba tres millones cada invierno, quinientos mil francos al mes, y que sin embargo no era un Nabab.

Por desgracia llegó un año: pasó diciembre y enero, sin que Rio-Santo se hubiese instalado en su Palacio de Pall-Mall. Hyde-Park se vistió entonces de luto, y la compañía de baile de Kings-Theatre, ejecutó un paso fúnebre en honor suyo. ¿Se habia muerto? ¿Estaba arruinado? Hé aqui lo que nadie podia decir, lo que nadie habia sabido. Y ¿qué importa esto? ¿Acaso las personas como Rio-Santo, tienen necesidad de vivir mucho tiempo? Pasan en una ciudad, un dia, un año; despues se van, pero su memoria siempre queda. Hay personas que tienen la suerte de manifestarse siempre, y que á su solo nombre bajan las ladíes los ojos y dejan entreveer una melancólica sonrisa.

A pesar de que nadie sabe donde para Rio-Santo, el mayor número cree que volverá. Nosotros no nos hallamos hoy en el caso de emitir nuestra opinion acerca de este punto.

Lo que sí es evidente, que en 1837 llegó Rio-

Santo de Paris en cuya capital habia sido por espacio de cuatro ó cinco inviernos consecutivos el rey de la moda. Entró en Lóndres seguido de un ejército de lacayos y de escuderos, cuyos mas ínfimos caballos valian por tres ó cuatro corceles de los del célebre pseudo-conde de Cambis: tambien le seguian sus jaurias reales y unas cuantas docenas de barones, de tez pálida que infatuados con su mérito traian llena la cabeza de doradas ilusiones.

Por lo general Lóndres no se alborota sino por cosas grandes. Los principes extranjeros, los hijos de los emperadores, pasan allí desapercibidos: los mas afamados cantantes no suelen llamar mucho la atencion. Para causar mucho efecto en aquella sorprendente y civilizada ciudad, se necesita ser *vayadera* ó cuando menos carnero de cuatro cuernos. Rio-Santo no era nada de esto; era un simple marqués, y no obstante, á los tres dias de su llegada en todos los pisos de todas las casas, en todas las calles, en todas las plazas era el objeto de todas las conversaciones. En los palacios de West-End se ocupaban de él; en las tiendas de d'Helborn y de Strand se hacian infinitos comentarios sobre su persona, y hasta en los puestecillos de Bishops-Gate se oia repetir su nombre aunque algo estropeado. En suma, en Sait-James, en Clare-Market, en Richmond y en los chiribitiles de Smithfield, solo hablaban de Rio-Santo.

Y sin embargo, nadie podia lisongearse de haber visto al célebre marqués, de quien todos hablaban. Los tres ó cuatro primeros dias de su llegada á Inglaterra los pasó en la soledad de su magnifica casa de Pall-Mall; pero ¿qué importa esto? En los salones de una y otra aristocracia, habia una porcion de jóvenes lujosamente ataviados, que cantaban sus alabanzas en diferen-

tes tonos, y contaban de él sorprendentes historias. En las reuniones de la clase media, habia tambien otra porcion de jóvenes mas modestos, los cuales se inclinaban al solo nombre del ilustre marqués; y por último, hasta en las tabernas habia solemnes picaros, que entre dos vasos de cerveza, chapurreaban aquel mismo nombre. ¿Y por qué? No sabemos decirlo.

Es sabido que cuando los hombres hablan, las mugeres los soprepujan. De aqui, pues, aquel atronador concierto, que desde el salon, desde la antecámara, desde la tienda y desde la boardilla, enviaba al nebuloso cielo de Londres, el nombre tantas veces repetido de Rio-Santo.

Y de paso cada cual se figuraba á aquel misterioso marqués, segun la inclinacion natural de sus ideas. De él hacian cien personajes distintos. Los maridos, asustados de su nombre y reputacion, esperaban ver la capa roja de Fra-Diavolo ó cuando menos el fieltro con plumas de D. Juan. Las mugeres, prestaban á su desconocido semblante, ese cierto qué de fatal con que la generalidad de los novelistas adornan á los pobres diablós de sus héroes. Las jóvenes lo veian en sus ensueños, con la vista pensativa, frente surcada, nariz de águila y una sonrisa diabólica pero codiciada. Las criadas viejas se figuraban que tenia en cada dedo tres tumbagas de similó, un baston de rinoceronte, y mil otras baratijas, avaluadas en tres mil libras esterlinas.

Fácil es figurarse cuanto contribuiria este misterio é incertidumbre á aumentar el deseo que cada cual tenia de conocer á Rio-Santo. Sin embargo, este deseo no pasaba de cierta latitud social. Las personas de baja esfera se contentan siempre con admirar ciegamente á los reyes de la moda. Cuando un mancebo de una tienda vé por casualidad *al leon* (decimos *el leon* porque

Este monarca es siempre único, y esos personajes á quienes el vulgo prodiga ordinariamente este nombre mas bien parecen miserables perros falderos (que leones) cuando este mancebo, pues, lo vé, pasa sin conocerlo, porque no posee la inteligencia necesaria para apreciar sus temibles perfecciones: por tanto, el deseo de ver á Rio-Santo permanecia aun concentrado en las dos aristocracias rivales, siendo mayor en el alto comercio. Y como si aun no hubiese habido bastantes motivos de ansiedad, la politica entró tambien en juego, empezando á correr cierto rumor vago en los círculos que se suponian mejor informados. Segun aseguraban, Rio-Santo era portador de una mision confidencial y de suma importancia. Verdad es que nadie podia positivamente afirmar el hecho, pero precisamente por esta sola causa el hecho pasó por positivo y materialmente probado.

Tambien habia sus dudas acerca de si serian los whigs ó los torys los que primero recibirian su visita. Treinta invitaciones se cruzaron, firmadas por nombres esclarecidos y que el menor de ellos poseia un palacio y algunos millones. Rio-Santo no se dió prisa á elegir; dejó transcurrir el tiempo conveniente, y una noche, despues de su primera escursion á Richemon, hizo que lo llevasen á Derby-house.

Lady Ophelia Barnwood, condesa de Derby, era viuda de un caballero de la *jarretierre*. Su fortuna hubiera podido rivalizar con la de los banqueros de Thames-Street; tenia veinte y cinco años, y era reputada por la muger mas encantadora de Kingss-Road, que es una calle bastante larga, habitada toda por mugeres muy hermosas.

En el momento que anunciaron á Rio-Santo, la doble fila de señoras que adornaban los salo-

nes de la condesa de Derby, sufrió cierta conmoción. Las que componían la primera fila, las jóvenes, se estremecieron de una deliciosa curiosidad, y las de la segunda, alargaron sus cincuenta rostros de viudas, sobre los frescos palmitos de la primera; del mismo modo que la segunda línea pone el fusil sobre los hombros de la primera para hacer el fuego graneado. Rio-Santo entró. Le encontraron hermoso, es verdad, pero no lo bastante para evitar algunos chichisbeos de desaprobación, respecto de que todo su conjunto no era bastante romántico. No dejaron algunas de admirarse, de que aquel marqués, irreprochable seguramente, pero que nada tenía de extraordinario, hubiese podido robar por espacio de tres años á nuestro compatriota lord S... el cetro de la elegancia parisien: hubieran deseado verle con una corbata que no tuviese igual, con un aire más poético, con un modo de mirar imposible de definir. En fin, la primera impresión no correspondió á la esperanza general. Pero Rio-Santo habló, y el encanto produjo tanto mejor efecto, cuanto que había en contra de sus anunciadas seducciones una especie de anticipada prevención. Las jóvenes ladies sintieron subyugado su corazón con aquella palabra eléctrica, y las de mayor edad, echaron de menos el dichoso tiempo que había pasado para más no volver.

Existe sobre todas las preocupaciones una más estúpida que todas. Se cree que para ser el rey de la moda basta ser rico, hermoso, de talento claro, frívolo de carácter y bastante espiritual para decir lindas cosas; pero se engañan completamente en todo esto. La soberanía de la moda es electiva, y su trono no se alcanza sino por el derecho de conquista. Se ha visto á veces sentarse en él á monarcas desidiosos; ouéntase tam-

bien en la lista de los principes de la moda, nombres que la historia pronuncia con respeto. El primer leon conocido, Alcibiades, no fué un hombre cualquiera. En seguida, y no citamos á muchos romanos elegantes, todos llenos de méritos, encontramos á Clodio y á César. Despues vemos á Francisco de Francia, el rey caballero, á Essex, W. Raleigh, Walpole, lord Byron; y viniendo á nuestros dias, el hombre de Lóndres, el conde d'Orsay ¿no pasa entre las personas que lo conocen, por una de las cabezas mejor organizadas de nuestro siglo?

Desde luego se conoció que Rio-Santo tenia un talento escogido. Sabia murmurar, aunque parezca raro, pero tambien sabia hablar. Su inteligencia fácil y fuerte lo abrazaba todo. Era un hombre grave, y al mismo tiempo brillante. Su elocuencia, sin esfuerzos de su parte, no se veia agotada, y no obstante poseia en alto grado aquel arte, que es el primero de todos: sabia callar.

Al propio tiempo todos quedaron deslumbrados con el fausto real que desplegó: no como un rico banquero, sino como un gran señor; de modo, que al cabo de pocos dias Rio-Santo era en Lóndres lo que habia sido en Paris, el hombre por excelencia, el rey, el idolo de todos.

Por este tiempo, algunas nuevas personas habian hecho su entrada en el gran mundo: todas eran desconocidas, pero de buen nacimiento, con nombres retumbantes, y que se habian presentado con un noble tren. Citaremos entre estos recién llegados al mayor Borougham, sir Paulus Waterfield, el doctor Muller, y el caballero Angelo Bembo. Todos conocian mas ó menos al marqués, á quien unos habian visto en Paris, otros en alguna otra parte; pero al parecer ninguno de ellos lo trataba con intimidad.

La primera querida que , segun dicen , tuvo en Londres, Rio-Santo, fué la condesa de Derby. Hasta entonces lady Ophelia habia gozado de la mas envidiable reputacion. La opinion general, la suponía muger de un gusto estremado, de delicado talento , pero de corazon seco; en fin, una coqueta de las mas peligrosas y de las mas dificiles de atacar. Pero como la coqueteria, cuando se maneja con arte , no escluye nada , se la suponía tambien muger de principios escogidos, de pensamientos elevados, devota cuanto es necesario serlo , y celosa del buen nombre de su difunto esposo, uno de los mas hermosos y nobles de la antigua monarquía. La maledicencia que inventa tantas calumnias, habia respetado á lady Ophelia: ningun lunar habia empañado el terso cristal de su reputacion. Los hombres la amaban y la temian; sus rivales la envidiaban y aborrecian. Pero llegó Rio-Santo, y de pronto la ecsistencia de la condesa se envolvió en un misterio profundo, y las lenguas maldicientes no tardaron en hacerla su presa. Ella hubiera podido defenderse, levantar su velo y manifestarse como otras veces, á todas las horas del dia á la vista de la multitud. Pero era verdad: amaba á Rio-Santo; lo amaba con todo el amor que desde luego inspiraba aquel terrible D. Juan; amor fogoso, jóven, aturdido, sin prudencia.

Rio-Santo la amaba tambien. Pero su pasion era demasiado ardiente para que durase mucho. Puso á los pies de lady Ophelia su corazon que era sincero, su génio dominado un momento, su ser entero, mas que su ser, pués le prometió el porvenir. Y sin embargo, Rio-Santo si no mentía se engañaba. ¡ ay ! esto le sucedia con frecuencia. Se entregaba al amor como aquellos niños que prodigan sus juguetes á sus compañeros de juego, para quitárselos despues. Asi Rio-Santo re-

cuperaba lo mismo todo lo que habia dado al amor. No tenia mas remordimientos que los que tienen aquellos niños de quienes acabamos de hablar; porque obraba siempre de buena fé. Era, como dirian ciertos poetas, una magnífica naturaleza.

Que Dios os libre miss y miladies, de un encuentro con Rio-Santo!!



CAPITULO CUARTO.



El amor viene pensando en él.



or una semana entera toda la sociedad fashionable de Lóndres no se ocupó de otra cosa que del matrimonio de Rio-Santo con lady Ophelia Barnwood, condesa de Derby. Era una pareja igual; y sin embargo el matrimonio no tuvo efecto. Rio-Santo aseguró públicamente que no habia conseguido nada: algunos lo creyeron de buena fé, y otros, por el contrario, se imaginaron que habia conseguido demasiado.

En este tiempo ya Rio-Santo se habia aclimatado en la capital. La superioridad fantástica que le diera la fama desde un principio, habia sufrido la mayor prueba, dejándole digno de toda su gloria. Las tertulias pugnaban por arrebatár-

selo; y las dos aristocracias se disputaban con encarnizamiento su preferencia. Había mugeres hermosas de banqueros millonarios, que se hubieran comprometido muy contentas, tan solo por la esperanza, por cierto fundada, de hacer concebir celos á las orgullosas castellanas de Belgrave-Square. Y en tanto que la rivalidad de los dos circulos tomaba todos los caracteres de una pasion, el marques pasaba tranquilo y sereno por medio de estas profundas enemistades. Frecuentaba á West-End, porque las costumbres del noble barrio acariciaban dulcemente sus ideas é inclinaciones aristocráticas; pero no desdenaba á la Cité ni tampoco, las reuniones del partido wihg. El elepticismo no es malo sino en la pedante y nécia filosofia de nuestros colegios: es una palabra, en verdad, poco graciosa, pero necesaria, y el sentimiento que espresa está en el fondo de todo corazón que quiere y sabe vivir. Entendida como debe entenderse no escluye ni aun aquella lealtad rigida y caballerosa que conduce al hombre á la muerte, solo por el color de una bandera ó el esmalte de un escudo: pero nosotros no pretendemos hablar sino del elepticismo sensual, que busca y acoge la felicidad do quiera que la halle. En este es únicamente donde hay realidad. Fuera de este circulo, y desde el momento que deje de aplicarse al placer, lo decimos de corazón, mal haya el elepticismo. En politica no es mas que falsedad; en las artes tontería, en filosofia debilidad, nada.

Rio-Santo, no era ni miembro del parlamento, ni artista, ni doctor: quiza era otra cosa peor que todo esto, pero á lo menos no habia dado en ninguna de esas tres estravagancias. Para decirlo de una vez, no era nada de lo que es costumbre ser en nuestra sociedad, rotulada como una botica, y esto le daba el incuestionable de-

recho de hacer como la abeja; saltar de flor en flor, y escoger á su gusto sin distincion de clases.

Su oficio ostensible era el ser marques, y marques millonario, abrumado ademas de distinciones: oficio que á nuestro pobre juicio, es el mas gustoso y entretenido que se puede encontrar.

Enumerar aquí los rasgos de sutileza y diplomacia que pusieron en juego los dos campos rivales para atraerle á su partido, es obra superior á nuestras fuerzas. Baste decir que hubo algunas jóvenes ladies que se sacrificaron como verdaderas matronas romanas, y otras de alguna mas edad que combinaron los mas portentosos planes. Por su parte Rio-Santo apreció y pagó en su valor el sacrificio de las primeras, sin darse siquiera por entendido de los planes de las segundas.

Sin embargo, su vida era la mas rigurosamente fashionable que se puede imaginar, y daba despóticamente el tono en todas las cosas. Hasta sus palabras se citaban con una compuncion verdadera, y cuando, por casualidad, nada decia, no faltaban personas caritativas que se creyesen en el deber de inventarlas. Se estaba seguro, hablando de Rio-Santo, de interesar á las mugeres; y de aqui el calentarse la cabeza mas de un seductor jubilado para inventar por su cuenta y riesgo alguna linda historieta, que iba á ensayar, á guisa de ganzúa, á la puerta de todos los gabinetes.

Los favores que se decia habia recibido Rio-Santo del bello secso, escedian los limites de la verosimilitud: pero es preciso creer al menos en su discrecion, porque cada aventura que se contaba, conservaba cierto velo de incertidumbre; tan necesario, por otro lado, al buen écsito de la anécdota; sin que nunca se hubiese podido

aducir una prueba conveniente en apoyo de las murmuraciones de que era el héroe.

Regla general: el leon que aspira al titulo de tirano ó verdugo, no es un leon de ley: es cuando mas, algun cuadrúpedo comun, y quizás un asno disfrazado con la piel del rey de los animales. Rio-Santo era un leon verdadero; el leon más leon que se ha conocido en nuestros dias. Amaba á su voluntad y á escondidas, sin publicarlo, porque las cosas pierden todos sus encantos divulgándolas. El que de otra suerte obre es un necio, y Rio-Santo sin sentar este acsioma, lo tomaba por regla de su conducta, sin conocerlo, porque el bien germinaba en su heróico corazon. No es decir que el mal no tuviese en él su parte; pero solo aquella especie de mal de orgullosa esencia y del que nacen el crimen osado y los mas osados vicios. Pero las bajas inclinaciones no encontraban cabida en Rio-Santo, ni tenia que reprocharse nada que fuese puramente vergonzoso, ó mezclado de infamia ó de ridículo.

Despues de la condesa de Derby amó á otras muchas mugeres, y nos veriamos muy embarazados si intentásemos seguir el hilo de sus calaveradas.

Un dia se encontró á miss Mary Trevor, y pasó por alto las gracias de esta niña: pero Mary se sintió embarazada á la presencia de aquel hombre, cuya extraordinaria nombradía chocaba á sus instintos de tímida debilidad. En otra ocasion volvieron á verse: miss Mary tuvo que cantar, y su voz dulce, si bien de poca estension, llegó á oidos de Rio-Santo como un leve y casi imperceptible ruido; pero á su vez Rio-Santo habló y su metal de voz vibrante y grave afectó el oido de miss Trevor. Y ¿por qué? La débil niña no hubiera podido contestar á esta pregunta.

Por tercera vez volvieron á encontrarse en un concierto que daba lady Ophelia. Rio-Santo estaba aquella noche pálido, y sus miradas vagaban de uno á otro objeto sin fijarse en ninguno. Miss Trevor sentada al lado de su mejor amiga miss Diana Stewar, se hallaba en una sala de juego que aun no habia sido invadida por el batallon de jugadores. Hablaban en secreto de Franck Perceval, que en la actualidad estaba viajando, y que habia sido el compañero de infancia de Diana y el prometido esposo de Mary. Fácil es de suponer lo que hablarían. Allí se hallaba tambien Rio-Santo, apoyado en una columna de medio relieve, casi oculto por su saliente y en disposicion de oirlo todo. Mary vuelta de espaldas hácia aquel sitio, no podia verlo: y creyéndose solas, la conversacion que habia empezado en voz baja, fue insensiblemente tomando cuerpo. El eco de sus voces llegaba á oídos de Rio-Santo, como un murmullo al que no prestaba atencion, entregado, como se hallaba, á sus reflexiones en aquel momento que le dejaba libre la curiosa atencion de la multitud.

Rio-Santo era una de esas personas que no contentas con los multiplicados goces que les ofrece la realidad, buscan en la contemplacion otros nuevos. Asi es, que echaba con frecuencia mano de aquellas potencias cuidadosamente ocultas de su organizacion poética, y mecido por los fantasmas evocados, se dejaba arrastrar de las ilusiones de un hermoso ensueño. Tenia sus dias apropósito para ello, y entre todas las delicias que tocaba con su lábio sensual, esta era la mas apetecida y la mas celosamente aprovechada. Con vivo afan veia aprocsimarse la hora de su éstasis voluptuoso, y entregándose abiertamente y con toda su alma á estos goces de la imaginación, hallaba en el fondo de ellos aquel

encanto indefinible, que las cosas materiales no pueden proporcionar.

No es fácil el creer que Rio-Santo escogiese, por lo regular el bullicio de una fiesta para entregarse á sus ilusiones. Sin embargo, en este momento no eran incompatibles la orquesta y su contemplacion. La música le conducia á los más recónditos senos del encantado palacio de su imaginacion, á donde no puede penetrarse en el silencio. Sus ensueños eran recuerdos voluntarios: la música los evocaba alegres y brillantes, y entre ellos se deslizaban como dulces sombras las vagas memorias de un amor que hiciera latir su corazon por primera vez al comunicarle su ardiente soplo, cuando vivia en medio de la indiferencia, hija de los años juveniles.

Rio-Santo pensaba, y pensaba en sueños de amor. Y en aquel punto lejano, que el éxtasis presenta á los ojos del alma, veía una jóven de cabellos rubios y brillantes como el oro, confiada, tierna y tímida que le dirijia una mirada de ángel. En este momento la orquesta acompañaba una melodía compuesta sobre uno de aquellos motivos sencillos y tiernos, que llegan al alma y la conmueven, que los inspirados bardos de la lozana Irlanda, saben encontrar en medio de la aridez de aquella naturaleza selvática. Sin duda aquel aire tenia una relacion directa con la jóven del ensueño, porque el rostro de Rio-Santo manifestaba el encanto que en él causaba aquella melodía; y al cubrir la orquesta con sus últimos acordes las vibraciones de la voz del canto, una lágrima corrió al través de las largas pestañas negras de su párpado medio cerrado.

—Mary! murmuró, mi querida Mary!

—¡Pobre Mary! exclamó al mismo tiempo miss

Diana Stewart. Despues dando una pequeña cajada añadió:

—¿De veras le quieres mucho?

Al nombre de Mary, abrió Rio-Santo los ojos, y su mirada se fijó en el gracioso perfil de miss Trevor. Los hombres, cuya imaginacion sin freno ni regla tiene por costumbre vagar á merced de su capricho, pueden ver un mismo objeto bajo distintas formas, aunque sean enteramente opuestas entre sí. La impresion del momento, cambia, por decirlo así, el espacio á través del cual miran los objetos. Entre su pupila y lo que ven se opera cierta refraccion misteriosa, que puede embellecer la fealdad y áfeár la hermosura. Rio-Santo habia visto ya á Mary, no obstante en aquel momento creyó la veía por primera vez. Quizá la graciosa sonrisa de miss Trevor, halló acogida en el ensueño de Rio-Santo; quizás alguna semejanza, unida al nombre de Mary, vino á completar su ilusion. Bien por esta ó por cualquiera otra causa, sintió latir su corazon con violencia, y salir al encuentro de aquella encantadora criatura, que tan á tiempo daba vida á sus fantasias. Fijóla, pues, con una mirada, como si fuese una presa próxima, y alentado por el buen écsito de sus conquistas anteriores, ni siquiera se ocupó de los medios necesarios para el triunfo.

Miss Trevor vaciló algo ántes de contestar á la pregunta de Diana.

—Desde su partida me hallo triste, dijo por último, y aguardo su vuelta con impaciencia.

Rio-Santo saboreó muy despacio la armonía de esta voz, que la vispera ántes habia despreciado. Admiró su dulzura y hasta la debilidad de su voz le encantó, porque fué á buscar en un rincón de su memoria una cuerda que hacia algunos años descansaba, y que una nota olvida-

dá habia hecho de nuevo sonar y vibrar.

Entonces se movió de su puesto. Miss Trevor se volvió y se puso encendida, juzgando que su respuesta habia sido escuchada; y sobrecogida por el terror que la primera vista del marqués le habia inspirado, se estremeció de pies á cabeza, y se agarró fuertemente del brazo de Diana.

—Ven, dijo, prontamente; y arrastró consigo á los salones del concierto á su admirada amiga.

—¿Habia alguna serpiente detras de tu sillón? le preguntó en broma miss Steward.

—Habia un hombre, murmuró Mary.

Diana se volvió y descubrió la mirada ardiente de Rio-Santo que seguia á su amiga. Este suceso ahuyentó toda su alegría.

—¿Cómo te mira! dijo con espresion celosa y natural. Desde su pupila hasta tí, corre un rayo de fuego.

Mary tembló mas todavia al escuchar estas palabras.

Rio-Santo dejó su columna, y sentándose en el sillón que hacia un momento ocupaba miss Trevor, permaneció alli hasta que el tropel de jugadores invadió la estancia.

—¡Pobre Mary! dijo al levantarse; nunca he amado asi.....

Pocos días despues, Rio-Santo fue presentado á lady Camphell y á lord Trevor. Lady Camphell previó desde luego que su importancia en el gran mundo iba á aumentar notablemente; y no se engañó. Trevor-House se puso de moda. Todo el mundo solicitó ser introducido en aquella sociedad, siendo los primeros en pretender este honor aquellos jóvenes que habian llegado á Lóndres al mismo tiempo que Rio-Santo. Era imposible negárselo, porque el mayor Borrougham, el doctor Muller, sir Paulus Waterfield y el hermoso caballero Angelo Bembo no eran

personas á quienes se podía dar con las puertas en la cara; así es que fueron recibidos con la mayor amabilidad.

Estos, por su parte, desde el momento que entraron en Trevor-House rodearon á lady Campbell, y le hicieron una corte asidua. No se puede decir que entre los cuatro existiesen otros lazos que los superficiales y de pura ocasion que con tanta facilidad se anudan en el mundo; pero, si, que marchaban de acuerdo para realzar en presencia de lady Campbell, todo cuanto tenia relacion con Rio-Santo; pero quizá sería esto casualidad.....

¡Oficiosidad inútil! Rio-Santo no necesitaba de ayuda. Mientras mas espiritual era una mujer, menos probabilidades habia de que escapáse á las seducciones de su talento; y como, ya creemos haberlo advertido, lady Campbell no cedia á nadie en discernimiento delicado y escogido, se vió, por esta razon, mas prontamente subyugada. A los pocos dias era mirado Rio-Santo como un amigo de la familia, y al mes ya no se veia sino por sus ojos; y como lady Campbell era la cabeza en la casa de su hermano, todos los de ella, hasta la misma miss Trevor, experimentaron, cual mas cual menos, la influencia del afortunado marqués.

Sin embargo, y en honor á la verdad, debemos esponer, que este no obró directamente sobre miss Trevor, pues lady Campbell fue la que se tomó el trabajo, sin que él lo entendiera, de solicitar el herido corazon de su encantadora sobrina. Lady Campbell no podia admirar en silencio las perfecciones del marqués: su amistad y su adhesion respiraban por todos sus poros, necesitaba hablar. Por esto, hacia que su sobrina viese en el marqués un objeto de estudio, un tema de análisis y un tipo que cono-

cido completaría su ciencia de mundo. Es bueno, le decía, bueno aunque elevado, por lo que su bondad constituye una cosa sublime; y obra el bien, siendo tan poderoso y contando con tantos elementos para hacer mal. También le contaba que todos los meses entregaba grandes sumas á cierto agente discreto que tenia, para que las distribuyera entre familias desgraciadas que hubieran perecido de necesidad á no ser por su benéfica caridad. Respecto á la inconstancia en el amor de que se le acusaba, no tenían estas voces otro origen que la envidia, ni las propalaban otros mas que sus rivales ó las mugeres que desdénaba. Y por argumento concluyente esponía, que si tal era Rio-Santo, ¿por qué se apresuraban á hacerle tantos rendimientos y ofertas y á concederle tantos favores?

Tanto influyeron en el ánimo de miss Trevor estas y otras razones de su tia, que la pobre niña llegó á avergonzarse de sus pasados terrores; y adquirió hácia Rio-Santo cierta especie de admiracion mezclada, es verdad, con un temorcillo indefinible, pero que de ningun modo espresaba repulsion ó desvío.

No ignoraba que Rio-Santo la amaba, y cuando una muger sabe esto, y pasa de la aversion á un estado mas pronunciado que el de la indiferencia, se puede apostar, segun la creencia mas comun de los observadores, que llegará á amar de seguro. Mas adelante veremos si con miss Mary hubieran nuestros observadores equivocado sus cálculos.

Por este tiempo se esparció en Lóndres una noticia estravagante y desnuda de toda verosimilitud, y que no obstante puso en conmocion á todo lo principal y escogido que contenia la ciudad. Las mugeres hablaban con sus cortejos de este asunto; los maridos con las

amigas intimas de sus mugeres; y los criados murmuraban sobre el particular á su satisfaccion.

Corria la noticia de que Rio-Santo iba á casarse.

A casarse como el mas infimo de los mortales: dar fin á su carrera, romper su cetro, perder sus espolines, cambiar en prosa su poesia, y calarse un gorro de algodón encima de su corona.

Este rumor que parecia ridiculo, imposible, inventado con poca destreza, era, sin embargo, verdadero. Tenia su origen en que Rio-Santo habia pedido la mano de miss Trevor.

Contra su esperanza habia encontrado muchos obstáculos algo difíciles de vencer: la misma lady Campbell á pesar de sus buenas intenciones habia reusado en un principio. El amor mútuo que se profesaban su sobrina y Franck Perceval era obra de sus manos, pues le habia costado mucho preparar esta union; y hubiera sido una traicion, que en su lealtad no podia cometer, abandonar los intereses del ausente. Por otro lado, lord James Trevor, era uno de aquellos antiguos caballeros, cuya palabra era una ley, y esta palabra habia sido empeñada á Franck; y últimamente miss Trevor amaba á su prometido Perceval.

Por lo tanto, Rio-Santo recibió una negativa fundada en estos triples motivos. Este acontecimiento no le causó mayor impresion, pues la no interrumpida série de felices sucesos conseguidos, eran su preservativo contra la desesperacion; á pesar de esto supo dar á su semblante un tinte de tristeza profunda; besó la mano de lady Campbell y se retiró abatido y precipitadamente, como un hombre que quiere ocultar su debilidad en la desgracia. De vuelta á

su casa preparó en su cabeza las mas linda canastilla de boda, en que podia haberse complacido la mas ardiente imaginacion de una jóven coqueta.

Lady Camphell quedó desconsolada, arrepiñtiéndose de haber dado tan de ligero su palabra á Franck, que á no dudarle, era un jóven muy distinguido, pero que nada valia al lado de Rio-Santo. Pero el arrepentimiento no remedia el daño, y lady Camphell no era muger que perdia el tiempo inútilmente. Procuró ingenjarse, y sus esfuerzos fueron vanos; buscó arbitrios y no encontró ninguno. Por fortuna las mugeres de sutil talento tienen siempre un arbitrio supremo, que es el de engañarse á si mismas.

Lady Camphell en su desesperacion, pudo muy bien imaginarse que su linda sobrina estaba desconsoladissima. Esto no era del todo esacto, aunque fuese posible; pero una vez dado el pesar como cosa cierta, podia muy bien lady Camphell, interpretar lo de diversos modos: una vez permitida la eleccion, lady Camphell decidió afirmativamente que la causa del desconsuelo de miss Trevor era el hallarse enamorada, y enamorada de Rio-Santo.

Gran trabajo le costó el creerlo; pero al fin tanto hizo y tanto se dijo á si misma que acabó por persuadirse de lo que deseaba. Cuando ya se lo hubo creido, tuvo el incontestable derecho para hacer partícipe de su opinion á otra persona; y ¿á quién mejor comunicar sus impresiones que á su querida sobrina, á la hija adoptiva de su corazon?

A la primera manifestacion, Mary quedó altamente sorprendida; pero obraba lady Camphell de tan buena fe..... tenia tanta elocuencia..... era Mary tan débil, y estaba tan acostumbrada á no inquirir con cuidado el fondo de su corazon, y

á hacer propias sin ecsámen las ideas de su tia, que al fin se dejó persuadir. Este hecho bien podrá parecer extraño, pero sucede con mucha frecuencia.

Algo aliviada ya lady Camphell del peso que la oprimiera, recobró su natural serenidad. Es preciso confesar que ya su posicion habia cambiado, y que un momento solo habia sido suficiente para hacer su causa esclusiva de su sobrina. Antes hubiera sido culpable en dar oido á sus propios deseos para quebrantar la palabra empeñada; pero ahora, su sobrina!... Por mucha que sea la lealtad de una persona, no debe, en conciencia, por guardarla, sacrificar la felicidad de una jóven; y asi, lady Camphell, en vez de vacilar, se creyó obligada á hacerlo por su mismo honor. Lo que en un principio le habia parecido una debilidad, era entonces á sus ojos un deber imperioso; llegando á persuadirse que no debia permanecer indiferente, ántes al contrario, que era de su obligacion sostener las pretensiones de Rio-Santo con todo su poder.

Nada de esto es extraño; pero si lo es y mucho, que lady Camphell, creyera tambien de su deber predicar con este motivo á su sobrina un sermon sobre la inconstancia. No obstante, asi lo hizo, y despues de dar esta satisfaccion á la moral, prometió á miss Mary favorecer sus amores, concluyendo, casi sin advertirlo, con un cántico en alabanza de Rio-Santo. Miss Trevor, á la verdad, vivia entonces en una especie de aturdimiento completo, producto del fastidio. Y como Rio-Santo le habia causado una impresion extraña, que ella misma no podia definir, pero que lady Camphell se encargó hacerla creer que era amor, supuso que efectivamente era eso lo que sentia.

Y sin embargo la imagen de Franck Perce-

val quedaba grabada en el fondo de su corazón. La pobre Mary vacilaba sin saber, y sin atreverse tampoco á averiguarlo. Sojuzgada por la infalibilidad de Lady Campbell, que era para ella cosa incontestable, y dominada también por la indolente debilidad de su carácter, se dejaba conducir en medio de tan estraña duda, sin buscar ningun remedio. Solia de vez en cuando hacer un esfuerzo, pero no para que se operase en ella una reaccion, sino para abogar los disgustos de su corazón, y cambiar su perdida tranquilidad por el reposo de la apatia.

Ya no quedaba mas que un obstáculo que vencer: la oposicion de lord Trevor, que debía creerse seria porfiada, atendido su carácter y caballerosidad. Atacarle directamente y de frente, era cosa en que no debía pensarse; pero sea dicho entre nosotros y el lector, la resistencia del noble lord no era considerada como una empresa árdua de superar; porque la persona que consigue engañarse á sí misma, usurpar la conciencia á una jóven, y conservar la tranquilidad de su espíritu, bien puede vanagloriarse de antemano de conseguir lo que quiera de un caballero ya entrado en años, acostumbrado mas bien á los campos de batalla que á la astuta diplomacia de que sabe echar mano el bello seeso.

En consecuencia de todo, Rio-Santo fué admitido á declarar sus sentimientos á miss Trevor, quien durante toda la noche siguiente solo pensó en Franek Perceval.

Preciso es confesar que este jóven no podia haber escogido una ocasion peor para viajar: pero así sucede ordinariamente á su edad, cuando algunos padres, sin mas objeto que el de probar á todos su estraordinaria prudencia, disieren un enlace apetecido con el frivolo pretexto de que aun no es tiempo.

Pobre prudencia! pobre pretesto! solo hay un momento para lograr la dicha; dejarlo pasar, diciendo *aun no es tiempo* ú otra tontería por *este* estilo, es esponerse á males que no se sabe hasta dónde alcanzarán. Franck Perceval, distinguido y apreciado por toda la familia de Trevor, era el prometido de Mary; pero Mary era tan joven!... dentro de un año le decian.... Y Franck se preguntaba ¿cómo podría esperar á que pasasen trescientos sesenta y cinco dias, sin morir setecientas treinta veces? Uno de sus amigos, porque nunca falta uno que nos ayude á despeñarnos, le aconsejó que fuese á ver la Suiza. y Franck marchó en efecto, permaneciendo en ella un año, incluso en él el tiempo que necesitaba para hallarse en Londres precisamente el dia en que se cumpliesen los trescientos sesenta y cinco del plazo.

Imposible es ser mas exacto; y la casualidad le tenia preparado el presente con que suele alguna que otra vez obsequiar á los amantes viajeros, como por ejemplo, encontrarse al llegar á su casa una carta de su amada, diciendo que habia salido á esperarle, creyendo ver la semejanza de sus nobles facciones en el primero que se le hubiera presentado. Franck esperaba sin duda alguna cosa, asi parecida, porque al subir el Támesis habia tenido un especial cuidado de observar todos los botes y barcos, á pesar de la niebla que caia; sin hallar mas que personas desconocidas, sombreros de cuero, y chaquetas de marineros; pero en cambio, al llegar á su casa le dió su ama de gobierno una carta, escrita hacia ocho dias, en la que se le invitaba asistiese á la soirée de lord James Trevor.

Franck no tuvo mas tiempo que el necesario para vestirse, porque aquella misma noche se daba el baile en Trevor-House.



CAPITULO QUINTO,

El baile.



Uno de los pocos edificios particulares de Londres, que la escuadra del ingeniero moderno no haya nivelado desventajosamente, es Trevor-House. Situado en Norfolk-Street, se alza entre la verja principal y el jardín el magnífico cuerpo del edificio con sus dos alas avanzadas. La fachada principal dá vista hacia unos bosquecillos, en cuya estremidad se estiende una pradera de césped, cercada de una espesa valla de arbustos que cubre el muro que separa el jardín de Park-Lane. Este jardín aunque de bastante estension, parece mayor todavía por la simetría que guardan sus plantaciones. En una palabra, Trevor-House es un edificio espléndido, que nos

hace echar menos la magnificencia de los pasados tiempos, y mirar con desprecio las *confortables* casas que forman el Londres de nuestros días.

La noche de que vamos á ocuparnos estaban perfectamente iluminadas las altas ventanas de la fachada principal; de suerte que los pobres soldados puestos de centinela en la estatua colossal de Aquiles, erigida en honor del duque de Wellington, debían ver al traves de las desojadas ramas de los árboles, las luces de las arañas dulcificadas por las diáfanas pantallas que las cubrían. A su vista debían estos soldados sentir más el frío que hacía, porque el hombre está constituido de tal modo, que la felicidad del prójimo redobla la pobre miseria; sin duda alguna, por esto se pasaban de mal humor sobre el arenoso suelo de Hyde-Park, y se lamían el bigote con la lengua, pensando que sería muy justo que los lores montasen algunas veces la guardia, en tanto que los soldados ingleses bebían ponche helado en vasos de cristal, y comían los pudings que se sirven en las sociedades.

Acababa de sonar la hora señalada para el baile. Los salones se iban llenando poco á poco, y la orquesta dirigida por Angelini, ejecutaba algunos preludios en acordes indecisos y tímidos. No se había dado principio al baile, pero ya se iba formando el cordon de sillones al rededor de la sala; y sobre todo el salon principal donde se hallaba lady Campbell, presentaba un golpe de vista pintoresco, parecido á un precioso canastillo á quien solo faltan algunas flores para completar su adorno.

Todos los concurrentes hablaban, y lady Campbell y mis Trevor, rodeadas de un grupo numeroso que se disminuía y renovaba sin cesar, saludaban, recibían un cumplimiento, contestaban á una pregunta, volvían á saludar, y con-

finuaban repitiendo las mismas demostraciones. Tal es el agradable entretenimiento de las señoras de casa, la noche de un baile desde las diez hasta las doce. En verdad, nosotros elegiríamos mejor hacer la centinela, durante el mismo tiempo, al pié de la estatua de Aquiles; pero las señoras no tienen derecho á la eleccion.

—Permitidme, señora..... dijo el jóven vizconde de Lantures-Luces, tomando la mano de lady Campbell y levantándola hasta aproximarla á distancia de medio palmo de su boca, en ademán de besarla; permitidme..... creedme, os habló con toda formalidad, teneis un deslumbrador abanico.

—Vizconde, dijo lady Campbell, sonriéndose; sino me engaño, esta es la séptima vez que os deslumbra, el abanico de mi sobrina.

Esta palabra, tenia pretensiones de pasar por un chiste, porque el grupo que rodeaba á las dos señoras rió muchísimo. También el vizconde rió por mas tiempo y mas fuertemente que los demás.

—Siete veces adorable; tartamudeó en seguida..... Encantador! siete veces encantador.

El grupo no rió con esto, lo que descontentó al vizconde que volvió á tartamudear:

—Hablo con toda formalidad.

En seguida lady Campbell se dirigió otras cuantas veces á derecha é izquierda para continuar su cuenta-corriente de saludos: dió la mano á lady Ophelia Barnwood, condesa de Derby, que entraba en aquel momento, y Mary besó á miss Diana Steward, cuya madre acababa de ser anunciada.

—Sir Paulus, dijo lady Campbell á uno de los recién llegados: ¿teneis algo de nuevo que contarnos.

—Se dice, respondió sir Paulus Waterfield, que

el marqués de Rio-Santo vá á renovar todo el tren de su casa.

—Como! exclamó el vizconde; pues sino hace tres meses que hizo otro tanto!

—El marqués tiene sus motivos para obrar así.

—Este querido marqués que no me ha hablado una palabra sobre ello!..... exclamó el vizconde, cuyo prurito era pasar por el Pilades del marqués.

—¿Y qué motivo?..... interrumpió lady Campbell.

—Parece que un casamiento, contestó Bourouham. Esta es la orden del día.

La sonrisa de circunstancias que brillaba sobre los lábios de Mary, desapareció como por encanto: la sangre se le subió á la cabeza, y sus manos quedaron yertas y descoloridas; lady que la observaba, dijo para sí:

—¡Cómo le ama!

Todo lo contrario, miss Mary pensaba en aquel momento en Franck Perceval, á quien, como se había acordado, ya no amaba, pero que ocupaba su imaginacion continuamente al par que Rio-Santo, pues Mary habia conseguido dar al marqués sino la mitad de su corazon al ménos la de su pensamiento. Rio-Santo le habia causado una sensacion difícil de esplicar, que de seguro no era amor, si bien algunas veces tenia los mismos sintomas. De modo que ayudada de los consejos de lady Campbell, y conociendo Mary muy mal, ó mejor dicho, no pudiendo definir el sentimiento que le inspiraba el marqués, podia dudar, y á veces creer y tomar por amor la preocupacion bajo cuyo imperio se hallaba. Pero, como conocerá el lector, esta creencia ficticia, solo ecsistia en la imaginacion de la joven, permaneciendo su corazon neutral en es-

tos debates, y conservando en sus mas ocultos senos, su primitiva ternura. Lady Campbell habia interpuesto su palabra entre su corazon y su inteligencia, que ciega y entorpecida yacia en el sueño de la indiferencia. La imaginacion era la que dirijia la ecsistencia de Mary, y en este sentido pertenecia á su tia, y por consiguiente á Rio-Santo.

Preocupada así la cabeza y en lucha con su corazon, permanecia este silencioso, pero lleno de un recuerdo. Envuelta, pues, por la confusion que ecsistia entre ella misma, se irritaba á veces y desechara la imágen de Franck, como una persecucion importuna, al paso, que en otras la acogia con caricias y transportes. Asi vagaba su alma perdida en esta especie de Dédalo, en que solo su libre alvedrio podria servirle como el hilo de Aridna: pero lady Campbell se lo impedía, acudiendo al momento á ejercer sobre su débil carácter, toda la tirania de su superioridad.

Así son todas las mugeres de talento: antes que dejar de gobernar á otros, renunciarian voluntariamente á gobernarse á sí propias.

Lady Campbell, como ya hemos dicho, experimentó un movimiento natural de alegria, al notar la turbacion de Mary, que á su entender, revelaba toda su pasion; pero se equivocaba. La turbacion de Mary en aquel momento era la crisis de su confuso y largo sufrimiento. Comprendiendo la estension del rumor que corria, veía que se aprocsimaba la hora en que era preciso decidirse y obrar; y su natural tímido y vacilante habia desfallecido á esta sola idea, aumentando el mal estar que experimenta toda jóven al llegar el momento definitivo de acoger al hombre con quien ha de partir su suerte.

—El marqués está muy mudado, dijo el caballero Angelo Bembo.

—Y tanto que nadie le conocería, añadió el mayor Borougham.

También dijo alguna cosa parecida sir Paulus Waterfield, y el doctor Muller, dejó oír algunos de esos sonidos guturales, por cuyo medio las laringes germánicas dan á conocer su aprobación.

—¿Pues qué tiene ese querido marqués? preguntó el vizconde.

—Está enamorado perdido, respondieron á la vez los cuatro caballeros que acabamos de citar.

—Seguramente por tres ó cuatro días, dijo el vizconde, colocando su clac debajo del brazo izquierdo.

—Por toda su vida, repuso con gravedad el mayor Borougham.

A estas palabras, experimentó miss Trevor á la vez una sensación de orgullo y de agonía. El orgullo era propio de la hija de Eva, y en todo Londres es seguro no se hubiera hallado una muger que no lo hubiese experimentado igual viendo á Rio-Santo á sus pies: la agonía era una vaga protesta del corazón, un sacudimiento, un grito ahogado de la conciencia.

Por su parte el vizconde de Lantures-Luces, soltó una carcajada, tan estrepitosa como lo permitía la ocasión y el sitio.

—¡Delicioso! exclamó; y cuidado que hablo con toda formalidad.

Dió principio el baile. Todo se puso en movimiento; los grupos diseminados se mezclaron; el caballero Angelo Bembo, tomó de la mano á miss Mary para conducirla á la cuadrilla que se formaba, y lady Camphell, sin perder su corte masculina, la vió aumentarse con varias señoras de esas que constituyen el término medio entre la parte activa y pasiva de un baile; de

esas señoras á quienes la ley del mundo no prohibe del todo el bailar, y que no obstante no les permite bailar de continuo. Entre estas señoras hay algunas que pasan todavía por hermosas; y una de ellas, que á la fecha en que escribimos cumple sus cuarenta y cinco abriles, creciendo á la par en gracias y en seducciones de todo género, ha dado al novelista francés Balzac el tipo de la muger de treinta años.

La conversacion continuaba frívola, murmuradora, insustancial; lady Camphell solia decir algunas palabras divertidas; el vizconde de Lantures-Luces, seguia en sus exclamaciones y el doctor Muller de vez en cuando prorrumpia en algun ronco sonido.

—Por fortuna, dijo lady Camphell, con cierto tono picaresco, tenemos al vizconde de Lantures-Luces, que á falta del marqués es el alma de nuestras reuniones.

—¿Y qué razón hay para poner al vizconde en segundo lugar? preguntó una baronesa.

—Seguramente, añadió la esposa de un par, el marqués podria estar orgulloso con la comparacion.

—Ah! señoras, señoras..... balbució el vizconde; por favor no me abruméis. Soy demasiado amigo de ese marqués para pretender.....

—Vamos, no os hagais ahora el modesto: sabemos que siempre teneis reservado algo bueno que contar.

—Sí, alguna aneodota graciosa.

—Alguna linda historieta.

—O alguna murmuracion de buen gusto.

—Ah! señoras, señoras..... cuánto me lisongeais. Hablo con toda formalidad.

El vizconde se evaporaba en vanidosa alegría: no podia mas.

Era este caballero un francés de mediana

edad, de talla comun y de semblante ordinario. Sus encrespados cabellos llenos de pomada, formaban anillos sobre su angosta frente, siguiendo esa moda de mal gusto que se llama á lo *Luis Felipe*. Su vestido era algo eesagerado, sin que se pareciera por eso al de los jóvenes dandys del comercio, y en cualquiera otra parte hubiera pasado por ser de un gusto esquisito. Pero en Trevor-House solo estaba admitida la suprema elegancia de la sencillez bien entendida. No queremos agraviar el buen sentido de nuestros lectores deteniéndonos á esplicarles que esta palabra sencillez, es mas rica y encierra mas lujo que la misma palabra fausto. Mas siguiendo el bosquejo del señor vizconde, diremos que se escuchaba cuanto hablaba, que tartamudeaba alguna cosa, que se sonreia como hombre que está seguro del efecto de su sonrisa, que llevaba un lente de dos cristales que manejaba con cierto aire de superioridad; y por conclusion, que era de mediana nobleza, de fortuna regular, y que su talento se hubiera tenido en mas, á no haber sido él tan vanidoso.

Por desgracia suya, Rio-Santo, de quien el vizconde no veia mas que las apariencias, habia acabado de trastornarle la cabeza. Se habia empeñado en imitar este modelo imitable, sin conocer que Dios habia colocado entre ambos la distancia que separa á un general de un simple recluta, como no fuese mas. Rio-Santo era á sus ojos cuanto mas, el hombre discreto, el narrador picante, y el elegante y hermoso caballero, por excelencia. Lo que habia de poder y de grandeza bajo este amable exterior, pasaba desconocido por los lentes del vizconde de Lantures-Luces.

El mundo que adivina todos los ridiculos y descubre todas las estravagancias por una espe-

cie de intuición mágica, había conocido desde un principio la grotesca emulación del pobre vizconde. Todos se divertían á su costa, y tanto mas cuanto que no alcanzaba á conocer las embozadas burlas, cubiertas por lo regular con esa capa de cortesanía, de que tanto uso se hace en el mundo. Léjos de enfadarse, pues, se llenaba de satisfaccion, hinchándose como la rana de la fábula; y si mas de una vez no reventaba, debíase al corselillo de su chaleco que no le dejaba bastante ensanchar.

El giro que había tomado la conversacion entablada, era por lo tanto á sus ojos un verdadero triunfo: y á la par que rechazaba muellemente las alabanzas repasaba en su memoria una anécdota que traía estudiada de antemano para que no decayese su reputacion de narrador.

—Vamos, vizconde, volvió de nuevo á decir lady Campbell; no hay duda que la modestia os cuadra á las mil maravillas; pero ni aun las virtudes deben ser ecsageradas. Apuesto cualquier cosa á que teneis algo que referirnos.

—Escuchemos, escuchemos, dijeron de todas partes.

Todavía se hizo el vizconde rogar por tres cuartos de minuto, pero al fin empezó:

—Hubiera deseado, señora, no referiros esto; hablo con toda formalidad; pues es historia que pertenece á nuestro querido Rio-Santo.

—Al marqués! contádnosla pronto, al instante.

—Es una historia algo vieja, volvió á decir el vizconde, pero hasta hoy no ha llegado á mi noticia, habiéndola oido de boca de un parisiens. Es muy graciosa: seguramente se puede decir que es muy graciosa.

—Referidla pronto, vizconde.

—Figuráos, pues, señoras mías, que durante la permanencia de Rio-Santo en París, la con-

desa de P.^{***} y la condesa de L.^{***} estaban enamoradas de nuestro querido marqués: nada se aventuraria con asegurar que estaban locas perdidas de amor. Un dia el guarda del bosque de Boulogne oyó dos tiros en la espesura; dirigióse al sitio, y vió que era..... vaya, adivinadlo si podeis.

—Un asesinato!

—Nada de eso!

—Un tiro al blanco?

—Mucho menos..... Un duelo, señoras; un duelo..... Un duelo entre la condesa de P.^{***} y la condesa de L.^{***}

—Divertido! exclamaron en coro, soltando la carcajada.

—Un duelo entre dos condesas! dijo Sir Paulus Waterfield; solo Rio-Santo puede motivar una escena semejante!

—Ser un duelo entre dos condesas! repitió el doctor Muller; con acento alemán. Solo Rio-Santo, ser capable desto.

—Permitidme, señoras; todavía falta lo mejor: la causa del desafío! Figuraos, hermosas señoras mias, que entre ambas condesas se había celebrado un convenio, por el cual la que hiciese la conquista del marqués, tendría el derecho de escogir de la otra que abandonase el puesto y renunciase sus pretensiones.

—He ahí el mundo al revés, dijo lady Campbell: vaya, que esas mugeres son la deshonra de su sexo.

—Y la deshonra de toda la nobleza, añadió una baronesa.

—No, no; podeis tranquilizaros, porque la casualidad ha hecho que estas dos mugeres no sean condesas mas que del tiempo del imperio.

—Estas dos condesas, como llevo dicho, continuó el vizconde, habían hecho un convenio. A

vuelta de ocho días la batalla parece que se había decidido, pues el coche de Mme. de L.*** estuvo dos horas parado á la puerta de Rio-Santo. Con esta novedad Mme. de P.*** pasó el día mas malo que se puede uno figurar; pero al siguiente tomó seguros informes, y supo de positivo que su rival había hecho lo mismo que aquellos caballeros del tiempo de la regencia, que comprometían á una muger enviando el coche vacío á su puerta. Mme. de L.*** había en su consecuencia comprometido á Rio-Santo.

—Bravo! estupendo! dijeron todos á la vez.

—El doctor Muller, repitió á su modo igual exclamacion.

—Ya os imaginareis, queridas señoras mias, volvió á continuar el vizconde, que Mme. de P.*** se pondría hecha una furia. La primera vez que encontró á su enemiga en una reunion le dijo: señorá, sois una falsa.

—Esa condesa de P.*** tenia mucha disposicion dijo lady Campbell.

—Lá condesa de L.*** con el refinamiento propio del imperio, le contestó con un abanicazo en la mejilla. Basta, dijo Mme. de P.*** evitemos un escándalo. ¿Qué arma escogéis?—La pistola.—¿A qué hora?—Mañana al mediodía.—¿Qué sitio?—En la puerta de Maillot, sin testigos y á muerte. Diéronse las manos y se separaron convenidas.

—¿Qué dragones serian esas señoras!

—Este Rio-Santo, dijo Sir Paulus, es capaz de convertir en tigres los corderos.

—En tigros y panterras, añadió el doctor.

En este momento concluyó el baile, y el caballero Angelo Bembo condujo á su asiento á miss Trevor. Apenas habia tomado asiento al lado de su tia, cuando la sonora voz del ugier, anunció á M. Franck Perceval.

Al oír este nombre querido, el suave arrebol que coloraba las mejillas de miss Trevor, desapareció súbito, quedando pálida como la cera: la pobre niña tuvo que llevarse la mano al corazón que sentía desfallecer.

Lady Campbell se inclinó hacia ella y le dijo al oído:

—Animo, hija mía; como el pobre Frank se cree todavía con derechos, la entrevista no dejará de ser penosa. Eras tan joven, que nada tiene de extraño que tu corazón se engañase: ¿y quién sabe si Franck no habrá también cambiado?

Esta última palabra, que llevaba la idea de un consuelo hizo derramar una lágrima á miss Trevor.

—Nada de demostrar debilidad, añadió lady Campbell cuando un hombre ve llorar á una mujer se persuade que aun se le conserva un resto de ternura.... Y tú ya no le amas ¿no es verdad, niña mía?

Nada contestó Mary.

—¿Y cómo habías de amarle todavía? continuó lady Campbell. En verdad, que la venida de nuestro irresistible marqués ha sido una desgracia para el pobre Franck.

Calló entonces esta mujer espiritual, pero pensó en su interior que sin su ayuda su sobrina hubiera permanecido sorda al grito de su corazón, combatiendo vanamente y en silencio su amor al marqués y sometiéndose por timidez á casarse con Franck Perceval, con lo que se hubiera hecho desgraciada para toda su vida, y quizá también culpable.

La imaginación es una cosa sublime. En ninguna ocasión se había manifestado lady Campbell más satisfecha de si misma, como entonces lo estaba.

Miss Mary Trevor, en cambio, jamás había padecido tanto.

Franck Perceval fué recibido por lord Trevor con la mas franca cordialidad, viniendo en persona á presentarlo á su hija. En este momento cambió la escena del todo. Mary recibió á su prometido con una indiferencia tanto mas marcada, cuanto que su corazon, despierto de improviso, se lanzaba á su encuentro con mayor violencia. Al solo nombre de Franck habia sacudido su entorpecimiento y empezado á romper el infernal velo con que habian envuelto su libre alvedrio; y con su vista acabó esta metafisica curacion. La catarata que oscurecia el ojo del corazon de Mary, desapareció de repente, y empezando á ver se llenó de admiracion y de espanto con lo que pasaba en su interior. Despues por una reaccion necesaria y rápida, quiso revelarse contra la mano despótica que lo habia cegado; pero era débil y estaba dominada. El esclavo no levanta su cabeza, sino de noche ó en medio de la soledad de los bosques, á donde no le siga la terrible vista de su amo: lady Campbell estaba junto á Mary y esta inclinó de nuevo la cabeza; volvió á cerrar los ojos que acababa de abrir, y semejante al esclavo, cuando la aurora amanece, que escucha el chasquido del látigo del mayordomo, ahogó el deseo que tenia de quejarse, permaneciendo pasiva.

Así se vé que una excelente muger muy espiritual, puede valer tan poco ó menos, que otra que sea muy mala ó muy estúpida. Hé aqui tambien como de la sumision llevada hasta el extremo del vasallage y privada de exámen, solo pueden resultar actos tan parecidos á los de un idiota, como una gota de agua á otra gota, y desviar al mismo tiempo de la senda de la razon á las naturalezas mas favorecidas. ¿Y á quién

culpar de ello? Solo á la casualidad y á la rareza del hecho, pues las jóvenes no pecan por lo comun de demasiado obedientes.

Bien sabe Dios que lady Camphell estaba muy agena de figurarse el mal que causaba; y si alguien le hubiese señalado la herida que prolongaba en el corazon de una persona que le era tan querida, no solo se hubiera admirado, sino tambien muerto de dolor. Pero ¿quién se podia suponer una cosa tan inverosimil? Miss Trevor era una de las más brillantes joyas de la elegante sociedad, y entre aquella dorada multitud que llenaba los salones de su padre, habia muy pocos observadores que pudieran comprender ó adivinar su situación escéntrica y dolorosa.

Bajó los ojos ante la mirada de Franck, y solo contestó al cumplido que este le dirigió lleno de emoción, con algunas palabras sin coordinación ni sentido. Franck empezó á concebir temores, y quiso hablar de nuevo, pero lady Camphell le tocó ligeramente en el brazo con el abanico.

—¿Qué tal ha sido el viage? le preguntó.

Y cambiando de repente de tono se aproximó á su oido y le dijo:

—Os suplico que la dejeis por esta noche. Todo el mundo tiene fijos los ojos en ella y en nosotros.

Nada de esto comprendia Franck:

—Mañana, continuó lady Camphell con acento tan marcado que no se le pudo ocultar á Franck; mañana os explicaré..... y no dudeis que siempre soy vuestra mejor amiga.... La pobre niña ha resistido tanto..... ha sufrido tanto.....

—¿Qué, Milady! exclamó Franck: acaso puedo temer?.....

—Os suplico, Sr. Perceval que aguardemos á mañana. Al mismo tiempo lady Camphell tomó

la mano de Franck Perceval que estrechó entre la suya con la mayor cordialidad. Franck saludó y se alejó de aquel sitio herido de muerte el corazón.

La orquesta se hizo de nuevo oír, y á las primeras notas el mayor Boroughan se dirigió á miss Trevor, diciendo:

—Si no me engaño, miss Trevor me ha concedido el honor de aceptarme por compañero para esta tanda.

Mary no contestó: estaba inmóvil y anonadada.

—Tened la bondad de excusar á mi sobrina, dijo lady Camphell que á todo ocurría; antes de que concluya el baile os indemnizará de esta contradanza, que no puede bailar con vos ahora.

Una estraña sonrisa apareció bajo los bigotes del mayor Boroughan.

—¡Cuánto tarda Rio-Santo! dijo en seguida al oído del doctor Muller. Este le contestó también en voz baja pero en inglés puro, sin mezcla alguna del acento alemán.

—Confía en esta buena lady Camphell, y el diablo me lleve sino tiene razon: sin su ansilio poco adelantaria Rio-Santo.

—Seguramente titubea y no sabe..... Me parece que ama al otro.

—¡Basta! quizá tenga corazón, pero ¿de qué sirven los ojos?

—Y además ¿no está ahí la tía?

Entretanto lady Camphell decía á su sobrina:

—Ya ha pasado lo mas duro, hija mia; lo que falta que hacer queda á mi cuidado; y sino fuera por vos, me dispensaria con gusto esta embajada; pero como se trata de vuestra felicidad me sacrificaré decididamente.

En seguida besó á miss Trevor en la frente.

que la tenía cubierta de un sudor frío.

—¿Estais mala, amor mio? le preguntó con tierna solicitud.

—No lo sé, respondió Mary, sufro mucho, y creo.....

—¿Qué creéis, hija mia.

—Creo que nos engañamos las dos: la vista de Franck.....

—No es mas que eso? la interrumpió lady Campkell, recobrando al momento su serenidad; fiaos en mi, hija mia, que yo sé como me he de conducir. Que dichosa sois, Mary, de que yo haya podido leer en el fondo de vuestro corazón.

Franck recorría todos los salones procurando desechar los tristes pensamientos que le asaltaban. Todavía tenía esperanza, pues la acogida de lord Trevor había sido tan cordial como siempre, y las palabras de lady Campkell podían interpretarse de varios modos. Pero ¡y Mary!..... ¿Podía acaso desconocer aquella frialdad que había reemplazado al dulce abandono de otra época? La duda se fortalecía con estas reflexiones, y aunque se esforzaba por combatirla, la evidencia siempre salía victoriosa, reduciendo sus esfuerzos á la nada.

A cada momento sus amigos interrumpían sus meditaciones, estrechándole la mano y dándole la bienvenida.

—¿Qué noticias nos traéis del Simplon? le preguntaba uno.

—Me enseñareis vuestro album, Franck? le decía otro.

—¿Qué pensativo estais! exclamó un tercero. Acaso, sabéis ya?.....

Franck interrumpió con viveza á este último, preguntándole con la mayor ansiedad.

—¿Qué he de saber!

—Pobre amigo! le contestó su interlocutor. Sin embargo nada hay oficial todavía: son vagos rumores.

—¿Pero qué dicen esos rumores?

—Dicen..... quizá no digan verdad; que miss Trevor va á casarse con Rio-Santo.

Franck se pasó la mano por la frente.

—Y ¿quién es ese Rio-Santo? preguntó.

—Qué! ¿No habeis oído hablar de Rio-Santo? ¿Pues de quién se habla en Suiza? Rio-Santo es un marqués; un marqués sin igual, en fin, un marqués..... pero, hasta la vista Perceval. ¡Pobre amigo mío! adios que me llama Sir Paulus porque falta un cuarto para jugar al whist.

Franck quedó solo, aturdido con este nuevo golpe.

—Ola, querido! exclamó una voz á su oído: hace un siglo que no se os ve en ninguna parte; y ayer mismo decía yo..... ¿á quién se lo decía? Ah! ya caigo, á mi querido marqués: si señor, le decía; hace un siglo que no se ve á Franck: estoy seguro que ha hecho en Suiza alguna de las suyas. Así se lo decía; y cuidadó que hablo con toda formalidad..... pero, estais triste, querido! Ah! ya comprendo; acaban de decirme ahora que Rio-Santo.....

—¿Será verdad? exclamó Franck.

—No lo sé, amigo mío; pero ese diablo de Rio-Santo sabe manejarse tan bien!..... y sobre todo tiene mas millones que vos centenares de libras de renta. Seguramente que es un terrible adversario.

Al acabar esta frase, hizo el vizconde una pirueta y se marchó en seguida.

Franck continuó su marcha incierta y vacilante vagando de una en otra parte, sin saber donde se dirigia: á poca sintió el brazo de una muger apoyarse en el suyo.

—M. Franck Perceval, le dijo la condesa de Derby; conozco que padeceis mucho, y sois muy desgraciado: sin duda sabeis ya.....

—Si, Milady, creo que lo sé todo.

—Todo? no, señor Perceval, no lo sabeis todo: Escuchad, vos no sufris solo..... yo tambien sufro..... quisiera aliviar vuestra pena; y quizá....

Por muy preocupado que esté un hombre, por muy enagenado que se halle, ó bien por el contrario, tenga el juicio sano, y claro el entendimiento, conserva siempre en el corazon un resto de fatuidad, que le hace dar interpretacion violenta á las cosas y á las palabras. Así sucedió á Franck que miró á lady Ophelia con admiracion.

Esta se sonrió tristemente.

—Quizá os pueda proporcionar armas para abatir á Rio-Santo, continuó ella, porque no es hombre que puede vencerse con las ordinarias.

—¡Siempre Rio-Santo! pensó Franck interiormente, sintiendo al mismo tiempo brotar de su corazon un odio profundo y sin limites.

—Pasad á verme mañana, continuó lady Ophelia, porque las cosas que tengo que comunicaros, es preciso hablarlas en voz baja, con las puertas cerradas y en una habitacion donde estemos solos; y aun así corre grave peligro el que habla y el que escucha. Hasta mañana, M. Franck.

Saludóle con gracia y risueña, como si acabase de terminar una conversacion insignificante y frivola: pero Franck no tuvo ánimo para tanto: la angustia de su alma se leia retratada en todas sus facciones; y continuó andando en busca de una columna donde apoyarse ó de un asiento en que dejarse caer.

Miss Diana Steward, su prima, le vió pasar.

—Sentaos aquí á mi lado, le dijo: son muchas

Las cosas que tengo que deciros. No ignorabâ que este golpe iba à seros terrible.

—Vos sois su amiga, balbució Franck pues le costaba trabajo hablar, y por lo tanto conoceréis à fondo su corazon: decidme.....

—Todo cuanto sepa, pobre primo mio; pero haced un esfuerzo y reunid vuestro valor.

—Diana, habládme de ella: ya os escucho.

—Sufre tanto como vos, Franck, creedme: le está pasando una cosa que no comprende, pero su corazon no ha mudado. Os ama como siempre.

Un débil reflejo de felicidad trajo al alma dolorida de Franck la esperanza.

—¡Pero ese matrimonio! dijo:

—Se habla de eso: lady Campbell lo desea y Mary no se opone.

—¡No se opone! repitió Franck como un autó-mata.

—Rio-Santo, las ha hechizado.

—¡Todavía Rio-Santo! ¿Le conocéis, Diana?

—Le conozco, contestó ésta bajando los ojos y ruborizándose.

—Mostrádmelo; decidme quien es.

—Es un hombre, contestó la jóven, noble, hermoso y fuerte, à quien nada resiste, y à quien los demás no llegan con mucho. ¡Desgraciados los que sean sus rivales, Franck!

—Desgraciado de él! exclamó Franck, cediendo al impulso de su terrible exaltacion: mostrádmelo os digo: es menester que yo le vea cara à cara, es preciso.....

La monotonâ y sonora voz del ugier interrumpió à Franck, anunciando con ónfasis à don José Maria Alarcon, marqués de Rio-Santo.

La suerte habia venido à complacerle, presentándole este rival desconocido al tiempo mismo que lo llamaba.

El nombre de Rio-Santo al retumbar por los salones hirió el oído de Frank, desgarrándole el corazón con su discordante eco. Pero sacudiendo de pronto su entorpecimiento, temblado de cólera y dominado por aquella alegría feroz que nace de un natural valiente á la proximidad del enemigo, hendió los grupos á paso acelerado, y juzgando que Rio-Santo se dirijiria al sitio que ocupaba lady Campbell y su sobrina, se colocó á la mitad de la distancia que habia desde la puerta al lugar en que aquellas se hallaban.

Sucedió, como lo habia previsto; Rio-Santo apareció en aquel instante, deslumbrador como siempre. Era un hombre alto y de heróica presencia: las finas y delicadas facciones de su rostro, tenian aquella espresion de calma sobrehumana, que en menor grado, hemos podido admirar mas de una vez en algunas fisonomias italianas. Era hermoso, como los pintores pueden pintar á un rey ó á un ángel. El óvalo de su cara no estaba sombreado por los recortes de esas barbas románticas, cuya moda estravagante habia invadido ya los salones mas elevados. Llevaba solamente un ligero bigote, negro como el azabache, y levantado en sus estremidades, como acostumbran á llevarlo los españoles y portugueses. Sus cabellos naturalmente rizados se agrupaban á la casualidad formando graciosas ondas y dejando descubierta su frente llena de franqueza y altivez. Sus ojos fascinaban y encantaban bajo el arco perfectamente dibujado de sus cejas negras.

Solo una cosa podia disgustar á un severo observador en este hermoso rostro. Habia en la mirada de Rio-Santo y en las lineas de su boca ciertas señales de sensualidad, que en el estilo de calma debian hacerle dulcemente con los

ensueños del poeta, pero que irritada podía muy bien repeler todo freno, y obligar á este hombre á lanzarse hasta el exceso del frenesí. ¿Pero qué constitución humana hay, en la que algunos observadores no descubran mil motivos de temores y sospechas?

El aire de Rio-Santo era magestuoso y dotado á la par de una gracia inimitable. Llevaba un vestido severo en medio de su irreprochable elegancia, y varias órdenes soberanas se veían brillar sobre su pecho.

Al pronunciar su nombre un sordo murmullo se levantó entre la multitud. Mas de una joven equivocó la figura de la contradanza, y otras dejaron sin contestacion las preguntas de sus compañeros. Pronto acabó el murmullo, pero no la emocion, porque en la fiesta había un elemento mas, y cada corazón femenino sintió ensanchar su instinto de coqueteria.

Franck Perceval no podía compararse al brillante marqués respecto á sus ventajas exteriores. Era hermoso también, pero su hermosura no consistía tanto en la regularidad de sus facciones, como en el sello de inteligencia y lealtad que Dios había estampado en su noble frente. Había en él un cierto no se que de caballero que hacía altiva su misma timidez, sin que esta altivez, pudiese nunca reputarse como descortesía. En una palabra á no haber existido Rio-Santo, Franck Perceval hubiera sido el rey de toda aquella dorada juventud.

Era Franck mas joven que el marqués, aunque este era uno de esos hombres en quienes no deja huellas el tiempo: así es que no podían calcularse con probabilidad los años que pesaban sobre la frente de Rio-Santo, pero no se notaba en ella la frescura y lozania que brotaban las facciones de Franck.

Este se quedó mirando fijamente y por largo tiempo á su rival, obstruyendo con su persona el estrecho paso que habia abierto la multitud. Al pronto le pareció haber visto aquella persona en alguna parte; pero esta impresion fué pasajera, quedando en su lugar los apasionados celos que le hizo concebir la extraordinaria hermosura de Rio-Santo. Su odio se aumentó con todos los temores que asaltaron su alma; pues en los momentos de tribulacion amorosa, en que la agonía entorpece la reflexion, la hermosura aparece como el arma esclusiva y triunfadora. Franck se confesó vencido ante la belleza de su rival.

No obstante continuó obstruyéndole el paso. Rio-Santo contuvo al principio el suyo; despues se paró buscando con la vista á lady Campbell y su sobrina; pero ni siquiera miró á Franck.

—Allí, marqués, exclamó el oficioso vizconde de Lantures-Luces, señalándole el ángulo del salon donde se hallaba lady Campbell y miss Mary: estas señoras han sentido en extremo vuestra tardanza..... mi querido Perceval tened la bondad de dejarnos pasar al marqués y á mí.

Franck no se movió, mirando al marqués con la espresion del desden mas provocativo.

Rio-Santo le echó una mirada serena, contestando con un cortés saludo al mudo desafio de Franck.

—Tendré el honor, dijo con sencillez, que despues me presenten á M. Franck Perceval.

Y antes que el vizconde, con su celo intempestivo, hubiese empeorado la situacion, hizo el marqués un casi imperceptible movimiento de cabeza, al que contestó un personaje que acababa de entrar, y cuyo paso le facilitaban todos separándose con aquella condescendencia hostensibible y de mal gusto, hija de la cortesania inglesa.

Este sugeto, á quien ya conoce el lector, cuya apariencia insignificante y de honrada mediania con que le habia dotado naturaleza, no era bastante á encubrir su vestido de baile, caminaba con la cabeza alta y los ojos abiertos y fijos sin moverlos á ningun lado. Era el ciego de la taberna de las armas de la corona.

A la señal de Rio-Santo cambi6 de direccion y se coloc6 delante de Franck, quien en aquel momento perdi6 de vista al marqués.

—Haceos á un lado, caballero, dijo Franck con cólera.

El ciego se volvi6 presentándole sus ojos fijos y muertos.

—¿Hablais conmigo? le pregunt6 dulcemente.

—Con vos, caballero, y es muy extraño....

—Vaya, vaya, amigo mio; le dijo el vizconde de Lantures-Luces riendo, ¿qué diablos teneis esta noche que os obliga á suscitar una querrela á Sir Edmond Makensie? ¿no veis que es ciego?

—Ah! disimuladme; murmur6 Franck mordiéndose los labios de despecho, y buscando con la vista á Rio-Santo, en tanto que el ciego le contestaba benignamente.

—Yo soy, caballero, quien os suplico me dispenseis.

Rio-Santo se habia perdido entre la multitud.

—¿Será un cobarde? se preguntaba Franck, recorriendo con la vista todos los salones, pareciéndole extraño que el marqués se hubiese apresurado tanto á aprovechar la ocasion que la casualidad le habia proporcionado, con el fin de evitar su encuentro.

—¿Será acaso un cobarde? repiti6; y yo que lo necesitaba valiente!....

—Como lo necesitais le hallareis, dijo una voz zumbona á su oido,

Volvióse con prontitud, pero no vió cerca de sí mas que un personage alto, de estraña figura, que limpiaba con sumo cuidado el vidrio de su enorme lente.

—¿Qué habeis dicho? le preguntó Franck con altivez.

—Yo, nada tesir, respondió con calma el alto personage que no era otro que el doctor Muller.

—Me habeis dirigido la palabra, caballero.

—Que no dirigir yo la parola; contestó el alemán volviéndole la espalda.

Franck tuvo que darse por engañado; pensando que la fiebre podia haberle hecho oír aquellas palabras, sin que nadie las hubiese pronunciado; y como tenia tantas cosas que le embargasen la imaginacion, bien pronto olvidó aquel suceso.

Entretanto Rio-Santo habia llegado á donde estaba lady Campbell y su sobrina, convirtiéndose en su consecuencia aquel sitio en el centro del baile. Todas las miradas se dirijieron á aquel punto, y la corte de lady Campbell se veía por momentos duplicada. Es muy factible que esta muger espritual hubiese previsto de antemano este inevitable resultado de la presencia de Rio-Santo, y esto hubiera contribuido en mucho á la inclinacion que sentia hacia el hermoso marqués.

Recibióle como una madre recibe á su hijo querido; y mientras que Rio-Santo besaba la mano de su sobrina, le dijo aquella.

—Mary estaba cada vez mas triste.

—¿Seria acaso mi ausencia la única causa de la tristeza de miss Mary? preguntó Rio-Santo sonriéndose.

Miss Mary hizo por sonreirse tambien, pero no pudo; su mal estar se complicaba con la pre-

sencia del marqués, que aun no habia perdido aquel poder de terror que desde un principio ejerciera sobre ella. Y este poder se habia combinado con el hechizo que Rio-Santo infundia en toda muger; y del que no habia podido librarse miss Trevor. Asi es, que cuando se hallaba en presencia y bajo el dominio de la mirada de aquel hombre, Mary perdía el conocimiento de cuanto pasaba en su interior; y aunque en estos momentos hubiese tenido valor para sacudir el dominio moral de su tia, difícil es adivinar qué hubiera respondido á esta terminante pregunta: ¿A quién ámais?

De modo que el error de lady Campbella era disimulable; porque hallándose sometida al mismo encanto ¿cómo imputárselo, cuando la misma miss Trevor lo padecía algunas veces?

Rio-Santo estuvo esta noche mas tierno, mas solícito, mas amable; y miss Mary á pesar de que una voz interior le decía que estuviese precabida, se dejaba seducir por los encantos con que la rodeaba este hombre á quien no amaba, olvidando por él á Franck á quien amaba de seguro. Esto era mas que una fascinacion; y miss Diana Stewar habia acertado con la definicion, diciendo que Mary estaba hechizada.

Lady Campbell oía á Rio-Santo entusiasmada, y en los intervalos de la conversacion se estaba pensando en la felicidad de su sobrina. Los concurrentes contribuían con su admiracion ó cuando más con alguna palabra, y Lantures-Luces acompañaba con un gesto de entusiasmo todo lo que decía su ilustre modelo, trabajando por retenerlo en la memoria para repetirlo en la primera ocasion oportuna.

Franck se mantenía de pie en el alfeiza de una ventana, desde donde podia verlo todo; y allí bebía á grandes tragos la amarga copa de los

celos. Miraba sin pestañear, pasando á sus ojos toda su alma entera, interpretando cada gesto y dando á cada movimiento una significacion que encendia mas su fiebre y aumentaba su padecer. Cuando Rio-Santo se inclinaba hacia Mary, y la envolvía con toda la magia de su mirada, Franck se estremecía de rabia; y cuando Mary alzaba sus ojos hacia Rio-Santo, Franck creia leer en ellos un amor tímido, si, pero elocuente en su mismo silencio, y entonces su rabia llegaba á ser agonía.

Así permanecía en aquel lugar pasando de la rabia al martirio sin procurar huir, porque (y es una realidad) el hombre que ama, se recrea hasta en sus tormentos. Además, en esos momentos de intenso padecer casi nunca ocurre la idea de alejarse, pues parece que el mal se minorá, siendo uno testigo de la causa que lo promueve; porque se calcula por instinto y se dice, en mi presencia ¡no se atreverán!.... pero lejos!..... y es verdad, lejos se aumentá el padecer con los crueles detalles que la imaginacion enferma se representa, para su martirio, con un sinnúmero de agravantes circunstancias.

Así pasaban las horas, cuando un incidente vino á distraer el activo espionaje de Franck. La conversacion seguida por los que formaban el grupo que presidia lady Campbell habia llegado al mas alto grado de animacion, y Rio-Santo, llevado sin duda, por el calor de ella, frunció un instante las cejas. La luz de una hacha alumbraba de lleno su rostro, y Franck que le miraba se estremeció, preguntándose por segunda vez donde habia visto aquel hombre. Pero luego que las facciones de Rio-Santo volvieron á su estado natural, Franck dudó de nuevo. El recuerdo que se acababa de despertar en su imaginacion, tenia cierto enlace con un aconte-

cimiento terrible, y por mas que su memoria por una semejanza imaginaria ó real, acababa de recordarle un suceso espantoso, ni el odio que profesaba á Rio-Santo, ni lo que es peor los celos, podían hacerle colocar en ella como actor la noble y serena persona de su rival. Así, pues, Franck creyó que se habia equivocado, y lo creyó tanto mas cuanto que hubiera sido una locura pensar entonces de otra manera. Habia sufrido algún tiempo antes una desgracia terrible, acompañada de circunstancias extraordinarias y espantosas, pero el hombre que habia desempeñado el principal papel en el sangriento drama, y del que enteraremos al lector, se parecia á Rio-Santo como un miserable puede parecerse á un príncipe. En su consecuencia Franck alejó de sí toda sospecha, no queriendo añadir á los recientes motivos de odio que tenia contra Rio-Santo, los que pudieran inspirarle las dudosas hipótesis de antiguos y remotos ultrajes.

Su alma se entregó toda entera á su rencor actual. Su colera se habia concentrado contra el marqués, dejando á un lado á Mary cuyo carácter sometido y débil conocía.

Rio-Santo al fin se levantó para dar una vuelta por el salón y ofrecer sus respetos á las señoras. Franck, que ansiaba llegase este momento, dejó su sitio y se le acercó.

—Caballero, le dijo con la afectada calma, con que el hombre de mundo sabe encubrir sus mas ocultas emociones. Hace un momento que expresásteis deseos de conocerme.

Al pronto no le reconoció Rio-Santo, pero un instante despues se sonrió y le alargó la mano.

—M. Perceval, le dijo, deseaba en efecto conocer á un hombre de quien lady Campbell me ha hablado con el interés de una madre, y á quien miss Trevor ama como á un hermano.

Franck tomó la mano que le presentaba y la estrechó con fuerza.

—¿Estais, caballero, en el caso de amar lo que ella ame? le preguntó con amarga sonrisa. Después de una breve pausa continuó:

—Caballero, representais aquí el principal papel, mientras que á mi me ha tocado desempeñar el de amante olvidado que incomoda á todo el mundo, y á quien unos desprecian y otros compadecen..... Amo á miss Trevor; caballero.

Rio-Santo no retiró su mano.

—No lo ignoraba, le dijo fria pero moderadamente. Lady Campbell me lo habia dicho..... y esperaba..... y esperábamos que la ausencia.....

—¿Por quién hablais? le interrumpió Frank:

—Por lady Campbell y por mi.

—Y nada mas, caballero, nada mas! interrumpió Franck con voz imperiosa: desde luego os digo que mentis, si os atreveis á pronunciar otro nombre.

—Y por miss Mary tambien, dijo con calma Rio-Santo.

Y al mismo tiempo retiró su mano y puso sobre sus lábios un dedo: su mirada era tranquila y ni la menor emoción se notaba en su semblante.

—Caballero Perceval, dijo en seguida; creo no haber sido el primero en esta provocacion: vuestra amistad me hubiera sido grata, pero puesto que no lo quereis así, que vuestra voluntad se cumpla.

Franck se llenó de placer.

—Entonces, hasta mañana, caballero; mi voluntad es que uno de los dos quede en el sitio, y en el entretanto quedo dando gracias á Dios porque os ha dotado con un corazon de caballero. Hasta mañana.

Rio-Santo continuó dando su vuelta por el sa-

lon, y despues de ofrecer sus respetos á las señoras volvió al lado de Mary.

—Os he visto hablar con Franck, le dijo lady Campbell en voz baja y con inquietud.

—En efecto, señora, respondió Rio-Santo; y puedo deciros que es un caballero muy amable.



CAPITULO SESTO.

La hija del ahorcado.



La carta ó billete que el ciego Tirrel habia dado en la noche anterior á Susana, la moza de la taberna de las armas de la corona, decia: «calle de Wimpole número 9.»

Al dia siguiente esacta Susana á la cita, pasó el cancel, cuyas puertas estaban abiertas, subió los escalones de granito de la fachada principal, y tocó al aldabon de la puerta número 9 en Wimpole.

La apariencia de la casa era magnífica.

No necesitó Susana volver á llamar, pues la puerta se abrió apenas sonó el aldabon de cobre. Un criado con espléndida librea la recibió sin hablarla una palabra, y la llevó á la primer

ra sala del piso bajo, en donde una criada, que mas parecia una señora, la estaba al parecer aguardando.

Al momento que entró Susana, se levantó precipitadamente la criada, y le hizo una cortesía á la francesa tan prolongada, tan completa, que no la hubiera hecho mejor una dama de teatro.

—Voy á participar á la señora duquesa que la señora princesa ha venido..... despues añadió en francés: la señora princesa tendrá la bondad de pasar al salon á no ser que la señora princesa prefiera subir á su cuarto..... La señora princesa sabe que está en su casa.

—Lo sé, contestó Susana, y entró en un hermoso salon amueblado con lujo y con estremada elegancia. Allí se dejó caer en una poltrona, y la criada salió haciendo mil reverencias y sin volver la espalda.

Susana habia oído que le prodigaban el titulo de princesa y le dispensaban todas aquellas muestras de respeto, sin manifestar la menor sorpresa. Su traje de la vispera lo habia reemplazado con uno mas elegante, pero extraño, casi teatral: un vestido de terciopelo negro ceñia sus hermosos contornos; y en lugar del sombrero llevaba un magnifico y ancho velo, echado como al descuido, dejando ver sus transparentes pliegues por entre sus cabellos los reflejos de una brillante diadema.

Hermosa siempre, lo mismo resplandecia su hermosura de noche á la luz artificial, que á la claridad de un bello dia; pero en este momento se echaba de ver alguna pena oculta bajo la magestuosa y tranquila calma de sus facciones: notábase que una angustia cruel, duradera y combatida con valor habia cubierto con una nube de apatia el fuego natural de sus grandes ojos.

negros: en fin, de día, se encontraba menos vigor, menos audacia varonil en la fisonomía y actitud de aquella interesante criatura. El desden de la vispera había tomado el aspecto del padecimiento; y esto aumentaba sus encantos, pues la demasiada fuerza si bien admira, causa al mismo tiempo desvío. El hombre que la hubiese visto así, hubiera experimentado cierta especie de egoísta felicidad, al conocer en medio de tan grandes perfecciones, la debilidad inherente é interesante de la muger.

Apoiado su codo en el labrado brazo de la poltrona, y blandamente reclinada la cabeza en su mano, su vista se dirigía indiferente hácia el cielo raso del salón, sin reparar siquiera en la magnificencia que se desplegaba ante sus ojos acostumbrados á no ver en su desgracia mas que los mezquinos adornos de la taberna de que acababa de salir. Se la hubiera tomado por una de esas hermosas pastoras de la Circasia, á quienes la esclavitud del harem anonada y convierte en una belleza material, que basta, sin embargo, para satisfacer la brutal sensualidad de un pachá.

Pero considerándola mas despacio se podia ver que esa indiferencia no era en ella mas que superficial. Bajo aquel cuerpo frio é inmóvil habia un alma silenciosa, quizás dormida, pero al fin habia un alma.

A poco una de las puertas del salón giró suavemente sobre sus goznes, á la vez que la cortina que la cubria se recogía en una varita dorada, y dió entrada á una muger de avanzada edad que casi desaparecia bajo una gran profusion de encajos y de cintas. En su semblante, cuyas finas y bien formadas facciones luchaban aun contra la irreparable injuria de los años, se veian brillar bajo sus párpados agitados por

una especie de temblor nervioso dos ojos vivaces, penetrantes y curiosos. Así en ellos como en todo el conjunto de sus facciones se notaba mucha astucia, y cierta gracia y finura que no carecían de distinción.

La propietaria de todo esto era una mujer de baja estatura, delgada y envuelta en una gran bata de raso. Por largo rato permaneció en el dintel de la puerta mirando fijamente á Susana, con mirada esperta y concedora. Concluido el examen dejó escapar una sonrisa acompañada de un gesto de satisfacción.

—Bien! murmuró, muy bien! Para buscar mujeres bonitas nadie mejor que los ciegos. En seguida tosió y dejó que la puerta se cerrase.

Susana volvió la cara con lentitud.

—Mi querida hija, la dijo la vieja; yo soy la duquesa viuda de Geyres, y vos..... la viuda de mi infortunado sobrino..... muerto en la flor de su vida, y á quien lloraré siempre..... el príncipe Felipe de Longueville..... Abrazadme, querida sobrina.....

La vieja francesa se inclinó y besó á Susana en la frente; esta permaneció inmóvil.

—Princesa, continuó; espero que no echareis en olvido el nombre de vuestro difunto esposo, á quien llorais hace tres meses..... Felipe de Longueville..... ¿Quedamos conformes?

Susana levantó sus hermosos ojos llenos de indiferencia hácia su improvisada tia.

—Felipe de Longueville!..... repitió: lo mismo dá ese nombre que otro cualquiera.

—Como, Susana!..... Como, hija mia! tan poco respeto os causa el nombre de los descendientes de Dunvis?..... Nosotros somos bastardos de sangre real, querida mia, y cien poetas, mas mal ó mas bien, han cantado las glorias de nuestro ilustre predecesor.

—La vieja francesa declamó todo esto en estilo joco-serio.

—Princesa, añadió sentándose en una poltrona, en la que casi se perdió su diminuta persona..... sois mi sobrina, yo vuestra tia y es preciso que nos amemos mucho..... La ley de la naturaleza es ecsijente en este caso..... A la verdad, en sesenta años que cuento, jamás he visto una jóven mas hermosa que vos..... A propósito..... aquí teneis vuestro escudo de armas, sobrina..... Este sello será el vuestro de hoy en adelante.

Y puso en el dedo de Susana un ancho anillo de brillantes, en cuyo engaste tenia grabado el escudo de Francia con las brisadas de Orleans y contra-brisadas de bastardía.

—Pasemos ahora á otra cosa, añadió: pero empezad por leer esta carta que viene dirigida á vos.

Tomó Susana la carta, la abrió y leyó lo que sigue:

«Cuando os separásteis del hombre que os salvó la vida, os dirijisteis á Good-Mansfields, barrio de los judios. Allí vagásteis largo rato al rededor de una casa demolida.....

—Era la de mi padre! interrumpió Susana.

«En seguida disteis la vuelta por la calle de Lendahall y ya al fin de Cornhill, inmediato á la banca, tomásteis un fiacre que os llevó al hotel de Warrens, en el que pasásteis la noche. Esta mañana salisteis á pie, y comprásteis ese vestido, que debéis cambiar por otro mas elegante, y despues estuvisteis esperando en la esquina de la calle de Clifford á cierta persona que no pareció.....

—Que no pareció! repitió Susana con amargura.

«Teneis grandes descos de verla. (decia la car-

ta como si respondiese á la interrupcion de Susana) sin embargo os fuisteis de la calle de Clifford, volvisteis luego á ella, y os alejasteis de nuevo para volver otra vez.

«No hay nada oculto para los ojos que en adelante velarán vuestras acciones.

«Aguardad! cuando recibais la orden..... estad lista; y cuando hayais obedecido! silencio!»

La carta estaba sin firma. Susana la tiró y miró á la vieja de pies á cabeza,

—Me han seguido, dijo.... y ¿para qué? Esas personas que se llaman fuertes y poderosas, ¿qué me importan? Me amenazan.... qué locura! amenazar á una muger que han hallado buscando la muerte!.....

Los penetrantes ojos de la señora duquesa viuda de Gevres se bajaron ante la mirada de Susana, lo mismo que se contraen y ocultan los cuernos del caracol al contacto de un cuerpo extraño. Sintióse dominada, y permaneció silenciosa hasta largo rato despues que la voz firme y grave de Susana dejó de vibrar en sus oidos. Dios lo sabe, hija mia; dijo al fin con tono sumiso y esento del todo de la especie de mofa que se notára en sus primeras palabras: vais muy lejos..... No digo que no os habrán seguido....., al contrario me inclino á creerlo así.....pero solo, solo por puro interés..... Esas personas se llaman poderosas, y lo son, hija mia, mas de lo que os podeis imaginar..... Por lo que hace á las amenazas..... no..... nada de eso..... os aseguro que os engañais..... No ecisten tales amenazas..... Servireis, es verdad, al cumplimiento de un proyecto..... de muchos proyectos...., qué se yo!..... Pero en cambio tendreis lujo, placeres, felicidad!.....

—Felicidad! murmuró la hermosa doncella: él me ama!

—¿Quién puede dejar de amaros? hija mia!

—No me conoce!

—Mejor, para vos! De ayer acá se han aumentado en vos las seducciones. Ayer solo érais hermosa.... hoy además sois rica y princesa.... Escuchadme, Susana, y creed lo que os digo.... Hoy teneis á vuestra disposicion medios cuyas fuerzas son casi sobrenaturales.... y del mismo modo que vos servireis á esa asociacion de que os he hablado así ella os servirá á vos.... Desde hoy sois uno de los miles de átomos que la componen..... vos aumentais su irresistible poder, y este poder será vuestro..... Todos vuestros deseos serán satisfechos, y lo que os parecia como un sueño estravagante y raro, lo vereis convertido á la realidad.

Susana casi se habia levantado de su asiento, y su hermoso semblante, iba perdiendo insensiblemente su taciturna inmovilidad. A cada instante brillaban sus ojos bajo el arco de sus negras pestañas. Su nariz se dilataba: palpitaba su seno, y una especie de corriente magnética parecia inyectar la vida en cada una de sus arterias. Nunca habia estado tan hermosa.... rayaba en lo divino. Deslumbrada la francesa por aquel repentino brillo, permaneció contemplándola en silencio.

—Lo que yo desee se cumplirá.... repitió Susana haciendo un esfuerzo. Y verá convertido en realidad lo que me parezca un sueño estravagante y raro!..

Alzó los ojos al cielo; y dos lágrimas bajaron lentamente por sus mejillas.

—Ah! añadió uniendo sus manos con una passion inesplicable: mi sueño.... lo que deseo.... es su amor! Serán bastante poderosos para darme su amor?

La duquesa se sonrió, y cojiendo las manos

de Susana la dijo dando á su contenida voz cierto aire misterioso.

—Todo lo pueden! Habeis llorado mucho ¿no es verdad?

—Ah! sí, mucho! mucho! contestó Susana.

—Ahora olvidareis lo que son lágrimas..... Decidme, ¿el hombre á quien amais es poderoso y rico?

—Creo que es pobre, porque muchas veces iba á pedir dinero prestado á mi padre..... cuando habia dinero en la casa que hoy está demolida en Good-Mansfield.

—Cómo se llama?

—Brian de Lancaster, contestó la hermosa joven con cierta espresion de orgullo.

—Brian de Lancaster! repitió la francesa, con un gesto de desden..... el pobre hermano del opulento conde de White-Manor! Dios mio! y por ese M. de Lancaster, por ese pobre muchacho habeis llorado tanto?

Susana retiró con presteza su mano, y su severa mirada interrumpió á la duquesa viuda de Gevres.

—Señora, yo le amo! dijo erguiendo la cabeza con ese aire de magestad que ya le conocemos... y me envanezco de amarle.

—Teneis razon, hermosa niña, replicó con timidez la duquesa: pero soy francesa y me gusta reir, por cuya razon no os debeis incomodar nunca conmigo. Y quien sabe si al fin el muy honorable señor Brian de Lancaster heredará algun día al conde de Whiter-Manor..... Y ¿era á él á quien buscábais en la esquina de Clifford?

Susana hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

—Pobre niña! añadió la duquesa..... pero, no pensais que al pasar por delante de vos no os

hubiera reparado; y que á haberos reparado, quizás no os hubiera observado bien; y dado caso que así hubiese sucedido, que estábais perdida?... No abrais de ese modo vuestros admirados ojos, hija mia..... perdida, os lo repito. ¡Dios mio! podéis creer que Brian de Lancaster, por original que sea (os ruego que me escuseis) vaya á enamorarse así de las muchachas que encuentre en las esquinas de las calles?

—Teneis razon! murmuró Susana, cubriéndose su rostro de mortal palidez, como el que conoce se ha librado de un grave riesgo.

—No es así, como os debe encontrar, princesa, sino en un magnífico palacio de West-End..... en Almack..... en el parque..... detrás de las vidrieras de vuestro blasonado coche.

—Es verdad! es verdad! repitió Susana..... el lujo..... Ayer se me prometió lujo.....

Entonces se levantó, y como si sus ojos se hubiesen abierto de repente, dirigió una mirada por todo el salon. Lo que observó le hizo reir de alegría, y su alegría era hermosa y noble, lo mismo que su dolor.

—Bien; me han cumplido la palabra, dijo; todo esto es casi tan magnífico como la casa de Good-Mansfields, antes que ajusticiaran á mi padre. Oh! yo viviré aquí como en otros tiempos... cojeré hermosas flores, y os las daré, señora.... cantaré..... despues le veré..... ¿Cuándo lo veré, señora?.....

Susana habia pronunciado las primeras palabras con tono pensativo y lleno de dulce éstasis; pero la última pregunta la hizo con voz fuerte y apasionada.

La vieja pareció reflexionar un momento cruzando sus arrugadas manos sobre sus rodillas y medio cerrando los ojos.

—Lo vereis esta noche, dijo por último.

—Esta noche! exclamó Susana, saltando de alegría como una cervatilla, y entregada á una especie de delirio, esta noche!

Después, volviendo á tomar su actitud llena de gracia, dió la mano á la francesa, y la dijo con una espresion de intima gratitud.

—Gracias, señora! os amaré!.....

La vieja movió lentamente la cabeza.

—Pobre niña! le contestó: le amais mucho..... le amais demasiado..... y un amor así es peligroso porque escluye la prudencia..... ¿Tendreis vos secretos para él?

—No, respondió Susana, todo se lo diré.....

—Os perderiais, hija mia!

—Qué me importa?.....

—Causariais su muerte.

La sonrisa de Susana desapareció, y frunció las cejas.

—No amenazo, hija mia, continuó la duquesa, y vuestra cólera es inútil: os digo solamente lo que es en realidad..... yo conozco, como todo el mundo, el carácter audaz y original del honorable Brian de Lancaster. Si le decis una palabra, comprenderá el resto, lo adivinará, querrá combatir....., Pues bien, combatir contra ellos es morir. El es solo, la asociacion muy numerosa, tanto, que es imposible ya contar sus individuos. El es un segundon, simple caballero y pobre, y entre nosotros hay lores y personas cuya opulencia pasa por proverbial..... Al primer choque se quebrará como un vidrio.

—Ah! yo enmudeceré, interrumpió Susana.

—Lo creo..... enmudecereis, hija mia, continuó la anciana viuda, fijando en su improvisada sobrina una profunda y escrutadora mirada: enmudecereis, porque no ignorais que hay ojos y oídos abiertos á vuestro lado. Debeis, pues, gozar la dicha que se os presenta sin provocar una

lucha-insensata..... Sois la princesa de Longueville: qué secretos se os pueden escigir? Le dareis vuestro amor; ¿no es bastante para un pobre caballero el amor de la viuda de un principe? ¿no le basta una jóven de veinte años, hermosa como un ángel y mas rica que una reina?.....

—Oh! no! no! no basta, contestò Susana. Si realmente yo fuese una reina, aun no seria suficiente, porque Brian es superior á todo..... Pero, sin embargo, yo callaré. ¿No me habeis prometido que lo veria esta noche?

—Y os lo cumpliré, hija mia.

La francesa se levantó y tiró del cordon de una campanilla, al punto entró la camarera, y por orden de la señora trajo recado de escribir.

—Son las tres, murmuró la duquesa, en tanto que su mano trazaba sobre el papel algunas lineas: aun nos quedan tres horas; mas tiempo del que se necesita. Marieta, entregad este billete á John, con orden de que lo lleve inmediatamente al doctor: este otro á Dick; es necesario que dentro de media hora lo tenga el mayor en su poder. Haced tambien que Ned tenga listo el coche de la señora princesa para las seis y media. Podeis retiraros.

La camarera salió.

—Querida sobrina, le dijo la duquesa: esta noche hay una representacion alemana en el teatro de Govent Garden..... la elegancia, pues, disertará de King's-Theatre..... Empezad á vestir, hermosa mia; porque vamos á ir á la comedia alemana.

—¿Y Brian?

—El muy honorable Brian de Lancaster alli estará.

—¿Cómo lo sabeis?

—Alli estará, hija mia.



CAPITULO SEPTIMO.

Edward y compañía.



Un poco mas allá del ángulo formado por Finch-Lane y Cornhill, habia en la época á que se refieren estos sucesos, una estrecha callejuela, poco frecuentada, y desde la que apenas se divisaba una leve faja del nebuloso cielo de Lóndres. Prolongaba una de sus aceras una gran casa cuadrada con vista á Finch-Lane y á Cornhill, á donde se extendia su vasta fachada.

Pero despues que M. Nash ha pasado por allí, su desapiadado nivel chocando con los viejos muros de esta casa, la há echado por tierra, ni mas ni menos que si hubiese sido una barraca. En su lugar, se han construido algunas casas de las que se hacen en Lóndres, que es cuanto se puede decir.

Por compensacion, la callejuela sin nombre ha desaparecido.

Finch-Lane era entonces una calle mas cenagosa y oscura que en la actualidad. Su mal nombre correspondia esactamente á su estado. Durante el dia no se veian en ella mas que unos cuantos de esos miserable corredores que llevan al rededor de Royal-Exchange su famélica y orgullosa miseria. Por la noche fuegos rojizos aparecian en su fondo ; y mezclado con el sonido fascinador que produce el oro al removerse, se oian las provocativas palabras de las mugeres de mala vida, y las maldiciones que con voz viñosa y ronca pronunciaban la gente baja del pueblo en sus acaloradas contiendas.

Ninguna de esas escelentes cualidades que constituyen una famosa ladronera, se echaba de ménos en este lugar escogido. Pobre en el centro de un barrio rico, sombrío á dos pasos de otros lugares perfectamente alumbrados, ni aun tenia que desear la vecindad de una oficina de policia, de esa suprema proteccion en los lugares sospechosos. El puesto de guardia de Bishops-Gate, vigilaba á unos cien pasos de distancia siempre dispuesto á oir y casi en disposicion de ver.

Los pisos bajos de la casa grande por la parte de Cornhill estaban ocupados por dos lindos almacenes. El primero presentaba á la vista del público, detrás de sus cristales empañados por la nieve, un magnifico surtido de joyeria: el otro era un repuesto completo de efectos de ropa para ambos sexos, desde los botines charolados y las medias caladas, hasta los fracs, y los ricos chales de la India.

Estos dos almacenes gozaban de gran crédito por la baratura de sus efectos. En el de joyeria se leia el nombre de Falkstone, y en el de ropas el de Bertram.

En la fachada de la misma casa que daba á Finch-Lane, habia una tienda de cambiador, pero de aspecto bien diferente á las anteriores. La estrecha calle de Finch-Lane era un medio término entre la ancha calle y la oscura callejuela de que acabamos de hablar. El día ya era allí más sombrío, lo que unido á la rara disposición de su cortinaje y de sus enverjados interiores, daba á esta oficina de cambio un aspecto casi misterioso. Sin embargo, preciso es creer, que nada extraordinario pasaba allí, pues no se hacia más durante el día, que cambiar billetes del banco por oro y oro por billetes del banco.

Al lado del cambiador habia un chamarilero, cuya tienda por estar más apartada de la calle ancha y más metida en la callejuela, presentaba un aspecto doblemente sombrío que la de su vecino. El chamarilero, pues, tenia que encender las luces veinte minutos ántes que el cambiador.

El cambiador se llamaba M. Walter, y el chamarilero Peter-Practice.

Por último, en la parte de la casa, que daba á la estrecha callejuela habia ocho ó diez ventanas de rejas, cuyas pintadas vidrieras preservaban el interior de las indiscretas y curiosas miradas que pudieran dirigirsele. Aquí estaba el despacho de la casa de comercio Edward y compañía.

¿Qué clase de comercio hacia esta casa? Nadie podia decirlo con certeza, y este misterio preocupaba fuertemente no solo á los tenderos de Finch-Lane, sino tambien á los ricos mercaderes de Cornhill. Todo eran vagas conjeturas, llegando algunos á aventurar que la casa de Edward y compañía tenia un depósito de géneros extranjeros. Pero, ¿qué especie de géneros?

Con mucha frecuencia llegaban hombres car-

gados; y tal cual vez algun carro se paraba á la puerta: los fardos y paquetes se veian entrar; pero nunca que volviesen á salir.

Necesario es convenir que esto era bastante extraño.

Tan extraño, que algunas buenas mistress, entre ella mistress Brown, mistress Black y mistress Krubb, hubieran hecho el sacrificio de privarse del té por tres cuartos de hora, solo por saber la clase de comercio que hacía la casa de Edward y compañía.

Tambien hubieran querido saber otra cosa.

¿Por qué, por ejemplo, no se veia jamás ni dependiente ni dueño en esta casa? Qué habia de extraordinario en ella? Aquellos, que, bien bajo el pretexto de tomar un billete de banco sin descuento, ó bien con cualquiera otro relativo al comercio, habian entrado en la casa, solo habian visto fuertes enverjados y detrás de las verjas espesas cortinas verdes.

Un criado con librea color de fuego, colocado en la puerta de la calle, era la única persona á quien se le veia la cara en este singular despacho.

Por otro lado (y esto era un motivo mas que suficiente para provocar la curiosidad de los vecinos) ¿por qué la modista, el joyero, el chamarrilero y el cambiador se habian establecido los cuatro al mismo tiempo, y á la par tambien que el despacho de la casa de comercio Edward y compañía se instalaba en la callejuela sin nombre?

Desde luego muchos se figuraron que Edward y compañía formaban alguna sociedad con los cuatro mercaderes, por lo demás desconocidos en el resto de la ciudad: pero si asi era, ¿por qué ningun trato, al parecer, ecsistia entre estos últimos, y sobre todo porque no mediaban, si-

quiera las relaciones de vecindad, entre ellos y el despacho de Edward y compañía.

Hé aquí las graves, árduas é insondables cuestiones que traían inquieto á muchos. Mistress Brown, mistress Black y mistress Krubb, y no hacemos mención de mistress Dodd ni de mistress Bloomberry, sus vecinas, pasaban la mayor parte del día, hablando del particular con mistress Bull, mistress Footes y mistress Crosscainr, sin poder adelantar ni un punto en la solución de tan gran problema.

De tiempo en tiempo, como al fin de cada mes, se veían abrir las áncas vidrieras del primer piso que daba á Cornhill; y aparecer detrás de las cortinas de seda un hermoso y elegante caballero. ¿Quién era este caballero? Era, acaso el jefe de la casa Edward y compañía?

Causa era esto para promover una nueva cuestión entre las ocho mistress de que hemos hecho mérito, y por cierto que no movieron poco la lengua al debatirla.

Por consecuencia, lo único que se sabía era que Edward y compañía, la modista, el joyero, el chamarilero y el cambiador, hacia un año que se hallaban allí establecidos; que al parecer iban perfectamente bien en sus negocios, y que nadie podía hablar en justicia ni una palabra en contra de su buen crédito.

En cierta ocasión las ocho mistress, y algunas más que no nombramos, aunque podíamos hacerlo, creyeron haber dado con la solución del enigma. Habían visto pisar los umbrales de la casa de Edward y compañía, y entrar dentro hasta treinta hombres robustos pero pobremente vestidos. Sin duda alguna estos hombres eran marineros; tampoco podía ofrecerla el creer que venían en busca de ocupación; luego Edward y compañía eran corredores de enganchamiento.

Oficio lucrativo y sobre todo moral!

Escelente raciocinio!

Mas al cabo de un mes, volvieron á venir los mismos treinta hombres. Necesario es convenir que estos marineros se engancharan muy á menudo! Pasado otro mes vinieron de nuevo y lo mismo hicieron al fin del tercer mes. Entónces ya no podian ser marineros.

¿Qué eran, pues?

Adelgazando el ingenio llegaron á hablar cosas inauditas; de asociaciones tenebrosas, de un tráfico criminal, de ladrones!..... en fin, de una porcion de necedades por el estilo, y que cualquier persona sensata se hubiera ruborizado solo de concebirlas.

Sea lo que fuese, el tercer día despues del baile de Trevor-House era justamente el elegido por los pretendidos marineros para hacer una visita al despacho de la casa de comercio Edward y compañía. Sobre las once de la mañana se les vió llegar divididos en grupos y entrar en la casa cuadrada por la puerta que daba á la callejuela sin nombre.

El criado con la librea color de fuego los reconocía, los saludaba y les franqueaba el paso.

Esta vez vinieron hasta treinta y seis. Despues que el último entró, cerró el criado la puerta retirándose en seguida.

Los reciénvenidos eran casi todos hombres fornidos y robustos y de semblante osado y resuelto. En el rostro y en los ademanes de unos se notaban los innobles hábitos que enjendran una vida licenciosa y disipada: otros ostentaban en su mejilla las honrosas heridas de recientes combates al pugilato, al contrario de algunos que hacian alarde de su cara limpia y abultada entre la doble valla de sus espesas patillas. No tenian estos trazas de haber pisado largo tiempo el fango de

las calles de Londres; pero no por esto se debía desear su encuentro de noche en el campo ó en caminos estraviados y desiertos. Había en fin entre ellos fisonomías de honrados é intrépidos bandidos; y es seguro, que salvo alguna diferencia, los compañeros de Robin Hood en su tiempo, habían de ser hombres de esta estatura.

Uno ó dos muchachos apenas salidos de la infancia formaban también parte de la reunión.

Muchos de sus demás miembros han pasado ya por nuestra vista, y el lector debe haber reconocido en esta honrada sociedad los nombres de nuestros nocturnos navegantes del Támesis.

Así pues, se encontraban en ella el robusto Tom Turnbull, quién á la luz del día, debemos decirlo en su elogio, tenía todo el aire de un solemne pícaro; Charlie, el gordo remero del bote *Amirante*; Patrick; Saunie, el que ladraba; Snail, el que mabulló, y los demás cuyos nombres no hemos pronunciado.

Solo faltaba el bueno del capitán Paddy O'Chrane con su casaca azul con botones negros, sus calzones de ante y su baston salvado no ha mucho del naufragio.

La oficina donde se hallaban era una gran sala dividida en dos mitades por un enrejado de alambre que dejaba ver al través de sus claros una espesa cortina verde. En el enrejado había unas pequeñas ventanas, y encima de una de ellas se leía esta palabra: *Caja*.

Nuestros treinta y seis bribones conocían las letras lo bastante para poder descifrar esta mágica palabra.

Sentados en un banco de madera que rodeaba la sala, todos guardaban el mas escrupuloso silencio. Uno de ellos, que vino solo y el último, no encontrando en el banco un sitio donde sen-

tarse se quedó en pie embutido en el alfeizar de una ventana con la nariz pegada á la vidriera cuya transparencia se ocultaba bajo una espesa capa de pintura.

Al primer golpe de vista cualquiera hubiera pensado que se ensayaba en ver al través de aquella opaca barrera, pero, fijando mas la atencion, se podia venir en conocimiento que un trabajo ménos material ocupaba su espíritu. El dedo indice de su mano derecha recorria rápidamente uno despues del otro los de la mano izquierda, sumaba, formaba cálculos.... Este hombre era un calculador con guñapos.

Con guñapos, aunque esta palabra no sea del todo exacta; porque si bien en su rigurosa acepcion podia aplicarse á las diferentes partes de que se componia su vestido; no eran ellas tan malas que pudiesen reputarse como guñapos. Sobre una camisa azul, tenia un corto y estrecho paletot como el que usan los lightermen (barqueros) y unos pantalones de colonia rayada, rajados por encima del tobillo, dejaban ver unas medias remendadas hasta mas no poder. Cubria su cabeza un sombrero viejo de fieltro, con las alas muy pequeñas, y su calzado eran unos zapatos cuyas suelas tenian dos pulgadas de grueso.

A pesar de las dos pulgadas de sus formidables chanclos, la estatura de este hombre era muy pequeña y sus miembros desgraciadamente unidos formaban un conjunto desprovisto de toda simetria. En cambio cada uno de sus miembros mostraban un vigor y fuerza estraordinarias. Sus brazos largos y musculosos se ensanchaban desde el codo hacia la muñeca, y sus muslos un poco vueltos hacia dentro se afirmaban sobre unas pantorrillas mas duras que el hierro; su cabeza aunque algo ladeada á la izquierda se man-

tenia firme entre dos hombros estremadamente anchos.

En cuanto á su semblante, podemos decir que era bien espresivo. Su sombrero dejaba ver unos tres dedos de frente, de la que partía sin transición una nariz, delgada, pálida y tan estrecha, que apenas permitian sus ventanillas el paso á la cantidad de aire necesaria, para la respiración. Tal cual menchon de pelos rojos, á distancia una línea unos de otros, pegados sobre la áspera y curtida piel de su cara hacían los oficios de barba; su boca era pequeña y sumida, y su sempiterna sonrisa había formado en ella dos arrugas que no dejaban de tener gracia. Su mirada era unas veces cautelosa, otras osada, pero siempre penetrante; y sus cejas arqueadas, espesas y de color rojo.

Este conjunto en fin de fisonomías espresaba á la vez cierta especie de natural bondadoso, una codicia sin límites y ese sello de marcada indolencia que por lo regular se nota en las frentes de las personas que componen el pueblo bajo de Londres.

Tal era nuestro hombre cuando se hallaba á pie quieto, pero cuando andaba su deformidad subía de punto. Sus maneras eran innobles y las arrugas de su boca al moverse prestaban á su rostro un carácter de audacia y crueldad y de servil hipocresía.

Antes de pronunciar su nombre, que el lector no ignora, debemos añadir, como un rasgo original, que en su paletot, en su chaleco, en su pantalon y hasta en su camisa tenía bolsillos. En solo su paletot había cinco: el principal forrado en cuero, y descendía hasta la mitad del muslo; los demás, concienzudamente fuertes, estaban disimulados lo mejor posible.

Este hombre era Bob-Lantern, el asesino de Temple-Church.

Pocos minutos despues de la llegada de estos hombres se oyó una voz detrás del cortina-ge verde.

—Están ya todos? preguntó.

—Sí, M. Smith, aquí estamos todos, respondió Tom Turnbull, que al parecer ejercia cierta influencia sobre los demas.

—Aquí estamos todos, repitió la voz de false-te del chico Snail.

En este momento oyeron detrás de la cortina el ruido agudo y seco del muelle de una cerradura de combinacion.

—Estoy loco! dijo al mismo tiempo el invisible M. Smith. Se me ha olvidado hacer que cambiasen mi papel.....

¡Nicolás!

Y como no se presentase este pronto sacudió con violencia una campanilla.

Nicolás, el criado de la librea color de fuego, entró por una puerta interior en el recinto reservado de M. Smith. Este puso en las manos del criado un paquete de billetes del banco.

—Dinero! le dijo; anda vivo.

Nicolás salió.

—Lo habeis oido? dijo Turnbull en voz baja: dinero!

—Y qué! querido Tomy, dijo Charlie: eso es que va á traernos dinero.

—Charlie tiene razon, añadió Snail. Era este un muchacho medio desnudo, y sus facciones marchitas ya en la primavera de su vida, daban á conocer que todas las malas pasiones tenian cabida en su corazon.

—Calla tú, ruin caracol! le dijo Charlie; demasiado sé yo que llevo razon, niño maldito!

—Sí, Charlie, murmuró el muchacho; eso será, Charlie.

En este intermedio, Tom Turnbull se había subido en el banco por si lograba ver algo por encima del enverjado.

—Qué diablo haces ahí Tomy, le preguntó Charlie.

—Sí, Tomy, qué diablo haces ahí? repitió Snail.

Tomy se bajó y se puso un dedo en la boca.

—Chist! dijo por lo bajo.

—Chist! repitió Snail, haciendo visages para recomendar el silencio.

Charlie le tiró de una oreja.

—Algún día puede que te ahogue entre mis muslos, ruin enjendro! murmuró: vaya, Tomy, qué vas á decirnos?

Snail mahulló con acento lastimero.

—Alli..... detrás..... á dos pasos de nosotros....., dijo, hay una caja de hierro, una caja abierta.

—Y bien?,....

—Dentro de la caja no hay ninguna plata.....,

—Tanto peor!

—Ni oro tampoco.

—Ah! bah!.....

—Callad, por amor del demonio! exclamó Tom Turnbull, ó mato al primero que hable.

Snail se colocó prudentemente detrás de todos.

—Ni oro tampoco! repitió Turnbull: pero, sabéis por qué no hay oro?.....

—No, Tom; tú nos lo dirás.

—Pues es porque no hay sitio: desde el suelo hasta el borde está la caja llena de billetes de banco.

Todos los ojos brillaron de alegría, y un sor-

do murmullo se levantó entre ellos.

—Y con lo que hay ahí, añadió Tom, ahí detrás..... á dos pasos..... podíamos ser cada uno de nosotros millonario!

Al llegar aquí, creció el murmullo: la codicia se pintó en todos los semblantes, y por un movimiento instintivo todas las miradas se dirigieron á la verja.

—Paciencia! amigos míos, paciencia! dijo M. Smith que tomó este murmullo por una señal de disgusto.

M. Smith estaba sentado delante de su carpeta y leía tranquilamente las inmensas columnas del periódico *El Times*.

Imposible nos es hacer su retrato. Bien podría ser un hombre hermoso, pero sus anchos anteojos verdes con pantallas de tafetan de una dimension extraordinaria, casi le cubrían el rostro.

—Millonario! murmuró el chico Snail; que gusto será el ser millonario.

—Millonario! repitió Charlie.

—Queridos míos, dijo entónces una voz que nadie habia oido: es necesario tener prudencia.

—¡Bob-Lantern! exclamaron todos á la par: por donde diablo has salido, Bob-Lantern?

Bob-Lantern habia dejado la posicion que ocupaba cerca de la ventana reuniéndose con el mayor sigilo al grupo que rodeaba á Turnbull.

Todos se volvieron del lado en que aquel se hallaba. Bob-Lantern, por medio de una señal con la mano impuso silencio, y haciendo un guiño dijo muy quedo:

—Yo no hago, queridos míos, mas ruido del que es necesario. Vine despues que vosotros y me coloqué donde pude. Ah! Pero, si esta mañana cuando fui á buscaros de parte de su se-

foria, me hubiera figurado que os ibais á portar de un modo tan ruin!.....

—Hipócrita! le interrumpió Turnbull: tú vas á ser el primero en ayudarnos..... Te digo que están á montones los billetes de banco!.....

—Fuertecilla es la tentacion! repuso Bob-Lantern, pasándose la lengua por los labios..... si pudiera hacerse sin ruido..... no digo que no... ¿El capitán va á venir?

—No, respondió Charlie.

—Fuerte es la tentacion! repitió Bob, poniéndose á reflexionar.

En seguida se deslizó hácia la verja y la movió con precaucion.

—Paciencia, amigos míos, paciencia! dijo M. Smith, sin dejar la lectura del periódico.

—Es muy fuerte, murmuró Bob-Lantern; es en extremo fuerte.

—Fuerte! repitió Tom Turnbull, encogiéndose de hombros: escuchad: sois hombres?

—Sí, Dios me condene! respondió el chico Snail.

—¿Qué hay que hacer? preguntaron los demás.

Nada respondió Turnbull; pero lanzándose hácia la reja dió una fuerte patada con su maciso calzado en la madera que la sostenia.

El enverjado retembló pero no vino al suelo.

—¿Qué es eso? gritó M. Smith, con voz alterada.

Tom quiso volver á la carga, pero Bob-Lantern lo detuvo.

—Metes demasiado ruido, querido mio, le dijo; es necesario coordinarlo todo á fin de no dar mas que un golpe.

Y sin tomar vuelo ni que al parecer le costase grande esfuerzo, dió tan fuerte golpe con el herrado talon de su zapato á la cerradura de

la verja, que saltó en mil pedazos.

Hecho esto se arrojó hácia un lado y dejó á la turba invadir el despacho reservado.

—Solo he dado un golpe, murmuró con satisfacción; pero ha sido de lo lindo.

Cuando nuestros treinta y seis sitiadores se lanzaron en el recinto reservado, M. Smith, advertido por la primera tentativa de Turnbull, procuró ponerse en defensa. Al efecto hizo rodar su carpeta entre la puerta y la caja, y trató de cerrar esta última, pero en su turbación cojió con la tapa un pedazo de su levita, por lo que le fué imposible el lograrlo.

—No os tomeis tanto trabajo, M. Smith, dijo con rudeza Tom Turnbull: el negocio es hecho; y si vos no os oponeis tendreis tambien vuestra parte.

—Misérables! exclamó M. Smith, dejando ver por debajo de las pantallas de sus anteojos verdes un semblante, como el de un muerto. Antes de tocar á esta caja, tendreis que pasar por encima de mi cadáver!

—Bien puede ser! respondió Tom Turnbull, con la mayor indiferencia.

Una gran carcajada acojió estas palabras.

—Bien puede ser! repitió el chico Snail. Dios me condene! Bien puede ser!

Bob-Lantern que permanecia detrás de la puerta, alargó el cuello, y su mirada inteligente y cautelosa midió la profundidad de la caja como para calcular los billetes que contendria.

—El caso es que el golpe promete, murmuró: pero la chanza bien puede costarnos cara.....

El interior del despacho reservado ocupaba la mitad de la sala, y su mueblage era el comun á todas estas clases de oficinas. A la derecha habia una puerta que conducia á los grandes al-

macenas dependientes de la casa Edward y compañía y á la izquierda una escalera de caracol por donde se subía al primer piso.

Poco ó ningun reparo hicieron nuestros sitiadores de estas circunstancias, ocupados como se hallaban en cosas de mayor interés. En tanto que Tom, Charlie y otros quitaban la carpeta que M. Smith habia puesto como un parapeto delante de la caja, otro de entre ellos mas ágil ó mas acosado por el deseo de poseer aquel tesoro, saltó sobre la carpeta gritando:

—A mi la primera parte!

—Bravo, Saunie! gritó la turba.

M. Smith no hizo mas esfuerzos para cerrar la caja.

—A ti la primera parte! repitió, sacando al mismo tiempo dos pistolas.

En el mismo instante sonó un tiro; Saunie cayó: la bala le habia desbaratado la cabeza, salpicando su sangre á los salteadores que retrocedieron.

—Ah! esto se va complicando, dijo Bod-Lantern, y emprendió la retirada hácia la puerta por donde habia entrado. Sus compañeros no siguieron su ejemplo. Tom Turnbull y Charlie, se arrojaron á M. Smith: Tom buscó su cuchillo para clavárselo en la garganta.

En este momento sucedió una cosa estraña. Todos los salteadores á escepcion de Turnbull y Charlie, como si de improviso se sintiesen acometidos de un terror pánico hicieron lo que Bob-Lantern, retirándose detrás del enrejado, dejando el cadáver de Saunie tendido sobre la carpeta, y procurando cada cual ponerse á cubierto con la cabeza baja y el aire de un muchacho sorprendido al cometer una falta, por un severo profesor.

He aquí la causa.

Al ruido del pistoletazo, que casi no debió sentirse en la calle, pero que por el contrario retumbó por toda la casa cuadrada, un hombre cubierto el rostro con una máscara negra, asomó por lo alto de la escalera.

Todos lo vieron á escepcion de Tom y Charlie.

El hombre enmascarado se dirigió al cajero.

—¿Por qué, dijo con gran calma, hay tanto ruido, M. Smith? Mirad que tengo necesidad de reposo..... Imponed silencio!.....

Al sonido de esta voz Tom y Charlie levantaron la cabeza; dieron algunos pasos atrás y empezaron á temblar.

—Su señoría! dijo Tom.

Charlie tomó un ademan suplicante.

—Están por demás afectados; murmuró Bob-Lantern desde su rincon. Siempre me pensé yo que esa maldita escalera dada á cierta parte.....

Su señoría se volvió á pasos lentos por donde habia venido.

Charlie y Tom se reunieron á sus compañeros.

M. Smith, volvió á colocar la carpeta en su sitio.

—Será necesario que me desembarazeis esto, dijo tranquilamente señalando al cadáver de Saunie.

—Si, M. Smith, respondió Tom de un modo respetuoso.

Y como si nada hubiese sucedido, volvió M. Smith á cojer el *Times* y á proseguir su lectura en tanto que Nicolás traía el dinero.



CAPITULO OCTAVO.

De una á otra acera de la calle.



os treinta y cinco individuos que acababan de levantar el sitio puesto á la caja de Edward y compañía, permanecieron un minuto ó dos bajo la impresión causada por la aparición del hombre enmascarado. Sin duda esta impresión era bien viva y profunda, cuando ninguno se atrevía á hablar una palabra. Los mas resueltos hacia un momento eran ahora los mas tímidos; Turnbull se escondió detrás de Charlie, que en vano se esforzaba por ocultar su gordura á la sombra del delgado Snail. Detrás de Bob-Lantern era inútil que nadie pensara en colocarse, en atención á que esta buena pieza se habia incrustado, digámoslo así, en la pared.

Por fuera algunos vecinos, habian creído oír un ruido parecido á un pistoletazo. Al momento mistress Black fue en busca de mistress Brown y ámbas se dirijieron á casa de mistress Crubb. Esta se unió con ellas y juntas fueron á visitar á mistress Bloomberry. En casa de esta última mistress Doord afirmó, poniendo por festigo á mistres Bull, que la casa de la callejuela sin nombre estaba habitada por el diablo bajo el seudónimo de Edward y compañía, y mistress Foote y mistres Crosscairn fueron de parecer que la cosa no era absolutamente imposible.

Se habló mucho, y por último todas las dudas se ahogaron en varios azumbres de té.

Al cabo de tres minutos, Snail, á quien no agradaba permanecer mucho tiempo callado hizo un movimiento, Charlie se enderezó y Tom Turnbull tosió con precaucion. El silencio quedaba roto.

—Pobre Saunie! murmuró Turnbull.

—Pobre Saunie! repitió Snail, haciendo que lloraba: ladraba tan bien!.....

Era este muchacho un extracto de bandido, demasiado curioso para que dejemos de hacer su retrato. Lo mas que tendria serian unos trece años, y sin embargo su rostro pálido, marchito y arrugado le daba toda la apariencia de un viejo; sin poderse saber á punto fijo por su fisonomía los rasgos que mas le caracterizaban, pues tan pronto tomaba la espresion de un completo embrutecimiento, como se iluminaba con un rayo de malicia verdaderamente diabólica. Su estatura era pequeña y sus débiles miembros manifestaban que su dueño estaba aun muy lejos de la pubertad. Como todos los muchachos, rabiaba por darse importancia entre los hombres, y solo para conseguirlo se habia lanzado en la carrera del mal, llevando ya adelantado



nos grados de su fatal término.

—Por qué no nos diría M. Smith, murmuró Charlie dirijiendo hacia la caja una mirada nada benévola, que su señoría estaba ahí?..... seguro es que no nos hubiéramos movido.

—El negocio, dijo en voz baja Bob-Lantern, pudo llevarse á cabo, á no haber hecho tanto ruido..... En cuanto á su señoría, muy fino ha de ser el que con certeza diga donde podrá hallarse.....

—Le conoces tú, Bob? interrumpió Turnbull, con un acento que marcaba su ardiente curiosidad.

—Yo!..... La vida es muy amable, y cuesta mucho el sostenerla, queridos míos; así es que solo me ocupo de mis negocios..... Tan cierto es que M. Smith ha muerto á Saunie, como..... vamos, no puedo hablar mas.....

—¡Pobre Saunie! dijeron de nuevo algunos.

Y el chico Snail repitió en tono lastimero:

—¡Ladraba tan bien!

Bob dejó su rincón y se acercó al cadáver que contempló algunos instantes.

—Era un gallardo mancebo, dijo al fin: y bien darán por él una guinea, allá abajo, nuestros amigos de la Resurrección. ¿Quién quiere ayudarme?

—Qué nadie responda! exclamó Turnbull. Ese cuerpo me pertenece.

—¿Por qué razón?

—Porque Saunie, respondió Turnbull haciendo esfuerzos por derramar una lágrima, era mi mejor amigo..... y regular es que yo me aproveche de su pobre cuerpo!

Tan sentido argumento no tuvo réplica, y el cuerpo de Saunie fué cedido á Tom, su mejor amigo. para que le vendiese por una guinea á los resurreccionistas.

Bob se alejó del cadáver con un gesto bien marcado de despecho.

En este momento, volvió Nicolás, el criado de la librea color de fuego, sin que la vista del cadáver de Saunie, ni la rotura del enrejado le causase la menor sensación; lo que hace creer que estaba acostumbrado á presenciarse en el despacho de Edward y compañía cosas bastante extrañas. Traía un saco bastante pesado, que entregó á M. Smith, y éste volcó sobre su carpeta que en un instante se vió cubierta de oro. En seguida hizo treinta y seis montones de á cinco guineas cada uno, y sacando de una gaveta un cuaderno donde se hallaban inscritos treinta y seis nombres, fué nombrándolos. A cada uno se presentaba un hombre que recibía cinco guineas.

Cuando nombró á Saunie, Bob y Turnbull se presentaron á la vez.

—Yo era sú mejor amigo! dijo Turnbull con énfasis.

—Pero tú tienes su cadáver, contestó Bob alargando la mano para cojer el oro.

Turnbull apretó los puños.

—No lo toques, dijo, ó te aplasto la cabeza!

Bob llevó la mano á su camisa y acarició la hoja de un cuchillo, que siempre llevaba encima; al mismo tiempo sus piernas se enderezaron, y sus ojos despidieron una mirada de fuego. Turnbull tuvo miedo, creyendo ya sentir en su costado el frío del acero. Pero Bob volvió á recobrar su serenidad y se dirigió de nuevo al rincón. Había visto á M. Smith tomar las cinco guineas y confundirlas en la gran pila de oro que había quedado.

Turnbull también lo vió. Su primer movimiento fué arrojarle sobre M. Smith, pero se contuvo.

Sino fuera por miedo á su señoría que es el diablo ó cosa que se le parece, murmuró con rabia, ya te hubiera sepultado en el cráneo tus anteojos verdes, miserable criado!

M. Smith oyó estas palabras, pero se hizo el desentendido.

La última pila de cinco guineas desapareció al pronunciar el último nombre.

—Ahora, dijo M. Smith señalando el cadáver de Saunie, quitad de aquí esta basura; y tened mas juicio otra vez.

—M. Smith contestó Turnbull; será menester un saco y una poca de paja para enfardarlo..... ¡pobre mancebo!

M. Smith dió orden á Nicolás para que trajese el saco y la paja; y en un dos por tres el cuerpo del desgraciado Saunie se vió convertido en un fardo, que nadie al verlo podía figurarse otra cosa. Hecho esto, Tom Turnbull se lo cargó sobre sus robustas espaldas.

Todos se fueron, quedando solos en el despacho M. Smith, Nicolás y Bob-Lantern.

—¿Qué haces ahí? preguntó M. Smith á este último.

—Tengo entendido que su señoría se alegrará de verme.

—A ti?

Bob miró todo al rededor de la sala:

—Aquí no hay nadie mas que yo, querido M. Smith, contestó con sorna.

—¿Y para qué te puede necesitar su señoría?

—Para esto ú para lo otro, querido M. Smith... quizás quiera que le dé noticias de mi familia.... en fin, lo cierto es que tengo que ver á su señoría.

—Nicolás, dijo M. Smith, pregunta á su señoría si quiere recibir á este perillan.

No! interrumpió Bob: Soy demasiado llano y

no me gusta la etiqueta..... Decid, pues, simplemente á su señoría si quiere tener un rato de conversacion con el pobre Bob-Lantern.

Momentos despues subia Bob-Lantern la escalera de caracol que iba al primer piso. Siempre precedido de Nicolás atravesó una sala perfectamente amueblada, y otras dos ó tres piezas, en cuyo tránsito tuvo Bob buen cuidado de cojer y dar sepultura en sus bolsillos á media docena de pequeñas preciosidades.

—Esto será para Temperance! decia para sí cada vez que se apropiaba alguna cosa.

La última pieza en que entró era una especie de gabinete, cuyas ventanas daban á Cornhill.

Al lado de una de las ventanas por donde á través de los espesos cortinages que tenia entraba un pálido rayo del sol de las mañanas de diciembre, se hallaba sentado nuestro desconocido de Temple-Church, embudido en una butaca de terciopelo y fumando en una pipa oriental de largo canuto de ámbar. Su indolente postura y su rostro pálido y desfigurado, mostraban el cansancio producto de una larga noche de insomnio y de fatiga. Grandes líneas moradas sombreaban el círculo inferior de sus ojos azules, y hasta la blancura casi diáfana de su mano, que en este momento se hallaba sin guante, indicaba la fatiga que le consumia.

Delante de él estaba un negrilla, que desempeñaba el oficio de facistol, con un libro abierto en la mano, sobre el cual arrojaba M. Edward una que otra mirada distraida. A su lado sobre un sillón tenia una máscara negra y una pistola de cuatro cañones.

Al ruido de los pasos de Bob-Lantern, Mr. Edward, por un movimiento instintivo, se cubrió prontamente el rostro con la máscara, pero al instante volvió á soltarla.

Bob con el cuerpo doblado, se adelantó saludando torpemente, y moviéndose de uno á otro lado con el fin de no pisar los rosetones que encontraba en el tapiz. Al verlo M. Edward despidió al negrillo con un movimiento de cabeza.

—¿Qué quieres? dijo á Bob.

A esta pregunta apareció sobre los labios de Bob una adúladora sonrisa.

—Vengo, si su señoría no lo toma á mal, á darle los buenos días, y á hablarle de aquel asunto..... y concluyó la frase con un guiño que hizo con un ojo.

—No recuerdo, respondió M. Edward; procura, pues, explicarte pronto y claro.

—Voy á hacerlo, señor. ¿Acaso os habeis olvidado ya de la demandante de Temple-Church?

Efectivamente, si Edward no la habia olvidado, al ménos en aquel momento su pensamiento se hallaba ocupado con otro objeto, pero las pocas palabras de Bob bastaron para recordarle toda la escena de la vispera. Las sensaciones que habia experimentado en Temple-Church habian sido tan dulces y al propio tiempo tan vivas, que aun vibraban las cuerdas de su corazón; así es que se cubrió los ojos con la mano procurando traer de nuevo á su memoria todas aquellas fugitivas imágenes.

—Sí, dijo despues de uno ó dos minutos de silencio: es una criatura angelical! ¡Qué santo fervor manifestaba su postura! que de inocencia en su mirada! que de modestia en su voz! y cuánto no espresaba todo este conjunto!

—La verdad es, añadió Bob-Lantern, y en ello no cabe duda, que es una miss como pocas.

—Edward retiró su mano de los ojos, y mirando fijamente á Bob-Lantern, le interrogó.

—¿No te hice yo un encargo?

—Es muy cierto, y ese es el motivo que me ha proporcionado el gusto de saludar á su señoría. He seguido á la señorita ó por mejor decir á las señoritas, porque eran dos acompañadas de un jóven, con el que formaban un total de tres. Y ahora que me acuerdo me preguntó como se llamaba vuestra señoría.

—¿Quién?

—El jovencito, y me dió un soberano porque se lo dijera.

—¿Y que le respondistes?

—Nada, señor, ni una palabra, apesar de que fué tan bien pagado.

—¿Y donde vive esa jóven?

—Con respecto á eso no tiene su señoría mucho que andar, si quiere hacerle una visita. No parece sino, dije para mí, que ha sido hecho á propósito.

—¿Pero donde vive? repitió Edward con impaciencia.

La oficiosa sonrisa de Bob apareció mas marcada todavia.

—Allí enfrente, señor, en la otra acera de la calle.

Edward volvió la cabeza, y siguió la dirección del dedo de Bob que señalaba en la otra acera las ventanas de un segundo piso. Este movimiento fué tan rápido que no dió lugar á ocultarse á una encantadora jóven que medio se descubria por entre una cortina levantada. Edward le dirigió una mirada que encerraba por lo menos tres ó cuatro declaraciones y que hizo sacar los colores á la cara de la jóven: la cortina cayó.

—Es ella dijo Edward: aunque no he podido ver sus cabellos, estoy seguro que es ella. Despues se dirigió á Bob.

—¿Cómo has sabido, le preguntó, que vivia en ese piso?

—¿Voy á decíroslo respondió Bob. Como yo no puedo llegar á ninguna puerta á causa de mi ropage nada á propósito para infundir respeto, cuando las dos jóvenes y el mancebito llegaron allí, yo me quedé en la calle tal como veis. Mas de pronto me ocurrió una idea: alcé la vista y ví que en todos los pisos de la casa habia luz ménos en el segundo. Sin embargo pasados tres minutos de haber entrado, la luz apareció tambien en las ventanas de este; y entónces me dije: el tiempo transcurrido es el que ha necesitado el mancebito para echar una yesca.

Sin duda, encontró M. Edward, concluyente el argumento, pues le dió su aprobacion con un signo de cabeza.

—Bien, le dijo, baja y que Mr. Smith te pague.

—Perdonad, señor; pero yo quisiera sino hay inconveniente que su señoria me pagase.

—¿Por qué?

—La vida es tan querida, y.....

—Y qué!

—M. Smith va á decirme que ya me ha pagado.

M. Edward le tiró dos soberanos y lo despidió con un ademan.

Bob-Lantern á imitacion de los mendigos besó las dos piezas de oro.

—Dios os bendiga, señor, dijo; y al retirarse murmuró.

—Solo cuarenta miserables obelines, cuando da á los demandantes billetes de diez libras! esto es una injusticia..... tal vez el jovencito hubiera sido mas generoso que este!..... Tengo muchos deseos de ver.....

M. Edward permanecia en su butaca mirando fijamente los cristales de la ventana, que en este momento se hallaban cubiertos con los dis-

cretos pliegues de la cortina. Entónces se esforzó por traer á su memoria los recuerdos de Temple-Church, y levantar de nuevo aquel palacio aéreo que tan deliciosamente le habia recreado la vispera. Importunas ideas venian á interrumpir su delicioso ensueño, pero las desechaba, saboreando con placer las gotas de mística poesia que habian quedado en el fondo de la copa. De nuevo escuchaba, y quizá mejor que si fuese en realidad los sagrados cánticos; y volvía á ver mas angélico y suave bajo el brillante dosel de su negra cabellera, el rostro hermoso de la jóven que habia dado fin á su enagenamiento, cuando apoyado contra una de las columnas de la iglesia del Temple, se entregaba todo entero á los recuerdos de la religion, del amor cándido y de la inocencia.

Tan absorto estaba en aquellos goces, que no reparó que la cortina de la ventana de enfrente se alzaba de nuevo, y que el hermoso rostro de Clary Mac-Farlane, asomaba por segunda vez la mitad de su graciosa curva. La jóven le dirijió una de aquellas prolongadas y penetrantes miradas que tanto habian llamado la atencion de Stephen Mac-Nab la noche anterior en Temple-Church, y ardiente y fija en el hermoso rostro de Edward, parecia que le era imposible retirarla de aquel objeto. Clary estaba mucho mas pálida que la vispera, y en sus ojos y bajo su dolorido párpado y en sus mejillas conservaba aun los vestigios de las lágrimas que habia derramado y de una larga noche de invierno transcurrida sin dormir. No obstante á medida que miraba á Edward, toda su fisonomia cambiaba por grados: á la tristeza sucedia la melancolla, y á su vez era esta reemplazada por una espiritual felicidad.

Hermosa estaba en esta situacion: su alma

apasionada pero casta brillaba al través de sus miradas de fuego. Su pecho latía violentamente, y su aliento ardiente y seco apenas empañaba la tersura de los cristales, su lábio sonrosado se tornaba pálido, y temblaba al pronunciar ciertas estrañas palabras, hijas mas bien de su pasión que de su voluntad.

Clary amaba á Edward; le amaba con aquel amor ardiente, ecsaltado, profundo, que engendra la soledad y la pureza en esas naturalezas generosas, cuya propia calor fermenta en la quietud, como un licor gaseoso separado del aire con precaucion. Sin frecuentar el mundo y siguiendo con los ojos cerrados un método oscuro de vida, le faltaban ocasiones en que gastar en cosas fútiles ó frívolas el demasiado vigor engendrado por la suma abundancia de su juventud. Aquel comprimido vigor se adicionaba sin cesar con ella misma y pugnaba por buscar salida.

Clary y su hermana Ana, habian pasado su infancia en Lockmaben, en casa de su padre Mac-Farlane, principal magistrado de la ciudad; pero desgraciadamente á la edad en que una jóven tiene mas necesidad de las caricias é instrucciones de su madre, Clary y Ana perdieron la suya. Poco despues de este suceso, Clary aunque muy jóven entónces, se acordaba en confuso, de haber sufrido su casa una notable variacion, principalmente la conducta de su padre M. Mac-Farlane, que se rodeó de un impenetrable misterio. Hombres desconocidos entraron en su casa, y tuvo con ellos grandes y frecuentes conferencias, haciendo en seguida secretos viages de los que nadie pudo entender nunca ni el objeto ni la causa. A poco suplicó á su hermana mistress Mac-Nab, á quien las relaciones de familia detenian en Lóndres, se encargase de sus

dos hijas. Cuando Clary recordaba esta circunstancia, pensaba en su interior, que su padre había deseado escimirse de su infantil vigilancia, y que tenía misteriosas razones para formarse un vacío á su alrededor.

La madre de Stephen acababa de quedar viuda y permanecía anonadada bajo el golpe de la terrible catástrofe que le había arrebatado á su esposo: M. Mac-Nab había sido asesinado. En la soledad en que quedaba, acogió la proposición con dulzura, pero sin afán: sin embargo al paso que su dolor se mitigaba, cada vez apreciaba más las bellas cualidades de sus sobrinas. Verdad es que eran de géneos distintos, pero ambas buenas y amables; de suerte que á poco mistress Mac-Nab concibió por ellas una ternura maternal.

Siempre que M. Mac-Farlane venía á Londres (que acontecía de muy tarde en tarde) la buena señora temblaba temiendo no quisiese llevarse á sus hijas: pero sus temores eran infundados, pues no entraba en los cálculos de M. Mac-Farlane, el llevárselas. El poco tiempo que pasaba en Londres lo invertía en correrías hechas de prisa, y que explicaba en confuso por esta palabra que responde á todo, *negocios*: palabra admirable, inventada principalmente para dejar frustradas todas las tentativas de curiosidad. A cada nuevo viaje, las dos hermanas observaban con pasar el visible cambio que se operaba en su padre. Se había envejecido antes de tiempo; y á los cincuenta años su frente pálida y arrugada no conservaba ni un solo cabello. Las dos desgraciadas jóvenes hubieran querido dar algún consuelo á aquel mudo dolor, que se manifestaba tan solo en sus efectos; pero más de una vez que lo intentaron, M. Mac-Farlane las rechazó bruscamente, desistiendo las pobres ni-

ñas de su intento y limitándose á compadecer en silencio á su padre.

Stephen Mac-Nab, amaba mucho á sus primas: la muerte de su padre, que casualmente presenció, había conmovido desde luego sus tiernas facultades: pero entónces aun era un niño y los años fortificaron su inteligencia y madurez. Solo el recuerdo de su padre muerto y el del asesino quedaron en su memoria con caracteres de sangre. El asesino, á quien no había visto mas que un momento por habersele caído la máscara que cubría su semblante, no se le presentaba bajo una forma bien marcada, pero una circunstancia luminosa permanecía viva en su memoria: era un hombre alto, robusto, flexible, y en el momento en que daba el golpe fatal, sus negras cejas se fruncióron poniendo de manifiesto sobre su frente enrojecida, la vacilante línea blanca de una gran cicatriz. Así le veía siempre Stephen, y sentía entónces un ardiente deseo de venganza.

Sin embargo, Stephen no era romántico. Criado en Londres, en aquel inmenso centro del mundo material, y habiendo pasado diez años de su vida en el colegio y en la universidad de Oxford, entre aquella poblacion sabia, escéptica ambiciosa, que solo estudia para su elevacion y preponderancia, y en la cual el estudio solo enseña á despreciar toda creencia poética, Stephen no había tenido el mayor cuidado en precaverse; estraviándose de consiguiente por los caminos en que la imaginacion conduce á veces á la juventud. Además era escocés, es decir, reflexivo, prudente, fuerte. Al principio dejándose llevar de sus inclinaciones, y del ejemplo de todo lo que le rodeaba, había despojado su alma de toda creencia: pero lo que existia en él de bueno y honrado se había revelado contra el va-

cio en que fluctuaba su conciencia, y saliendo victorioso de la lucha habia vuelto á la religion cristiana, porque era hombre de sentimientos y de corazon. No hay duda que las costumbres de su infancia, los consejos de su madre y especialmente el trato de sus amables primas, habian ejercido un poderoso influjo en este cambio.

Salvado este escollo, Stephen fué al salir de Oxford lo que era de esperar: un jóven médico de suficiente instruccion, dotado de un sano talento, de corazon susceptible de amar mucho, pero no de dar entrada en él á esas pasiones violentas que lo marchitan y desgastan ó destrazan la vida, é incapaz al mismo tiempo de concebir esos sentimientos tiernos que cantan nuestros modernos elegiacos, y que en medio de la pesada y prosaica atmósfera en que respiran nuestros fatigados pulmones, nos parecen, cuando mas, una encantadora quimera.

Stephen tenia muchos conocimientos; de esos que se frecuentan asiduamente, que ayudan á perder el tiempo, y que se olvidan sin ningun sentimiento, cuando no hay ningun tiempo que malgastar: pero tambien tenia un amigo. Durante los primeros años de universidad contrajo un conocimiento algo ménos superficial y mas íntimo, que resistiendo á la separacion que es inevitable en el mundo entre personas de diferente posicion social, se habia convertido en una sólida y verdadera amistad. Stephen y su antiguo condiscípulo se amaban tanto mas, cuanto que todo en ellos era distinto, y casi opuesto: uno era hijo de un honrado ciudadano, mientras el otro pertenecía á una familia de la mas alta nobleza de Inglaterra. El jóven gran señor altivo, enérgico, y cifrando todo su porvenir en un amor que casi divinizaba, formaba el mayor

contraste con el médico, cuyo carácter, si bien no carecía de firmeza, no llevaba nada hasta la esageración, ni aspiraba tampoco al título de héroe.

El amigo de Stephen era Franck Perceval.

Memorable había sido el día anterior para Stephen, pues había fijado su elección entre sus dos primas, á quienes, hasta entónces, había creído amar igualmente. Su amor oculto por no haber encontrado obstáculos, acababa de aparecer con violencia desde el momento en que se le ofrecían; y no obstante de haberlo conocido tan inopinadamente, hizo cambiar alguna cosa su natural. Desde la escena de Temple-Church, Stephen se había vuelto meditabundo; y á fuerza de suspirar toda una noche como un amante de teatro, se había apoderado de él aquella languidez, que siente el alma mas insensible en el primer amor que la encadena.

De esta suerte volvió á su casa, victima de la tristeza mas profunda. Aquella noche era el baile de Trevor-House, y á él había sido convidado Stephen. Para un hombre de su edad un baile del gran mundo tiene muchos atractivos, sobre todo, cuando este baile le abre entrada á un mundo nuevo y desconocido; como acontecia á nuestro médico. Nacido en el condado de Dunfries, fronteras de Escocia, donde lord Trevor poseía magnificas posesiones, recibía con este acto, pruebas de la estimación, que en otro tiempo había sabido grangearse su padre. Lord Trevor, al presentársele hacia poco, le había recibido como se recibe al hijo de un amigo, contándose desde luego en el número de los clientes del jóven profesor. Esta clientela no solo li-songeaba á Stephen mas de lo que nosotros nos podemos figurar, sino que tambien le abría las puertas de Trevor-House, y le había valido una

invitación que le ocupó por espacio de ocho días. Sin embargo, llegada la hora de ponerse el vestido negro y el zapato de escaquin, Stephen permaneció indiferente sentado en su sillón, enfrente de la chimenea casi apagada.

A las diez mistress Mac-Nab, llamó quedito á la puerta.

—Hijo mio, le dijo ¿no sales?

—¿Hubiera dado por cada una de sus miradas, seis meses de vida! respondió Stephen con exaltación.

Por esta respuesta podemos conocer los pensamientos que embargaban á Stephen: pensaba en Clary y en el aborrecible desconocido de Temple-Church, tan hermoso, tan rico, tan desdenoso!

—Hijo? no piensas ir al baile? volvió á preguntarle su madre.

—Y para qué! madre mia, respondió Stephen. ¿Qué voy yo á hacer entre esos señores infatuados con su nobleza que se reirán de mí, ó no me harán caso? Aborrezco á los nobles, madre mia.

Y hablando consigo mismo, añadió:

—Estoy seguro que ese hombre orgulloso que echó los billetes en la bandeja, es cuando ménos un conde.

—¡Ah! Stephen, le dijo su madre en tono de queja ¿puedes acaso olvidar que tu desgraciado padre poseía la estimación de todos los nobles del condado? Si, su estimación y su amistad, continuó con un leve movimiento de orgullo: porque si bien nuestra familia no es noble, tampoco pertenece á las del estado llano de Londres: el Clan Mac-Nab:.....

—Bien; pero qué importa eso, madre mia? interrumpió Stephen impaciente.

Mistress Mac-Nab, le miró admirada.

—¡Como me hablas esta noche, hijo mio! le dijo: preciso es que tengas alguna cosa.... Por lo que hace al baile, puedes hacer lo que quieras; no es esto lo que me ha traído á verte, sino el darte una carta que tendrás gran gusto en leer, porque es, segun creo, de un cumplido caballero.

—De Franck! exclamó con viveza Stephen, y su frente volvió á recobrar toda su serenidad.

He trabajado por conocer su letra; tan solo porque sabia el placer que te causaban sus cartas.

Stephen besó á su madre, indicando en su ademán suplicante que le perdonase si en un momento de mal humor podía haber dicho algo que desdijese de su ternura filial.

—¡Llega hoy! dijo despues haber repasado la carta; ¡ya debe haber llegado! Pobre Franck! tambien vas tú á ser desgraciado.

—¡Tambien desgraciado! repitió mistress Mac-Nab; ¡acaso lo serias tú, querido hijo!

Stephen procuró sonreirse, y la buena madre tranquilizada dejó á su hijo para irse á recoger.

Apenas habia salido sonaron de nuevo muy quedos dos golpes en la puerta, y la dulce voz de una jóven, pasando por el agujero de la cerradura, dejó oír estas palabras:

—Gracias, querido primo.

En seguida se oyó subir ligeramente la escalera que conducía á los pisos superiores.

Preciso es ya decirlo: la linda Ana hacia ocho dias que gastaba toda su elocuencia para persuadir á su primo no fuese al baile de Trevor-House. Tambien ella tenia sus celos naturales, pues comprendía, aunque de un modo confuso, las seducciones que rodean á una muger del gran mundo: su femenino instinto le hacia adivinar el encanto que se apodera de un jóven al cruzar

unos salones, en donde se respira una atmósfera embalsamada, y en donde las sonrisas y las miradas se cruzan, se provocan, se preguntan y responden. Ana temia porque amaba á Stephen con todo su corazon.

Stephen prestó atento oido.

—Es la voz de Ana, dijo despues de un momento de silencio: son sus pasos..... ¡pobre niña! Es seguro que Clary no vendrá; ¿qué le importa á ella que vaya ó no al baile?

Y lleno de dolor se ocultó el rostro entre sus manos.

—¡Qué hermosa es, Dios mio! cuanto orgullo me hubieran causado sus miradas. La amo, si, la amo desde que creo que ella no me ama..... Pero ¿quién es ese hombre? añadió con repentina violencia, ¿de dónde le conoce? ¿Por ventura irian á él dirigidas aquellas miradas? ¿Y si eran á él, á ese extraño que nunca ha puesto los pies en casa de mi madre, que deberé pensar?.....



CAPITULO NOVENO:

El centro de una telaraña.



Stephen Mac-Nab quedó como atur-
dido por el pensamiento que acaba-
ba de cruzar por su imaginación.
La sospecha era de fácil acceso en
su carácter, y una vez concebida le
costaba mucho desecharla. Pero
esta noche el viento de amor so-
plaba en su alma y daba distinto giro á sus ideas.
Suspiraba tanto como un tomo entero de Richard-
son, y es sabido y está experimentado, que los sus-
piros disipan las sospechas, como los blandos
zefirillos deshacen las escarchas de los pra-
dos.

—Vamos, estoy loco! exclamò despues de un
corto silencio. Clary es tan pura como los án-
geles á quienes iguala en belleza. ¡Cuánto su-

¡fro! Tengo necesidad de ver á mi pobre Franck, y comunicándonos nuestras penas, mutuamente nos consolaremos.

Hacia mas de un año que estos amigos se vieron por la última vez, y en su corta entrevista solo habían hablado de cosas indiferentes. Entónces no tenian cuidados; los dos eran dichosos. Pero ahora la situacion en que ámbos se hallaban era muy distinta de la de aquella feliz época. Stephen habia llegado á entender los rumores que corrian acerca de miss Trevor, asi como tambien que en los círculos, que se suponen bien informados y al corriente de todas las novedades, no se hablaba de otra cosa que de su prócsimo enlace con el marqués de Rio-Santo, dándolo por cosa cierta y casi concluida. Por consiguiente Franck y él se hallaban en ese estado en que la amistad es mucho mas preciosa, por los mútuos desahogos de que se tiene necesidad. Asi es, que Stephen esperaba impaciente que amaneciese el siguiente dia; y la alegría que experimentaba con la idea de ver á Franck, le hacia mas llevadero su intenso padecer.

Demas es decir que Stephen no fué al baile de Trevor-House.

Al otro dia se levantó algo mas tranquilo, pues nunca faltan recursos á los caracteres positivos que no se complacen en prolongar su martirio, ni en escitar el agudo dolor de sus penas, antes por el contrario no desean otra cosa mas que consuelos y esperanzas.

Habia pasado su primera noche de mártir de amor con algun martirio, y no teniendo ningun deseo de volver á empezar, y si el de poner término á sus incertidumbres y ansiedades, habia pensado solicitar de Clary una entrevista para tener con ella una esplicacion. Esto se conoce que es ir derecho al objeto, y si todos los aman-

tes siguiesen este camino llanamente lógico, las novelas terminarían antes de concluir el primer tomo.

Pero esto sería una verdadera calamidad pública.

Durante el almuerzo Clary estuvo distraída y como absorta en sus tiránicos pensamientos. No se le ocultó esto á Stephen, pero se contuvo, decidido, como estaba, á no hacer nada antes de consultar á Franck.

Ana, al contrario de su hermana, estaba alegre, y dirijia á su primo que ni siquiera lo notaba las naturales y mudas muestras de su reconocimiento. La pobre niña creía que Stephen no había ido al baile por darle gusto, y le era imposible disimular su contento.

Apenas concluido el desayuno, tanto que el tè aun humeaba sobre la mesa, Clary se retiró. No es necesario decir adonde iría: tras de la cortina que medio levantada permitía á su vista penetrar hasta el salon de la casa de enfrente.

Allí venía Clary todos los días, los mas de ellos inútilmente pues eran cortos los momentos que Edward pasaba en aquel sitio. No obstante Clary no abandonaba su puesto; y en este instante encontró lo que buscaba.

No podemos nosotros expresar las impresiones profundas y multiplicadas que sintió el alma de la jóven, mientras duró aquella muda contemplación. Allí era donde había visto á Edward la primera vez: allí iba á esperarle todos los días: allí era feliz, y allí había aprendido á amar. Allí permanecía absorta, sin sentir el tiempo deslizarse; y cuando Edward guiado por el movimiento de Bob, le fijó tanto con su mirada, sintió en lo íntimo de su pecho una emoción dulce y dolorosa á la par. Tuvo frío, sus piernas flaquearon, la sangre circuló rápidamente por sus

venas, refluyendo á su rostro que se tornó encarnado como la amapola. En esta situacion y sintiéndose desfallecer, su mano dejó caer la cortina.

Así permaneció mucho tiempo, avergonzada pero dichosa en su transporte, tras la sutil y transparente musolina que la protegía contra la principia da fascinacion. Grande era el deseo que tenia de levantarle de nuevo, pero sentia remordimientos por haberlo ya hecho una vez. Además tenia miedo y vergüenza, y sin cesar oia una voz, que hasta entónces habia escuchado con respeto, que le gritaba: ¡detente!

¡Pobre niña! El amor estaba al otro lado, y le hablaba al otro oido, con su lenguaje elocuente é irresistible. Ignoramos lo que le decia, pero aunque le hablaba muy quedo, su dulce voz cubria de un todo el grito amenazador de la conciencia.

Clary adelantó con timidez su linda y blanca mano, pero la retiró en seguida: volvió á adelantarla, y esta vez la punta de la cortina se alzó un poquito, muy poco, pero lo suficiente para ver al objeto que ocupaba su pensamiento. La mirada de Edward, vagaba por el espacio sin fijarse en parte alguna; entónces Clary cobró ánimo, y la cortina se alzó del todo.

A los pocos minutos sucedió lo que debia haber previsto, y quizá deseaba que sucediese. Edward volvió de su distraccion, y su mirada, como era natural se dirigió hácia la ventana. Podemos asegurar positivamente que Clary tuvo la intencion de ocultarse, y al efecto tiró de la musolina con presteza; pero esta no quiso complacerla: un obstáculo imprevisto, un alfiler olvidado impidió que cayera..... Clary, pues, quedó al descubierto enfrente del hermoso vecino que la miraba apasionadamente.

—Clary! gritó mistress Mac-Nab desde dentro.

Clary no lo oyó. La mirada de Edward equivalía á las mas seductoras frases, y en su silencio decía "os amo" con mas ternura que si lo hubiesen pronunciado sus labios.

—Clary! gritó á su vez Stephen.

Clary no lo oyó. Su cabeza estaba embargada, y su corazon se dirijia á Edward que con ademan suplicante, parecia demandar su compasion.

Dos lágrimas brillaron en los párpados de la jóven, y rodaron ardientes por su abrasada mejilla.

—Me ama, Dios mio! murmuró enagenada.

Edward que veia la victoria decidida á su favor, se aproesimó á los labios sus dedos y le tiró un beso al través de la calle.

Esta accion ofendió á Clary; la cortina se interpuso de nuevo, y la escena terminó.

En aquel momento se abrieron dos puertas que daban entrada á la habitacion en que se hallaba la jóven.

—Clary! Clary! gritaron á la vez mistress Mac-Nab y Stephen, entrando en la estancia.

Clary tembló, como tembló nuestra madre Eva sorprendida por Dios.

—¿Qué haceis aqui? le preguntó mistress Mac-Nab, con dulzura. Hace cinco minutos que os estoy llamando.

—Preciso es que haya aqui algo muy interesante para vos, dijo Stephen con severidad, cuando no habeis oido ni la voz de mi madre ni la mia.

La jóven balbució, sin poder responder. Entónces Stephen presa de los celos y de las sospechas se dirijió hácia la ventana, y á pesar del ademan suplicante de Clary que le pedia se de-

tuviese, recorrió de un todo la cortina.

Todos por un mismo impulso dirijieron la vista á lo exterior. En las ventanas del primer piso de la casa de enfrente ya no habia nadie, y las dobles cortinas de musolina y de seda estaban corridas.

Clary respiró con libertad; y Stephen prorumpió en una exclamacion de despecho. Por lo que hace á mistress Mac-Nab no era este un acontecimiento bastante poderoso á turbar su acostumbrada calma.

En el momento mismo en que Clary volvió á dejar caer la cortina, Edward se levantó, con el aire de un hombre que empieza á fastidiarse, y tiró del cordon de una campanilla.

El negrillo apareció.

—Ve, y toca en el aldabon del salon del centro, le dijo aquel.

—Cuantos golpes, señor.

—Cinco.

—El negrillo salió por una puerta distinta de la que habia dado entrada á Bob-Lantern.

Pocos segundos despues, cinco golpes sordos y prolongados se oyeron en la direccion que habia seguido el negrillo. M. Edward salió de su gabinete y emprendió el mismo camino.

A poco entró en un salon de forma circular, que en la apariencia ocupaba esactamente el centro de la casa cuadrada. No habia en él ninguna ventana; por lo tanto, aunque era medio dia, tenia encendida una araña, única luz que le prestaba claridad.

En cambio tenia seis puertas, de las que cinco daban inmediatamente á unas escaleras de caracol. M. Edward entró por la sesta.

A su llegada el sonido del aldabon llevaba aun á lo largo del artesonado sus sonoras, profundas y ondulantes vibraciones. El salon estaba desierto.

Cinco sillas y un sillón estaban colocadas al rededor de una grande estufa, que calentaba la estancia con el abrasador aliento que despedían sus bocas abiertas.

M. Edward se echó en el sillón.

Casi á un tiempo se abrieron las cinco puertas. Las dos primeras colocadas en direccion de Cornhill, dieron paso á una señora ricamente vestida y á un elegante caballero. La tercera que se hallaba del lado de Finch-Lane, sirvió de camino á un señor de honrado aspecto, vestido como un hombre que ocupa una regular posicion. Por la cuarta, se introdujo un hombre pequeño, muy delgado y muy amarillo, cuyo vestido raído, se gastaba mas y mas al contacto de sus puntiagudas coyunturas.

La quinta puerta en fin dió paso á M. Smith, engalanado con sus anteojos verdes y sus grandes pantallas.

La señora venía del espléndido almacen de modas de Cornhill, del que era la soberana y dueña bajo el nombre de mistress Bertram.

El caballero era M. Falkstone, su vecino el joyero.

El señor de honrado aspecto era el cambiador de Finch-Lane, M. Walter.

El cuarto en fin, era nada menos que el viejo Peter Practice, antiguo *attorney* (procurador) arruinado, que tenia su asiento en la empolvada y sombría tienda de chamarilero, tambien en Finch-Lane junto á *l'Exchange office*.

De estos cinco personajes, mistress Bertram y Peter Practice eran los únicos que mostraban su cara tal como la naturaleza se la habia dado. Esto era un mal para el viejo procurador que tenia toda la facha de un camastron y desvergonzado usurero, pero un bien para mistress Bertram, que era todavía hermosa, si bien se echa

ba de ver que hacía largo tiempo había pasado la flor de su juventud.

Los tres restantes traían todos de esa especie de máscaras permitidas por nuestra civilización. M. Smith los anteojos con pantallas; M. Walter, el cambiador, participaba con él del beneficio de los anteojos verdes, á cuya inmediateción caía una peluca negra que no dejaba de formar un raro contraste con el blanquizado vello que suele crecer por debajo de los ojos estendiéndose hasta el bigote y por donde no se acostumbra pasar la navaja: M. Falkstone, el elegante joyero, tenía por el contrario la cara azulada, lo que no le impedía llevar unos graciosos bigotes rubios y una cabellera del mismo color, admirablemente rizada.

En suma, todo esto podía ser en extremo inocente. M. Smith podía tener la vista endeble; y M. Walter haber aprendido de Byron á tener en estima las negras cabelleras: en cuanto á M. Falkstone y á sus pelos postizos, solo diremos que si á los jóvenes dandys del comercio les fuese prohibido el teñirse la cabeza y los bigotes, bien podían los plateros de Londres ahorrarse el trabajo de hacer balance para calcular el estado de sus negocios.

Sea de esto lo que fuere, los cinco recién-venidos se adelantaron á pasos moderados hácia M. Edward, y lo saludaron respetuosamente.

Edward tocó la mano de mistress Bertram, haciendo á los demás con la cabeza un ademán protector.

Mistress Bertram se sentó: los cuatro hombres permanecieron de pie delante de Edward, hasta que éste con un movimiento casi real, les dió licencia para que tomasen asiento.

Ah! si mistress Brown, mistress Black ú mistress Crubb, hubiesen podido mirar con ojo curio-

so al través de un agujero de la cerradura, como hubieran llamado á grandes voces á mistress Dobb y á mistress Bull! como se lo hubieran contado á mistress Foote! y qué de celos no hubieran causado á mistress Crosscain y á mistress Bloom-berry!

Un silencio de algunos minutos reinó en este singular y misterioso congreso. M. Edward, recostado en su sillón, parecía haberse olvidado de sus asociados. Por su parte estos guardaban silencio.

Por último M. Edward, llevó la mano al bolsillo y sacó un reloj guarnecido de diamantes.

—Las doce y media, murmuró. Va bien, Falkstone?

Si señor, va perfectamente bien.

Peter Practice sacó también un áncho y grueso reloj de plata, y lo puso en la hora del día M. Edward.

—Pues si va bien, añadió este último, muy poco puedo detenerme..... Vamos pues al asunto: necesito diez mil libras.

—Diez mil libras! repitió Peter Practice, cerrando convulsivamente el áncho vientre de su reloj de plata.

—Diez mil libras! exclamaron en coro el cambiador, el joyero, M. Smith, y mistress Bertram.

—Y para esta noche, añadió con calma M. Edward.

Todas las cabezas se bajaron á la vez.

—M. Walter, continuó M. Edward; podreis confirmármelas inmediatamente.

—Si señor, pero.....

—Pero qué?

—En la moneda que sabeis.

—No la quiero. Y vos, Falkstone?

—Los negocios están en un estado deplorable, señor.....

—Y vos, Fanny? interrumpió M. Edward con impaciencia, dirigiéndose á mistress Bertram.

—Mi caja está á vuestra disposicion, señor, respondió la hermosa modista: pero será difícil que haya en ella esa cantidad.

—Tomaré lo que haya, Fanny..... sois una encantadora muger..... Y vos, señor Practice?.....

—Yo diré á su señoría..... contestó el viejo procurador; yo le diré francamente y sin rodeos..... yo le diré lo mismo que M. Falkstone: los negocios van mal, están en un estado deplorable, están perdidos.....

—¿Y por conclusion?

El viejo procurador abrió tres veces la boca y otras tantas la volvió á cerrar ántes de poder responder á la pregunta.

—Mi caja..... dijo por último; tal como es... y Dios sabe que no es gran cosa..... pero en fin... tal como es..... está á disposicion de su señoría.

M. Edward se puso á reflexionar. Pasado un minuto, dijo:

—En cuanto á vos, Smith, bien sé lo que tenéis... Señores: vosotros os dormís bajo mi palabra, y cada vez que se me ofrece el pedir os una miseria!

—Diez mil libras! murmuró Peter Practice.

—Ah! vos poseéis sin cuento, continuó Edward. Esto es intolerable!..... Os faltan á caso efectos? No tenéis una parte razonable? La policia, por fortuna, se mete con vosotros? Todos los elegantes de Lóndres, no toman el camino de vuestros almacenes?..... y á quién debéis todo esto? Géneros, seguridad, voga, todo os lo doy yo; y sin embargo aun dudáis el complacerme?

—No quiera Dios! dijo Falkstone.

—Señor, vos no ignorais que todo lo que tengo os pertenece, murmuró mistress Bertram.

—Ya lo sé Fanny, y os lo agradezco..... Mas estos señores.....

—Estamos prontos, interrumpió Falkstone.

—Estoy pronto, repitió Peter Practice; y añadió entre dientes: Pero protesto en debida forma, declarando obrar *tanquam coactus* (1) y no de otra suerte!..... reservándome todos mis derechos.

En buen hora, dijo Edward levantándose: cuento con vosotros para esta noche. Contad siempre conmigo y no creais nada: Entre vosotros y el peligro estoy yo. Adios Fanny.

Mistress Bertram salió por la puerta que habia entrado, que conducia á una de las oficinas de los pisos bajos de la casa cuadrada.

—Teneis algo que decirme, Falkstone? preguntó Edward.

—Y nuestro negocio de esta noche? respondió sonriéndose el joyero.

—Como siempre, Falkstone, como siempre..... Es cosa que no nos dará que hacer mucho tiempo.

—Tanto mejor!..... á quién remito mi contingente de fondos?

—A mistress Bertram, como es costumbre.

Falkstone saludó y se retiró.

—Malas noticias, señor, dijo el cambiador luego que se vió solo con Smith y Edward: ayer me recusaron tres billetes del banco, y estraños rumores empiezan á circular por la Cité.

—¿Qué dicen?

—Con seguridad nada; pero la desconfianza cunde, y nadie toma un miserable billete de cinco libras, sin darle veinte vueltas en todos sentidos.

(1) Como obligado y á la fuerza.

— No te dé cuidado, amigo Walter, dijo Edward sonriéndose: en breve yo te daré billetes que nadie rehusará. Adios.

El cambiador, personaje juicioso, como el solo, atravesó á pasos contados el salon, desapareciendo por la puerta que se hallaba sobre la escalera de su oficina.

En seguida Smith dió una vuelta al rededor del salon, entreabriendo al paso las puertas por si habia quedado tras de ellas algun curioso indiscreto. Concluida esta especie de requisa volvió donde estaba Edward:

—Amigo Smith, le dijo este último, en lo sucesivo es preciso ser mas prudente y no recurrir á las pistolas sino en el último extremo: es un arma muy escandalosa; y no nos hallamos aquí en nuestro terrestre paraíso de Teviot-Dale... Pero no hablemos mas de este particular: yo mismo vi que estabas acometido de cerca. Espero que nuestros hombres no estarán todavía en el caso de rehusar nuestros billetes!

—Segun y conforme, contestó M. Smith; nuestros abastecedores..... y recargó esta palabra sonriéndose..... toman todo sin desconfianza: pero vuestros antiguos guardias de corps del pais que acabais de nombrar no quieren mas que oro... Son unos picaros intratables!

—Asi los quiero..... Dime....., Y ¿el negocio de Prince's-Street? (1)

—Esta mañana estuve allí: Paddy obliga á su gigante á trabajar cuanto puede. Al efecto lo harta de carne y de aguardiente, y el gigante trabaja lo que cuatro hombres robustos no podrian hacer; pero va estenuándose.....

Es tan larga! dijo Edward acompañando estas palabras con un suspiro de despecho.

(1) Calle que rodea el Banco. (Bank.)

—Prince's-Street tiene cuarenta pies de largo! añadió Smith; y nuestro elefante cava á veinte pies de profundidad..... ocho mas, y el gigante reventará como un buey, pero la mina estará concluida.

—Dios te oiga, querido Smith! entónces tu caja será una verdad.....

M. Edward se levantó de su asiento, y metió sus blancos dedos en un par de guantes perfumados.

Adios! cuida de que ese viejo Peter Practice, dé el dinero para esta noche. Cada vez que se le piden mil guineas ó cosa que lo valga se le parte el corazon.

En seguida M. Edward bajó por la escalera que conducia al almacén del joyero Falkstone, en el que permaneció algunos minutos viendo y escojiendo joyas, como pudiera hacerlo un comprador; despues entró en una magnífica carroza tirada por dos caballos, que no se hubieran encontrado mejores en todo Lóndres..... ni aun en las caballerizas sin rivales del marqués de Rio-Santo.

Apenas se sentó sobre los almohadones, partieron los caballos á galope en direccion á West-End.



CAPITULO DECIMO.

Hechos y disfraces de Bob-Lantern.



uego que Bob-Lantern salió de casa de M. Edward, puso en movimiento sus piernas y sus brazos, corriendo por las fangosas aceras de Cheapside con direccion al barrio de Saint Giles. Este honrado y guapo chico en su carrera empujaba con violencia á los niños, y con sus huesosos codos daba á las mugeres en el pecho: pero si algun caballero le impedía el paso, se apartaba, dirigiéndose á otro lado: tal es el proceder de cierta clase de personas en Lóndres.

Bob-Lantern iba rozando las paredes de las casas, desliziándose con mas agilidad de la que

prometía sus formas desgraciadas, y la común apatía de sus movimientos. En un momento atravesó la distancia que separa á Cornhill del fan-goso laberinto que lleva el nombre de Saint Giles y entró en una tortuosa y estrecha callejuela donde el aire se espesaba, y la niebla era tan fuerte que nada se distinguía, apesar de ser mediodia.

Empujó una puerta de madera cuyas hojas estaban ya carcomidas y sujetas con unas grapas de hierro enmohecido.

La casa donde entró, como casi todas las de este inmundo barrio, no tenia mas que un piso: pero Bod-Lantern no vivia en el bajo ni en el principal, puesto que tomó por una escalera que conducia á un sótano.

A medida que bajaba, una atmósfera ardiente y pesada lo envolvía, haciéndole aspirar los mas fétidos miasmas. Otra persona en este sitio quizás se hubiera sofocado, pero Bob-Lantern percibia estas exhalaciones, como un caballo el buen olor de la cuadra. Con un gruñido manifestó su satisfaccion, y despues de registrarse los bolsillos para cerciorarse de que sus intereses no habian padecido ningun mal contratiempo en la travesia, levantó el pestillo de una puerta abierta en la bóveda que daba entrada á una especie de celda, y en la que merced al fuego de una estufa de bronce, hubiera señalado el termómetro centigrado treinta grados.

— ¡Dios me perdone! Temperance, dijo al entrar; te estás quemando como quien eres, como una vieja condenada.

Nadie respondió; solo la estufa hecha un áscua daba unos resoplidos como el fuelle de una fragua.

— Temperance! repitió Bob-Lantern; Temperance! hija de Satanás! acabarás de contestarme.

Un resoplido humano se mezcló á los de la estufa; y una voz ronca pronunció estas palabras con el pesado tartamudeo del sueño:

—Otro vaso, mistress Goose, el aguardiente es bueno y mi viejo Bob el que paga.

Lantern se avalanzó hácia la puerta del sótano por donde habia salido la voz, desapareciendo un instante en la profunda oscuridad que reinaba en toda la estension á donde no alcanzaba el rojizo resplandor que despedia la estufa: á poco volvió arrastrando tras de sí un objeto incógnito, una especie de paquete macizo y de un volumen considerable.

Al llegar cerca de la estufa soltó su presa, que no obstante permaneció inmóvil.

—Está borracha como un tonel de *porter*! (1) gritó colérico; ¡Temperance! maldita hechicera! Temperance!

Temperance, así se llamaba el paquete, no se movió.

—Dios me condene! replicó Bob; es imposible que permanezca aquí..... yo sabré como despertarla.

Y agarrando las tenazas ardiendo, las aplicó á las narices de Temperance, que se estremeció violentamente, y se puso en pié.

Era una muger alta y vigorosa, de unos cuarenta años de edad, cuya ardiente piel y ojos rojizos manifestaban su pasión favorita.

—Tengo sed! dijo con voz ronca y dirijiendo á Bob su mirada alelada.

—Ah! tienes sed, maldita! contestó éste esgriñiendo las tenazas; tienes sed! Es decir que mientras que yo trabajo toda una mañana para ganar algunos miserables peniques, tú tienes

(1) Especie de cerveza fuerte muy usada en Londres.

sed, bebes y te emborrachas?... Dios me aplaste! Temperance; pero dia llegará en que te abra la cabeza contra la pared.

Apesar de la energía brutal de estas amenazas, la voz de Bob tenia cierta espresion de ternura al pronunciarlas.

—Ay! ay! Bob mio! exclamó la mugerona: un vaso de mas ó un vaso de menos..... Por Dios! ¿no ves que el gazzate me arde?

—Tienes el estómago lleno de aguardiente y la estufa de fuego..... Muger!... ¿me consideras tan rico que pueda sostener esos gastos?

Temperance dió maquinalmente una vuelta al rededor de la estufa, y se aprocsimó á una mesa en la que habia un vaso y un tarro de ginebra vacios.

—Ni una gota! murmuró con despecho, Bob mio! no tienes en el bolsillo siquiera una media corona, para que tu mugercita se distraiga.

—Media corona, condenada! es la ganancia de un hombre en ocho horas de trabajo. Tú me arruinarás.....

—Tengo sed! interrumpió Temperance, que se habia acurrucado detrás de la estufa y empezaba á dormirse.

—Es necesario que se separe de aquí, murmuró Bob: si supiese!..... Muger, continuó en voz alta; el diablo me lleve si puedo negarte nada..... Toma; ahí tienes seis peniques..... vete á beber.

—Seis peniques! Bob mio, dame otros seis.

Lantern frunció sus rojas cejas, y levantó las tenazas con aire amenazador. Temperance, á quien la idea de beber dos ó tres vasos de aguardiente, volvia toda su agilidad, se puso en movimiento y subió las escaleras cantando.

Lantern la siguió en silencio hasta la puerta de la calle, que cerró tras de ella, volviendo á su ni-

do, cuya puerta atrancó tambien cuidadosamente.

—Es posible, murmuró en tanto que encendia una lámpara en el fuego de la estufa, que una alhaja de muger, como es la mía, tenga el gusto de gastar? Cinco pies y seis pulgadas de alta! y los colores! ¡El diablo me ahogue si se encuentra otra igual en todo el barrio de Saint Giles y de Holorn; ni en el de Cheapside, ni en el de Cornhill, ni aun en Whitechapel! Que me abra-se un rayo! sino hay muchos lores que la quer-rian por lady. A propósito de lord, mi correria de ayer tarde podrá servirme para dos fines. El conde es un escelente conocedor, y la deman-dante la chiquilla mas graciosa..... no para mí que prefiero las mugeres de estatura: pero los caballeros no quieren mas que queridas de cin-co pies..... Cinco pies!

Al llegar aquí se encogió de hombros y se dirigió á uno de los ángulos de la cueva.

—De modo, prosiguió, que el conde de Whi-te-Manor, morderá el anzuelo; y yo del uno y del otro sacaré un medio ciento de guineas, y quizás mas, que podrá valerme esta paloma me-todista. No vendrán mal! La vida es muy cara, y Temperance capaz de beberse el Támesis..... Sin embargo, es menester confesar que tiene cier-tas cualidades.....

En esto tocó á una de las piedras de la pa-red, que cedió bajo la presion de su dedo.

—Y cinco pies y seis pulgadas! añadió, y qui-zás alguna línea de mas.

La piedra empujada por su base bamboleó y vino al suelo, dejando descubierto un áncho y hondo agujero, al que se dirigió al punto la mi-rada de Bob: al mismo tiempo dejó de hablar y una ávida y apasionada alegría hizo brillar sus pequenuelos ojos á través de sus recias y espesas pestañas.

En seguida colocó en el suelo la lámpara encendida y se acercó á la puerta para escuchar.

Después, en dos saltos, volvió á colocarse junto á su agujero, en el que metió convulsivamente sus dos manos abiertas. Todo su cuerpo se estremeció, y del agujero salió un ruido como el que hace el oro al removerse.

El rostro de Lantern, iluminado por la luz de la lámpara, parecía despedir de sí rayos enérgicos de una alegría que ha llegado á su colmo. Primero movió el oro despacio y dulcemente, como el que acaricia á una muger querida: después sus manos se crisparon, murmuró palabras extrañas, y sus dedos parecía que amasaban su tesoro.

No podremos fijar con precisión el número de libras que contendría esta caja tan original, solo diremos que el agujero era tan grande, que algunas veces los brazos de Bob-Lantern se enterraban entre el oro hasta los codos.

Otras sacaba grandes puñados que levantaba con locura sobre su cabeza, para arrojarlos de nuevo con grande estrépito en el agujero.

Cuando se hubo recreado hasta no mas con la vista y el contacto de su tesoro, sacó de su bolsillo los siete soberanos que habia recogido en la casa de comercio Edward y compañía, y los reunió al monton de oro.

—¡Pobrecitos míos! dijo suspirando: ¡tan calentitos como estabais en mi bolsillo!..... pero no tengais miedo que yo volveré á veros; y si Dios quiere á traeros compañía.

Otra vez volvió á mirar y tocar su tesoro: el pobre Bob sentia en el alma separarse de su querido peculio. Por último, y después de haber vacilado largo tiempo, volvió á colocar la piedra con tanta destreza, que la vista mas perspicaz no hubiera podido distinguirla de sus vecinas las restantes piedras.

—Temperance cuando no está borracha tiene la nariz muy fina, dijo, pero el caso es que siempre lo está, y yo soy mas fino que ella. Pero, por otra parte, añadió quitando las trancas de la puerta, ¿no trabajo yo para ella, para la querida de mi corazon?

Algunos minutos despues Bob-Lantern pisaba el último escalon de su cueva, y volvía á ver la luz del dia, ó por mejor decir, la espesa niebla que llenaba la callejuela. A algunos pasos de allí en una taberna ahumada, distinguió á su dulce mitad Temperance, que estaba durmiendo con la cabeza echada sobre una mesa.

—Qué lástima! murmuró con sentimiento: una muger de cinco pies y seis pulgadas!

Dicho esto, tomó de nuevo la precipitada carrera con que habia venido, rozando las paredes de las casas con la misma velocidad de una locomotriz.

Serian entónces como las dos de la tarde.

Luego que Bob se vió fuera del barrio de Saint-Giles, entró en Oxford-Street, y separándose de la acera, corrió por medio del fango, salpicando los fiacres que á su paso encontraba. Esta carrerá lo condujo á la mediacion de Portman-Square, delante de una casa grande y de opulento aspecto, cuya fachada segun costumbre, estaba defendida por una gran verja.

Entre la verja y la casa, á ambos lados de la grada de entrada, un enjambre de lacayos y criados hablaban y reian.

Bob-Lantern puso el pie en el primer escalon.

—Qué quiere ese perillan? dijo un jockey chiquitillo, que con dificultad pesaria cuarenta libras.

—Qué! no me conoceis ya, mi buen señor Tullipp?

—Algun mendigo!!!

—No tal, respondió Bob con cierto ademan de orgullo.

Y añadió en seguida:

—Yo no mendigo mas que de noche; lo entiendes tú, cuarto de hombre!..... En seguida alzando la voz, añadió: Mi buen chiquito señor; yo soy Bob-Lantern, servidor vuestro.

—Es verdad! exclamaron dos ó tres lacayos: Bob-Lantern, el marido de mistress Temperance!

—Para serviros, señores.

—¿Y qué quieres?

—Ofreceros mis respetos, y ver, si es posible, al administrador de su señoría.

—El administrador está ocupado.

—Por lo regular siempre es lo mismo, pero no le hace. M. Paterson y yo, sea dicho sin orgullo, somos antiguos conocidos; y estoy seguro que tendrá gusto particular en verme.

—Oh! oh! señor Bob! prometednos desde luego vuestra alta proteccion..... Tulipp! ve á anunciar al señor Bob!

—Haced calle al señor Bob!

—Al señor Bob-Lantern!

—Marido de la sin par mistress Temperance!

—Para serviros, señores, para serviros, murmuró Bob que pasó con la cabeza descubierta, y sin perder su humilde sonrisa, por medio de aquella chusma que le regaló una porcion de groseras pullas.

Bob-Lantern era un hombre muy prudente.

Tulipp, el pequeño jockey, quiso por solo esta vez descender á las funciones de lacayo, y precedió á Bob por la escalera que conducia á los pisos altos.

—Largo tiempo tendrás que esperar, poderoso Bob, le dijo en tono de mofa; pues hay mucha gente en la antecámara de Mr. Paterson.

—Y qué quereis? señor Tulipp, respondió Bob: la vida es muy cara, y es necesario trabajar mucho para ganar un pedazo de pan; pero si es preciso esperar, esperaré.

En efecto habia en la antecámara del administrador una porcion de personas. Eran cinco ó seis arrendatarios de milord, que venian á renovar sus arriendos: abastecedores, clientes en el sentido latino de la palabra, y media docena de chalanes que llevaban el titulo de dueños de yeguas.

Tulipp entreabrió la puerta de M. Paterson y pronunció el nombre de Bob-Lantern.

Los pobres diablos que allí habia y que quizás haria algunas horas que estaban aguardando, dirijieron una ávida mirada hácia la abertura, á fin de ver quién era el importuno, cuya larga visita hacia tanto rato les impedia pasar el dintel de la sala donde se hallaba el señor administrador; pero no vieron á nadie mas que á M. Paterson, que medio recostado en un sillón, y apoyando sus gordos pies en el morillo de la chimenea, se entretenia en limpiarse los dientes con el mayor cuidado.

Los abastecedores, arrendatarios y chalanes creyeron que no alcanzaban á verlo todo.

—Lantern! repitió M. Paterson sin mirar á Tulipp..... Qué diablo!..... Lantern dices?..... Quién es ese Lantern?

—Soy yo, con perdon de su señoría, respondió Bob queriendo entrar.

—Despues de nosotros, hombre; despues de nosotros, dijeron á la vez los abastecedores, los arrendatarios y los chalanes.

—Me parece que conozco esa voz, murmuró Paterson..... Ah!... ya recuerdo! Este Lantern es un pícaro de mucho mérito..... Haz que entre!

Al oír esto, un sordo murmullo se levantó entre los arrendatarios, abastecedores y chalanés, que hicieron ademán de cerrarle el paso.

—Mis buenos señores..... empezó Bob con su humildad ordinaria cuando hablaba con los mas fuertes.....

No tuvo, empero, necesidad de gastar su elocuencia, porque Tulipp, que aun tenia en las manos una gran brusa mojada, se arrojó valientemente, y empezó á distribuir á derecha é izquierda tal lluvia de agua negra, que los arrendatarios, abastecedores y chalanés retrocedieron murmurando.

Bob se aprovechó de esta ocasion y entró por el camino así abierto, saludando á todos.

—Cierra la puerta, le dijo M. Paterson, sin volverse á su lado.

Bob la cerró.

—Llégate aquí, dijo entónces el administrador.

Bob se adelantó.

M. Paterson, era un hombre de estatura mediana, algo obeso, y cuyos raros y descoloridos cabellos caian sobre su rostro pálido. En medio de este rostro se ostentaba una nariz cornuda y color de fuego: era una nariz prodigiosa. En los cincuenta años que M. Paterson llevaba pasados sobre la tierra, solo dos ó tres veces su nariz se habia puesto pálida; pero en estos casos, por una reaccion inesplicable, sus mejillas pálidas por lo comun se volvian coloradas. Seguramente esta nariz tenia la propiedad de estar siempre en oposicion con el color de la cara.

La fisonomia de M. Paterson, espresaba, en suma, una calma apática, casi brutal. Sus ojos no decian nada. Su boca grande y arrugada, hablaba haciendo muecas y á intervalos, como si

las palabras despellejase en su laringo al salir. El tipo inglés se revelaba en él, sobre todo, por el exceso del elemento linfático.

Bob al entrar hizo como los pacientes que había en la entecámara: miró á su alrededor pero no vió á nadie. M. Paterson no tenía otro motivo para no recibir que su gusto y su mondadientes.

Al cabo de un minuto alzó los ojos hácia Bob, y se encojió de hombros.

—Tú vendes algo? dijo, queriendo buscar una ocurrencia graciosa, que no pudo encontrar; algo, así como..... Sí, por el diablo! algo que..... ya me entiendes, picarillo!

Bob se echó á reír como un tonto.

—Gracioso por demás es lo que su señoría acaba de decir, murmuró: el caso es que yo vendo algo, así.....

—Llegas mal..... tu mercancía está aquí de baja..... Milord ya no la quiere.

—Es lástima, respondió Bob con frialdad: lo siento por su señoría..... porque lo que es por mí, ya sabeis, M. Paterson, que no tengo que guardar mucho tiempo esta mercancía, como vos llamais, en el almacén.

—Será muy bonita? preguntó el administrador.

—Como un ángel! y aun me atrevería á apostar que no hay muchos ángeles semejantes.

—M. Paterson volvió á encojerse de hombros.

—Los chalanes elogian sus caballos; dijo sentenciosamente.

—Puede verla su señoría.

—Y para qué? Milord está ya hastiado, mi buen Jack Lantern.

—Bob-Lantern, si teneis á bien..... ah! con qué decis que milord está..... qué?... no he entendido.

—Hastiado!..... No lo comprendes? Es una palabra que nos ha venido de Francia, como los vinos adulterados y los cuchillitos de dos poniques..... significa..... A fe mia que es difícil de esplicar, honrado Jack.....

—Bob, si teneis á bien.

—Honrado Bob..... es difícil..... Dime has comido alguna vez mas tajadas de carne asada que las que podia contener tu estómago?

—Muy raras habrán sido, señor..... cuesta tanto el sostener la vida?.....

—Pero al fin te ha acontecido una vez ó cien veces; el número no importa..... Pues bien, ese día estabas hastiado de carne asada.

—Quiere decir, que yo no queria mas.

—Eso mismo..... Milord no quiere ya mas ángeles.

—Por qué ha consumido muchos?..... Ya lo considero; pero en este caso mi muger Temperance, debia estar hace mucho tiempo hastiada de aguardiente. En cuanto á milord, es una gran lástima por su señoría..... Perdonadme el que os haya interrumpido.

Lantern hizo un reverente saludo y se dirigió hácia la puerta. Ya casi tocaba al umbral cuando la voz de M. Paterson le detuvo.

—¿Qué edad tendrá? preguntó este, aparentando indiferencia.

—Como unos diez y siete años..... ó quizás como unos diez y ocho..... Ah! señor..... es fresca como una cereza, esbelta como una rama de sauce..... graciosa, gentil, blanca, modesta.....

—Ta, ta, ta, ta! interrumpió el administrador, y dónde vive?

—Eso hace parte de lo que se me compra, respondió Lantern con una innoble sonrisa: la calle y el número es la mitad del negocio..... y por otro lado, milord está.... ya no me acuerdo de la palabra;

pero sí, que su señoría está como yo cuando he comido demasiadas tajadas de carne asada..... no tiene apetito.....

—Escucha, honrado Jack, replicó Paterson.

—Bob, si teneis á bien.

—Jack, Bob, ó Jonh, de todos modos me es igual; pero no me interrumpas. Se podrá hacer el último ensayo..... Si ella es tan encantadora como dices.....

—Mil veces mas encantadora!

—Puede que milord no pueda verla sin amarla...

—Que Dios me condene, si no sucede así.

—Ensayaremos.

—Esa es mi opinion.

—Desde que milord ha cambiado de vida voy perdiendo mi crédito. ¿Crearás tú, honrado Jack, que su señoría me pidió el otro día algunas esplicaciones acerca de sus negocios?

Bob aparentó gran sorpresa.

—Será posible! dijo sériamente.

—Es muy cierto..... y ya es tiempo de volverle á su antiguo camino. Yo veré á esa jóven.

—En hora buena.

—Y la veré mañana.

—Cuando gustéis, señor.

—Qué hay que hacer?

Bob se acercó al fuego, y apoyó el codo sobre el mármol de la chimenea.

—Os diré su nombre y os daré las señas, dijo, y vos me contareis treinta soberanos de oro.

—Estas loco, mi buen Jonh? exclamó el administrador: treinta soberanos por unas señas!

—Y un nombre..... el nombre y las señas de la miss mas bonita y graciosa de todo Lóndres. Despues qué necesitáis? No tiene su señoría dinero suficiente para hacer lo que falte?

—Pero, treinta soberanos.....

—Eso es nada!..... Cuando la hayáis visto, es seguro que direis: ese pobre Bob es un tonto..... esto vale cien guineas.....

—Cualquiera otro hubiera podido encontrar á esa jóven miss.

—Lóndres es grande. Si su señoría quiere buscarla yo no me opongo.

M. Paterson reflexionó un momento: despues se levantó sin hablar palabra y se dirijió á su bufete. Bob lo siguió con una ávida mirada.

El administrador abrió una de las gabetas y contó con lentitud treinta soberanos de oro.

—Caro es, murmuró, pero este bribon no me ha engañado nunca. Es el sabueso mas fino que tiene Lóndres para estas cosas..... Y en definitiva, milord es quien paga..... Acércate, dijo en alta voz: si me engañas!.....

—Vamos, interrumpió Bob, quereis burlaros de mi? No me espondria yo por tan poco á perder un parroquiano como él.

—Toma eso!

—Bob no se lo hizo repetir. Tomó el oro y lo hizo desaparecer como por encanto en uno de sus profundos bolsillos.

—Ana Mac-Farlane, dijo en seguida en voz baja, en tanto que Paterson escribia lo que él dictaba: Casa número 32 en Cornhill, frente á frente de Finch-Lane: dos hermanas; una vieja, tia ó madre.. y un boquirubio, que debe ser hermano ó primo.

—No me gusta el boquirubio, murmuró el administrador.

—Está demás; pero..... si es necesario.... yo tambien me hago cargo de esta clase de negocios.

—Lantern hizo de paso un gesto tan atroz, que su significacion no podia ser dudosa. M. Paterson lo miró y se echó á reir.

—Tú debes tener millonas, digno Jack, dijo

después de un momento de silencio.

—Yo!..... la vida es muy cara, señor; no tengo ni un penique, salvo los treinta soberanos que acabo de recibir. Adios, señor, y gracias! Volveré dentro de quince días á ver si me necesitáis..... á no ser que el boquirubio os estorba demasiado.

—Vuelve mañana, dijo Paterson.

Bob hizo un movimiento afirmativo y salió. Los arrendatarios, abastecedores y chalanes le vieron pasar con envidia.

Bob los saludó humildemente.

Cuando hubo salido, se oyó la campanilla del administrador, y un criado vino á anunciar á los pacientes de la antecámara que el señor administrador no recibiría hasta el siguiente día.

Bob intrépidamente comenzó de nuevo su marcha; pero como eran ya las cuatro y la noche de Londres empezaba, tuvo cuidado de sugetar con la mano el bolsillo que encerraba los treinta soberanos.

—He aquí un buen negocio! se decía; he de dar seis peniques á Temperance.

Un caballero bien vestido le cerró el paso en el momento en que volvía hácia Finch-Lane. Bob quiso pasar ya á la derecha, ya á la izquierda; pero el caballero le detuvo con un ademán, y le dijo con acento bastante francés.

—Amigo mio..... la iglesia de S. Pablo?.....

—Es una iglesia hermosa, interrumpió Lantern con frialdad.

—Podrías indicarme el camino?

—He! he! dijo Bob; es difícil; pero lo haría por dos chelines.

—Dos chelines, exclamó el francés, por una palabra!.....

—Vamos, lo haré por un chelin, ya que no soy ruso, señor francés.

Bob alargó la mano y el extranjero puso en ella un chelín, murmurando algunas palabras poco lisonjeras acerca de la hospitalidad inglesa.

—Bueno, dijo Bob..... Ahora bien, milord, no cambiéis de direccion; caminad cien pasos y dareis con la puerta principal de S. Pablo.

—Con qué iba derecho?

—Justamente.

Bob pasó á un lado y se mezcló con la multitud, dejando al francés fluctuando entre la admiracion y el despecho.

—Y ahora, dijo Bob para sí, iré á casa del boquirubio á venderle el nombre de M. Edward?... No. Es menester dejar correr las cosas. Esto le haria desconfiar, y podria ser un obstáculo al buen éxito del negocio..... Ah! ah! ah! qué buena compra ha hecho M. Paterson! M. Edward le soplará la dama ántes que tenga tiempo de decir ah!..... Allá se las avengan.

En su consecuencia Bob no siguió su camino hácia Finch-Lane, y como no era todavía hora de acostarse, quiso que la jornada fuese completa. Bob era un trabajador incansable.

—Esta noche, pensaba, iré á ver á mis amigos de la Resurreccion..... La tarea es en extremo desagradable, y mal pagada..... pero es necesario ganar para un miserable pan..... Dios me condene! pero el tiempo es bueno para mendigar esta noche. La niebla viene caliente y las viejas salen de sus agujeros..... ¡Cuidado con la policia!

Al concluir estas palabras hizo Bob un movimiento que dislocó todo su cuerpo, y le dió el aspecto mas miserable que pudiera desear. Uno de sus hombros se levantó, en tanto que el otro se ocultó del todo; su brazo izquierdo torcido y vuelto jugó maravillosamente el papel de paralítico y su pierna izquierda acertada voluntaria-

mente, dió á toda su persona un movimiento de balanceo que era una compasion el verlo.

En seguida echó una mirada cautelosa á su alrededor para asegurarse que la acera estaba libre de los agentes de policia.

Una segunda mirada, le hizo distinguir entre la multitud á una señora vieja, con un gran sombrero negro, que no podia ser otra cosa que la viuda de algun patron ó contraamaestre muerto al servicio del estado. Bob se adelantó hácia ella, balanceándose como un sloop, combatido por la tempestad.

—Respetable señora, murmuró detrás de ella: hace cinco dias y medio que no como.

La señora apresuró el paso.

—Oh! buena mistress! replicó Bob; tened compasion de un marino desdichado, á quien una herida recibida en la memorable batalla de Trafalgar, y á la vista del glorioso Nelson, impide el trabajar y le ha reducido al triste estado de mendigo!

—No traigo nada, buen hombre, le dijo la señora.

—Ah! repitió Bob, tenderé todavia hoy sin fruto esta mano que ha tocado la del gran Nelson.....

La señora miró la mano de Bob: el nombre de Nelson produce todavia un efecto mágico en un oido inglés.

—Tened compasion, buena mistress, ó me vereis morir á vuestros pies.

La señora registró en su vasto ridículo y sacó media corona, que sin duda debia servirle esta noche para su partida de whist. Bob besó la corona, y prometió á la señora las bendiciones del cielo.

—Milady! exclamó siguiendo los pasos de una segunda victima, que segun él tenia cierto as-

pecto tory; no dejes perecer de inanición á un bravo soldado de nuestro semi-dios, su Gracia el poderoso duque de Wellington..... Tengo cincuenta y tres heridas, noble lady, y Napoleon, Napoleon en persona, os lo juro por mi salud, fué el que me rompió la pierna.....

Milady le dió un chelin para desembarazarse de él.

Bob continuó este juego durante una hora sobre poco mas ó ménos, con diferente éxito; y así recogió cierto número de coronas, pero también sufrió algunas reconvenciones y una media docena de bastonazos que le dió un miembro del parlamento que iba á pie, y á quien Bob había tomado por un traficante en cigarrros de contrabando.

En el momento en que iba á dejar su tarea, apercibió una vieja mistress cuyo aspecto le tentó fuertemente. Bob no sabía resistir á tentaciones de este género; así es que se acercó á la vieja y empezó una poética descripción del combate de Trafalgar. En la mitad de su relación, una pesada mano se posó sobre su hombro.

Bob no tuvo necesidad de volver la cara, para conocer que aquella mano pertenecía á algun agente de policía.

Por un movimiento rápido como el relámpago dió á su cuerpo su primera forma, y bajándose luego de golpe, hizo que el agente lo soltara: en seguida ántes que este hubiese tomado una actitud de defensa, los puños de Bob fueron á chocar contra su pecho, que sonó como un tambor.

El agente cayó en el lodo con gran contento de sus conciudadanos. Bob se retiró tranquilo; y aunque poseía otras pequeñas industrias que ponía en ejercicio en sus ratos de ocio, esta noche se hallaba muy ocupado con los tier-

nos pensamientos que le inspiraba **Temperance**, cuyos cinco pies y seis pulgadas jamás le habían parecido mas llenos de encantos.

—Otra vez veré á los amigos de la **Resurreccion**, dijo. El dia no ha sido malo y me siento fatigado. **Bishop** me ocuparia la noche por una guinea..... Una guinea es algo!..... Pero me espera **Temperance**, la querida de mi corazon..... Quiero que Dios me condene, si no daba diez chelines porque no se emborrachase mas que seis veces por semana!

En consecuencia de todo, **Bob** tomó el camino de **Saint-Giles** por **Holtorn**, caminando con la frente erguida y la mano en los bolsillos, como hace todo hombre de bien, que tiene tranquila la conciencia y que ha recibido el precio de un trabajo honroso.



CAPITULO UNDECIMO.



Mors ferro nostra mors.



r. Franck no llevaba ningun titulo; pero este sistema era, mas que desden por la nobleza, un profundo y orgulloso respeto por el nombre de sus antepasados. Seguramente en aquella época en que el estado de gentil-hombre daba poder y privilegios, hubiera sido grandeza de alma renunciar á los derechos que daba el descender de ilustre alcurnia; pero en nuestro siglo en que la nobleza no trae consigo mas que compromisos, solo los cobardes ó los necios pueden afectar desden hácia ella, y desechar su escudo como se hace con un vestido que no está á la moda. Sin embargo Franck no era de esta clase de personas ni tampoco de aquellas que

creen manifestar todo su mérito y todo lo que valen haciendo grabar en sus tarjetas las hojas de peregril de una corona ducal, ó los seis rangos de perlas finas de una diadema de baron. Tampoco se podía tachar de orgullo ó fatuidad la altivez con que llevaba su esclarecido nombre; pues Franck era todo un caballero, en el verdadero significado de la palabra.

Su hermano mayor el conde de Fife habia heredado todos los bienes de su padre, con arreglo á lo que determina la ley inglesa, y á pesar de esta desigual participacion, no era bastante rico para señalar una pension á su desheredado hermano. Sin embargo se presentaba en la corte como un gran señor. Franck, en su consecuencia, se vió precisado á seguir un método modesto de vida, comparado con el tren de príncipe que en otro tiempo habian tenido sus antepasados. Vivía de las rentas de su corto patrimonio, unido á lo que le habia señalado su madre que en la actualidad se hallaba en Escocia, con la mas pequeña de sus hijas de edad de doce años. La condesa viuda de Fife amaba á Franck con delirio: era el hijo predilecto de su corazon, no solo por él, sino por sus cualidades, por su edad y por su figura que traian á su memoria á la mayor de sus hijas, muerta desgraciadamente algunos años ántes. Esta hermana, que se llamaba Harriett Perceval y Franck eran mellizos.

Vivia Franck en Lóndres en Dudley-House, propiedad de su madre en Castel-Street no lejos de Cavendish-Square. No tenia coches ni caballos, y su servidumbre se componía de un solo criado y una ama de llaves.

Gran parte de la mañana habia transcurrido, cuando Stephen Mac-Nab llegó á Dudley-House. El antiguo criado de Franck salió á recibirlo.

—Buenos días, mi buen Jack, dijo el joven facultativo. ¿Está todavía tu amo acostado?

Jack era un criado honrado, discreto y fiel á toda prueba, y enteramente decidido por su señor. Hubierasido otro Caleb si Franck Perceval se hubiese hallado en la critica y desventurada posicion del Sire de Ravenswoot; pero éste estaba muy léjos de aquella magnánima miseria de que sir Walter Scott nos hace una pintura tan conmovedora: pues su pobreza hubiera sido para muchas personas no solo bienestar sino opulencia.

Jack tenia una apariencia decorosa y respetable: su librea aseada hasta el escrúpulo, no daba indicios de ser muy vieja, y su rostro apacible y contento no manifestaba miseria ni privaciones.

Amaba apasionadamente á su amo, y no tenia otro sentimiento que el que todo el mundo no lo llamase sir Francis Perceval, siendo hijo de conde, y descendiente por parte de su madre, miss Dudley, de los Stuarts, en cuyo escudo se veian los cuarteles de Escocia y de Courtenay. Jack hubiera dado gustoso tres años de su salario con tal de que su amo tomase un titulo cualquiera que fuese, para no verse en la necesidad de decirle simplemente su señoría.

Su señoría! cuando en la otra acera de la calle vivia un cierto sir Marmaduke Twopenny, que antiguamente habia sido mercader de brea, y ahora Knight: (1) y por lo tanto su ayuda de cámara tenia derecho para espetar á Jack veinte y dos veces por hora, su señoría sir Marmaduke. Mas de una vez habia estado tentado Jack de romperle la cabeza, pero siempre temia comprometerse con esta nobleza tendera. Toda su

(1) Dignidad vitalicia de caballero.

vengauza quedaba, pues, reducida en repetir el nombre de Twopenny con cierto retintin que manifestase su escesivo desprecio, y en jurar por los nueve cuarteles del gran escudo de Perceval. Conocía á Stephen desde su niñez, y en gracia de la grande amistad que Franck le profesaba, le perdonaba gustoso el que no hubiese nacido noble.

—Vuestra señoría, va á causar un gran placer á su señoría, dijo Jack continuando en sus ocupaciones, con cierta franqueza respetuosa. Su señoría, hablaba muy á menudo de vos en nuestros viajes..... Su señoría ha salido muy temprano, pero si vuestra señoría quiere aguardarle, abriré el gabinete de su señoría.

Por las pocas palabras que anteceden, se verá con cuanta razon deseaba Jack un título para su amo, que le evitase tantas y tan multiplicadas repeticiones; pues la tercera persona pide de precision ciertas distinciones sociales, no admitiendo ninguna clase de igualdad.

Stephen entró en el gabinete de Franck.

Como su descripción no presenta ningun interés al lector nos limitaremos á decir que su adorno consistía en muchos libros, en algunos objetos artísticos, en dos ó mas retratos de familia, y en un gran escudo dividido en cuarteles, superado por las armas particulares de Dudley.

Stephen se sentó junto á la chimenea.

—Nada se ha cambiado aquí, dijo sonriéndose: estos son los autores que tanto gusto teníamos en leer; aquel el retrato de la desgraciada miss Harriett.

Jack inclinó tristemente la cabeza.

—Aquella, continuó Stephen, es la pequeña estatua de la duquesa de Derby..... ¿Con qué Franck continúa siendo caballero errante?

—¡Ojalá fuese solo caballero, respondió Jack.

—Allí está el gran escudo de Perceval.

—Quereis que os lo describa? interrumpió vivamente Jack.

Y sin aguardar á que Stephen le contestase, comenzó con voz rápida aquella esplicacion técnica, repetida por él tantas veces, que las palabras se habian impreso una tras otra en su memoria.

—Está, como veis, dividido en tres líneas y cortado por otras dos, formando nueve cuarteles. El primero de Farfax, lleno de bureles de oro y negro con un leon de plata tendido sobre el todo. El segundo de Argyle, de plata y fondo azul equipado y enramada de lo mismo. El tercero d'Errol de plata con tres escudos de gules. El cuarto de Dudley-Stuart, contracuartelado: el primero y cuarto de plata con faja jaquelada de plata y azul de tres tiradas, que es de Stuart; el segundo y tercero de oro con tres roeles de gules que es de Courtenay, y sobre el todo jaquelado de plata y azul de doce piezas en la banda de armiños que es de Dudley. El quinto de Douglas, de plata con un corazón sangriento de gules, y el jefe de azul cargado con tres estrellas de plata. El sexto.....

Stephen bostezó y dió un suspiro.

—Quizás fastidiaré á su señoría, dijo tímidamente Jack. Sin embargo, como no quedan mas que cuatro cuarteles.....

—Me los explicarás en otra ocasion, buen Jack, dijo Stephen.

—Siempre me hallareis á vuestras órdenes.

Y añadió para sí:

—Bien se conoce que no es noble.

—¿Se llevó tu amo sns armas? preguntó Stephen, que queria seguir la conversacion por no disgustar al buen viejo.

—Su señoría se ha llevado las pistolas de viage.

—Y su espada, porque no la veo aquí.

—Su señoría me permitirá que le diga se equivoca.

—Tampoco veo su caja de combate, añadió Stephen.

—Jack palideció y empezó á temblar.

—Es verdad, balbució el pobre viejo; su señoría tiene mucha razon. Dios tenga compasion de nosotros!

—Qué quieres decir con eso, exclamó Stephen poniéndose en pie,

—Su señoría salió muy de mañana, contestó Jack con voz apagada; tan temprano que aun yo no me había levantado..... y no he podido verle!..... y se ha llevado su espada..... y su caja de combate!

—Acaso un duelo! interrumpió Stephen.

—Y su señoría no ha vuelto! dijo el viejo servidor dejándose caer en una silla, prócsimo á desfallecer.

—Stephen empezó á recorrer la habitacion con paso acelerado.

—¡Un duelo! repetía con admiracion: ha llegado ayer y ya hoy por la mañana un duelo. Esto es muy extraño; pero quizá no sea mas que una leve cuestion, sin consecuencias.

Jack movió pausadamente su cabeza encanecida.

—Todo lo que toca al honor de Perceval es de mucha importancia, y mi amo no es de los que echan mano de las armas para no servirse de ellas. Van á dar las doce, y salió muy de mañana.

Aquí ocultó la cara entre sus manos.

—Dios mio! Dios mio! continuó diciendo: no permitireis que el pobre Jack sea testigo de una catástrofe.

—Pero, mi buen Jack, le interrumpió Stephen,

que buscaba pretextos para tranquilizarse á sí mismo: quizás nos alarmamos sin fundamento. Desde ayer acá no puede haber tenido Franck ninguna disputa formal.

—Su señoría no ha tratado con nadie, y solo salió anoche para ir al baile de lord Trevor.

—¡Lord Trevor! exclamó Stephen herido de un rayo de luz.

Después añadió con abatimiento.

—¡El marqués de Rio-Santo!

Jack le miraba sin comprender nada.

—El marqués! repitió con desden; el marqués de Rio-Santo! Todos esos estrangeros son cuando ménos marqueses y se creerian deshonrados en ser solo barones: pero su señoría no conoce á ese marqués.

—¡Rio-Santo! repitió de nuevo Stephen; se habrán encontrado. ¿Dónde podré saber, Dios mio!

—Adonde me informaré? añadió Jack con desesperacion, por piedad, señor..... Compadeceos de un pobre viejo: no he comprendido bien vuestras palabras; pero creo haberlo adivinado todo. Si sabeis donde está mi amo, decidmelo. Iré corriendo y aunque sepa morir de fatiga le llevaré socorro. ¡Amo mio! continuó juntando sus manos y vertiendo lágrimas sus ojos: Francis de mi alma! á quien he mecido en la cuna, á quien he llevado pequeñito en mis brazos, á quien quiero tanto!.....

Stephen cuya inquietud se aumentaba con la desesperacion del fiel criado, se aprocsimó á la ventana, y por un impulso maquinal levantó la cortina.

En este instante asomaba un coche por la esquina de Regent-Street.

—Ay! continuó Jack; no parece sino que una terrible fatalidad pesa sobre esta ilustre fa-

milia. Casi todos los Perceval de padres á hijos han muerto trágicamente; y la divisa que rodea su escudo parece una amenaza eterna y sangrienta.

Stephen volvió la cabeza para leer el mote.

Mors ferro nostra mors, pronunció el joven médico. (La muerte á hierro es nuestra muerte.)

Hay momentos en que el alma enferma da entrada sin combate á los mas supersticiosos presentimientos. Stephen apartó con horror su vista de aquellas palabras, porque creyó haber visto una gota de sangre sobre la brillantez del esmalte del gran escudo, y rodar una lágrima por la austera mejilla de los nobles lords, cuyos retratos decoraban el gabinete.

—*Mors ferro nostra mors*, repitió lentamente el viejo Jack: la última vez que oí pronunciar esas palabras, salieron de la boca del padre de su señoría, el difunto conde de Fifo, al acompañar al sepulcro á su hijo mayor, muerto en combate singular.

Nada de esto oía Stephen; el carruaje se habia parado delante de Dudley-House. Dos hombres desconocidos bajaron de él, y ayudados del cochero levantaron un objeto inerte que venia dentro.

Stephen dió un grito agudo,

—Franck! mi pobre Franck! exclamó lanzándose fuera de la sala.

El viejo Jack se asomó precipitadamente á la ventana y dirigió la vista hácia abajo.

—Su señoría! murmuró cayendo al suelo de espaldas; *Mors ferro nostra mors*.

Al pronunciar estas palabras, quedó sin sentido.

Cuando volvió en si se hallaba en el mismo lugar donde habia caído: nadie habia siquiera pensado en levantarle.

Su primer movimiento fué el recorrer la sala con distraida y estúpida mirada, y la encontró desierta. El recuerdo de lo que habia pasado, se presentaba confusamente en su memoria sin poder fijarse en nada. Tenia el vago conocimiento de una reciente desgracia; pero no podía ni queria aclarar esta propicia tiniebla de su inteligencia, porque sentia que la luz despertaria muchos dolores adormecidos.

En tanto que huia de toda explicacion consigo mismo, sus ojos se fijaron en el escudo de los cuarteles, alrededor del que se leia la divisa latina de los Perceval; y esta vista fue un rayo que vino á herir su corazon.

—Su señoría! exclamó con un grito penetrante..... un duelo!..... sangre!.....

—Chit! dijo una voz desconocida entreabriendo la puerta; callad por vuestra vida!

La puerta se cerró de nuevo.

Jack se puso de rodillas y arrastrando llegó hasta ella.

—Nada se oye, murmuró aplicando el oido á las rendijas de la puerta: nada! Qué es lo que pasa. Dios mio!..... Está vivo?..... ó ya.....

Jack no pudo acabar de espresar su triste pensamiento.

Entónces se distinguió un imperceptible ruido en el vecino aposento. Era como el roce de dos pedazos de acero, cuando se frotan dulcemente uno contra otro.

Jack se puso en pie y miró por el ojo de la cerradura.

En medio del cuarto estaba el lecho de su amo, que habian sacado de la alcoba, por tener allí mas claridad. Yacia sobre el lecho Franck Perceval, tendido y sin movimiento, los ojos cerrados, pálido el semblante, y los miembros paralizados como los de un cadáver. Por diversas

partes del suelo habia pedazos de lienzos empapados en sangre.

Cerca de la ventana estaba sentado Stephen Mac-Nab, pálido con la cabeza baja y oculto el rostro entre sus manos.

A los lados de la cama, se hallaban en pie dos desconocidos: el uno vestido de negro, con las facciones impasibles y taciturnas, pulsaba á Franck: el otro se habia levantado las mangas. Sus manos llenas de sangre tenian un largo instrumento de acero, cuyo extremo estaba oculto debajo de la camisa del pobre Franck. Este segundo personage permanecia tan impasible como el primero.

Jack ni siquiera respiraba. Toda su vida se habia reconcentrado en sus ojos.

El hombre vestido de negro, que era sin duda un cirujano continuaba pulsando á Franck: el otro desconocido, ayudante del primero, segun todas las apariencias, introducía la sonda, pulsaba y movía la cabeza con aire de incertidumbre.

Despues pronunció algunas palabras que Jack no pudo entender. El hombre negro le respondió con un movimiento de hombros acompañado de una estraña sonrisa.

—¿Qué habrá dicho? se preguntó el pobre Jack; ¿y qué significará esa sonrisa?..... Será un presagio de salvacion?...

En este momento el ayudante sacó la sonda ensangrentada, y midió friamente la profundidad de la herida.

Jack no pudo contenerse por mas tiempo: levantó dulcemente el pestillo, y entreabriendo la puerta sin que los dos desconocidos lo hechasen de ver, quedó en disposicion de oír, pero sin ver nada.



CAPITULO DUODECIMO.

La Redomita.



El ayudante fué el que habló primero.

—Media línea mas, dijo en voz baja, y la arteria bronquial hubiera sido atacada.

—Media línea! repitió en el mismo tono el hombre vestido de negro: ¿estais bien seguro Rowley que no ha tocado á la arteria?

—Segurísimo señor; falta media línea.

A estas palabras siguió un momento de silencio. Jack que nada entendía quiso volver á ver y aplicó de nuevo sus ojos á la cerradura.

El ayudante dió al cirujano la sonda ensangrentada: en seguida llevó una mano á los bolsillos de la casaca, teniendo en la otra un puñado de hilas.

—Hilas! pensó el pobre Jack ahogando un suspiro; esperan, pues, salvarlo!

Nada habia comprendido de aquella conversacion técnica de los dos facultativos; pero su recto y sano juicio le decia que cuando se aplica un remedio, es porque hay esperanzas: solo se cuida á los vivos.

Por lo tanto, no separaba de allí sus ojos.

El ayudante ántes de sacar la mano que tenia escondida en el bolsillo de los largos faldones de su casaca, echó con cautela una mirada hácia Stephen Mac-Nab, que permanecia inmóvil y anonadado. Con un movimiento de cabeza se lo señaló al cirujano, y este hizo con su mano una pantalla para examinarlo con cuidado.

Este doble movimiento llamó la atencion del viejo Jack. ¿Por qué esta desconfianza? ¿por qué estas precauciones?.....

El doctor separó la mano de sus ojos y abrió la boca para hablar. Jack aplicó el oido á la abertura de la puerta.

—Ese jóven no ve nada, dijo el doctor en voz baja: haced lo que os he mandado.

Hubo otro momento de silencio.

Jack, admirado cada vez mas, volvió á mirar por el ojo de la cerradura, y vió al ayudante sacar de su seno una redomita, y quitarle con prontitud el tapon de cristal. Acercóla á las hilas, pero ántes de empaparlas, miró de nuevo á Stephen.

Esta mirada hizo saltar el corazón de Jack dentro del pecho.

Stephen no se movió. El doctor hizo una señal imperiosa de mando y Rowley vertió en las hilas una gota de lo que encerraba la redomita.

En este momento Stephen hizo un movimiento.

Rowley tembló: su semblante se tornó pálido; y en lugar de aplicar las hilas á la herida las dejó caer al suelo, cubriéndolas con el pie.

Las terribles sospechas que hacia algunos segundos bullian en el cerebro de Jack, se convirtieron de pronto en la mas horrible incertidumbre. Buscó con la vista un arma, y viendo colgado de la pared un dirk escoces, lo tomó, empujó la puerta y se precipitó en la sala donde yacia su amo.

—M. Stephen! exclamó; no veis lo que pasa aqui!

—Silencio! dijo Rowley, señalándole el herido.

—Silencio tú, miserable asesino! le respondió Jack..... Yo estaba ahí y lo he visto todo.

Rowley dió instintivamente un paso hácia la puerta.

—Está loco este hombre? dijo el doctor dirigiéndose á Stephen: hacédlo salir, señor, ó de lo contrario no respondo de la vida del honorable Franck Perceval.

Stephen se habia levantado, y alternativamente miraba á Jack y á Rowley, que habia vuelto á recobrar su sangre fria.

—Callad, Jack, dijo al fin; y vos, señor doctor, en nombre de Dios! acabad esa cura, que me temo se haya retardado demasiado.

Jack se colocó entre su señor y el doctor.

—Señor, dijo Stephen en tono respetuoso pero firme: respeto vuestras órdenes, porque son de un íntimo amigo de Perceval: pero ese hombre, lo juro por nuestro gran escudo! no tocará á mi amo.

—Este criado está loco, repitió el médico con frialdad. Retardando la cura va á matar al muy honorable caballero, tan positivamente como si le clavara un puñal en el corazón.

Jack tembló de pies á cabeza: un sudor frio

corrió por su encanecida cabeza..... pero no se movió.

—He visto dijo en voz baja y profunda... no dudeis de lo que voy á deciros, M. Stephen Mac-Nab, pues lo juro por la memoria de mi padre, y yo nunca he mentado..... Se ha pretendido cometer un asesinato..... aquí..... ahora mismo..... en vuestra presencia..... con un hombre que está espirando. Oh! os digo que lo he visto! Estos hombres han querido matar á Perceval!

Stephen fijó en el doctor Moore una mirada penetrante y escrutadora.

—Este criado, señor, dijo, es el hombre mas honrado que conozco: por otra parte sé que el doctor Moore es uno de los mas ilustres miembros del Colegio Real, y me humillo ante su profundo saber y preciosos conocimientos..... pero este caballero es mi mejor amigo..... perdonad, pues, mis extravagantes dudas, y permitid que os ayude en la cura que vais á continuar: soy licenciado d'Oxford, caballero.

Al concluir estas palabras se alzó las mangas de la casaca.

—Señor, dijo Jack, tened mucho cuidado!

Y aprosimándose con viveza á Stephen le dijo algunas palabras al oído.

Mientras que hablaba, Rowley se bajó muy despacio y recogió las hilas que estaban debajo de sus pies. En seguida miró al doctor: este hizo un movimiento imperceptible con sus párpados: Rowley lo comprendió y se fué sin ser sentido.

—Es imposible! contestó Stephen al secreto del viejo criado.

—Imposible, señor!..... Pues bien! aunque tenga que registrarle hasta la piel, yo encontraré la redomita.....

Y se volvió del lado donde estaba Rowley.

Stephen lo imitó; y entonces se apercibieron de su fuga.

—Y ahora, señor! exclamó Jack; me dareis ahora crédito?

Stephen fijó en el doctor Moore una severa y penetrante mirada.

El doctor Moore se habia cruzado de brazos, y permanecía inmóvil, observando toda esta escena con tranquila y desdeñosa mirada.

Era este un hombre como de unos cuarenta años, de alta estatura y bien formado. Su frente medio calva, manifestaba altivez é inteligencia: sus ojos penetrantes y profundos, sabian en ocasiones mirar con dignidad, pero las mas de las veces lo hacian cautelosa, y pérfidamente investigadores, al través de sus espesas y largas pestañas. El óvalo de su rostro, sumido por las sienes é hinchado por las quijadas, tenia algo de esa apariencia periforme que ciertas caricaturas de origen francés han adoptado para popularizar el tipo poco real de cierta augusta fisonomía... Su nariz recta, y cuya base se alzaba perpendicularmente sobre su lábio superior, no estaba separado de su boca más que por un intervalo estrecho y descolorido. Su boca sumida hacia resaltar la desagradable prominencia de una barba mal configurada. En fin, la parte inferior de su semblante deslucia la superior, y su conjunto no era de aquellos que ganan el corazón é inspiran confianza.

El doctor Moore era uno de los mas influyentes y recomendables miembros del Real Colegio. Su grande reputacion lo ponía á cubierto de cualquiera sospecha. En el primer momento que se siguió á la entrada de Franck; Stephen, aunque herido en el corazón, sin duda hubiera combatido su decaimiento moral, si la presencia del doctor Moore no hubiera sido para él una

prenda suficiente, y una seguridad de que nada se omitiría para salvar al herido; pero libre de este recelo, había cedido á su dolor; y hecho lo que los jugadores que cierran los ojos para no volverlos á abrir hasta que la suerte se haya decidido. Ya hemos visto cuan rudo fue su despertar.

Lo que acabamos de contar en muchas líneas, había pasado en pocos minutos: cuando Rowley, fugitivo, pasó la puerta de Dudley-House, no había ni la octava parte de una hora que había entrado.

Por consiguiente eran diez minutos, los que se habían perdido en la cura de Franck Perceval.

—Señor doctor, dijo Stephen cuya natural sangre fría luchaba victoriosamente con su indignación, este digno servidor no está loco..... ha visto bien, señor..... la fuga de ese miserable dice bastante.

—Acaso, pretendéis acusarme? caballero.

—No perdamos el tiempo en inútiles palabras..... Lo que yo pretendo es que empezeis al momento la cura de Franck Perceval..... al momento, lo ois?.....

—Al momento! repitió M. Moore. Eso se parece á una orden, caballero.

—Y lo es, contestó Stephen con firmeza.

Las cejas del doctor se frunció; retrocedió un paso, y sus manos se introdujeron por instinto en los anchos bolsillos de su frac negro. Toda su persona tomó un aspecto amenazador.

Pero de pronto su frente se serenó, en tanto que una amarga sonrisa aparecía en sus labios.

—Señor licenciado d'Oxford, dijo con forzada alegría; preparad los vendajes y las hilas..... Estoy pronto á curar á este caballero.

La operacion empezó al momento.

Aquella fué una cura particular. M. Moore, observado sin cesar por la esperta mirada de su jóven cofrade, empleó todos los recursos de la ciencia, que tanto habian contribuido á crearle un nombre, y poner su reputacion á cubierto de toda rivalidad.

A la par que operaba rápidamente, hacia una especie de ostentacion en no omitir ninguno de los detalles recomendados por la clinica en semejantes casos.

Stephen, al ejecutar sus órdenes con una minuciosa puntualidad, seguía cada uno de sus movimientos con solícita mirada.

Jack estaba á espaldas del doctor, sin haber podido desechar su inquietud. Siempre con la daga en la mano interrogaba incesantemente con la vista la fisonomia de Stephen.

Asi permanecia, pronto á herir sin misericordia, á la menor señal que le hiciera el jóven médico. No habia que esperar de él piedad. Puede asegurarse, sin temor ninguno, que deseaba que el doctor cometiese la mas minima falta, por tener un motivo para vengar el cobarde asesinato que habian intentado cometer con el moribundo Franck Perceval. Su frente, de ordinario tan serena y tan cándida, se habia arrugado hasta el nacimiento de los últimos cabellos que aun le quedaban en la parte posterior de su cráneo. Sus ojos azules, tan sumisos, tan tímidos y tan bondadosos, espresaban en este momento una cruel determinacion lanzando rayos de fuego debajo de sus fruncidos párpados, y hasta su cuerpo doblado por la costumbre y por los años, habia sufrido transformacion, manteniéndose erguido y brioso. En una palabra, aparecia fuerte, resuelto, jóven!

El doctor, como hemos dicho, daba la espal-

da á Jack, pero no obstante veia perfectamente su imágen reflejada en un espejo que tenia enfrente. Puede ser que la vista de esta figura amenazadora, contribuyera á dar á sus movimientos una precision matemática.

A medida que la operacion adelantaba el corazon del viejo Jack recobraba su primitiva sensibilidad, y aunque conservaba su terrible apariencia, en el fondo de su alma volvia á ser lo que siempre habia sido: y cuando Franck Perceval abrió por primera vez los ojos, los párpados del buen Jack se dilataron y el fuego de sus ojos desapareció, para no volver, bajo el peso de una lágrima.

Su mano sostenia aun la daga, pero sin cólera. Ya no veia en el doctor Moore al asesino, sino al salvador.

Amaba tanto á su señoria Franck Perceval!

Acabada la cura, un leve encarnado coloró los blancos lábios del herido. Jack empezó á reir y á llorar á un tiempo y la daga se le cayó de las manos.

—¡Que Dios os bendiga! murmuró detrás del doctor Moore; Dios os bendiga, y me perdone, si me equivoqué al acusaros!

El doctor ni hizo caso, ni se volvió, ni le respondió una palabra.

—Este caballero está fuera de peligro, dijo á Stephen. En manos ménos espertas que las mias, su herida hubiera podido ser mortal, pero á estas horas todas las precauciones posibles están tomadas..... Yo respondo de él.

Stephen se inclinó, y sacando de su cartera un billete de banco de cinco libras, se lo presentó al doctor.

M. Moore lo reusó sin afectacion.

—Nada tengo ya que hacer aqui, dijo, toman-

do sus guantes y el baston. Supongo, caballero, que no tendreis la intencion de detenerme por mas tiempo.

— Sois libre, caballero, respondiò Stephen.

— Muy bien! replicó M. Moore, dirijiéndose hácia la puerta.

— Antes de pasar el umbral metió de nuevo sus manos en los bolsillos de su frac negro y se volvió hácia Stephen.

— Ahora que me proclamais libre, le dijo recargando esta última palabra, quiero haceros saber, jóven dueño mio, que siempre lo he sido..... En nuestra profesion..... vos podreis conocerlo con el tiempo..... está uno espuesto á mil peligrosas asechanzas, y la prudencia ordena estar siempre prevenido.

El doctor sacó las manos del bolsillo con una pistola en cada una.

— Hé aqui, continuó, una clase de argumentos que no se aprenden en Oxford, pero que Lón-dres enseña, señor mio: no conozco otros de mas fuerza. Como conocereis podia haberlos empleado muy bien para abrirme paso, sin dárseme mucho de la enmobecida daga de vuestro viejo montañés..... Pero no he querido salir de aquí siu oponer á una sospecha insensata, una prueba material de mi lealtad..... He salvado á ese caballero, solo porque era mi gusto el hacerlo así.

Dicho esto volvió las pistolas al bolsillo.

— Ahora, quedad con Dios, mi jóven señor. Teneis desde hoy en mi un enemigo mortal..... un enemigo que no olvida, que nada ni jamás perdona, y que se venga siempre.

La puerta se abrió cerrándose en seguida detrás del doctor Moore.

Stephen habia escuchado frio é indiferente la primera parte del discurso del doctor. A la

amonaza envuelta en sus últimas palabras, solo contestó con un profundo y silencioso saludo.

Jack no se había cuidado de atender este incidente. Puesto de rodillas junto al lecho de su dueño, besaba sus frias manos llorando.

Stephen se acercó también al lecho de Franck Perceval.

—¿Qué debo creer? murmuró. Puede racionalmente sospecharse un asesinato?..... con qué objeto?..... Y sobre todo cuando el supuesto asesino es el doctor Moore..... Jack! estás bien seguro de haberlo visto?

—Tan seguro, como os estoy viendo, señor, contestó Jack levantándose..... el infame tenía en una mano la redomita y en la otra las hilas..... El doctor, que apesar de esto podrá ser un hombre honrado, le hizo una señal..... y el picaro del boticario mojó las hilas. En este momento vos hicisteis un movimiento; el boticario escondió la redomita..... el diablo sabrá donde..... y tiró al suelo las hilas, tapándolas con el pie..... Calle! por ahí deben estar todavía.

Jack dió la vuelta al rededor de la cama. Stephen lo siguió.

—Ah! añadió el viejo; las hilas han desaparecido, pero mirad la señal.

—La señal?..... interrumpió Stephen... donde?

Jack le mostró una señal rogiza, húmeda y áncha como un chelin, producida por la presión del pie de Rowley sobre las hilas mojadas.

Stephen se precipitó sobre sus rodillas para examinarla. Al bajarse, vió sobre el lecho una redomita microscópica, que tomó.

—Esa! esa es la redomita! exclamó el viejo Jack. Stephen sin destaparla, se la acercó á las narices.

La redomita contenía ácido prúsico.



CAPITULO DECIMOTERCIO.

Al levantarse.



El día siguiente al del baile de Trevor-House, lady Ophelia Barnwood, condesa de Derby, se despertó mucho despues de mediodia, teniendo impresas en sus delicadas facciones las señales del cansancio de la velada. Sus fatigados párpados no querian abrirse, y los recuerdos de la fiesta, revoleteaban al rededor de su embotada inteligencia.

Hacia ademas frio á pesar del grande fuego que coloraba con su ardiente luz la débil claridad del dia que penetraba en la cerrada estancia.

Por lo tanto lady Ophelia, en lugar de levantarse, se acurrucó tiritando; y envolviéndose bien

en los covertedores trató de conciliar de nuevo el sueño.

Pero hay una hora en que el sueño fatiga, y en que el contacto de la cama entorpece los nervios: una hora en que es menester estar en pie, ágil y vivo. Esta hora habia ya sonado. En lugar del sueño que apetecía vinieron importunos pensamientos que no deseaba; luego recuerdos y despues el arrepentimiento y los remordimientos.....

Vió pasar por delante de ella, como un cuadro movedizo, los hermosos dias de su juventud, cuando su belleza, vírgen como su alma, eclipsaba la de sus rivales: y se estremeció de gozo al recuerdo de los dulces triunfos de coqueteria infantil, que sembraban de flores el suelo que pisaba la jóven y hermosa miss al entrar en el mundo: acojió con una sonrisa el recuerdo de estos jóvenes amores, tan tiernos, tan tímidos, tan dulces..... y al mismo tiempo tan fugitivos!

En seguida se figuró sentada por primera vez sobre los cojines de seda del equipaje nupcial. Ya era lady, ya era condesa: la famosa divisa del orden de la Jarretiere *Honni soit qui mal y pense!* orlaba su escudo: ya si tenía iguales, no tenía superiores.

Despues recordó los primeros meses de su viudez; de ese estado que pone una perla mas en la corona de una muger jóven. Cuán envidiada, adulada y detestada era!..... Y cuán dichosa tambien!

Mas tarde aun, se vió débil, trémula, vengida..... y sin embargo mil veces mas dichosa que nunca. Ella amaba: amaba por la primera vez, á los veinte y cinco años, á la edad en que el amor une la energia á la ternura; á la edad en que aun se suspira, pero, en que los suspiros

quemar; á la edad ardiente y fuefite en que el alma y el cuerpo rivalizan en vigor..... Se vió apasionada, celosa, subyugada, y la vaga memoria de un pasado goce, hizo latir su corazón é hincharsele el pecho. ¡Cómo recorría entónces aceleradamente esas fugaces horas de reservado deleite! ¡Cuánto la embriagaba aquella soledad de la que era participe el objeto de su amor! Y cuán armonioso y dulce era á sus oídos aquel silencio interrumpido tan solo por la voz de un amigo!

Ah! Y ahora pasaban las horas tristes y pesadas: la soledad era completa, el silencio mortal!

La soledad y el silencio pesaban sobre su alma como una carga de plomo. La dicha habia huido. Al presente todo era triste, triste, desapacible y fastidioso..... El tédio, esa horrible pesadilla, se mecía en la atmósfera.

Lady Ophelia se destapó bruscamente, saltó de la cama; y metió sus pequeños pies en unas chinelas de raso.

Nunca habia hecho otro tanto sin ayuda de su doncella. Embargada por el frío se vistió al momento y se refugió en una grande y cómoda butaca que le abría sus forrados y rellenos brazos al lado de la chimenea.—Otro recuerdo.

Ahora poco..... en aquel momento, un golpe suave habia sonado en la puerta exterior de Barnwood-House. La doncella al entrar anunciaba que milord esperaba en el salón..... Milord era el hombre amado, el hombre que al presente echaba de menos con amargura y angustia; el marqués de Rio-Santo.

Ay! todo habia concluido.

Ophelia estendió la mano para tocar la campanilla, y en el momento que sus dedos asian el cordón, el aldabon de la puerta de la calle

Donó. Ophelia se levantó subitamente: sus ojos despidieron una luz vivísima y un rayo de esperanza iluminó su frente.

—Si será él! pensó.

Pero esta esperanza duró poco. Ophelia se acordó de los sucesos de la vispera, y su fisonomía se oscureció de nuevo.

—Es el jóven Franck Perceval, se dijo: vieno á que le comunique los secretos que le he ofracido..... Ah! yo no debo revelar ese terrible secreto, Dios mío! No! no lo debo revelar!

Una doncella abrió suavemente la puerta.

—Milady levantada! exclamó con asombro..... Un caballero solicita el honor de presentar sus respetos á la señora condesa..... Hé aqui su targeta.

—No es M. Perceval, murmuró Ophelia, dirijiendo una mirada sobre la targeta en que estaba escrito el nombre de Stephen Mac-Nab..... Dí que no puedo recibir, Jane..... Espera! Corre esas cortinas, pues me parece que hay algo escrito con lapiz en esta targeta.

Jane corrió las cortinas, y la luz del dia alumbró la estancia.

De parte del muy honorable Franck Perceval, leyó Ophelia.

—¿Qué querrá esto decir?..... Jane, introduce á ese caballero en el salon, y vuelve á vestirme.... vuelve al momento!

—¿Qué querrá esto decir? repitió lady Ophelia, luego que su doncella hubo salido..... De parte de Franck Perceval..... de seguro ese pobre jóven ha cometido algun acto de desesperacion.

Cuando Jane volvió, lady Ophelia le mandó que le abrochase el vestido y le alisase los cabellos. Aun no habia concluido cuando lady Ophelia le dijo:

—Así estoy bien: déjame, Jane.

Y con paso rápido salió de su dormitorio.

Stephen esperaba en el salon. El jóven médico no estaba acostumbrado á hablar todos los dias frente á frente con la viuda de un caballero de la Jarretierre, pero acababa de separarse del lecho en que yacia su mejor amigo, y la emocion no dejaba lugar á la cortedad. Saludó á la condesa con tanta libertad de espíritu, como pudiera haberlo hecho un habitante de Almack.

—Señora, le dije; escusad mi visita. No he tenido el honor de ser presentado, pero lleno un deber sagrado al venir á desempeñar un encargo de Franck Perceval.

La condesa lo saludó y le señaló un asiento.

—¿No ha podido venir M. Franck Perceval en persona? preguntó ella.

—No ha podido venir, milady, respondió Stephen con tristeza..... y para ello ha sido necesario que se lo impidiera una causa muy grave.

—¿Qué le ha sucedido? caballero.

—Franck ha sido herido en un duelo, señora.

—En un duelo! repitió la condesa.

—Y herido de gravedad.

—¿Y por quién? caballero.

—No ha querido revelarme el nombre de su adversario.

—Y vos no sospechais?

—Sí, milady; y mis sospechas valen tanto como la certidumbre..... Pero yo vengo á vuestro lado en lugar de Franck y debo hacer como él; olvidarme del duelo para ocuparme de una cosa de mas importancia.

—De mas importancia, caballero! murmuró la condesa manifestando alguna incomodidad.

—Apenas habrá dos horas, continuó Stephen Mac-Nab, que condujeron á Franck á Duley-Hou-

se, sin sentidos, moribundo. Un terrible acontecimiento del que no puedo daros pormenores retardó los primeros socorros, faltando poco para que mi desgraciado amigo no espirase á mi vista víctima de un asesinato....

—Me haceis temblar, caballero! interrumpió la condesa: intentar un asesinato con un herido.

—Un envenenamiento, milady.

—Y.... pensais acaso.... podeis creer que el adversario de M. Perceval.... esto sería horrible, caballero!.... está mezclado en algo en esa horrible traicion?

Stephen no contestó al pronto; esta cuestion, no se le habian presentado todavía, y una vaga sospecha atravesó su espíritu. Pero nada daba cuerpo á ella, y respondió.

—No puedo creerlo, señora.

Lady Ophelia respiró.

—En todo caso, continuó Stephen el peligro se ha evitado.... En el momento que Franck recobró el habla.... habrá de esto una media hora.... la primera palabra que pronunció fué el nombre de una persona querida....

—Miss Trevor?....

—Stephen hizo un movimiento afirmativo y continuó.

—La segunda, fué vuestro nombre, señora.

El embarazo de la condesa se aumentó.

—Mi nombre! dijo: Si.... Ya recuerdo por qué.... Anoche en el baile de Trevor-House; rogué á M. Franck Perceval.... Creedme estoy desconsolada con que su herida le impida....

—Por eso me ha enviado en su lugar, señora, dijo Stephen.

—A vos, caballero!.... M. Perceval no debió creer.... Lo que tenia que decirle era puramente confidencial....

—Soy su mejor amigo.....

—No lo dudo, caballero, pero yo no puedo.....

—Franck sufre mucho, señora, y espera! interrumpió Stephen.

—Me lastimais el corazón, caballero!..... escuchad.....

La condesa se incorporó de pronto, y prestó el oído con avidez. El aldabón de la puerta había sonado.

—Es él! murmuró, es él!.....

Su incomodidad se convirtió en una febril agitación.

—Caballero, repuso; esta entrevista debe concluir al instante. Me niego á tomaros por intermediario entre M. Perceval y yo..... No me juzguéis á la ligera, caballero; porque mis motivos son graves; y vos no podeis ofenderos, porque estos motivos no tienen nada que os sea personal.....

Stephen se había levantado.

—Yo esperaba llevar algún consuelo al pobre Franck..... dijo:

—Decidle, exclamó la condesa..... decidle que lo sabrá todo..... decidle.....

—Milord! anunció la doncella entreabriendo la puerta.

—No le digais nada, caballero, yo reflexionaré. Has entrar á milord en el gabinete, Jane.... Rogad á M. Perceval que me escuse, caballero.... Hacedle saber la parte que me tomo en su quebranto, y..... perdonadme que rompa tan bruscamente esta entrevista.

Stephen saludó con frialdad y se marchó.

La condesa volvió á caer fatigada en el sillón.

—No! murmuró..... ah! no!..... yo no puedo revelar ese secreto..... le perderia..... Inspiradme; Dios mio!

Al bajar la escalera, Stephen pasó hombro á hombro de un hombre, cuyo sombrero le ocultaba parte de la cara. Este hombre lo miró de lado y se estremeció ligeramente.

A este fué á quien Jane introdujo á poco en el salon anunciando:

—Milady, milord marqués!

Rio-Santo llevó respetuosamente á sus lábios la mano de la condesa, permaneciendo en pie delante de ella. Tenía en sus bellas facciones alguna cosa que se parecia al rendimiento, á la ternura, á la pasion misma, pero esta cosa era una máscara, de la que un esperto observador hubiera divisado las junturas, por mas que estuviesen hábilmente unidas. La condesa sabia bien observar, pero olvidaba su ciencia en presencia de Rio-Santo.

Lady Ophelia lo observó un instante en silencio. Sus ojos tristes y empañados, fueron despejándose por grados hasta espresar una especie de quietud:

El marqués se sonrió dulcemente y fue á apoyarse en el respaldo de su sillón.

—Qué hermosa estabais ayer, Ophelia; murmuró al oido de la condesa.

Esta se volvió, y su frente casi tocó con la boca de Rio-Santo, mas al punto la bajó avergonzada.

—Ya no me quereis, continuó el marqués; y teneis razon, señora, porque es bien culpable quien os causa sentimiento, aunque involuntariamente..... Sin embargo, vos sabeis mi secreto, todo mi secreto!..... Y no es amar el confiarse asi, sin reserva!.....

—Habeis estado quince dias sin venir á verme, dijo en voz baja la condesa y con las lágrimas en los ojos.

—Pero hoy he venido, Ophelia; he venido sin

calcular el peligro, por no poder sufrir más los tormentos de la ausencia..... Creedme, echo de menos lo mismo que vos..... quizás mas..... aquellos días en que éramos dichosos, sin que nadie censurase nuestras acciones..... Mas que vos maldigo la fatalidad que me empuja adelante..... Nadie se sustrae á su destino, señora; y es menester que yo logre mi objeto ó que muera!

Rio-Santo se habia enderezado. Su noble fisonomía habia tomado una espresion de arrogancia inflexible y sin limites.

Lady Ophelia lo contempló por algunos segundos y cruzando las manos sobre su pecho.

—Oh! os amo! murmuró..... Dios no tiene piedad!..... Os amo mas que nunca!..... os amaré siempre!

Rio-Santo se sentó en un cojin á los pies de la condesa, y esta pasó sus manos por los lustrosos bucles de sus hermosos cabellos negros.

—Decis verdad? murmuró; no me engaÑais?... Este amor que me concedéis, este amor oculto y vergonzoso, que es la parte de él que no quiere mi rival, lo estimo, sin embargo, mas que á mi vida: mas que á mi honor. Oh! Yo soy la que debo reprocharme no ser mas que una pobre muger, sin el poder suficiente para atraeros. Yo soy la que he tenido la sinrazon de esperar y creer que vos Rio-Santo, os humillaríais hasta mi.

—Loca! loca criatura! interrumpió el marqués, cubriendo de besos la blanca mano de Ophelia.

Calló esta; sus humedecidos ojos se secaron; su mirada se tornó ardiente, y su pesada y entrecortada respiracion levantaba los encantadores contornos de su garganta.....

Habia tambien en este momento en la ardiente mirada de Rio-Santo amor, verdadero amor.

El hombre de impresiones súbitas cedia á la impresion del momento. Habia venido con la idea de representar una comedia, pero como los actores que se poseen con el papel que han aprendido, asi él sufría con su pretendida ficcion: amaba.

Lady Ophelia saboreaba este instante de felicidad, tanto mas cuanto que temia ver desvanecerse su ilusion.

—Oh! no..... no! dijo al fin, en medio de su ecstacion amorosa..... no le haré traicion! Que me importan esas personas ni sus sufrimientos?..... Ahora que me ama..... No diré nada.....: nada!

Sus ojos medio cerrados no veian nada, y su pensamiento nadaba vagamente en el delirio.

Rio-Santo comprendió al paso el sentido de cada una de estas palabras. Sus cejas se fruncieron, y en medio de su frente enrojecida apareció la larga y blanca linea de una cicatriz. Sus labios temblaban sin pronunciar ningun sonido y un estremecimiento de cólera agitaba cada uno de sus miembros. Tomó la mano de la condesa y la apretó tan fuerte, que la pobre muger abrió los ojos arrojando un grito penetrante de dolor.

En seguida al ver el aspecto amenazador y las facciones demudadas del marqués, palideció.

—¿Qué teneis, don José? le preguntó.

—Señora, contestó con voz severa, es preciso... atended!..... que me respondais claramente y al momento!.....¿Qué hablabais de traicion, y quién es el hombre que me encontré hace poco al subir la escalera?



CAPITULO DECIMOCUARTO.

A solas.



ady Ophelia despertada bruscamente de su sueño miró al marques con espanto.

—Ya os escucho, señora, le dijo aquel friamente.

—Y qué quereis de mí, mi lord!

—Ya os he dicho que habeis hablado de traicion: al tener ese pensamiento puede que tambien le haya acompañado el deseo; y me lo hace creer haber visto salir un hombre de aqui. Ese hombre es el amigo de Franck Perceval.

—Es verdad..... y venia de parte suya.

—De su parte! repitió el marqués con amargura. Anoche os vi hablar con Perceval, señora; y

sorprendí entre vosotros miradas de inteligencia.... ¿No sabéis que nada se me oculta, y que cuando mis ojos soñolientos no velan, hay ciento en cualquier sitio que velan por mí?

—Sé que sois poderoso, milord: contestó la condesa, alzando su graciosa cabeza con espresion de orgullo.... poderoso para el mal, como el ángel caído.... Pero yo no os temo.

—No me temeis! repitió Rio-Santo con voz sorda y amenazadora.

—Os amo! ah! os amo! dijo la condesa con espresion indefinible, despues de un momento de silencio.

Una sonrisa de triunfo plegó por algunos segundos los lábios de Rio-Santo, quien replicó con una voz en la que no se traslucía ya la cólera.

—Ophelia; es necesario que me perdoneis estos movimientos de irritacion producidos por mis secretos sufrimientos.... Soy desdichado, bien lo sabéis.... Dos pasiones dominan mi corazon, y la feroz lucha que sostienen me mata.... mi amor hácia vos....

La condesa levantó hácia el cielo sus hermosos ojos azules.

—Mi amor hácia vos, continuó resueltamente Rio-Santo, y mi ambicion sin limites.... Ese hombre, ese Franck Perceval se encontró en mi camino; yo me aparté. Tuve piedad de ese niño, que á pesar de todo no era ayer mas que un inocente obstáculo.... pero ese niño me insultó como un hombre, y yo debí castigarle....

¿Con qué habeis sido vos? le interrumpió la condesa.

—No lo sabiais?.... Ah! milady; eso que llamais vuestro amor, tiene á veces todas las apariencias del odio!.... Si.... yo he sido.... pero al castigarlo, tuve tambien piedad.... en vez de

matarle sin misericordia, como era mi derecho y mi interés el hacerlo, solamente lo puse fuera de combate.

—Eso es noble y generoso, milord! dijo la condesa con fuego; ah! todavia hay en vos sentimientos nobles, y hé ahí lo que me pierde!

—Y de qué me ha servido mi clemencia? repuso Rio-Santo. Antes de ayer le disteis una cita.... Creia encontrar aquí con que perjudicarme.... No me interrumpais, señora.... Y su primer pensamiento al volver á la vida que me debe, fué el mandar cerca de vos á su amigo. Pero qué es lo que os impulsa á perderme, Ophelia? Quereis vengaros.... Ah! mirad si soy mas desgraciado que vos!

—No, milord, no, contestó la condesa.... no quiero vengarme.... Nada me impulsa á perderos.... La casualidad, ó mas bien vuestra cruel cólera.... me ha hecho dueña de un secreto terrible.... No pienso una vez en esta horrorosa escena sin estremecerme.... y algunas veces, es verdad; ese misterio de sangre pesa sobre mi conciencia.

—No habeis estado nunca celosa, milady? le preguntó Rio-Santo, con un metal de voz insinuante y tierno.

—Lo estoy milord.

—Y bien! no comprendeis que un arrebató de celos?.....

—Ni una palabra mas! interrumpió la condesa.... Silencio! milord.

A este reproche Rio-Santo dobló la frente: habia ensayado la mentira, y la mentira le causaba vergüenza y repugnancia; á él á quien el crimen no espantaba.

Ecsistia entre él y la condesa ademas de los secretos de amor, otro que descubierto hubiëra detenido á Rio-Santo en sus mas caros proyec-

tos y puesto en peligro su vida. Ahora, acababa de adquirir la convicción de que lady Ophelia, bien por venganza, bien por celos ó por cualquier otro motivo había concebido el pensamiento de hablar.

Desde la víspera bullian estas sospechas en su cerebro; y hé aquí la causa de su visita.

Al presente conocia el peligro, pero le faltaba conjurarlo. Su causa era mala y su posición difícil. Habia abandonado bruscamente á la condesa, aunque conservaba con ella delante del mundo esas relaciones de cortesania que un caballero no puede echar en olvido; y galanteaba á miss Trevor públicamente. Por él habia perdido la condesa su reputacion, su reposo y su dicha.

Pero la condesa lo amaba, y esto compensaba todo lo demás.

El marqués puso, pues, en juego todos sus recursos, y ganó la partida, ó al ménos debió creer que la habia ganado.

Recorriendo sucesivamente toda una série de hábiles transiciones pasó de la amargura á la tristeza, de la tristeza á la melancolía, de la melancolía á la ternura y de la ternura al grado mas elevado de pasión. Y como estaba dotado de esa inestimable facultad de sentir á medida que hablaba, de crear, por decirlo así, una verdad ficticia y real al mismo tiempo, cada una de estas gradaciones parecian llenas de buena fe, y cada una de sus palabras respiraban franqueza y adquirian una irresistible elocuencia.

Uno es fuerte cuando cree, Rio-Santo creia. Durante esta entrevista, pasó su corazón por todos los grados que separan la cólera del amor.

La condesa lo oía, encantada; la condesa volvía á la vida, y encontraba de nuevo su juventud, su esperanza y su amor.

Oh! como hubiera acogido ahora al que hubiese venido á pedirle el secreto de su Rio-Santo!

Pero la elocuencia tiene sus peligros, y está propensa á traspasar el objeto. Solo los retóricos no pueden equivocarse; y tal hombre de genio, capaz de galvanizar la grave solemnidad de la cámara de los lores, ó de hacer callar las estrepitosas conversaciones que ensordecen los ecos del parlamento, cometerá una torpeza, comprometerá su causa y servirá á sus adversarios. Al contrario lord*** hablará por espacio de dos horas á la cámara alta sin hacer daño á amigos ni á enemigos, y el honorable M.*** tronará durante tres sesiones consecutivas contra los católicos de Irlanda sin comprometer en nada á sus protectores que lo estiman, aman y aprecian, como debe serlo el mas fastidioso parlanchin de los tres reinos.

Rio-Santo estaba elocuente, por lo tanto fué mas allá del objeto.

Queriendo persuadir y demostrar el exceso de su amor, llegó á decir que mas de una vez su ambicion y su ternura por lady Ophelia combatían con armas iguales..... su ambicion, que segun decia lo impulsaba á los mas grandes desig-nios! su ambicion, único nombre que le daba, pero que en realidad servia á otro sentimiento fuerte, fogoso, implacable que daba á sus esperanzas, á sus proyectos y á sus esfuerzos una dimension gigantesca.

—En estos momentos, continuó, vacilo y sufro de antemano..... Sé que paralizar mis proyectos será morir; pero yo me pregunto si no valdrá mas morir con vos, Ophelia, que vivir sin vos.

—¿Y ella? Acaso, no la amais? preguntó la condesa.

—A Mary?... pobre niña!... quién puede aborrecerla? contestó Rio-Santo afectando piedad.... Quisiera amarla como se merece, señora, pero entre ella y yo está vuestra imágen.

—Si yo creyera que me amabais, don José!... murmuró la condesa con una estraña expresion.

—Creedlo, creedlo, Ophelia! exclamó el marqués, poseído de una pasion súbita y verdadera.... si mi objeto.... ese objeto que me arrastra y me mata..... desapareciera un dia de mi vista....

—Volveriais á ser para mí lo que fuisteis?

—Acaso he cambiado, señora?.... Qué debo hacer para convenceros? yo volveré á vuestros pies.... quién sabe?.... quizás curado del mal de ambicion que me consume.

—Puede ser.... repitió la condesa que de nuevo empezaba á soñar: y entónces seriais todo á mí?

—Todo, señora.

La conversacion continuó tierna y dulce, y las horas pasaron sin sentir. ¿Quién en lugar de Rio-Santo no hubiera creído segura la victoria?

Sin embargo, desde este momento la condesa se distrajo: un secreto pensamiento de esperanza ó de temor parecia absorber su atencion.

—Esta noche voy á Covent-Garden, dijo al fin. Me acompañareis, milord?

—Os conduciré, Ophelia, pero tengo que concurrir al palco de lady Camphell.

—Por reducida que sea vuestra oferta, milord, la acepto. Esperadme un instante.

Tocó una campanilla, y Jane recibió la orden de preparar su tocado.

Rio-Santo quedó solo en el salon; y sentándose en un sofá, cayó insensiblemente en una

de esas meditaciones tan deseadas y que eran en él tan frecuentes. Pero esta vez su pensamiento no vagó al azar, sino que se fijó en un hermoso retrato de cuerpo entero de lady Ophelia que adornaba el salón.

Este retrato en estremo parecido, representaba á la condesa de edad de veinte años. Desde entonces acá habia cambiado, pero podia decirse que entonces era ménos hermosa. Tan solo se diferenciaba por un estrecho semicírculo azulado que corria al presente por debajo de sus ojos; y en que sus mejillas no respiraban la frescura de la jóven del retrato.

Lady Ophelia, ó su retrato, tenia unos encantadores cabellos ondeantes, brillantes, finos, cuyas trenzas formaban una especie de marco á su frente medianamente desarrollada, pero armoniosa en sus contornos. Sus ojos de un color difícil de comprender y ménos de pintar, eran dulces, nobles, y sobre el delicado jaspeo de sus pupilas se notaba un ligero matiz de melancolía. El resto de sus facciones participaba en el mayor grado de la belleza inglesa, belleza digna y pura, si bien sin espresion ni gracia. Pero lady Ophelia era una escepcion, porque su sola mirada era bastante para dar espresion y vida á la fisonomía mas insignificante. Su estatura era mediana, pero llena de gracia: tenia los pies de una francesa, y sus manos eran la suprema perfeccion de un modelo aristocrático.

En todo este conjunto dominaba el elemento aristocrático, reflejando asimismo en el carácter de lady Ophelia. Tomada su naturaleza en el estado normal, esa distincion se unia á cierta firmeza cortés y agasajadora, que en Inglaterra parece ser el patrimonio esclusivo del bello sexo. Entre ella y miss Mary habia alguna diferencia, tanto de educacion como de maneras: el

tipo de ámbos rostros era el de esa belleza británica suave, vaporosa, casi ideal; pero, además de la diferencia de años, había de una á otra una larga distancia: Mary era la flaqueza; Ophelia la fuerza domada; miss Trevor, la pobre niña, cedía ántes de combatir; lady Ophelia vencida, conservaba su natural arrogancia y sabía levantarse de nuevo á la primera ocasion.

Por lo demás, ni la una ni la otra poseían esos caracteres que se pueden limitar precisamente ó pintar de una sola pincelada. Podían transformarse ó trocarse á impulso de esos vientos caprichosos que llevan la calma ú la tempestad á la perfumada atmósfera de los salones. Débil Mary, podía por casualidad mostrarse fuerte algun día; y lady Ophelia había dado ya pruebas de que podía ser débil.

Si nos hemos llevado á establecer esta especie de comparacion, es porque Rio-Santo la hacia mentalmente al contemplar el retrato de lady Ophelia. Aun estaba bajo el dominio del encanto de la reciente entrevista, pero no lo bastante para que dejase de pensar en miss Mary.

El lector se equivocará si toma al pie de la letra las palabras pronunciadas por Rio-Santo en el calor de la conversacion. El mismo se habia equivocado al decir á lady Ophelia que solo la ambicion lo ponía á los pies de miss Trevor. Amaba á Mary, la amaba, quizás mas, que habia amado á lady Ophelia.

En cuanto á lo que él llamaba su ambicion, ya hemos dicho que era un sentimiento fuerte, sufrido, indomable, pero, que quizás merecia otro nombre. Rio-Santo tenia un vasto objeto; sus miradas rayaban muy alto; su brazo era bastante fuerte para alcanzar hasta donde aquellas llegaban, y su corazon era aun mas robusto que su brazo: lo que habia en el fondo de su

alma todos lo ignoraban. Marchaba con paso firme y seguro por tenebrosos senderos; y los medios que empleaba eran estraños, por no decir otra cosa. Respecto á la cuestion de saber si el objeto era de naturaleza bastante á escusar los medios, el lector será juez en definitiva.

Despues de lo que precede, apenas hay necesidad de añadir que el marqués habia ido demasiado léjos al decir á la condesa: *vos sabeis todos mis secretos*. La pobre muger habia sorprendido por casualidad uno de los anillos de la larga cadena de misterios: hé aquí todo. Es verdad que este secreto aislado encerraba en sí mismo un suceso terrible, pero no era bastante para descubrir los demás.

La condesa, como todo el mundo, ignoraba sus proyectos. El marqués lo cubria todo con esta palabra: «Ambicion.» que nada disculpa, pero explica. Ophelia creia comprender, suspiraba y sufría.

En tanto que Rio-Santo vagaba entre dos imágenes encantadoras que solicitaban á la vez ó por turno su memoria, lady Ophelia se vestía precipitadamente, acosando á su doncella, que asombrada no sabia que pensar al ver lo atropelladamente que se hacia una obra de tamaña importancia.

—Os doy las gracias, Jane! dijo al fin lady Ophelia con un aire que significaba: Se concluyó!

—Y qué! milady no se hará peinar?

—No, Jane.

—Ni se colocará algunas flores en sus hermosos cabellos?.....

—No, Jane..... dejadme!..... Escuchad..... traedme recado para escribir.

—Olvida Milady que milord.....

Ophelia la interrumpió con un gesto de impa-

ciencia, y Jane se apresuró á obedecer.

—Marchaos! dijo Ophelia.

Jane salió, fijando en su señora una mirada de asombro.

—Es preciso!..... es preciso..... murmuró la condesa mojando la pluma en la tinta: no me ha dicho él que si su objeto llegaba á frustrarse.....

Aquí se detuvo y soltó la pluma.

—Dios mio! añadió despues de un momento de silencio; no se..... no se.....

En seguida ocultó el rostro entre sus manos y reflexionó durante un minuto: despues tomó de nuevo la pluma y con rapidez trazó algunas líneas.

—Yo le esigiré su palabra, su palabra de caballero! Franck tiene un corazon leal..... Y haré que me prometa..... Ah! es preciso! no puedo vivir así, y esa esperanza me trastorna.....

Dobló la carta y puso el sobre *Al muy honorable Franck Pereeval &c.*

La puso en el tocador y antes de volver al salon le dijo á Jane:

—Al momento, sin tardanza dirijid á su destino una carta que hallareis sobre mi tocador.

Un instante despues los hermosos caballos del carruage de Rio-Santo hacian saltar chispas del suelo corriendo en direccion de Covent-Garden.

Al tiempo que Rio-Santo bajaba del coche delante del peristilo del teatro y ofrecia su mano á la condesa, un hombre le tocó al brazo, y con disimulo dejó en su mano un papel, desapareciendo en seguida entre la multitud.

Rio-Santo al subir las gradas desdobló el papel y leyó á hurtadillas.

“Lado izquierdo, número 3.—Princesa de Longueville.”

—Ocasión oportuna! murmuró mirando de lado á la condesa: la princesa hará como es necesario, su entrada en el mundo.



CAPITULO DECIMOQUINTO.



La pipa y el jarro,



El teatro real de Covent-Garden está situado en Bow-Street, y da por el lado del norte á Harte-Street. Es un edificio vasto y medianamente gracioso: su principal mérito consiste en no haber sido construido por el terrible M. Nash, lo que es un grande y dichoso acontecimiento.

En efecto, este M. Nash, albañil infatigable, ha reedificado la mitad de Lóndres. En todas partes se le encuentra; en todas se reconoce su inflexible escuadra, en esas casas rozigas, derechas, elevadas. M. Nash es el rey del yeso, el dios del hilo á plomo.—Que sea enterrado en un castillo de cartas!

Puede que haya muerto. Si así es que echen

á modo de flores, ladrillos sobre su tumba; y todos rueguen á Dios no le dé sucesor en este mundo!

Apesar de estar situado á igual distancia de Strand, de Holborn y de Oxford-Streed, el teatro de Covent-Garden, como casi todos los teatros de Lóndres, apenas es frecuentado.

Las personas como *il faut* van al templo mejor, que al teatro, y por esto S. Pablo vale infinitivamente mas que Drury-Lane.

Cuando los elegantes no tienen ocupacion mejor los palcos del teatro de la ópera italiana se llenan. Este es el teatro privilegiado, el único recinto admitido. Una escursion á Drury-Lane, es una escepcion, una caravana, un desórden. Un viage á Adelphi-Theatre escede los límites de la escentricidad más desvergonzada. En cuanto á Covent-Garden se representan en él las piezas de Shakspeare. De buena fé, ¿quién quereis que vaya á oír y ver las rapsodias del viejo Will? (1)

Quita allá! En Lóndres, tenemos al presente algo mejor que todo eso! Shakspeare cuando mas es bueno para la plebe.

Nosotros somos, (y esto es tan incontestable que el ciudadano mas manso refiria á puñetazos con cualquiera que pretendiese lo contrario) nosotros somos el pueblo mas civilizado de la tierra. Por esto, mirad que lógica! encontramos miserable y malo todo lo que hacemos, al paso que nos faltan ojos para admirar los talentos ecsóticos.

(1) *El francés Jullien tiene al presente convertido en salon de baile, el histórico teatro de Covent-Garden. Romeo, Macbeth y Desdemona han huido al oír el rechinar de la flautilla del rival de Mussard! Este hecho es el resumen mas completo y el que mejor caracteriza el estado de las artes en Inglaterra.*

Tampoco nos impide esto el jactarnos á cada paso de nuestra superioridad universal.

Orgullo en las palabras, orgullo grosero, jactancioso, chavacano! Humildad en las acciones, humildad voluntaria; ay! humildad forzada!—Contraste ridiculo!

Nosotros representamos el papel de aquel lord que juraba tenia el cocinero mas hábil del mundo, y sin embargo iba á comer todos los dias á la taberna.

Nuestros cantores son italianos, ú alemanes ó franceses; nuestros bailarines son franceses; nuestros artistas copian de cuadros franceses; aplaudimos las comedias francesas representadas por una actriz del teatro francés:—Día llegará, Dios me perdone! en que para comprender á Shakspeare será necesario que lo traduzcamos en francés.

Y detestamos á los franceses! Cuando hacemos jugar á un francés en nuestras comedias ó dramas indijenas, es siempre un malvado, un bribon, un fanfarron cobarde, un fastidioso hablador....

Para explicar esto, sea dicho sin ofensa de nuestros compatriotas, solo se puede dar una razon. Todo deudor detesta mas ó ménos á su acreedor. Lóndres pide prestado á Paris.

Inde iree.

La noche de que vamos á hablar el teatro real de Covent-Garden daba una representacion alemana. Sus ordinarios actores descansaban por haber cedido su lugar á una sociedad de artistas germánicos que debian cantar el *Freytschutz* de Carl Weber.

Era esta una obra estrangera ejecutada por artistas estrangeros. La nobleza y el señorío podian, pues, venir á admirar sin comprometerse demasiado.

Desde las cinco y media habia una gran multitud de gente en los alrededores del teatro. Las vecinas tabernas al iluminarse dejaban ver su interior lleno de parroquianos, y la policia empezaba á mostrar sus sombreros de cuero y sus cetros de plomo.

En Londres, cuando los agentes de policia se presentan, es porque los ladrones no están lejos. Está uno tentado por creer que estos últimos persiguen á los primeros. Al ménos, es seguro no son los agentes de policia los que persiguen á los ladrones.

Al norte del teatro, en Harte-Street, se abre una calle corta y áncha que conduce á Long-Acre. Todo lo largo de las aceras de esta calle habia estacionados numerosos grupos, que se resguardaban como mejor podian de los torrentes de luz que esparcian al rededor los multiplicados rayos del gas.

De uno á otro grupo iban y venian varias mugeres jóvenes, maravillosamente ataviadas, que despues de dar dos ó tres vueltas por las aceras, iban á descansar á cualquier taberna, sentándose sin cumplimiento sobre las rodillas de uno de los concurrentes.

En la calle estas desventuradas criaturas, parecian merecer la calificacion que acabamos de darle: tenian todo el aire de jóvenes; pero cuando en las tabernas se podian considerar de cerca, se notaba que muchas de ellas no habian aun pasado los limites de la infancia. Habia allí prostitutas de doce y trece años, mezcladas con hembras veteranas de la infamia.

Entre ellas se encontraban graciosas muchachas, con rostro de ángeles, finas facciones y mirar púdico. Pero habia tambien pequeños demonios de catorce años, que podian sobrepujar á las prostitutas jubiladas del continente; y otras

que superaban en travesura á las *lorettes* parisienses; las *lorettes*, esas sirenas que nos ha hecho conocer del lado acá del estrecho, el espiritual pincel del pintor francés Gavarne.

Al descender de Bow-Street y volviendo á Russell-Lane á la derecha del teatro, se encontraba otra clase de gentes parecida á la primera, como los tenderos á los grandes comerciantes. Los grupos de Brydge's-Street se componian de personas con trajes estrambóticos y bastante mal traídos, y las prostitutas que aqui afluan en mayor número, si es posible, que en Long-Acre y Harte-Street, estaban vestidas con ropages muy brillantes, pero de ningún valor. La mayor parte eran jóvenes, pero jóvenes gastadas y cansadas por la precocidad del vicio. Aqui las tabernas eran mas sombrías, los mecheros de gas mas raros, y ménos perfecta la alineación de las casas.

Cualquiera que tuviese interés de esconderse podia hacerlo, lo que es una ventaja para ejercer cierta industria en los alrededores de un teatro.

En fin delante del mismo teatro, en una pequeña y tortuosa callejuela que sus moradores habían bautizado con el nombre de Before-Lane, un tercer orden de vagabundos había establecido su cuartel general. Estos estaban cubiertos de guñapos, y la completa obscuridad de la callejuela en que se abrigan, guardaba una maravillosa proporcion con su sucia y miserable apariencia.

Algunas pobres muchachas, cuyos trages sucios y rotos indicaban la miseria en su mas alto grado, se estraviaban algunas veces hasta Before-Lane, corriendo con la cabeza baja las aceras de Bow-Street. Aun aqui encontraban tabernas, porque las tabernas no faltan en ninguna

parte de los alrededores de los teatros de Londres. Pero qué tabernas, Dios mío!

Unas de estas, situada á igual distancia de Bow-Street y de Drury-Lane, conservaba cierta mediana apariencia y parecía echar de ménos otros mejores días. En la puerta habia, pendiente de una vara de hierro mohoso, los restos de una muestra. En el interior habia sobre el mostrador una docena de vasos, de los que seis al ménos estaban rajados, y todas las paredes cubiertas con una completa colgadura de telarañas.

Esta taberna la mas nombrada y decente de la calle se llamaba la de *La pipa y el tarro*.

En este momento, es decir, una media hora antes de abrirse el teatro, solo habia en ella dos ó tres parroquianos de semblante taciturno, bebiendo y fumando.

De tiempo en tiempo, alguna de esas pobres muchachas de que hemos hablado, entraba y mostrando á la luz dudosa de un quinqué ahumado su semblante de niño, pero consumido, marchito, avejentado, volvía á salir para desempeñar en las aceras vecinas su infame servicio.

A poco, á medida que la hora de la representación se aprocsimaba, nuevos parroquianos venian y tomaban un vaso de aguardiente.

—Entrad, Mich, querido cuñado, dijo en la puerta una voz ágría y cascada; entrad primero. Yo soy un hombre, que diablo! y entiendo de política.

Casi al mismo tiempo dos parejas entraron en la taberna.

Era cosa curiosa el verlas. La primera la componia una niña que apenas tendria trece años é iba del brazo con un hombre que pasaria de los cuarenta. La niña reasumia en sí todo lo que llevamos dicho respecto á estas prostitutas de

tierna edad, que son la afrenta del pueblo de Londres. Era débil, delgada y de una palidez estremada, que cubria con una espesa capa de arrebol, groseramente aplicado. Su estatura, entorpecida en su desarrollo por excesos de todo género, tenía, sin embargo, en pequeño los caracteres de una muger hecha. En su gastada figura se traslucia una hermosura marchitada en flor: sus miradas eran atrevidas y sin pudor, y su boca se abria convulsivamente para dejar pasar los roncós sonidos de una voz cascada y fatigosa.

Se llamaba Loo-la-Poitrinaire.

Su caballero que se llamaba Mich no ofrecía nada de particular ni en su cuerpo ni en su rostro. Era simplemente un vagabundo de Londres, alto, colorado, y de cabellos rojos.

La segunda pareja era el reverso de la primera: se componía de una muger alta, de aire duro, insolente, áspero y de un muchacho.

La muger estaba vestida de un modo bastante raro, llevaba un sombrero femenino, un sobretodo masculino y calzaba botas. Todas las diferentes piezas de este extraño uniforme estaban en estado de ruina, principalmente el sombrero que llevaba estampadas las señales de buenos puñetazos. El nombre de esta muger era Madge, habia pasado de los cuarenta y fumaba en una pipa corta pero de ancho cubo.

Su caballero no era otro que el chico Snail, hermano de Loo-la-Poitrinaire.

Aunque esta cuadrilla no era muy brillante, sin embargo su entrada causó algun movimiento en el personal de *La pipa y el tarro*. La tabernera, Peg Witch, horrible vieja, llamó á su ayuda Assy y se precipitó hácia el sitio en que los reciénvenidos se habian colocado.

—Buenos dias, hechicera Peg, dijo, Snail, con

tono de gran señor; buenos días Assy-la-Rousse: saludad á mi muger Madge, á mi hermana Loo y á mi cuñado Mich..... y venga aguardiente y cerveza y de todo lo que haya en esta casa..... Lo ois, condenadas!..... Yo soy quien pagó!

Está bien, pequeñito señor Snail, contestó Peg saludando á todos.

—Yo no soy pequeño! exclamó Snail con cólera dando un puñetazo sobre la mesa: soy mayor que mi hermana Loo, que es la muger de Mich..... y Mich tiene cinco pies y seis pulgadas..... Trae aguardiente! esposa del verdugo!

Peg Witch saludó de nuevo, se sonrió y fué á traer de beber.

—¿Tienes sed, Loo? preguntó Snail.

—Siempre tengo sed, contestó Loo; dame tabaco, Mich.

—Yo quiero hacer tu suerte, Mich, dijo Snail, porque eres el hombre de mi hermana, con quien hago las veces de padre: el nuestro era un pobre diablo, un honrado hombre.

—No hables de padre, Snail! dijo Loo, cuya frente se cubrió de una nube de tristeza: es un buen viejo..... dame tabaco, Mich.

—Bien, Loo, bien. El padre es lo que es..... Pero por lo que toca á Mich tengo una plaza.... Mi linda Madge; ya está aquí el aguardiente: un vaso á la salud de vuestro hombre!

Madge se quitó la pipa de la boca.

—Mi hombre?..... repitió con aire de asombro.

—Que dulce voz tiene mi Madge! exclamó Snail acariciando la barbuda barba de su compañera; cualquiera diría que era el bajon de *Horse-Guards*. Soy yo, que soy tu hombre, querida mia..... Qué diablo! no es verdad?

—Es justo! dijo Madge, volviendo á ponerse la pipa en la boca.

—¿Y qué empleo tienes para darme, chico Snail? preguntó.

—Te paso los riñones si vuelves á llamarme chico, querido cuñado..... Tenlo entendido..... Voy á darte un empleo..... Sabes ladrar, Mich?

—Ladrar?

—Si..... Yo sé mahullar..... Escucha.

Snail metió la cabeza debajo de la mesa; y al momento hizo oír un mahullido agudo, prolongado, lleno de atroces cadencias cromáticas.

Madge se levantó, tan completa fue la ilusión: Mich miró debajo de la mesa con la mejor buena fé del mundo, dando ocasion con esto á Loo para vaciar de un solo trago el vaso de su querido.

No quedó aquí: Peg Wich y Assy-la-Rousse se lanzaron, armadas con escobones, para combatir al pretendido gato, que daba gritos tan lamentables.

El triunfo de Snail era completo.

—Aguardiente! hechicera Peg! exclamó; guarda tus escobas para el sábado..... Mi hermana Loo se ahoga de sed, y mi linda Madge tiene el gañote seco como..... Anda! Aguardiente!

—Dame tabaco, Mich! dijo Loo que apenas podía ya tener derecha la cabeza.

—Ya ves si sé mahullar, cuñado! exclamó Snail. Sabes tú ladrar?

—No es ese un buen oficio, respondió Mich encogiéndose de hombros.

—Que no es un buen oficio! ¿Cuánto ganas tú, Mich, por descargar los barcos?

—Dos chelines! segun costumbre.

—Dos chelines..... bien! Y cuánto ganas en el oficio de ratero?

—Habla bajo, pequeño briboncillo.

—Te he dicho que no soy pequeño, de parte del diablo! picaro conchudo!..... cuánto ganas?

—Conforme..... no es gran cosa.

—A beber, Mich, dijo Loo; y dame tabaco.

—No es gran cosa! repitió Snail, llevando la mano al bolsillo y sacando las cinco guineas que le dieron en la casa de Edward y compañía..... Pues bien, mira lo que yo gano, querido cuñado; y esto sin contar los provechos.

—Por mahullar? preguntó Mich, manifestando en sus ojos el mayor asombro.

—Por mahullar, querido cuñado; por mahullar como un gato en medio de los mares..... Toma, mi linda Madge; te regalo una guinea..... Toma!

Madge tomó dos sin dar siquiera las gracias.

—Y á mí? dijo Loo.

—A ti te doy de beber..... Y ahora, qué dices, Mich?

—Que querria saber ladrar, Snail.

—Es necesario que aprendas..... Entónces, en lugar de golpear á la pobre Loo cuando no te trae á la noche mas que una corona, tú le darás una ponchera de grog caliente; que le curará ese mal de pecho que la mata. ¡Pobre niña!

—Cuando sepas ladrar, cuñado, mi proteccion te valdrá el destino de Saunie el Escocés..... conocias á Saunie, el primer amante de Loo? ha muerto hoy..... de un accidente.

—Muerto! repitió Loo, con voz ronca..... no hay ni una gota de aguardiente!

—Aguardiente, bechicera Peg! mi hermana Loo tiene sed y es menester humedecer su pobre pecho..... Entendistes, Mich?

—Sí, yo reemplazaré á Saunie.

—Trajeron mas aguardiente. La cuadrilla bebió, fumó y bebió todavía durante un cuarto de hora. Al cabo de este tiempo hubo un movimiento en los que estaban en la calle.

—Ya se ha abierto! dijo Snail levantándose. Vienes tú, Mich?

—Vamos, Loo! exclamó Mich; levanta perezoza! levanta y anda á trabajar!

—Loo abrió sus moribundos ojos; despues los cerró y echò la cabeza sobre la mesa.

—Tengo un fuego aquí, murmuró enseñando su pecho flaco y palpitante.

—Pobre Loo! dijo Snail tristemente. Yo te daré esta noche dos chelines, Mich..... Déjala ahí! Hechicera Peg, dadle á la linda Madge y á Loo tanto aguardiente cuanto quieran..... y que el diablo os confunda, hechicera Peg!

Snail salió precipitadamente acompañado de Miss y atravesaron á paso de carrera á Before-Lane. A poco se encontraron los dos *cuñados* frente de Covent-Garden en el momento mismo en que se abrian sus puertas.



CAPITULO DECIMOSESTO.

Inventario de bolsillos.



uando Snail y Mich su *cuñado* llegaron. frente del teatro, la escena habia completamente cambiado de aspecto. Todos los concurrentes de las tabernas, todos los diferentes grupos que vagaban por Long-Acre, Harte-Street, Russell y Before-Lane, se habian reunido á la vez delante de la fachada. Aquello era una barahunda, una turba de la que apenas compondrian la mitad personas graves y respetables.

La otra mitad la formaban los ladrones y los agentes de policia; los primeros *trabajando*: los otros mirando con esa imperturbable calma que sienta tan bien á los agentes de la policia de Londres.

Era una confusion, un estraño desórden, tal que nadie creeria pudiese ecsistir en una ciudad civilizada. Los ladrones *trabajaban* con una admirable destreza, y á veces con un aplomo milagroso. Los pañuelos cambiaban de dueño como por encanto. Las bolsas caian de los rotos bolsillos en las manos tendidas á propósito, y los relojes se desaparecian con cadenas, mirinaques y hasta con las llaves.

En el momento en que las puertas acababan de abrirse la turba se agolpó, es decir, el público, que segun algunos se compone de *gentes de nada*. Sobre el peristilo solo se veian honrados tenderos con sus caras mitades. El lector habrá reconocido con una satisfaccion, que sabemos apreciar, á mistress Crubb, mistress Black, mistress Brown y mistress Bloomberry; puede que mistress Dosl y mistress Bull se hubiesen perdido entre aquella confusion: esto no es seguro, pero si que mistress Foote y mistress Crosscain las buscaban activamente sin poderlas encontrar.

Por lo demás las ocho escelentes y discretas personas que acabamos de nombrar, debian acordarse largo tiempo de la representacion alemana, porque sus ocho cajas de tabaco pasaron á poder de los rateros. Snail por su parte logró dos, que las destinó para entretener la amistad que reinaba entre él y la linda Madge.

Pero habia tambien otras personas conocidas nuestras.

Mirad como en medio de la turba se desliza un hombre. Se diria que era una serpiente introduciéndose suavemente en un vallado al través de los espinos. Sus manos trabajan con una rapidez prodigiosa. Pero donde, Dios mio! desaparecen todos los objetos que se apropia? Nada desprecia: pañuelos, relojes, bolsas, pedazos de

vestidos que corta sin que sus propietarios ni aun lo sospechen; todo es bueno para él: él encuentra sitio para todo; sus manos se llenan incesantemente, y siempre están vacías.

Seguidle bien! ved á un agente de policía de mal humor que le coje consumiendo un hecho—*infragante delito*.—Nuestro hombre se vuelve y le dirige una dulce sonrisa.

—Estoy contentísimo de haberos encontrado M. Handcuffs, le dice: me figuro que mistress Handcuffs sigue en buena salud, como deseo..... Hace ocho días que os estoy buscando para hacer os un pequeño obsequio.

El agente á su vez ríe, y tendiendo la mano recibe una moneda que hace desaparecer con una destreza admirable.

—Buenas noches, añade nuestro hombre; y ofreced mis respetos á mistress.....

Y continua alegremente su interrumpido trabajo. Toma, toma, toma siempre!..... Todavía otra vez.... Quién es, pues, este hombre, y en qué abismo sumerge el producto de su piratería?

Oh! Quién puede ser, querido lector, sino nuestro amigo Bob Lantern que tiene cinco bolsillos en el paletot, cuatro en los pantalones, tres en el chaleco, y no sabemos cuántos en su camisa? ¿quién sino Bob, ganando como puede su pobre vida y trabajando para Temperance, la querida de su corazón! que muchos lores ambicionarian, y que tiene cuando ménos cincopies y seis pulgadas!

La vida es muy cara y Bob no tiene todos los días representaciones alemanas.

Acá y allá se ven tambien algunos de los amotinados del despacho de Edward y compañía; pero la mayor parte vestidos de fiesta, y acompañados de sus queridas, fabulosamente ataviadas, beben en las tabernas vecinas las guineas de M. Smith.

Pero en ninguna parte descubriréis las anchas espaldas y alta estatura de Temperance. Temperance, modelo acabado de fidelidad conyugal, comparable á Penélope y á Creuse y superior á Lucrecia, no se mezcla así en las turbas; y bebe solitariamente una cantidad increíble de aguardiente en la abrasadora atmósfera de la cueva de Saint-Giles. La virtuosa esposa bebe aquí su único é inocente pasatiempo. No obtendriais sus favores ni por un trono....

Pero al lado de un tarro de *old-om*, llevariais positivamente la confusion al seno de la casa de Bob-Lantern.

Pasemos de los rateros al público.

En lo mas espeso de la multitud, ved una cabeza delgada y larga que sobresale de todas las demás lo ménos cuatro pulgadas; es grave, sostenida por un corbatín de cerdas y embutida entre dos hombres que cubren un frac azul.

Esta cabeza pertenece á nuestro digno amigo el capitan Paddy O'Chrane.

El capitan está esta noche libre y sosegado. Viene de beber un bol de grog sin azúcar, preparado, como de costumbre, por las manos de la muchacha que ha reemplazado á Susana en la taberna de las *Armas de la Corona*. Trae su mejor casaca azul con botones negros, y los calzones de ante mas nuevos. Viene en buena compañía.

En buena compañía con mistress Dorothy Burnett en persona. Es verdad que no podemos verla porque su cara rechoncha y colorada está un pie mas baja de la superficie que forman las cabezas de la multitud; pero es ella, lo aseguramos por nuestra palabra de honor, que viene del brazo del buen capitan.

A pesar de la multitud, entraban, pero entraban lentamente! y los ladrones tenían todo

el tiempo necesario para hacer con comodidad su recolección.

Paciencia, querida mistress Burnett, paciencia Dorothy! decía el buen capitán: dentro de un cuarto de hora estaremos ya sentados en los buenos asientos de la galería que he tomado... Dios me condene Dorothy!..... al precio de dos che-lines cada uno.

—Oh! Paddy! oh! M. O'Chrane! murmuraba mistress Burnett. Me ahogo!..... daría seis peniques por un poco de aire!

El capitán, cuya cabeza recibía de lleno el aire fresco de la noche, que no penetraba á la de su desventurada compañera, perdida entre la multitud, respiraba largamente y con satisfacción.

De donde diablos sacáis que el aire falta aquí, Dorothy? le preguntó: el viento silva en vuestros oídos..... Ah! miserable bribón! te he cogido.

Estas últimas palabras fueron aplicadas á una persona á quien el capitán acababa de coger la mano metida en su bolsillo. Aunque se la tenía firme, no podía volverse á causa de la presión de la multitud.

—Señores, exclamó dirigiéndose á sus vecinos de detrás: Pilladme á este pícaro miserable, que tan mal sabe su oficio.

Nadie respondió á su llamamiento. En Londres, la máxima *cada uno para sí* se observa con rigurosa inflexibilidad.

—Dorothy! gritó el capitán cuyo puño empezaba á temblar; soltadme el brazo, ó que Dios os confunda! y ayudadme á prender este bandido.

Mistress Burnett ensayó á volverse y resolló como una máquina de vapor: mas no pasó de aquí.

Entretanto el ratero, gastando por la presión continúa las fuerzas del puño de Paddy, acabó por hacerle soltar, y desapareció.

El capitán registró al momento su bolsillo.

—El bribonazo no puede desmentir su estampa, murmuró; solo conozco al picaro de Bob que pueda tener semejante sangre fría..... Yo que tenía necesidad de hablarle..... Amor mio, me han robado el pañuelo.

—M. O'Chrane, respondió la tabernera: me ahogo!

—Que el diablo!..... es decir, amor mio; os comadezeo sinceramente. El pañuelo me habia costado media corona en Fich-Lane: ¿lo sabiais, amor mio?

—Y bien! M. O'Chrane, digo que Dios os ha castigado..... Todos los pañuelos que se venden en Fich-Lane, son pañuelos robados..... Me ahogo, caballero!..... Si los compráis en una honrada casa, por ejemplo en la de mi prima mistress Brubb, ó bien.....

—O bien en casa del diablo, señora!

—Me ahogo! caballero.

En este momento el capitán Paddy y su compañera ponian los pies sobre el último escalon de la grada. El suplicio de la pobre tabernera, tocaba á su término. Pronto iba á respirar á pecho lleno el aire empalagoso y caliente, que en un teatro bien concurrido se desprende del patio y se eleva hasta la bóveda. Esta perspectiva la aliviaba de antemano.

Luego que llegaron á lo último de la grada, el capitán Paddy se estiró cuanto pudo y dirigió una mirada al rededor de la multitud. Sin duda no vió nada de lo que buscaba, porque respiró fuertemente, y se enderezó sobre la punta de los pies. En esta nueva posición su mirada erró largo tiempo por la multitud sin me-

¡jor écsito que la primera vez.

—Es cosa asombrosa, por mi palabra! murmuró dejándose caer sobre sus talones..... asombrosa, ó el diablo me lleve!..... No hay ni uno tan solo de esos pícaros bribones entre la multitud..... Y á quién diablos quieren que me dirija sino es á estos muchachos?

—Siento un poco de aire, M O'Chrane.

—Bien, Dorothy, muy bien..... y yo siento ahora una mano en mi bolsillo; pero, por todos los diablos, esta no se me escapará.

El capitan habia cojido en efecto la mano de otro ratero y la apretaba con una fuerza extraordinaria.

Un mahullido en el que se dejaba traslucir la ironía y el dolor se hizo oír detrás de él, y casi al mismo tiempo dos dientes agudos y afilados se clavaron en sus dedos.

—Snail, abominable gato! exclamó Paddy haciendo esfuerzos convulsivos para volverse; de parte del infierno te retorceré el cuello, si no me sueltas la mano!

—Pues! capitan, vaya!..... de parte del infierno!..... contestó Snail, despues de tirarle otro bocado. No os dá vergüenza de venir al teatro sin pañuelo!..... Bajad la cabeza que tengo que deciros una cosa.

—Quiero morirme si esta maldita vivora no me ha mordido hasta hacerme saltar la sangre! murmuró Paddy, bajando la cabeza..... qué tienes que decirme, Snail?

—Tengo que deciros..... Calle! es mistres Burnett la de las *Armas de la Corona!*.....

—Me ahogo! dijo maquinalmente la pobre tabernera, á quien un oleage de la multitud habia casi privado del sentido.

—Se ahoga, capitan! repitió Snail: es necesario dar de puñetazos en las espaldas á las per-

sonas que se ahogan..... Es probado!

Y Snail empezó á sacudir á la tabernera.

—Oh! M. O'Chrane! oh!..... murmuró ésta sofocada á la vez por la falta de aire y por la cólera.

—Los que se hallaban presentes reian á mas no poder.

—Bueno! dijo Snail; la respetable señora se ha aliviado y debe darme á lo ménos un vaso de aguardiente..... En cuanto á vos, capitan, añadió por lo bajo, tengo que deciros que esta noche tenemos diversion; de seguro!

—Y como lo sabes tú, muchacho!

—Yo lo sé..... y algunas cosas mas, capitan..... Todos los amigos están enamorando y bebiendo en las *flas-houses* de Drury-Lane y de Bow-Street. Turnbull muge como un buey en *spirit-shop*, cerca de *station-housse* (1)..... Traga mas que un tonel sin fondo á la salud del pobre Saunie, que se ha muerto..... Ha habido gran convocacion, capitan, y apostaria mi Madge contra mistress Burnet á que esta noche vamos á bailar en grande.

En este momento Paddy y la señora de sus pensamientos tocaban el umbral del teatro.

—Eso es bueno, pequeño monton de fango! muy bueno querido y encantador muchacho! dijo el capitan entre dientes. Puedes decir verdad, y entónces por el diablo! si mistress Burnet no estaria mejor en su mostrador que aqui..... En fin, no importa; si hay baile, bailaremos. Y adónde vas tú ahora?

A la taberna de *la pipa y el tarro*, capitan: si me necesitais alli estoy. Encontrareis á Madge

(1) *Flas-house*, taberna en donde hay mugeres de mala vida; *spirit-spoth* despacho de rom, aguardiente y whisky; *station-house* cuerpo de guardia.

mi muger, á mi hermana Loo, á Mich y á otros.

—Bien, Snail, que el diablo te lleve, hijo mio!... Andad, Dorothy, amor mio, entrad, si gustais.

Dorothy no deseaba cosa mejor. Soltó por un momento el brazo del capitan y pasó el umbral. Paddy se dispuso á seguirla, pero estaba determinado que esta noche fuese para él notable en incidentes.

En el momento en que iba á pasar el umbral, dos manos se posaron sobre sus hombros, y una voz desconocida murmuró á su oido estas palabras.

—Os prohibo que os volvais para verme, *caballero de la noche!*

Paddy se paró, y no hizo ningun movimiento. La multitud que continuaba entrando, lo separó de mistress Burnett, á quien perdió de vista.

—Conoceis á lady B.... la señora del duque de York? preguntó la voz.

—Si, milord.

—Si al primer acto viene ella al palco de S. A. R., bajareis á la sala de descanso en cuanto se eche el telon. Allí un hombre se aprocsimará y pronunciará la señal. En seguida hareis lo que él os diga.

—Si, milord.

—Si no viene al primer acto, esperad al segundo; si al segundo no ha venido, aguardad aun.....

—Si, milord..... Y cuál será, si teneis á bien decirmelo, mi ocupacion?

Las manos cesaron de apoyarse en los hombros de Paddy.

—La callada por respuesta! murmuró. Por el diablo, si no daba yo un chelin ó dos por ver la figura de este misterioso bribon..... á quien, sin embargo, respeto como es mi deber.....

Siempre secretos! No soy curioso: pero si no supiera que los milords de la noche son poderosos mas de lo que se necesita para hacerme ahorcar, yo encontraria bastantes motivos para ver claro en todo esto.

—Paddy! M. O'Chrane! exclamó una voz lastimera desde la puerta del teatro.

—Bien, Dorothy, amor mio, gruesa canilla de aguardiente! contestó el capitan: Dios me condene! es necesario desempeñar bien estos negocios.

Y el buen Paddy entró, sin atreverse á volver la cara para ver al propietario de la misteriosa voz que acababa de hablarle al oido,



CAPITULO DECIMOSEPTIMO.



Covent-Garden.



a multitud' habia entrado. Una lluvia fina y glacial empezaba á caer y solo quedaban delante del teatro algunos agentes de policia. Los rateros habian vuelto á las tabernas, y alli comerciaban con los objetos robados, ya entre si, ya con algunos marchantes que la ocasion atraia á esta tenebrosa feria.

Bob-Lantern vendió en dos chelines el pañuelo del capitan, y Snail sacó tres coronas por un broche de mistress Burnett, que se habia apropiado diestramente durante su conversacion con Paddy.

En casi todos los teatros ingleses hay tres entradas bien distintas. La primera es la del

público, que tiene lugar desde el momento en que se abren los botiquines: la segunda es una media hora despues: la *clase alta* llega toda en carruages; y por consiguiente hay tantos apretones en la multitud de ellos, como apretones habia un poco ántes en la multitud de la gente de á pie.

La codicia de los rateros se ve con esto fuertemente escitada, porque la menor prenda es en extremo provechosa, y mas vale uno solo de estos nobles bolsillos, que ciento de los de la gente del pueblo; pero las dificultades son grandes y la mayor parte de los ladrones ni aun se toman el trabajo de salir de las tabernas al oír en la calle el rodar de un carruage.

La razon es bien obvia: primero no hay confusion propiamente dicho, ni apretones ni empujones; ademas los lacayos van armados de bastones largos y flexibles con los que miden las espaldas de las personas sospechosas, con una facilidad admirable; y por último, los agentes de policia tan flojos, tan indolentes, cuando se trata del público, se despiertan un poco para proteger á los milords y miladis.

Apesar de esto algunos ladrones, jóvenes la mayor parte, atrevidos, diestros hasta la perfeccion, y en quienes la esperiencia, ayudada de dos ó tres lustros que han pasado en Newgate, no ha sido bastante á hacerles olvidar la caballerosa mácsima «Vencer sin peligro, es triunfar sin gloria», se deslizan entre los carruages, se aproximan á los caballeros con cualquier pretexto, advierten á las ladies que han perdido alguna cosa &c. &c. y de esta suerte llegan á adquirir algun bolsillo, algun pañuelo bordado, algun reloj ú otra friolera, sazonado el todo con un decente número de bastonazos.

No es necesario decir que Snail ocupaba un

lugar distinguido entre estos aventurerós.

La tercera entrada, en fin, á *medio precio*, es un privilegio concedido á las últimas clases del pueblo. Tiene lugar de nueve á diez de la noche, y de ella nos ocuparemos mas tarde.

Uno de los primeros carruages que se detuvo delante del peristilo de Covent-Garden fue el de lady Camphell: Miss Mary Trevor y su tia bajaron sin ningun estorbo y entraron en el teatro.

—Adelante cochero! pillad la vez.

—Toma vez, bergante! gritó tartamudeando del fondo de otro carruage una voz melosa..... Sí, hermosa..... hablo con toda formalidad..... este bribon es capaz de dejar pasar delante de nosotros ese miserable cabriolé.

La portezuela del coche se abrió y el vizconde de Lantures-Luces bajó con precaucion. En seguida estendió la mano.

—Vizconde, dijo una voz dentro del coche, busco mi pomito de olor.

—De verdad, eso es encantador!

El vizconde entró de nuevo en el coche y encontró el pomito. En seguida volvió á bajar y á estender la mano.

—Estoy segura, vizconde, dijo la voz que me habeis estraviado el avanico.

El vizconde volvió á entrar y fué tan afortunado que encontró el avanico.

—Vamos, *diva mia!* dijo: os ruego que me deis la mano.

—Esto es insufrible, vizconde! gritó la voz con petulancia: mi pañuelo ha desaparecido.

Lantures-Luces con una paciencia admirable subió por tercera vez al coche y puso el pañuelo en manos de la señora que estaba tranquilamente sentada en uno de los cojines. Pero no hay mal que por bien no venga. Si Lantures-

Luces no hubiera hecho ese movimiento, los sellos de su reloj hubieran pasado al bolsillo de Snail, que tenía ya la mano sobre ellos.

Encantadora! dijo el vizconde al bajar; que-
reis hacerme el favor de darme vuestra pulida
mano?

—Acabad de quitaros de en medio..... *god by!*
gritó el cochero del cabriolé que aguardaba, pa-
ra tomar lugar, á que el coche de Lantures-Lu-
ces se fuese.

El que venia dentro del cabriolé, participa-
da sin duda de la impaciencia de su cochero,
porque le quitó el látigo de las manos y sacudió con él fuertemente á los caballos del viz-
conde.

Estos dieron á correr sin que el vizconde pu-
diese impedirlo, de modo que aunque dieron po-
cos pasos quedó libre el terreno. La señora em-
pezó á gritar.

—Qué teneis encantadora? qué teneis, cara mia?
esclamó el vizconde de Lantures-Luces. Caballe-
ro, sois un bruto: hablo con toda formalidad. Hé
aquí mi tarjeta, caballero! (y la echó dentro del
cabriolé). No os asusteis, querida mia..... y haced-
me el favor de darme vuestra pulida mano.

Esta vez la señora condescendió á los ruegos
del vizconde y puso su mano en la de aquel, pe-
ro en lugar de bajar por la escala del coche, se
apoyó con un pie en ella, y dió un salto viniendo
á caer sobre uno de los últimos escalones de
la grada á algunos pasos del vizconde.

Algunos dandis que se habian allí reunido em-
pezaron á dar palmadas y á gritar:

—Bravo! bravo! la Briotta!

—Encantadora! murmuró Lantures-Luces atur-
dido; palabra de honor, encantadora! hablo con
formalidad!

Snail, cambiando de táctica, tiró suavemen-

te de un cordon de seda que correspondía á un antejo del vizconde. El antejo medio salió del bolsillo.

En el entretanto, el caballero del cabriolé habia bajado.

La Briotta, muchacha ligera y loquilla, de otro salto se colocó en medio del grupo fashionable.

—¡Diablo! dijo Lantures-Luces, á quien Snail acababa de quitar el antejo de larga vista, sin que lo advirtiera; tan embargado se hallaba con su saltadora *diva*.

En este momento, Snail ya en posesion de su botin, quiso como era natural quitarse de en medio, pero un agente de policia con el baston levantado le cerró el paso. Por otro lado el caballero del cabriolé avanzaba gravemente hácia Lantures-Luces, sin duda para ecsigirle una satisfaccion por el apóstrofe que le habia dirigido.

Hé aqui lo que sucedió.

Sofocado el agente de policia con los movimientos de Snail, que buscaba una salida, ya dirigiéndose á la izquierda, ya á la derecha, dejó en fin caer su pesada vara de plomo. Snail evitó el golpe dando un mahullido, y la vara vino á caer á plomo sobre las espaldas del caballero.

—Goddam! dijo el estúpido agente de policia.

El caballero retrocedió un paso, y abrochándose rápidamente su elegante frac levantó los puños á la altura de los ojos. El agente tenia trazas de sostener el choque, pero la luz del farol de uno de los carruages alumbró por acaso el rostro de su adversario, y fué bastante para que diese á correr como si el diablo fuese á su alcance.

—Ah! exclamó Lantures-Luces: es nuestro querido Brian de Lancaster.... Ah! ah! caballeros, habeis visto cosa mas graciosa que ese agente dándose con los pies en los codos?... Querido, quisiera saber jugar los puños como vos para castigar á un patan que acaba de azotar á mis caballos, á pique de lastimar á nuestro querido idolo, Briotta la diva.

—He sido yo, contestó Brian desabrochándose el frac.

—No hablemos entónces mas, querido! se apresuró á decir Lantures-Luces; qué diablo! vos sois mi amigo, y podeis permitirlos....

El vizconde hizo una pirueta.

—Buenas noches, Brian; exclamó la italiana separándose del grupo de dandis para aprocsimarse á M. de Lancaster: no hay en Lóndres otro mas gracioso que vos, amigo mio..... venis para verme bailar?

—Vengo por mí, señora, contestó Brian.

Con grandes muestras de regocijo recibió el grupo de dandys á Brian. La bailarina dejando plantado al vizconde que la habia acompañado, se colgó de buen ó mal grado del brazo del recién-venido, que aunque andaba en cabriolé tirado por un solo caballo, parecia ocupar en la escala fashionable una ventajosa posicion.

Era un hombre como de unos treinta y cinco años, delgado pero bien formado, de estatura mas que mediana, de cintura fina y ancho de espaldas. Sus facciones admirablemente modeladas, y cuyos contornos parecian trabajados al cincel, tenian ese aspecto glacial y acompasado que se nota en las fisonomias de pura sangre inglesas; pero en la grave mirada de sus verdosos ojos habia una audacia desmedida que rayaba en descaro, y algo de burlesco en oposicion directa con la ordinaria expresion de una mira-

da británica. Su frente alta y ancha, pura y noblemente diseñada, realizaba poderosamente el efecto de esta fisonomía, que dulcificaba una hermosa cabellera rubia, suave, rizada, y en la que es seguro no había tocado jamás el indigno hierro del peluquero.

Ni con mucho podía Brian de Lancaster pasar por hombre hermoso; pero algunas mugeres le proclamaban, como un hombre encantador, y lo que vale más, otras, á quienes su posición más elevada había hecho más discretas, pensaban ocultamente lo que las primeras manifestaban en alta voz. Esto era lo de ménos para todo el mundo: por lo demás, lo que manifestaba su rostro era el ser un hombre enérgico y atrevido, y que á pesar de su glacial aspecto era fogoso á su manera, fogoso hasta la pasión, pero por intervalos y por capricho.

Era por decirlo de una vez un hombre original; un *eccentric man* (un hombre escéntrico).

Díos solo sabe las largas, especiales, estudiadas, concienzudas y elocuentes páginas que necesitaríamos para explicar, aunque fuese superficialmente, el mundo de ideas que se encubren bajo esta palabra sin pretensiones á nada y demasiado fea en sí: *eccentric man*. El carácter del honorable Brian de Lancaster, explicará mejor la palabra y la cosa, que cuanto nosotros pudiéramos decir.

Lantures-Luces, Brian y los dandis entraron juntos. La bailarina fué á buscar la puerta reservada á los artistas.

En este mismo momento fué cuando el coche de lady Ophelia se detuvo delante del peristilo. El hombre que había hablado por la espalda al capitán Paddy, y que parecía esperar la llegada de alguno, oculto detrás del ángulo saliente de una casa, escribió precipitadamente al-

gunas palabras con lapiz en una hoja de su cartera, y la entregó con un chelin á uno de los pordioseros que cruzaban señalándole á Rio-Santo que bajaba del carruage. Como ya hemos visto el escrito llegó á su destino.

Algunos minutos despues llegaron la señora princesa de Longueville y su tia la duquesa viuda de Gevres.

El primer acto estaba para concluir: y el teatro de Covent-Garden presentaba un aspecto brillante. Todos los palcos, por lo comun desiertos, ó mal ocupados, estaban llenos de señoras resplandecientes en joyas y pedreria; y hasta las galerías se veian honradas por gentes del buen tono.

Creemos absolutamente preciso dar aquí algunos detalles acerca de la posicion que nuestros personajes ocupaban en el teatro.

En el primer palco á la izquierda del escenario no habia nadie: pertenecia en propiedad á S. A. R. milord duque de York. El palco inmediato lo ocupaba lady Campbell y su sobrina; el tercero, la princesa de Longueville y su tia. En el primer palco de la derecha se hallaba lady Ophelia y Rio-Santo: del segundo solo podemos decir que un biombo impedia que se viesen las personas que en él habia: el tercero estaba ocupado por algunas señoras.

En los palcos de frente pocas eran las personas conocidas; pero si podemos decir al lector, que ese caballero pálido, sombrío, aburrido; que parece tan solo contemplar el techo del palco, sin prestar la menor atencion á nada, es milord conde de White-Manor, hermano de Brian de Lancaster y dueño del honrado M. Paterson, el administrador que hace tan buenos negocios con Bob-Lantern.

A la haz del patio y debajo del palco del du-

que de York había una inmensa platea, formada de dos palcos. En ella se agitaban el vizconde de Lantures-Luces, en medio de los dandis que entraron con él y con Brian.

Por último, en las galerías, el buen capitán Paddy O'Chrane derecho y listo, elevaba su cabeza dos pies y medio sobre el peinado de la rechoncha mistress Burnett, cuyo vestido suelto, gracias á Snail que le había robado el broche, permitía á sus formas mostrarse en toda su espantosa magestad.

Paddy, á la vez que contestaba como convenia á un opuesto y galán Irlandés, á las cuestiones que promovía mistress Burnet, va sobre la ópera, ya sobre los actores, no perdía de vista el palco del duque de York. Aun permanecía desierto, y el buen capitán creyó un instante que el siguiente entreacto lo pasaría en las dulzuras de una amorosa conversacion con su querida tabernera.

Pero en el momento en que el telon se bajaba, la puerta del palco del duque de York se abrió con estrépito, y lady Jane B.... cubierta de diamantes hizo su entrada en él, bajo el fuego cruzado de cien fashionables anteojos, fijados en su persona.

Paddy lanzó un profundo suspiro.

—Amor mio! dijo; mi querida Burnett—qué diablo! no os comeriais con gusto una naranja?

—Y donde la teneis, M. O'Chrane?

—Voy á buscarla, señora, ó que me condene!

Y el capitán se alejó precipitadamente, dejando á su compañera absorta.

—Que buena pasta tiene este hombre! murmuró para si; pero yo hubiera preferido un vaso de rom.

Paddy, en vez de ir á buscar la naranja, bajó á la sala de descanso, y se empezó á pasear.

Pocos pasos habia andado, cuando un hombre, á quien no conocia, se atravesó en el camino, y le miró desde la cabeza hasta los pies.

—Capitan Paddy?..... murmuró el desconocido así que hubo acabado su ecsámen.

Despues le tocó ligeramente en el pecho con el dedo tendido, diciendo:

—*Caballero de la noche.*

Paddy se inclinó respetuosamente.

El desconocido lo llevó á un sitio apartado, donde estuvieron conferenciando como unos diez minutos.

En todas las tabernas de los alrededores hay *hombres de la familia*, dijo el capitan al cabo de ese tiempo; encontraré lo que se necesita.

—Un hombre diestro!

—Una anguila!..... Podeis tranquilizaros, mi-lord.

El desconocido se puso un dedo en la boca y se marchó.

Paddy lanzó un segundo suspiro.

—Por el dia blo, si mistress Burnett no estaria mejor en su mostrador que aqui! murmuró, pero á quién escojeré entre el cenagoso y miserable Bob, mi pobre amigo, y esa inmundia criatura, mi querido niño Snail?..... A cuál elijo?.....



CAPITULO DECIMOCTAVO.

Un entreacto.



la caída del telon hubo un movimiento general entre los concurrentes, y un sordo murmullo se elevó de todas partes. Las conversaciones empezaron, y los concurrentes á los palcos dieron principio á sus mútuas visitas. La pobre mistress Burnett, era la única persona que no tenia á quien comunicar la impresion que le habia causado la música alemana y el talento de sus intérpretes. Pero se alimentaba con la esperanza de que el capitan Pady O'Chrane, volveria pronto con las naranjas.

El palco donde se hacia mas ruido era sin disputa alguna en el que se hallaban Lantures-Luces y los dandis. De esta reunion partian sin

cesar exclamaciones que en vano pretendian pasar por graciosas y espirituales, epigramas sin migaja de chiste y extravagantes apuestas. Lantures-Luccs apenas se mezclaba en la conversacion. Echaba de ménos dos cosas: la señora Briotta que tan mal pago le habia dado, y su antejo, su querido antejo, que tanta falta le hacia.

Rio-Santo que habia ido al palco de lady Campbell, en el que tenia asiento, hecha la visita volvió al lado de la condesa. Aquí se apoyó sobre el espadar de su sillón y dirigió su antejo por todas partes con indiferencia.

—No, no me equivoco! exclamó con tono alegre; he allí á la señora princesa de Longueville.

—Dónde? preguntó la condesa.

—Allí, al lado de miss..... al lado de lady Campbell..... Permitis que vaya á ofrecerle mis respetos: la conocí bastante en París.

—Qué hermosa es! dijo involuntariamente Ophelia.

—Pasaba por ser la muger mas hermosa del barrio de Saint-Germain, que es sin disputa alguna el lugar en donde se encuentran las caras mas encantadoras; contestó Rio-Santo, saludando y marchándose á la vez.

La condesa lo siguió un instante con la vista, fijándola despues en Susana.

Estaba ésta realmente deslumbradora. Traia un vestido de terciopelo azul que matizaba de mil colores el reflejo de las luces. Este color mate y sombrío hacia resaltar el hermoso colorido de sus hombros y los esquisitos contornos de su cuello medio-desnudo, sobre el que brillaba una magnífica joya de diamantes. Sus hermosos cabellos negros, arreglados por una hábil doncella, caian en simétricas masas y en elegante abandono, bajo el peso de su lujuriosa abundancia. Aquí y

allí, bajo un rizo agitado. ó por medio de las trenzas que se enrollaban en una peineta de oro, se veía brillar la luz de un diamante, como se ve en negra noche de otoño brillar á la luciérnaga sobre un campo de verdura.

Ademas, la desesperacion y la apatia habian huido sin dejar en ella ningun razgo. Un intimo y vago goce, parecia rodear su frente de una aureola. Su mirada ardia bajo el arco de sus grandes y sedosas pestañas. Su postura no tenia solamente aquella gracia inmóvil que puede buscar y encontrar un escultor, en fin, puede decirse que acababa de despertar, de volver á la vida. Galathea se habia estremecido, pero se habia estremecido al beso de Pigmaleon.

En cuanto á su sonrisa divina, solo habia necesitado la esperanza para manifestarse; y el fuego de su alma, que despedian sus ojos, solo habia necesitado la esperanza para encenderse.

Susana esperaba.—Cuán dulce y embriagador le parecia el lujo! Y cuántos encantos acababa de saborear entre esa armonía alemana!

Aun no habia visto á Brian que distraido veia y escuchaba las pobres y ridiculas pantomimas de Lantures-Luces y las locas apuestas de sus compañeros; pero Susana sabia que le habia de ver y de hablar.....

Y cómo?—Susana ni aun se habia tomado el trabajo de inquirirlo. Porque aunque en ocasiones podia rivalizar en perspicacia con el mas astuto diplomático, en otras creia á ciegas como los niños. De esto tenia un poco de culpa su naturaleza, y mucha la estraña escuela en que la suerte habia colocado su infancia.

La condesa no podia separar de ella los ojos.
—Qué hermosa es, Dios mio!..... que hermosa es! murmuró de nuevo.

La pobre Ophelia no tenia mas que un pen-

samiento. En cada muger creia ver una rival. La hermosura de la recién venida habia causado miedo á su corazón.

—El la conoce! pensó. Y cuán diligente va á verla!

El palco de la princesa de Longueville se abrió, para dar entrada á Rio-Santo.

Susana le dirigió una mirada indiferente: no era á él á quien esperaba. A su mirada correspondió Rio-Santo con otra penetrante, fria, observadora. La hermosa jóven, aunque acostumbrada á no asombrarse de nada, no pudo sostener aquella mirada poderosa y rara que sondeaba, escudriñaba y revolvía su alma. Sus pestañas le pesaron, como si en ellas tuviese algo suspendido, y sus párpados cayeron á los esfuerzos de una turbacion invencible. A la vista de aquel hombre, á quien no conocia ni aun de nombre, sintió alguna cosa parecida al temor y al respeto.

En el momento en que ella bajaba los ojos, pasó una nube por la altiva frente de Rio-Santo. Parecia buscar entre sus abundantes recuerdos..... puede ser que alguna semejanza lejana... puede ser.

Pero se perderia el tiempo en analizar las diversas impresiones de esta naturaleza, en que la inteligencia y el corazón parecian sostener una lucha de precoz viveza; de este hombre que devoraba la vida por sus estremidades y por el centro, gozando con los sentidos, con la memoria y con la esperanza, llamando sin intervalos lo pasado y el porvenir para ayudar al presente, que no era bastante á satisfacer su apetito de vida.

Entretanto, la vieja francesa se agitaba y hacia miles demostraciones. Rio-Santo la saludó de un modo equivoco, que contrastaba notablemen-

te con la habitual distincion de sus maneras. En seguida se dirijió á Susana, que alzó hácia él con timidez sus grandes ojos negros, y le besó la mano.

—Me permitirá la señora princesa, dijo, que le ofrezca mis respetos?

—El marqués de Rio-Santo, querida mia, añadió la duquesa de Gevres, á modo de presentacion.

Susana se inclinó y dijo en voz baja.

—Caballero, me han dicho muchas cosas. De algunas me acuerdo; aprenderé las otras.....

—No os entiendo, señora; la interrumpió Rio-Santo sonriéndose. He venido para hablaros de Francia..... Qué nuevas traeis de allí?

—El marqués no sabe nada, ángel mio, dijo la duquesa al oido de Susana.

—Yo creia que era el dueño á quien debo servir, balbució la hermosa jóven mudando de color.

La duquesa hizo una señal negativa, y Susana bajó de nuevo los ojos; pero con tal prontitud que no pudieron leer en ellos cierta expresion de duda.

Rio-Santo la contempló aun por algunos minutos.

—Señora, dijo en seguida á la duquesa, en voz muy baja; buscad un pretesto para retiraros al momento..... Es necesario que esta jóven esté sola cuando yo vuelva.

Al decir esto saludó á Susana y se retiró.

La señora duquesa viuda de Gevres pareció algo incomodada de tan brusca despedida; pero no se detuvo.

—Querida mia, dijo á Susana..... Quisiera poder continuar á vuestro lado para guiaros y sosteneros; pero me siento bastante indispueta, y á mi edad es necesario ser prudente..... Voy á

dejaros sola Susana; no echeis en olvido mis instrucciones..... Obedeced ciegamente á cualquier hombre, aunque sea un mendigo de la calle, siempre que pronuncie á vuestro oido las palabras que os he dicho. Acordaos tambien que acabais de venir de Francia, como viuda del principe de Longueville, mi desgraciado sobrino..... En cuanto al marqués, hija mia, nada de indiscrecion, os lo suplico! El marqués no es de los nuestros, y.....

—Señora, le interrumpió Susana; veré pronto á Brian de Lancaster?

La vieja francesa se sonrió.

—Paciencia, hermosa, paciencia! le vereis bien pronto y por largo rato..... Hasta la vista, hija mia..... Animo! y gozad mucho con el honorable Brian de Lancaster!

La señora duquesa viuda de Gevres se envolvió en una gran bata y se marchó. Susana quedó sola.

Rio-Santo habia vuelto al lado de lady Ophelia, y sentado junto á ella abrió la boca para hablar; pero, cosa estraña por demás en Rio-Santo á quien nada intimidaba, dudó, y parecia como que buscaba las palabras.

Es que iba á ensayar un proceder atrevido, y quizás sin precedente entre nuestra aristocracia, esclava de la costumbre, embutida en el estrecho corsel de la etiqueta nacional. Y por grande que fuera el amor de la condesa, las primeras palabras de Rio-Santo, debian llamar fuertemente su atencion, y él no ignoraba cuales eran sus instintos de orgullo como inglesa y como lady: y ya se sabe que comunmente en nuestras damas, pueden mas estos instintos que el amor.

Así pues, el marqués al pretender descubrir el terreno, temblaba bajo sus pasos, dudaba y guardaba silencio.

Pero las mugeres que aman adivinan. La condesa vino á su socorro.

—¿Teneis algo que pedirme milord? le dijo.

—Sí, milady, contestó Rio-Santo algo animado con esta pregunta; tengo que pedir os un favor..... un favor, frivolo en la apariencia, y que en otro pais seria la cosa mas sencilla del mundo, pero que en vuestras costumbres inglesas.....

Y no sabeis, milord, que no puedo negaros nada?

Rio-Santo debia atenerse á esta respuesta, y por lo tanto le causó cierta sensacion dolorosa.

—Es verdad, señora; creo en vuestra bondad sin limites; y por lo mismo os pediria sin temor me hiciérais cualquier servicio importante; pero hay ciertas bagatelas..... Vamos, veo que tardo demasiado en deciros lo que nada es..... La señora princesa de Longueville, que mas de una vez ha ejercido conmigo en Paris los deberes de la mas encantadora hospitalidad, se encuentra aqui sola con su tia la señora duquesa de Gèvres, cuya mala salud, neutraliza sus mejores deseos..... Calle! Miradla alli sola en su palco, y me atreveria á apostar que la señora duquesa se ha visto obligada á retirarse. Me tendria por muy dichoso, milady, si os dignárais venir en mi ayuda para satisfacer con la princesa una deuda de cortesania..... Tendré el honor de presentarosla.....

—Aqui, milord? le interrumpió Ophelia.

—Si vos lo permitis, milady.

—No, milord; esto no puede hacerse así..... el buen parecer.....

—Me lo reusais; dijo Rio-Santo incómodo.

La condesa se levantó.

—Milord, le dijo; quereis darme el brazo? Para ir á satisfacer como es debido vuestra deuda,

es bueno que ahorremos los primeros pasos á la estrangera.... Vos me presentareis á la princesa de Longueville, y yo tendré el honor de ofrecerle mi palco, milord.

Rio-Santo besó la mano á Ophelia, con verdadero reconocimiento, y la condesa se dió por bien pagada con la mirada de amor que aquel le dirigió.

Algunos segundos despues la condesa y Rio-Santo entraban en el palco de Susana. Esta se levantó, y con gran sorpresa del marqués que acababa de verla tímida y embarazada, hizo los honores con sencilla gracia, pero con la mayor perfeccion. Contestó á los cumplidos de la condesa como convenia y de modo capaz á sostener la antigua reputacion de esa nobleza francesa que estaba encargada de representar; y que con razon ó sin ella pasa por la mas cortés del nni-verso.

Si el marqués de Rio-Santo tenia un interés personal y grande en abrir á Susana los cercados muros del gran mundo británico, debió aplaudirse de ello; porque el resultado sobrepujaba á sus esperanzas. Dos señoras, una princesa y una condesa.... presentadas la una á la otra por un hombre.... en Lóndres!

Era este un trabajo hercúleo; un milagro realizado.

Con esto queda todo dicho. Dado el primer paso, todos los demás obstáculos desaparecian. Del brazo de la condesa de Derby podia entrar Susana en todas partes, siendo además princesa, y sobre todo siendo hermosa entre las hermosas.

Pero sin lady Ophella, su titulo de princesa hubiera sido como esas llaves de oro que no vienen á ninguna cerradura. Es necesario ser presentado. Esta es la regla, el axioma, el ege-so-bro el que pesadamente gira todo el armarzon de la etiqueta inglesa.

Susana, la hija del judío ahorcado entraba á pie llano en esos palacios de la aristocracia, en cuyos umbrales se condenan, sin llegarlos nunca á pasar, tantos plebeyos millonarios.

Rio-Santo luego que hubo dejado á las dos señoras en el palco de la condesa pidió permiso para retirarse.

Susana se sentó. En aquel momento los quince ó veinte anteojos de la platea se dirijieron sobre ella, al mismo tiempo que mil exclamaciones de admiracion, unidas á las mas extravagantes apuestas acompañaron á las miradas. Uno aseguraba que no tendria veinte años; otro que era una italiana; aquel que tenia mejor pelo que la Briotta, este que la joya que llevaba al cuello valia mas de dos mil libras, &c. &c.

Lantures-Luces hubiera querido apostar, y sobre todo hablar; pero habia perdido sus anteojos. Y qué era Lantures-Luces sin su antejo?

—Conozco los cabellos de la Briotta, dijo únicamente con discrecion..... hablo con formalidad... son unos hermosos cabellos!..... No veo á esa lady; sino fuera por eso apostaria cuanto quisierais. Pero tengo confianza en mi querido Brian.... Brian, querido! dadme vuestro parecer acerca de los cabellos de esa hermosa desconocida..... Veamos!

Brian de Lancaster estaba en el fondo del palco bostezando.

—Quién de vosotros ha visto á milord mi hermano? preguntó, en vez de contestar á Lantures-Luces.

—No tengo mi antejo, querido mio, contestó este último.

Los otros respondieron tambien negativamente, y uno de ellos añadió:

—Quereis quizás pagarle esta noche su renta, Lancaster?

—Solo he venido para eso, caballero.

Se levantó y fué á colocarse delante de todos.

—Admirable muger! dijo al distinguir á Susana.

—En horabuena! exclamó el vizconde: ahora juraria que esa muger es deslumbradora..... Tengo una ciega confianza en mi querido Brian.

—Hasta la vista, señores, dijo éste; voy á buscar á milord mi hermano.

—Pobre conde! dijo el dandi luego que Brian se fué: sabeis, señores, que en lugar del lord White-Manor, este diablo de Brian me hubiera ya vuelto el juicio?

Susana y la condesa habian quedado solas frente una de otra. Ciertamente, Ophelia tenia bastantes motivos para estar prevenida desfavorablemente, contra la muger que tan bruscamente le habia importado Rio-Santo, y á quien este habia conocido en otro tiempo y tanto empeño habia manifestado por servirla: pero bien loco será el que quiera subordinar á causas lógicas ó reales esos sentimientos espontáneos, rápidos, caprichosos, que son en suma la muger, ó por mejor, la conciencia de la muger; su corazon y su cerebro. La condesa desde el primer momento y por una fuerza invencible se sintió aficionada á Susana. Las dos habian simpatizado tácitamente, ántes de que hubiese mediado entre ellas otras palabras que las oficiales de una presentacion. Despues, cuando se hablaron, pensaron las dos á un mismo tiempo que se amarían.

Ambas hablaban, sin hacer caso de la atencion que habia llamado á todos la reciénvenida, y sin inquietarse por las diversas exclamaciones que salian del *palco infernal*, como lo llamaba el vizconde de Lantures-Luces. Pero cuando Brian de Lancaster se asomó al palco para mirar á Su-

sana, la hermosa jóven lo vió, y se detuvo en medio de una frase empezada. Todo su ser quedó inmóvil. La mirada de Brian le hirió en el corazón, en la cabeza, paralizándolo todas sus facultades, como le sucede á un nadador al choque magnético de la tembladera.

La condesa participó algo de la turbación de Susana: tan pronta y violenta fué ésta: observó la palidez de la princesa y siguiendo con curiosidad su mirada, vió á Brian que salía del palco infernal.

—Le ama! pensó.

Porque esta es la primera, la única sospecha que ocurre al espíritu de una muger.

La condesa guardó un discreto silencio, y volvió hácia otro lado la cabeza, dejando á Susana, aislada, complacerse en su emoción.

Por lo demás, se puede afirmar que esta sospecha aumentó de pronto las simpatías que la condesa sentía hácia Susana, porque esto mismo poniendo á Rio-Santo fuera de combate, desterraba de su pecho el único motivo de temor que le había hecho concebir la hermosura de la princesa.

Susana esperaba ver entrar á Brian de Lancaster en el palco. Pero con gran sorpresa le vió frente á frente de ella, sentado cerca de lady Campbell. Esto la hizo bajar tristemente la cabeza.

—Va á venir! dijo una voz á su oído: pronto!

Susana se volvió. Nadie había detrás de ella, pero el lienzo de un biombo que cerraba el palco inmediato, se movió, y Susana creyó distinguir por la abertura que formaba á intervalos iguales el balanceo del biombo, el insignificante perfil del ciego Tyrrel.

Susana se inclinó para ver mejor; el biombo dejó de moverse.

En el entretanto el buen capitán Paddy O'Chra-ne, en lugar de comprar las naranjas prometidas á la rechoncha, colorada y demasiado crédula tabernera de las *Armas de la Corona*, bajó á pasos contados la gran escalera del teatro y salió á la calle.

Conforme iba adelantando camino se rascaba frecuentemente la oreja derecha, señal segura de embarazo, y mascullaba entre sus dientes una especie de jeremiada, en que los epítetos mas contradictorios, abullaban de sorpresa al verse unidos á un mismo nombre. Por incidencia, y á guisa de puntuacion, rogaba, segun costumbre, al diablo, que tuviese á bien llevárselo.

El diablo se hacia el sordo, considerando que era una empresa mas que mediana cargar con un irlandés de seis pies de largo sobre seis pulgadas de ancho, y mas cuando temprano ó tarde debia llegarle al infierno, franco de porte.

El capitán atravesó á Bow-Street y se paró en la esquina de Before-Lane.

— Un hombre diestro! murmuró: por el diablo! esto no es difícil de encontrar á estas horas al rededor de Covent-Garden!.... yo mismo veo aun el tiempo en que era tan diestro como cualquiera otro..... Pero un hombre seguro.... eso es otra cosa! Hay ese bribon asqueroso, mi viejo amigo Bob, que robaria la lengua de una muger picotera, ántes que tuviese tiempo de decir Dios mio!..... esta es, á fé mia, la verdad pura!.... Pero, preguntadle donde ha llevado la lengua.... ó cualquier otra cosa que haya robado.... Tanto valdria reclamarle mi pañuelo!

El capitán sacudió tristemente la cabeza al recuerdo de su pañuelo.

En cuanto á ese miserable escuerzo de Snail, el amable niño, es del todo imposible hallar un animal mas perverso y mas dañoso..... Que irá

léjos, yo lo fio de parte de Satanás!..... Pero todavía es muy jóven para trabajar en público, á la luz de una lucerna..... Está dicho, Dios me confunda! que no puedo traer ninguna noche á mistress Burnett al teatro, sin que sobrevenga algun contratiempo como.....

El capitan no concluyó la frase. Sin duda habia encontrado un término á sus irresoluciones, porque echó á andar á grandes pasos, chapaleteando por el lodo, y asemejándose desde léjos á una Ibis de Egipto, mojándose el extremo de sus largas piernas en el histórico y benéfico limo del Nilo.

A poco empujó con el pie la endeble puerta de la taberna de *la pipa y el tarro*, y entró.

La taberna tenia en este momento una apariencia mucho mas animada que ántes, y Assy-la-Rouse corria de mesa en mesa, sin saber á quién atender.

Madge, impasible, con la pipa en la boca y el sombrero sobre la cabeza fumaba, bebia y no hablaba una palabra.

Mich estaba con los codos apoyados sobre la mesa. Tenia la cabeza matizada de colores, y junto la sien una herida que manaba sangre, la que deslizándose por sus cabellos caia gota á gota sobre sus espaldas y hombros.

Snail bebia, mahullaba, cantaba, injuriaba á la hechicera Peg, besaba la ruda barba de Madge y arrojaba lo que quedaba en el fondo de su vaso á la cabeza de Assy-la-Rouse.

En un rincon Loo, trastornada con la bebida, bailaba cantando unas coplas con voz monotoná y sorda. Nadie la hacia caso. La pobre muchacha, fatigada con este insensato esfuerzo apenas podia respirar sudando á mares. Palpitaba su pecho, y dos manchas color de escarlata brillaban en medio de sus pálidas mejillas.

De vez en cuando se aprocsimaba á la mesa y pedia de beber.

Snail le llenaba un vaso de rom. Loo se lo bebía y empezaba de nuevo á bailar, girando en un estrecho espacio, todo lleno de escombros.

En otro rincon Bob-Lantern sentado en una mesa y teniendo delante un pedazo de queso enmohecido, tomaba un frugal bocado que rociaba con algunos pequeños tragos de cerveza.

La llegada de un personaje tan importante como el capitan Paddy O'Chrane no podia dejar de causar alguna sensacion. Peg medio se levantó con respeto; Assy-la-Rousse rompió un vaso; Snail mahulló como un gato amoroso; Madge hizo una especie de saludo militar; Loo pidió de beber, y Bob-Lantern hizo desaparecer con una rapidez mágica, cierto pañuelo con el que iba á sonarse.

Solo Mich no se movió.

—Buenas noches, Peg, furia infernal, dijo el capitan; buenas noches mi vieja amiga..... Servidme un vaso de rom, Assy; estais mas sucia que una servilleta con quince dias de uso, querida mia!

Dió algunos pasos y pronto se halló entre Bob y Snail. Su iresolucion empezó de nuevo.

—Buenas noches; ó que Dios me condene! capitan, le dijo Snail.

—Mi querido M. O'Chrane, pronunció respetuosamente Bob, yo os saludo.

—Voy á decidirme por el ruin reptil de Snail, buena alhaja! murmuró Paddy: ese odioso bandido Bob es un estimable muchacho, pero me causa temor.

—Vais á hacernos el honor de beber con nosotros, capitan? preguntó Snail.

—Sí, á fè mia, picaro digno del suplicio, hijo mio; beberé contigo... y con Mich, esa masa es-

túpida, ese apreciable bribon!..... y con tu pulida Madge, como la llamas, aunque..... Pero qué se me dá de eso?.... y tambien con Loo, la pobre muchacha. Por el diablo querido mio, que no se puede beber con una compañía mas abominable.... A vuestra salud!

—A la vuestra! M. O'Chrane dijo Bob-Lantern, tomando una tragantada de cerveza.

—Bien! pestilencial bandido, bien, Bob, camarada mio, no hay necesidad de decirte lo que te deseo..... Ahora, Snail, mi jóven amigo, de parte del infierno! hablemos con formalidad si es posible.

Snail se echò á reir.

—Lo entiendes tú, pulida Madge? exclamó: Loo, lo entiendes tú?..... Hablar con formalidad en un día de paga, en una noche de diversion..... de-jaos de eso, capitan!

—No tendrás porque arrepentirte, Snail.

—Os digo, capitan, dijo Snail, que tenia en la cabeza mas ginebra que la que podía soportar su pobre cerebro; os digo, que quiero divertirme.

—Bien! engendro de bandido! te divertirás, hijo mio..... te divertirás, despues.

—Pero no sabeis que ha habido una regular lucha de moquetazos en una taberna de Bow-Street?

—Y qué me importa eso, hijo menor de Satanás?

—Ah! qué os importa!..... Reparad en la oreja de mi cuñado Mich..... Si Loo no estuviera borracha, se reiria á mas y mejor..... Mich y Turnbull se enredaron en disputa, y se golpearon como dos buenos muchachos..... Pero vino la policia.... Mich y Tom se citaron aqui..... Habrá diversion; y.....

—Pero, ruin aborto, exclamó el capitan incómodo, pero, querido niño!.....

—Escuchad, capitán! interrumpió Snail poniéndose en pie. Mich es un buen muchacho, aunque pega muy á menudo á la pobre Loo..... Si me voy con vos, dareis á Mich el destino de Saunie el ladrador?

—Todo lo que quieras, pícaro maldito.

—De verdad?.....

—De verdad!

—Lo entiendes Mich? Ten cuidado; y no te dejes matar esta noche, cuñado..... Vamos, capitán!

Loo, estenuada, jadeando, seguía bailando y cantando.

Paddy se apresuró á cojer á Snail la palabra y ámbos ganaron la callejuela.

Bob se levantó con disimulo y los siguió.



CAPITULO DECIMONOVENO.



Mientras cantan.



El capitán Paddy llevó á Snail á una de las muchas hondonadas que abundan en todo lo largo de la fangosa, sombría y encajonada callejuela, que los ladrones y mugeres de mala vida han bautizado con el nombre de Before-Lane.

Antes de abrir la boca, tuvo cuidado de ecsaminar minuciosamente los alrededores, y no viendo á nadie comenzó á hablar.

—Querido niño, le dijo, con voz grave: aunque se puede afirmar que en vos la perversidad ha adelantado á los años, y que teneis el alma negra como el mas negro agujero de esta maldita callejuela, hasta aquí no habeis desempeñado

ninguna mision importante..... Mahullar no es ningun oficio, qué diablo! añadió Paddy..... tú no puedes, bribon, niño querido, Dios me condene! mahullar toda la vida. Es necesario adquirirse una posicion, una suerte, ó el diablo me lleve!..... Las cajas de ahorro no se han hecho esclusivamente para los perros..... Decia, pues..... que un rayo me parta!..... Hem! hem!... Qué decia, vil despojo de Bottany-Bay, querido niño?..... estoy seguro que decia... de parte del infierno!..... decia..... ¿Qué decia yo, Snail, ahora poco?.....

—Yo no lo sé, capitan, contestó Snail.

—Tú no lo sabes, Snail, no lo sabes..... pues ni yo tampoco..... pero ya lo recordaré..... Quieres ganar diez guineas?

Lo mismo me dá de una manera que de otra.

—Como, gusano de la tierra, como hijo mio!..... te hablo de diez guineas..... diez guineas! para beber buenos tarros de aguardiente, picarillo, para comprar largas onzas de tabaco á tu pulida Madge, que es seguramente la mas asquerosa criatura..... Pero no hablemos de esto.

Hacia un segundo que Snail habia vuelto la cabeza y no prestaba atencion á las palabras del capitan. A no haber sido por esto, de seguro, le hubiera contestado en la calificacion que se habia permitido hacer de su Madge.

Snail parecia bastante ocupado, siguiendo los movimientos de un bulto negro que se deslizaba suavemente á lo largo de las casas por el lado de la taberna de *la pipa y el tarro* hácia el sitio en que tenia lugar la importante entrevista de Snail y del capitan Paddy.

—Y bien, caracol del infierno! repuso este último, qué contestas?

—Es Bob! murmuró Snail; curioso es por demás el de diablo Bob!

—El muchacho está loco ó borracho, pensó el capitán. Snail, hijo mio, qué acabas de decir de ese diforme mendigo, de ese Bob, nuestro buen compañero?....

—Miradlo, contestó Snail.

—Donde? preguntó Paddy estremeciéndose.

Snail le señaló con el dedo el bulto negro, que de continuo avanzaba.

—Es aquel Bob! murmuró el capitán; bien puede decirse que lo mismo de noche que de día se parece á un monton de fango. En cuanto á ti, pequeña peste, Snail, querido tesoro, no conozco á nadie que te se pueda igualar..... El diablo me lleve si yo habia visto tal cosa, y cuidado que mis ojos son pasables. Por lo tanto hablemos bajo..... y deja aprocsimar á ese amigo querido..... yo le debo alguna cosa..... hagamos como que no hemos reparado..... Decíamos, pues, que te alegrarias de ganar diez guineas.

—Mejor quisiera ganar quince, capitán.

—Sean quince, pequeña sanguijuela! no quiero regatear. Tu ocupacion es simple y nada trabajosa. Vas á buscar á un ropavejero y le compras un vestido completo de caballero. Metes en este traje tu enjuta persona, y en seguida te vas al teatro y te sientas en la sala de descanso..... Lo has entendido?

—Lo he entendido..... Bob está á treinta pasos.

—Déjalo que se aprocsime, niño mio..... En la sala aguardarás..... aguardarás hasta que venga un caballero y te toque en la mano de esta suerte.

Y le tocó de cierta manera:

—Pero, dijo Snail, cómo me ha de reconocer ese caballero?

—Olvidaba ese requisito, exclamó Paddy... me voy volviendo viejo, ó el diablo me lleve, se-

milla de ahorcado, querido hijo mio! Te pondrás en la botonadura un pedazo de liston amarillo.

—Está bien..... Bob se halla á veinte pasos.

—Déjalo aprocsimar, hijo mio!..... Ese caballero te dirá lo que has de hacer, y tú le obedecerás.... Toma, ahí tienes cinco guineas, para tu traje de caballero, y cinco guineas, diabólico niño, en señal. Despues te se darán las restantes.

—Bien, capitan..... Bob se halla á diez pasos.

—Ah! se halla á diez pasos, murmuró Paddy.

Y mudando de pronto de tono, añadió de manera que lo pudiesen oír del uno al otro extremo de la calle:

—Es la verdad, Snail, Dios me condene! jóven bandido. Los mas astutos son á los que engañan mas pronto. Mira, por ejemplo, ese despreciable picaro de Bob, nuestro buen camarada, á quien estimamos tanto cuanto se merece, de parte de Satanás!..... Pues bien, Snail, hijo mio, peligrosa tiña, Bob es engañado, indignamente engañado por Temperance, y el pobre diablo está por ella loco!

Bob se habia detenido á algunos pasos. Snail hacia los mayores esfuerzos por no soltar la cajada, y el capitan empuñó con fuerza su baston.

—Quiero que Dios me condene! continuó Paddy, si eso no es una lástima! Bob es una ignominia viva, un monton ambulante de porqueria; pero, por el infierno! eso sí, es un honrado compadre..... Y cuando se piensa que su muger lo abandona por ese gran bribonazo de Tom Turnbull.....

—Turnbull! exclamó Bob con rábia.

—Aquí han hablado! gritó Paddy saliendo de

su escondite. Aquí han hablado! Muerte! y sangre! y condenacion! Quién ha hablado?..... Un hombre aquí!..... un hombre escuchándonos!.....

El capitán empuñó el bastón con las dos manos, y lo descargó sobre Bob con todas sus fuerzas. Este echó á correr.

Snail no podía ya sufrir mas la risa.

—Eso le enseñará á robarme mis pañuelos! murmuró Paddy con tono de triunfo.

Pero su venganza habia ido mas léjos que lo que se podía imaginar. Bob no sentia los golpes que le habian dado; sino la herida que habia recibido su corazón.

Antes de volver á entrar en la pipa y el tarro, se apoyó, vacilante, contra la pared, apretándose el pecho con las manos.

—Temperance! dijo: ah! Temperance!... y Turnbull!

Cerró los puños é hizo un furibundo gesto.

—Ah! Turnbull! reptió!

Cuando entró en la taberna fué á sentarse al lado de Mich.

El capitán Paddy, contento con el resultado de su comedia dejó á Snail y se volvió á Covent-Garden.

Debemos añadir que se le olvidó comprar las naranjas, y que mistress Burnett no le perdonó jamás este *lapsus* de galanteria.

Snail fué á buscar á una roperia su vestido de caballero.

En el momento en que el buen capitán volvia á entrar en el teatro, la representacion seguia su curso. El segundo acto del *Freyschutz*, bien ó mal cantado por la tropa tudésca, se acababa sin ningun obstáculo. A decir verdad, esto era lo de ménos. Nosotros, los londreses, nosotros, bárbaros, daríamos la mejor ópera del mundo por la mitad de un baile. No podemos reco-

nocerlo así diariamente, pero la verdad tarde ó temprano acaba por encontrar una hendidura y salta entónces sin que nadie la pueda contener.

Se esperaba el baile. Weber era el pretesto de la reunion; las finas piernas de la signora Briotta era el verdadero objeto.

En tanto que la hora del baile llegaba, seguian las visitas; cada palco ocupado por las señoras se abria de minuto en minuto para dar entrada á algun caballero, que venia á rendirles sus respetos.

La condesa de Derby recibió, pues, sucesivamente á Lantures-Luces, que se hizo un deber de afirmar á Susana que tenia un deslumbrador avanico, y esto hablando, como acostumbraba á decirlo con mucha formalidad; al caballero Angelo Bembo, á sir Paulus Waterfield, al doctor Muller, al mayor Borougham y á muchos otros. Susana se portó como si hubiese pasado su infancia en esos colegios fashionables en que las hijas de los lores aprenden á *tenerse bien*. Habló poco porque estaba triste, pero habló bien, y lady Ophelia pudo notar en todo lo que hablaba cierta especie de perfume poético, extraño y seductor á la vez. Puede que mucho de esto se debiera al encanto de la lengua francesa, de la que se servía comunmente, y que en realidad hablaba como pudiera hacerlo una parisiense.

Hácia la mitad del acto, Brian de Lancaster salió del palco de lady Camphell: el corazon de Susana latió fuertemente. Se puso á escuchar contando cada paso que podia dar Brian por el corredor circular, y por último lo sintió aprocsimarse.

Al cabo de un minuto de atencion, un ligero ruido sonó en la puerta del palco.

—Vedlo ahí! dijo la voz misteriosa al oido de Susana: sed dichosa, pero sed prudente!.....

La puerta se abrió y entró Brian de Lancaster.

Saludó respetuosamente á lady Ophelia, y se hizo presentar á la señora princesa de Longueville.

Mientras que conversaba con la condesa, Susana le contemplaba ávidamente, no por lo bajo y á hurtadillas como acostumbran á hacer las jóvenes, sino con la cabeza alta, y sin tomarse el trabajo de ocultar la poderosa atracción que le impulsaba hácia él.

Brian puede que se apercibiera de ello, pero no dió muestras de ser así.

—Anoche no estábais en el baile de Trevor-House? dijo la condesa.

—No señora, contestó Brian: apesar del atractivo de un gran baile dado fuera de tiempo, no puedo dejar de atender á mis ocupaciones y vender todas las noches fósforos á la puerta de mi hermano el milord.

Estas palabras fueron pronunciadas de un modo simple y con gran formalidad.

La condesa no pudo dejar de sonreirse.

—Pobre conde! dijo ésta; y cuán cruel sois con él, milord! Pero me pienso que no estaríais toda la noche.—A esta hora ocurrió un pequeño incidente que tendré gran placer en contaros. Estaba tranquilamente sentado en el primer escalon de la casa pregonando mis fósforos en alta voz, cuando el administrador de mi hermano, un miserable, señora, que se llama Paterson, me intimó desde lo alto de la escalera la órden que me marchase de allí. Yo, como era natural, le dije que si queria comprarme algunos fósforos..... Por toda respuesta mandó el bergante á un lacayo que me apalease.

—Es verdad; milord! exclamó la condesa.

Susana se puso encendida.

—Como tengo el honor de contároslo, señora, replicó M. de Lancaster..... para que me apalease fuerte y bien.

—Y qué hicisteis?

—Desgraciadamente no soy muy rico, milady. Así, pues, no pude hacer otra cosa que sacar de mi cartera un billete de cinco libras y dárselo al lacayo.

—Cinco libras, por haberos apaleado, caballero!

—Cien guineas le hubiera yo dado de buena voluntad si mis medios me lo hubiesen permitido..... oh! es seguro que mi hermano milord debe haber pasado una noche muy cruel!... Tenia allí algunos buenos amigos que me han servido de testigos en la queja que he presentado al juez..... Habrá causa, escándalo, milady!..... Un hermano apaleado por el criado de su hermano!..... Quiero que mi abogado haga llorar tamañas lágrimas á todo el auditorio..... Hay de qué; no es verdad?..... Pero, quereis hacerme el favor, milady de decirme si habeis visto aqui al conde de White-Manor?

—Aunque lo hubiera visto, caballero, contestó la condesa, no os lo diria: tengo, en verdad, piedad del pobre lord.

—Gracias, señora, replicó Brian con énfasis: es cosa muy natural que el mas débil aleje de si la piedad del mundo, para enviársela pesada y burlesca á su adversario!

Al pronunciar estas palabras se levantó: sus ojos brillaban, y habia en toda su persona cierta energia que contrastaba notablemente con la frivola apariencia de sus palabras.

Susana no habia comprendido casi nada de esta conversacion, y tomando á la letra, cuanto habia dicho Brian, creyó adivinar que era desgraciado. Su corazon palpitó de indignacion á la

idea del ultrage que habia sufrido el hombre á quien colocaba sobre todos los hombres. Hubiera querido consolarle, y poner su amor como un bálsamo sobre esa herida que veia destilando sangre en el alma de Lancaster.

La visita de este último parecia concluir, y Susana tuvo miedo, porque consideraba que se iba á retirar como habia venido, sin que ella, ella que tanto lo amaba, fuese para él mas de lo que habia sido ántes.

Y cuándo le volveria á ver?

La puerta del palco se abrió, y dió entrada á un nuevo concurrente. Entónces, Brian, que ya habia saludado á la condesa y dado un paso hácia la puerta, se volvió de pronto y vino sin ceremonia á sentarse junto á Susana.

Entretanto la condesa hablaba con el recién venido.

Brian permaneció algunos segundos sin hablar, cubriendo á Susana con una mirada fija, estraña, continua. La pobre niña temblaba bajo esta mirada que rendia su vigorosa naturaleza y la sojuzgaba y hacia esclava. Un mundo de ideas confusas bullian en su cerebro, y su corazón luchaba sordamente en su pecho, como si se fuese hinchando hasta faltarle el aire y el espacio.

Qué hermosa sois, señora! dijo al fin Brian con voz grave y triste. Mucho mejor me fuera no haberos visto.....

Aquí se detuvo y tomó la mano de Susana, que no la retiró.

—No temo al ridículo, señora, continuó: si me han engañado, para burlarse despues de mí, nada me importa..... Me bastará vuestro perdon que imploro de antemano..... Me han dicho que amabais, señora.....

—Es verdad, contestó Susana.

Brian de Lancaster quedó como aturdido á esta inesperada respuesta, y sus ojos se bajaron involuntariamente: al levantarlos vió correr dos lágrimas por la pálida mejilla de la pobre niña.

Brian de Lancaster era un inglés en toda la estension de la palabra: la emocion para él era una cosa estraña. Quizás á causa de esto, cuando la emocion encontraba, por un raro acaso, el camino de su corazon, lo tomaba, puede decirse asi, por asalto.

En esta ocasion quedó tan conmovido, que el manto de indiferencia y frialdad en que se envolvía de costumbre, se desgarró como por encanto.

—Me amais! repitió con voz alterada: ah! señora: no me conocéis!..... no sabéis las locuras de mi vida!..... Yo no os amo, señora, no quiero amaros..... esto seria una crueldad, una perfidia,.... ah! piedad!

Susana le miró, y una sonrisa iluminó sus ojos secándose sus lágrimas.

—Me amareis! dijo ésta: ah! vos amareis!..... lo siento..... lo se..... vuestra voz me lo dice, á pesar de vuestras palabras.

Brian no contestó al pronto: estaba recreándose, contemplando á esta admirable criatura, que con una sola palabra podia hacer suya, y bebía á grandes tragos la pasion que espresaban los ojos medio cerrados de Susana.

—Si, os amaré, dijo al fin, con voz baja y llena de emocion; os daré, todo lo que yo puedo dar, señora..... Muchas personas sábias me creen un loco: y yo mismo, algunas veces, no sé que pensar..... Esperad!!!

Brian pronunció esta palabra con tono seco y desabrido. Sus ojos que hacía un momento se fijaban en Susana, llenos de pasion, lanzaron hacia el fondo del teatro una mirada de cólera y de amargura.

Acababa de ver en un palco la fatigada y aburrida figura de su hermano el conde de White-Manor.

—Señora, añadió haciendo un esfuerzo para recobrar su máscara de frialdad..... si dentro de diez minutos me amais aun, yo os adoraré por toda mi vida.

Y levantándose salió precipitadamente, dejando á Susana asombrada.

Lady Ophelia, la encantadora muger, no puso atencion en este incidente, prestándola toda entera á la conclusion del segundo acto, que cantaban en este momento.

Brian de Lancaster, no obstante, bajó cuatro á cuatro los escalones y no paró hasta la calle.

—Johnny, gritó.

El cabriolé que lo habia conducido permanecia estacionado á pocos pasos de alli. Un hombre bajó de él.

—Mi caja y mi chupa, Johnny! repitió Brian, quitándose su elegante frac negro, y precipitándose hácia el cabriolé.

Johnny sacó del carruage una chupa de muchacho de taberna, y un mandil blanco como el que usan los mozos que hay en las salas de descanso de los teatros. Brian se puso la chupa, se ató el mandil; cojió debajo del brazo una caja plana y cuadrada que le alargaba Johnny, y volvió á subir, siempre corriendo, los escalones de Covent-Garden.



CAPITULO VIGESIMO.

Un eccentric Man.



Brian de Lancaster, hijo segundo del difunto Hugh de Lancaster, conde de White-Manor, se habia encontrado temprano en esa situacion falsa, casi intolerable, que es en Inglaterra el patrimonio de los segundones nobles. Criado en el seno de una opulencia casi real, se halló de golpe, á la muerte de su padre, reducido á la porcion congrua.

Su hermano, gracias á las reglas rigurosas de noble reparticion, heredó á la vez el título y nueve décimos del patrimonio; su hermano, pues, ascendia á gran señor; por el contrario, él descendia á un estado muy próximo á la medianía.

Brian habia llevado hasta entónces una vida

de impresion y de aturdimiento: el porvenir no le habia ocupado. No habia querido tampoco ceder á las observaciones de su familia, que le rogaba emprendiera la carrera de la iglesia, ese opulento mal camino de los segundones de las nobles casas, porque conocia demasiado al clero anglicano, tan poderoso, tan rico, tan holgazan, tan completamente inútil, tan concusionario y despreciable!

Habia en Brian nobles instintos y una fuerza de voluntad superior. Asi es que á la muerte de su padre, aunque ne era tarde para emprender la carrera, rehusó de nuevo.)

Todos esos millones mal adquiridos que los obispos y beneficiados anglicanos estraen del sudor de los pobres, le causaban horror y hastio. Se hubiera creido irrevocablemente manchado con solo poner los pies en el primer escalon de esta gerarquia protestante, tan monstruosa en su organizacion y tan vana en sus resultados.

Continuó viviendo ocioso pero no indiferente. Alimentaba una cólera sorda contra esta suprema injusticia de la ley, que venia á colocarse entre los hijos de un mismo padre, para enriquecer al uno á espensas del otro, y romper violentamente el nivel que debía haber entre unos jóvenes que Dios habia hecho iguales.

Brian, uno de los principes de los fashionables de Londres, y miembro demasiado influyente en los clubs de la juventud aristocrática, no declamaba contra el derecho de los años, porque los rencores de un verdadero sajón no se escalan en palabras vanas como lo hacen las gentes de Francia y de Irlanda; pero reconcentraba en si su odio, y soñaba en los medios de declarar á esa ley que le despojaba, una guerra á muerte; una guerra inglesa, paciente, legal, implacable.

En el entretanto, vivia con sus cortos bienes, portándose galana y bizarramente, y asegurando de mas en mejor su posicion de hombre á la moda, añadiendo á su mérito un oscuro matiz de *eccentricidad*.

Esta es una palabra que las gentes del continente han traducido, y de la que abusan voluntariamente, como de todo lo que tiene relacion con las rarezas británicas, pero que nadie comprende. La *escentricidad* es como el humor, una palabra y una cosa especial, únicamente inglesa. Lo que es necesario para hacer un *escéntrico* tal cual, se encuentra en la sangre sajona, en el espeso aire de Lóndres, en las nieblas del Támesis y no en ninguna otra parte.

Así, pues, la *escentricidad*, como todo lo que es puramente nacional, goza en Inglaterra una inmensa popularidad.

Brian, en su juventud dió muestras de la mayor *escentricidad*. Gran parte de sus hazañas han sido atribuidas á otros en virtud de aquella eterna máxima: *Sic vos non vobis*; pero le han quedado aun muchas para su gloria, y el actual gefe de la casa de Beresford, el muy noble marqués de Weterfood, que fué su discípulo y su hermano de aventuras, jamás habla de él sino con el sombrero en la mano, y con el látigo á guisa de presentar las armas.

Así, para no citar mas que un ejemplo, diremos que fué Brian, quien en 183^o hizo aceptar la primera edicion de ese *juggle* (majaderia) que ha adquirido una fama europea.

El honorable Pegasus Anticorn, miembro del parlamento, tenia unos espantosos bigotes, y estos bigotes tuvieron la desgracia de disgustar á Brian de Lancaster. Una mañana se presentó éste al clubs, y anunció su intencion formal de hacer desaparecer los susodichos bigotes. Luego que el

honorable Pegasus Anticorn tuvo noticias de esta novedad, se proveyó de un par de pistolas con doble carga, con el objeto de morir en defensa de sus bigotes.

Al día siguiente el *Times* anunció, que el honorable Brian de Lancaster cortaría en todo aquel día los bigotes del honorable Pegasus Anticorn, miembro del parlamento.

Este por su parte añadió un sable á sus pistolas.

Al tercer día, se veían en Londres carteles de seis pies de alto, en los que se prometían cien libras de recompensa á cualquiera que llevara á la casa del honorable Brian de Lancaster los bigotes del honorable Pegasus Anticorn, miembro del parlamento.

Pegasus entónces se puso una coraza debajo de sus vestidos.

En fin, al cuarto día, el *Herald*, el *Chronicle*, y el *Post*, contaron que varios caballeros que llevaban grandes bigotes, habían sido asesinados en el seno de sus familias, por algunos bandidos, deseosos de ganar las cien libras prometidas.

Pegasus reflexionó: por último, hizo venir un barbero, y envió sus bigotes á Brian con un cartel de desafío. Brian le llevó la oreja de un pistoletazo.

Podríamos llenar volúmenes, volúmenes infólio, de hazañas semejantes, ejecutadas con la formalidad británica, y de sublime invencion y gravedad burlesca. Por desgracia tenemos que decir otras cosas al lector.

Como todos pueden conocer, estas majaderías costaron caro á Brian, que bien pronto vió el fin de su modesta legítima. Un incidente causó su ruina completa: su hermano el rico conde de White-Manor, ó por mejor decir el administra-

dor de este último, hizo formar un proceso y enredó un pleito, que perdió el pobre escéntrico, por falta de dinero y de diligencias.

Los dos hermanos nunca se habían amado con demasiada ternura, y después de la muerte del difunto conde, Brian, que se consideraba injustamente despojado, guardaba en su alma un sordo rencor. El perdido pleito le hizo mostrarlo de súbito; y en su consecuencia juró que sostendría contra su hermano una lucha á muerte.

Tuvo palabra.—Las armas que escogió fueron estrañas; pero las manejó terriblemente y sin descanso; de modo que la herida se hizo, y una vez hecha, permanció abierta sin que fuese posible cerrarla jamás.

El conde se arrepintió entónces amargamente de haber ecsasperado á un hombre á quien el favor del mundo hacia poderoso, y el cual sin pasar de ciertos limites, y jugando siempre, arrojaba á manos llenas el pesar sobre su vida: pero ya no era tiempo,

El conde volvió sobre sí: propuso darle una pequeña renta, después otra mayor; mas tarde algunos miles de libras. Brian le pidió la mitad de su inmensa fortuna: el conde se la negó.

Continuó la guerra; guerra maravillosa del débil contra el fuerte, en la que el débil siempre llevaba la ventaja; guerra en que uno de los combatientes, armado con un alfiler, pinchaba, pinchaba sin cesar á un adversario reducido á la inercia...

El splin se apoderó del conde, que vino á ser el hombre mas desgraciado de los tres reinos. Brian, cruel en su ataque diario, buscó los flancos de esa sensibilidad que él mismo había creado, tocó, pulseó é hizo como si hubiese querido introducir su alfiler hasta el corazón, que al presente picaba en vano la epidermis.

Y cosa estraña! sus auxiliares en esta lucha

erán aquellos mismos que la naturaleza y las leyes debían hacer sus mortales enemigos. Eran todos estos jóvenes lores, herederos de pares, y que en un tiempo dado debían encontrarse frente á frente de sus hermanos menores, en la misma posición en que se hallaba el pobre conde respecto de su terrible perseguidor. ¿Pero no ha sido siempre así en todos tiempos y en todos los países?

¿No se acuerdan todos, demasiado, de aquellos marquesillos, aturdidas mariposas, moscas destinadas á la llama, que, en los años que precedieron á la revolución francesa, charlaban, maquinaban, conspiraban, hacían gala de impiedad, y llevaban, en fin, cada uno su tablita para el gran tablado que debía ser la última sala del baile?

Así hacían nuestros jóvenes lores.—Solo veían el lado gracioso de la conducta de Brian de Lan- caster: no comprendían que cada uno de sus ataques era un golpe solapado dado al derecho de primogenitura; un trabajo de lima que insensiblemente minaba los antiguos cimientos de esta ley, magnífica en su barbarie, que es una parte de la fuerza, y que puede lo sea de la ruina de la Gran Bretaña.

Además, las estocadas que en este singular duelo tiraba Brian eran estrepitosas y extravagantes, y el mundo aplaudía. West-End bailaba de contento cuando leía en las columnas del *Times* alguna noticia por este estilo:

«Ayer el noble conde de Wh...e-M...r, habiendo querido dar un paseo por el Támesis, reconoció en uno de los pobres marineros que conducían su bote al honorable B... de L..., su hermano.

«Se dice que su señoría volvió la cabeza para no ver al hijo de su padre, dando orden para volver á tierra.

«Vivimos en un tiempo muy extraño!.....&c. &c.»

O bien por este otro.

«En la fría y húmeda noche del último domingo, algunos transeúntes reconocieron acostado sobre las lozas de las gradas de la casa del conde de Wh...e-M...r, al honorable Br... de L...r, hermano de su señoría.

«Se ha dicho, y estamos tentados por creerlo, en vista de la calidad de las personas que lo atestiguan, dignas de toda fé, que su señoría por medio de sus criados ha hecho arrojar de allí á su desventurado hermano.... &c. &c.

Y todo el mundo reía á mas no poder, porque todo el mundo estaba en el secreto de la comedia. Los únicos que no reían eran, Brian, que llevaba á cabo su obra con toda la formalidad de un inglés, cometiendo una y otra atroz majadería, y el desgraciado conde, que perdía las ganas de comer y de beber, que enflaquecía, se desmejoraba y se *hastiaba*, como decia ese bribon administrador Paterson, acerca de la *mercancia* del honrado Bob-Lantern.

Era cosa en extremo curiosa. El poderoso lord no se atrevía á presentarse en ningun salon, llevando timidamente su pena á los lugares donde no creía encontrar á su verdugo; pero Brian parecia tener una policia á sus órdenes. En cualquier sitio que se encubria el conde, siempre encontraba en su camino el rostro glacial y burlon de Brian. Por el contrario, éste cada vez estaba mas en moda. Un duelo de esa especie y tan prolongado, parecia á los conocedores una escentridad de mérito superior. En su consecuencia, lo rodeaban, lo festejaban: es seguro que hubiera sido el *Leon* si el marqués de Rio-Santo no hubiera llevado la corona del mundo fashionable.

El telón se había bajado por segunda vez cuando Brian entró en el teatro en traje de mozo de taberna. Había abierto su caja y la llevaba suspendida con un listón.

Al momento empezó á dar vueltas por el patio.

—Señores, decía, compradme, si á bien lo tenéis, mis pastillas y ofreced los confites á vuestras señoras..... Es una moda de Francia..... En Paris no se puede pasar toda una representación, sin mascar aunque no sea mas que un pequeño turrón de azúcar.

Pocos fueron los que compraron. No era esta la costumbre, y en Lóndres, solo difícilmente se permite lo que se ha permitido ya una vez al ménos.—Pero cuando Brian llegó delante del palco infernal, tuvieron lugar estrepitosos bravos y entusiastas aplausos; y cuando, con la mayor gravedad repitió su fórmula de venta; todos quisieron comprar pastillas, y la caja del *eccentric* se hubiera visto vacía en un abrir de ojos, si éste no la hubiera cerrado diciendo:

—Quietos, señores, quietos: es necesario que quede algo para arriba.

Al pronunciar estas últimas palabras alzó los ojos hácia el palco en que el conde de White-Manor permanecía inmóvil é indisplícite, como desde el principio de la representación. El conde no se alteraba por nada en el mundo, y parecía no escuchar la tempestad que bramaba sobre su cabeza.

—Declaro, querido, exclamó el vizconde de Lantures-Luces, que la idea es luminosa, á fé mia, en supremo grado! El hecho es que entre nosotros, allá abajo, en Paris, se venden azucarillos..... Hablo con toda formalidad..... Pero como diablo! querido, me compondré para veros cuando esteis en los palcos?... Me falta el anteo-

jo..... Pero volviendo á vuestra idea, en verdad, la hallo luminosa.

Brian estaba ya lejos y Lantures-Luces hablabá todavía.

Subió aquel á los corredores y empezó de palco en palco á presentar su caja y sus pastillas. En todos era acogido con grandes carcajadas y muestras de contento, principalmente por parte de las señoras que encontraban muy graciosa la invencion. Conforme iba pasando, todos se colocaban en las delanteras y le seguian con curiosa mirada: y cuando llegó delante del palco del conde White-Manor cuatrocientos ó quinientos anteojos se dirijieron hácia los dos hermanos.

—¡Por Dios! Dorothy, querida de mi corazon, dijo el capitán á mistress Burnett, que aun seguía con su mal humor: quiero que el diablo me lleve, si todos esos lores y ladis saben lo que se hacen; pues no miran como si fuese una cosa curiosa á ese vagabundo del mandil blanco que vende los azucarillos!.....

—Sin duda miran lo que quieren, M. O'Chrane, contestó la rencorosa tabernera; y vos podiais poner mejor la atencion en esos lores que compran á las ladis azucarillos, como les llamais..... Pero, á Dios gracias, no todos los hombres son como vos, M. O'Chrane.

—Bien, Dorothy, muy bien..... pero, por Satanás! señora, sois una....

—Qué soy yo, M. O'Chrane?

El capitán enredó una cáfila de juramentos, equivalentes por lo ménos á tres docenas de *Padre nuestro*, pero no se atrevió á decir á mistress Burnett lo que era.

Brian de Lancaster acababa de pararse delante del palco del conde de White-Manor. Por algunos momentos permaneció inmóvil, pensau-

do que su sola presencia llamaría la atención de su hermano, pero se engañó. El conde sumido en una profunda melancolía, nada reparaba de lo que había en torno de sí, ni nada veía más que la pared de su palco que tenía enfrente.

Viendo Brian la distracción del conde tocó en el aldabón del palco.

Volvió el conde los ojos con impaciencia; y al ver á Brian, todo su ser se estremeció, como si hubiera tocado un aparato galvánico. Su rostro se tiñó de un verde amarillo, sus muertos ojos se iluminaron, y temblaron sus labios sin poder pronunciar ningún sonido.

Todos guardaban un profundo silencio.

—Milord, hermano mío, dijo Brian con voz clara y fuerte que penetró hasta el último rincón del teatro; comprad al hijo de vuestro padre una caja de pastillas para que pueda comprar pan!

El palco infernal aplaudió. El patio sin saber por qué aplaudió lo mismo; las galerías á su vez gritaron bravo; y hasta Paddy, con su inocente alma, prorrumpió en un Dios me condene! de aprobación.

Los palcos en que había señoras fueron los más pacíficos, pero más de un hechicero rostro se ocultó detrás de su abanico para sonreírse; y lady Camphell declaró que Brian de Lancaster era un gracioso majadero.

Entretanto el conde White-Manor, objeto de tan ultrajante curiosidad, permanecía como herido de un rayo.

—Y bien! milord, hermano mío! repitió el implacable Brian.

El conde abrió la boca como si fuese á hablar; y como por encanto todo quedó en silencio.

Peró solo se oyó la voz del vizconde de Lanures-Luces, que decía:

—Os afirmo, bajo juramento, que daría tres napoleones por tener mi antejo..... hablo con toda formalidad..... Absolutamente veo nada.

El conde, imposibilitado para pronunciar una palabra, habia arrojado sobre su hermano una mirada de sangre, y por último esfuerzo corrido la cortina de su palco. Nadie le veía ya.

En este mismo momento tuvo lugar en el patio y en las altas galerías un ruido infernal. Una multitud nueva se precipitó sobre los primeros espectadores, en busca de asientos. Hubo juramentos y golpes, y se tomaron por asalto todas las sillas desocupadas y aun parte de las que tenían en la actualidad dueños.—Eran las nueve y media; la hora de la entrada á *medio precio*: privilegio estimado por el populacho de Londres, y del que ~~abusaba de la vida~~ *era* mas impudente y grosera que se puede imaginar.

A favor de este desórden pudo Brian escaparse. Johnny tomó la caja con las pastillas, y entregó á su dueño el frac.

Durante esto, tenia lugar en el teatro una escena bien estraña.

En el instante en que el tumulto de la entrada á *medio precio* comenzaba á calmarse, se oyó en uno de los palcos próximos á la escena un grito de muger, un grito de angustia y de terror.

Salía del palco inmediato á la escena, y en el que lady Jane B..... esperaba, sola, la venida de su ilustre protector.

Todas las miradas que un momento antes se habian dirijido hacia el palco del conde de White-Manor, para gozar con la confusion de este, se fijaron en el de lady Jane B..... Entónces vieron á esta pálida, descompuesta, lanzarse hácia el corredor pidiendo socorro, y casi al mismo tiempo asomar á la puerta del palco el iner-

te rostro del ciego Tyrrel, á quien el mundo conocia con el nombre de sir Edmund Mankensie.

FIN

INDICE.



CAP. 1.º	<i>Por la Niebla.</i>	Pág.	5.
CAP. 2.º	<i>Una colecta en la Iglesia del Temple.</i>	"	23.
CAP. 3.º	<i>Llegada de un Leon.</i>	"	42.
CAP. 4.º	<i>El amor viene pensando en él.</i>	"	55.
CAP. 5.º	<i>El Baile.</i>	"	70.
CAP. 6.º	<i>La Hija del ahorcado.</i>	"	99.
CAP. 7.º	<i>Edward y Compañía.</i>	"	111.
CAP. 8.º	<i>De una á otra acera de la calle.</i>	"	126.
CAP. 9.º	<i>El centro de una telaraña.</i>	"	144.
CAP. 10.º	<i>Hechos y disfraces de Bob-Lantern.</i>	"	157.
CAP. 11.º	<i>Mors ferro nostra mors.</i>	"	176.
CAP. 12.º	<i>La Redomita.</i>	"	186.
CAP. 13.º	<i>Al levantarse.</i>	"	196.
CAP. 14.º	<i>A solas.</i>	"	206.
CAP. 15.º	<i>La pipa y el tarro.</i>	"	217.
CAP. 16.º	<i>Inventario de bolsillos.</i>	"	228.
CAP. 17.º	<i>Covent-Garden.</i>	"	238.
CAP. 18.º	<i>Un entreacto.</i>	"	248.
CAP. 19.º	<i>Mientras cantan.</i>	"	264.
CAP. 20.º	<i>Un eccentric Man.</i>	"	275.



